INGENUA

F. JENNER



Selecta

Ingenua

TRILOGÍA

Juego de damas 2

F. Jenner

Selecta

A Sofía, aunque para ella ninguna historia
sin planetas ni cohetes merezca la pena

Prólogo

Londres, 1855

—¿Estás seguro, hijo?

Alex observó al anciano que una vez lo había rescatado del infierno y se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de cómo el paso del tiempo lo había ido deteriorando. Pese a que su físico se había mantenido casi inalterable desde el día en que lo había conocido, con su cabello gris y sus profundas arrugas, su aspecto distaba mucho del que tenía entonces. Con los años, el conde de Middlesbrough parecía haber perdido la energía y la determinación que siempre lo habían caracterizado. El hombre erguido y decidido de antaño había sido sustituido por una sombra encorvada que lo miraba con una mezcla de cariño y pesar.

—Sí, milord —respondió, aunque estaba seguro de que había sido una pregunta retórica. Habían tenido la misma conversación cientos de veces.

El hombre asintió sin convicción.

—El compromiso es ya prácticamente un hecho —agregó Alex, tratando de disipar las dudas que pudiese tener al respecto—. Todo el mundo sabe que Celine es mi novia.

—Es muy hermosa —murmuró el anciano—. Y su padre es un baronet.

Alex asintió. Los dos hechos eran innegables, pero no tenía la menor idea de a dónde quería llegar.

—¿La amas?

Aquella pregunta lo sorprendió. El amor no era algo que a la aristocracia le preocupara demasiado.

—Será una buena esposa.

El hombre chasqueó la lengua, como si hubiese esperado su evasiva.

—Me gusta —añadió Alex, defendiéndose de un ataque que, en realidad, no se había producido—. Y ella me quiere.

—Siendo así —murmuró Middlesbrough—, está todo dicho. Espero que te haga feliz.

Alex asintió. No tenía ninguna duda con respecto a Celine. Hacía meses que la cortejaba y ella no había vacilado a la hora de confesarle sus sentimientos. A diferencia de los demás, ella no había prestado atención a los rumores sobre su procedencia ni le importaba en lo más mínimo su falta de título. Tendrían una vida tranquila en la propiedad que el conde le había legado en Hampshire y que debería haber pertenecido al más pequeño de sus vástagos, el cual había perecido antes incluso de alcanzar la mayoría de edad. La muerte del chico, tantos años atrás, había dejado al conde sumido en una tristeza que el tiempo no había logrado borrar de sus ojos.

Alex no apreciaba demasiado el circo aristocrático y Celine no había hecho comentario alguno de que deseara frecuentarlo, por lo que, aunque apenas alternarían en sociedad, estaba convencido de que a ninguno de los dos le importaría. El padre de ella, pese a poseer un título menor, carecía de riqueza y Celine solo había pisado los salones más selectos durante esa temporada, la única que su familia había podido permitirse. La vida siendo su esposa no sería muy diferente de aquella a la que estaba acostumbrada y él no estaba dispuesto a esperar más para comenzarla. Esa noche hablaría con ella y al día siguiente se reuniría con su padre. Una formalidad. El baronet lo trataba ya como un miembro de la familia.

—Estás preciosa.

Celine sonrió y batió sus largas pestañas mientras lo miraba con picardía.

—Tú tampoco estás nada mal.

Alex rio y alargó su mano para acariciar su mejilla con suavidad. Ella se sonrojó y se apartó.

—Está todo el mundo mirándonos.

Sin entender su repentina timidez, miró a su alrededor. Como imaginaba, nadie les prestaba atención. Su inminente compromiso

era un secreto a voces. Algo de lo que, estaba seguro, ella misma era responsable.

—Tenemos que hablar —murmuró sin mirarlo.

Él asintió.

—Reúnete conmigo en el invernadero.

Ella negó.

—No quiero salir de la casa.

Esa respuesta lo sorprendió. No sería la primera vez que estuvieran solos y ella jamás se había mostrado reticente al respecto.

—Junto a la mesa de los refrigerios hay un balcón.

Alex miró en aquella dirección. En efecto, había una pequeña terraza con la puerta abierta y cubierta, únicamente, por una cortina tan ligera que se podría ver desde el salón a cualquiera que se hallase en aquel espacio. Frunció el ceño. No tendrían ninguna intimidad en aquel lugar. Iba a protestar, pero la expresión de Celine lo detuvo. Esa noche estaba muy extraña. Parecía alerta y distante, muy alejada de la actitud pícara y juguetona con la que solía dirigirse a él. Asintió. Si eso era lo que necesitaba, él se lo daría. Haría lo que fuera por ella.

Sin dedicarle una última mirada, Celine se dirigió al balcón. Alex esperó unos minutos, fingiendo interés por alguna de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor. Por fin, la siguió.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en cuanto se hubo reunido con ella.

Celine se apoyó en la balaustrada y sus ojos oscuros se perdieron en la noche.

—No debemos pasar tanto tiempo juntos.

Él frunció el ceño.

—Celine —dijo impaciente—, lo que hay entre nosotros es de dominio público. Puede que no lo hayamos formalizado todavía, pero nuestro matrimonio es un hecho.

Ella negó con la cabeza.

—No lo es.

Alex la miró sin entender nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella titubeó un instante.

—Alguien más ha pedido mi mano.

Él hizo una mueca. Tal vez debería indignarse porque otro hubiese osado acercarse a ella, pero estaba tan seguro de Celine que solo sintió compasión por el pobre diablo.

—Todo el mundo sabe que eres mi novia.

Ella parecía cada vez más incómoda.

—Creo que a él no le importa.

Alex rio.

—¿Y quién es ese infeliz?

Celine se giró y lo encaró.

—El duque de Whitehaven.

Frunció el ceño. Aquello no tenía ningún sentido. Aquel tipo era un buen amigo de Middlesbrough. Él, mejor que nadie, sabía lo que había entre Celine y Alex. Además, su título estaba solo un escalón por debajo de la monarquía, con quien estaba emparentado. Pese a su edad, podía elegir entre las hijas de nobles de mucha más alcurnia que la de un baronet. Soltó un bufido.

—Es absurdo —negó—. Tiene que ser una broma.

Celine lo miró ofendida y él se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Cómo se ha tomado tu rechazo? —preguntó cambiando de tema.

Celine enrojeció, su nerviosismo era evidente.

—¿Te ha hecho algo? —inquirió, sintiendo como la furia lo invadía —. Si te ha ofendido de algún modo, lo mataré.

Ella negó sin mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —insistió, tratando de encontrar algún sentido a todo aquello.

—No lo he rechazado —dijo mirándolo a los ojos por fin—. Me convertiré en duquesa en unas semanas.

Alex tardó varios segundos en procesar lo que ella había dicho. Sin duda, aquello tenía que ser una broma. Una broma extraña, que él no era capaz de comprender, pero una broma, al fin y al cabo. Celine lo amaba. Se lo había dicho más de una vez. No tenía sentido que aceptara la propuesta del duque por encima de la suya.

—¿Ha sido tu padre? —preguntó, comprendiendo de pronto. Casar a su hija con un aristócrata de tan alto rango sería un triunfo para él

—. ¿Ha aceptado el compromiso por ti?

Celine suspiró.

—Pertenezco a lo más bajo de la nobleza, Alex —explicó—. Pese al esfuerzo de mi familia, mi dote no es tan tentadora como para atraer a un gran número de pretendientes y estoy muy lejos de ser una de las incomparables de la temporada. Jamás me atreví a soñar siquiera con recibir una proposición así. ¿No entiendes lo que significa? Estaré solo un peldaño por debajo de la reina. Me invitarán a todos los eventos relevantes. ¡Todos querrán relacionarse conmigo!

—No sabía que eso era importante para ti —reconoció Alex comprendiendo que, quizá, no la conocía como creía.

Celine esbozó una ligera sonrisa.

—La posición es importante para todo el mundo.

—No para mí. —Sonó más brusco de lo que esperaba, pero le dio igual. No estaba dispuesto a alargar más aquello.

Una chispa de algo que él no entendió brilló en los ojos de ella.

—Si no fuera importante para ti, no me habrías elegido. —Alzó la mano para detener su réplica—. No eres nadie, Alex, y yo, aunque esté en lo más bajo de la pirámide, soy noble. Casarte conmigo sería tu forma de consolidar tu posición entre nosotros.

Celine se alejó de la balaustrada y le dio la espalda, dispuesta a entrar de nuevo en el salón.

—Dijiste que me amabas. —A Alex le sorprendió el tono lastimero de su propia voz.

Ella suspiró, pero no se volvió.

—Hubiera dicho cualquier cosa que me asegurara una propuesta de matrimonio antes del final de la temporada.

Alex recorrió el salón de los Mathews sin reparar en nada de lo que lo rodeaba. No se fijó en las matronas que cuchicheaban en una esquina mirando a la pobre desgraciada a la que habían elegido como objetivo de su malicia ni oyó las notas del vals que la orquesta comenzaba a tocar. No escuchó al conde llamándolo preocupado ni los suspiros que desencadenó la llegada del heredero del marqués de Stratford. Con paso decidido, se dirigió a la sala contigua al salón,

en la que los hombres importantes, aquellos que no podían perder su tiempo atendiendo comentarios sobre el clima ni bailando piezas con jóvenes casaderas, se reunían para fumar y hablar de política. No titubeó ante el abierto rechazo que provocó su llegada ni sintió incomodidad alguna cuando todos se callaron, como si sus conversaciones fueran demasiado sofisticadas para alguien como él. Solo se detuvo cuando alcanzó a su objetivo y lo sujetó por las solapas.

—Eres un hijo de puta —siseó, lanzando al duque de Whitehaven contra la pared.

A su alrededor, la consternación se hizo palpable.

—¡Fuera! —ordenó una voz tajante y todos los hombres que habían estado compartiendo confidencias con el duque lo abandonaron sin mirar atrás.

Alex no reparó en el recién llegado. Sin verlo, sabía de quién se trataba. A pesar de su frágil apariencia, nadie osaba contradecir al conde.

—¿Qué demonios estás buscando? —Alex se acercó de nuevo, tratando de sujetarlo—. ¡No se casará contigo!

El hombre se alisó la chaqueta por donde él lo había agarrado. Pese a su ataque, no mostró inquietud.

—No deberías olvidar de dónde vienes, muchacho. Los que son como tú no pueden aspirar a casarse con la hija de un par. Ni aunque este pertenezca a lo más bajo de la nobleza.

Alex trató de asestar un puñetazo a aquel arrogante, pero Middlesbrough lo sujetó. El contacto del anciano lo tranquilizó un poco.

—No se casará contigo —repitió alzando el mentón y apretando los dientes.

El duque no respondió.

—Por supuesto que no, hijo —intervino el conde y Alex sintió como su agradecimiento a aquel hombre aumentaba—. No se casará con nadie.

Alex lo miró, confuso.

—Eso ya lo veremos —murmuró Whitehaven apartándose.

—No —sentenció el anciano mientras negaba con la cabeza. No

alzó la voz ni hizo ningún aspaviento. No era necesario. El conde de Middlesbrough, pese a su debilidad aparente, podía acallar a una multitud solo con un susurro.

Un presentimiento atenazó a Alex.

—¿Tú lo sabías?

El duque se rio con desdén.

—Por supuesto que lo sabía —aseguró—. Fue idea suya.

Alex no podía creer lo que oía. Miró al hombre al que le debía la vida, expectante, deseando que aclarara todo aquel malentendido. El anciano sabía lo que sentía por Celine, jamás apoyaría que otro se interpusiera en su felicidad. Sin embargo, no lo negó. Lo miró con sus ojos cansados, que ya habían visto tanto en la vida, aun cuando, en realidad, no habían visto nada.

—Debes buscar una buena chica —aconsejó—. Pero no está en los salones de Mayfair.

Alex lo entendió por fin. Siempre había sabido que aquel no era su sitio, aunque no había comprendido que, incluso para quienes parecían aceptarlo, era un intruso. Sus extraordinarios ojos grises, tan inusuales como fríos, se toparon con otros del mismo color exacto. La seña de identidad de la familia Edevan que el conde había reconocido, tanto tiempo atrás, en un lugar que nunca debería haber existido.

—Algún día te arrepentirás de esto —siseó, fulminando al duque con la mirada.

Su amenaza no incluía a Middlesbrough. No era necesario. Su tutor acababa de morir para él.

Furioso, abandonó la habitación y, ni por un instante, volvió la vista atrás.

Capítulo 1

Londres 1863

Si la vida hubiera sido justa, lady Penelope Willeta Arden habría nacido con la capacidad de cambiar el mundo. Hija de un duque y prima de otro, habría usado su escaño en el Parlamento para gritarles a la cara a aquellos esnobs con título que las circunstancias de su nacimiento no los hacía mejores que los trabajadores a los que explotaban en sus fábricas o los sirvientes a los que humillaban en sus casas. Como heredera legítima de un título del calibre del que ostentaba su padre y estando como estaba emparentada con la monarquía, les habría dado voz a los más débiles, a aquellos a los que nadie escuchaba.

Pero el destino le había negado aquella posibilidad en el mismo instante en el que la comadrona había anunciado al duque que había sido padre. De una niña.

Desde su primer llanto, Penelope lo había tenido todo en contra. Sin embargo, eso no quería decir que se hubiera resignado. Porque si algo caracterizaba a Penny era su inteligencia y su perseverancia. Y su torpeza. Este último rasgo era incuestionable e imposible de suavizar. Lady Penelope era torpe. Aunque solo cuando se ponía nerviosa. Lo cual ocurría la mayor parte del tiempo. Por esta razón, era incapaz de encadenar más de dos pasos de baile sin pisar a su acompañante. Arrastraba manteles a su paso. Vertía copas de limonada sobre sus vestidos y nunca llevaba el sombrero en su sitio. Pero, sobre todo, y esto era lo que más la mortificaba, jamás decía lo que debía decir. Algo que acababa de demostrar al soltar una floreada maldición ante el hombre que tenía frente ella y cuyo beneplácito necesitaba para su último proyecto, ese con el que pretendía cambiar el mundo.

—Lo siento —se disculpó, mirándolo a los ojos. Otra de sus

mejores cualidades. No tenía ningún problema en disculparse. Y jamás mentía.

Su interlocutor asintió, aunque en su rostro no se distinguía emoción alguna. La miraba con intensidad, pero Penny fue incapaz de leer sus pensamientos. Eso la ponía nerviosa. Recordó su primer encuentro, cuando él se había dirigido a ella con un descaro fuera de lugar. Por escandalosa que fuera, hubiera preferido que mantuviese esa actitud. Le resultaría más fácil tratarlo.

Recuperándose de la sorpresa inicial, se recompuso.

—No sabía que usted era el dueño del club —aclaró tratando de justificar su reacción.

Él se encogió de hombros.

—Me hubiera sorprendido lo contrario. —Acomodándose en la butaca que ocupaba tras un enorme escritorio repleto de carpetas y documentos, cruzó las manos sobre su estómago, completamente plano—. Y ahora, ¿podemos dejar las charlas triviales e ir al grano? Pese a lo que todos parecen creer esta mañana, tengo cosas que hacer.

La miró a los ojos de nuevo.

—¿Qué narices hace aquí y dónde demonios está su acompañante?

Penny se encogió de hombros.

—No la necesito —aclaró.

El hombre la miró con escepticismo.

—Está en un club de juego —aclaró, como si ella necesitase que le explicaran la situación—, con un hombre cuyo nombre jamás debería aparecer junto al suyo. En su despacho. A solas. —Negó con la cabeza—. Le aseguro que necesita una acompañante. De hecho, por lo que sé de usted, es probable que necesite más de una.

A Penny le sorprendió su comentario.

—¿Qué es lo que sabe de mí?

Alex alzó los ojos al cielo y musitó una oración. No era una persona religiosa, pero, al parecer, esa mañana iba a necesitar toda la ayuda divina disponible para no volverse loco. Primero, la nieta de un marqués aparecía asegurando que quería ser crupier en su club.

¡Crupier, maldita sea! ¡Y ni siquiera sabía jugar a las cartas!

Y ahora, la hija de un duque había tenido a bien visitarlo, sin chaperona ni precaución alguna, por un motivo que él desconocía y que ella parecía haber olvidado.

La inspeccionó sin disimulo y suspiró. Había llegado en el peor momento. Esa mañana no se sentía con la energía suficiente. Había dormido menos incluso de lo que solía hacerlo y la honorable Annie Campbell acababa de llevarse la poca paciencia que poseía. Sabía que pronto tendría que tratar con lady Penelope, pero sería bajo sus términos y en una situación en la que él tuviera el control.

Se levantó, estirando sus entumecidas extremidades, y se percató, no sin satisfacción, del modo en que ella lo recorría con la mirada.

—Lady Penelope —murmuró con una calma que no sentía—, tiene un minuto para explicarme el motivo de su visita. De lo contrario, asumiré que, sencillamente, ha perdido la razón y llamaré a su primo para que se haga cargo de usted. —Al darse cuenta de que ella seguía mirándolo, fingió pensarlo mejor—. O la seduciré, ya que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí.

Ella parpadeó y tuvo, al menos, la decencia de sonrojarse. Aunque había pretendido incomodarla, no lo logró. Al parecer, no era tan fácil escandalizarla.

—No estoy loca —aclaró frunciendo el ceño—. He entrado por la puerta de atrás.

Él asintió. Ese mismo día tapiaría la maldita puerta. O el callejón entero. Por lo visto, aquel pasadizo mugriento ejercía algún extraño embrujo sobre las damas de la ciudad.

—¿Y bien? —insistió.

—Debería mandar a los niños a la escuela.

Alex la miró extrañado. ¿De qué demonios le hablaba? Ella pareció entender su confusión.

—Sé que ha financiado varias casas de acogida para mujeres sin recursos en... —carraspeó incómoda— situaciones complicadas.

—Preñadas —aclaró Alex disfrutando de su desazón.

Lady Penelope lo miró pensativa. Al parecer, no había logrado incomodarla lo suficiente para que se largara.

—Nunca había escuchado llamarlo así. —Asintió—. Financia casas

de acogida para mujeres preñadas. —Hizo una mueca—. Creo que no me gusta esa palabra.

Alex cerró los ojos y contó hasta diez. Era un hombre acostumbrado a no mostrar sus emociones, pero estaba a punto de perder el poco autocontrol que le quedaba.

—Eso significa que tienen bebés —continuó ella y él se pellizcó el puente de la nariz como si con eso pudiera hacerla desaparecer.

—Sí —asintió—. Suele ser el desenlace lógico para esas situaciones.

Lady Penelope le sonrió con dulzura, lo que lo inquietó todavía más.

—Vengo a pedirle que construya escuelas junto a esas casas. Los niños aprenderían literatura, latín o matemáticas. Incluso sus madres podrían formarse.

Alex la miró. No sabía por qué ella conocía la existencia de esos lugares. No entendía cómo demonios se había enterado de que era él quien estaba detrás. Lo que estaba claro era que esa muchacha no tenía ni idea de quiénes eran esas mujeres ni de lo que les esperaba a esos niños.

—*Lady* Penelope —dijo poniendo especial énfasis en su título—, debería volver a casa. Vaya a la modista, borde cosas o haga lo que sea que hacen las damas de su posición. No sabe nada de la realidad que existe más allá de Mayfair.

Sus palabras indignaron a la joven y Alex se sorprendió al percatarse de que ella no hacía ningún esfuerzo por ocultar lo que sentía.

—¡No me conoce! —recriminó ofendida—. No sabe nada de mí.

Alex negó con la cabeza y comenzó a pasearse por su despacho.

—Sé que es la hija del duque de Whitehaven, que su madre murió en el parto y que su madrastra es poco mayor que usted. —Se detuvo y la miró—. Sé que su tío, el hermano de su madre, ha supervisado a escondidas su educación y que le pasa una pequeña asignación mensual de la que su padre no sabe nada.

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo demonios sabe eso?

A Alex le hizo gracia su desconcierto, pero no sonrió.

—Yo lo sé todo, lady Penelope. Por eso sé que a esos muchachos que tanto le preocupan no les servirá de nada saber historia o geografía. Son niños sin futuro. Al igual que sus madres.

Lo miró con tal fijeza que Alex comenzó a sentirse incómodo.

—Somos nosotros, los nobles y las clases acomodadas, los que se lo robamos. —Negó con pesar—. Creía que usted, mejor que nadie, lo entendería.

Por alguna razón que no lograba comprender, su expresión lo hizo sentir extraño. Una mezcla de incomodidad, angustia y... ¿tristeza? No se paró a analizar sus sentimientos. Necesitaba sacarla de allí cuanto antes. Se había acercado a ella por primera vez en la fiesta de lady Wentworth por curiosidad. Deseaba saber quién era la mujer que serviría para culminar su venganza. Había sido un error. Lady Penelope no era como él imaginaba. No era una noble mimada y pagada de sí misma. Era menuda y delgada. Y nerviosa. Incluso en ese momento, mientras lo escrutaba con expresión de censura, sus manos no dejaban de moverse y había una tensión contenida en su cuerpo que a Alex le recordaba a un cervatillo a punto de salir corriendo. Descubrir esos rasgos, darse cuenta de que era humana, había sido una equivocación.

—Tiene que volver a casa —repitió.

Ella lo miró una última vez, apretó los labios y asintió.

—Tal vez no sea un aristócrata por nacimiento —susurró ella mientras se iba—, pero se ha convertido en uno de ellos por contagio. Y eso es mucho peor.

—Aristócrata por contagio —murmuró Alex horas después mientras comprobaba una a una todas las barajas que se usarían esa noche.

No había parado de darle vueltas a lo que ella había dicho. Él le había dejado claro que despreciaba a su clase en el mismo momento en que la había conocido y, no obstante, ella había soltado aquella estupidez con total convencimiento. Y lo había incomodado. ¡Maldita sea! Hacía mucho que nadie lo incomodaba. Alex se enorgullecía de su total indiferencia a las opiniones ajenas y no podía entender por qué con ella tenía que ser diferente.

Con furia comenzó a lanzar las parejas de dados que habían dejado sobre una de las mesas del club para que él los comprobara. Hacía aquello cada noche. Revisaba cada tapete, cada ruleta y todos y cada uno de los juegos de naipes y de dados que entraban en su local.

—Aristócrata por contagio —repitió con una indignación que iba en aumento.

Había sido un error de cálculo acercarse a ella. La maldita curiosidad le había jugado una mala pasada.

Miró la mesa y frunció el ceño. Recogió la última pareja de dados y los deslizó entre sus dedos. Los pesó y los calentó en la palma de su mano. Finalmente, los lanzó sobre el tapete de nuevo. Entrecerró los ojos y repitió el movimiento. Una. Dos. Tres veces. Apretó la mandíbula.

—¡Jim! —llamó a su jefe de sala.

Sentía cómo la ira bullía en su interior. En su club no se hacían trampas y, si se hicieran, no sería de un modo tan chapucero.

—¿Qué ocurre, señor?

Alex no respondió. Lanzó los dados de nuevo. No necesitó más que unas cuantas tiradas para que el otro hombre comprendiera la situación.

—Están cargados —comentó con sorpresa.

—¿Tú crees? —ironizó Alex—. Y yo que creía que estaba ante una milagrosa plaga de doses.

Jim lo miró contrito.

—No sé qué ha podido suceder, señor.

—Pues averígualo. Y echa a la calle al responsable. —Alex se apartó de la mesa—. En este club no hacemos trampas. —Negó con la cabeza—. Jamás ha sido necesario.

No le dedicó una segunda mirada a su empleado. Confiaba en Jim, haría su trabajo. Algunos pensarían que había tenido suerte al elegir a sus trabajadores de confianza. Sin embargo, y pese a lo irónico de tal suceso, Alex no creía en la suerte. Los había escogido a conciencia y sabía muy bien de dónde procedía cada uno. También ellos sabían de dónde venía él. Se metió las manos en los bolsillos y se alejó mientras su mente regresaba al problema más acuciante al

que se enfrentaba. Su futura amante lo había llamado aristócrata por contagio.

Penny se escurrió con sigilo en el estudio de lord Harrow. Con cuidado cerró la puerta, dejando al otro lado la cacofonía de voces procedentes del salón de baile y de las salas aledañas, donde la muchedumbre se había ido desperdigando, así como las notas de la polca que la orquesta había comenzado a tocar hacía escasos segundos.

Recorrió la estancia con una rápida mirada y solo tardó un momento en detectar los objetos de más valor. Un cuadro con góndolas y una gran catedral de fondo situado frente al escritorio y que identificó enseguida como un Canaletto. Un par de candelabros de plata sobre la chimenea. Un joyero de oro con un medallón central decorado con jaspe verde y azul. ¡Maldición! Podría lograr una pequeña fortuna con cualquiera de aquellas cosas. Sin embargo, una dama no podía salir tan campante de un baile con un Canaletto bajo el vestido. Ni siquiera la caja era lo bastante pequeña como para pasar desapercibida. Suspiró. Estaba harta de conformarse con baratijas por las que tan solo lograba unas libras y a cuyos dueños apenas les afectaba su pérdida, más allá del orgullo herido por el hecho de que alguien osase robarles lo que era suyo bajo su propio techo.

Su mirada se detuvo en el escritorio de caoba labrada, ordenado con minuciosidad. Un tintero de cristal y plata, con un complejo grabado de filigranas y el escudo de la familia en el frente, se hallaba a la derecha del tapete de cuero que cubría el mueble. Alineados con él había un portaplumas de marfil exquisitamente tallado y un abrecartas dorado. No pudo evitar comparar aquella mesa con la que había visto el día anterior en el Black Diamond, con sus carpetas apiladas y sus papeles desperdigados. No había imaginado que dirigir un club supusiera tanto trabajo. Recordar aquel lugar la entristeció de repente. Había creído que un hombre que destinaba tanto dinero a ayudar a aquellas mujeres estaría encantado con su idea. Había fantaseado con que ambos trabajarían

juntos para mejorar la vida de aquellos niños. Suspiró. Era evidente que se había equivocado.

Con ímpetu renovado, volvió a su búsqueda. Aquello era lo único que podía hacer en ese momento. Desde hacía algún tiempo, había voces en el Parlamento pidiendo cambios en la ley de pobres. Su abolición, incluso. Sin embargo, hombres como lord Harrow se oponían a cualquier iniciativa o enmienda. Penny sintió una nueva oleada de rechazo. Aquellos aristócratas trataban a las clases más bajas como a animales.

¡Mentira!

Incluso sus caballos eran mejor considerados que los pobres.

Con rabia, abrió el primer cajón del escritorio. Cartas, plumas, el sello con el blasón familiar. Nada que sirviera. Lo cerró con desgana y abrió el siguiente. Más cartas. Un tintero. Bajo un montón de papeles, un destello dorado llamó su atención. Apartó las hojas con cuidado y sonrió. Lord Harrow guardaba toda una colección de relojes de bolsillo en un cajón de su despacho. Un error por su parte. Los analizó con detenimiento. Algunos tenían piedras incrustadas y grabados. Eligió tres de ellos. Los menos llamativos. Sería más fácil empeñarlos.

Un ruido al otro lado de la puerta la sobresaltó y se percató de que unas voces masculinas se acercaban.

—¡Maldición! —murmuró cuando la puerta del estudio de lord Harrow comenzó a abrirse y las voces en las que no había reparado hasta ese momento se escucharon con sorprendente nitidez.

Sin pararse a pensar, abrió el compartimento situado en la parte de abajo de una estantería y, a duras penas, se introdujo dentro. El espacio era mucho más pequeño de lo que había esperado y cerrar las puertas se convirtió en un reto. Tras unos angustiosos segundos tirando de ellas mientras contenía la respiración y se apretujaba al máximo en aquel minúsculo espacio, logró su objetivo justo en el mismo instante en el que el conde y su interlocutor entraban en la estancia.

—Estoy seguro de que puedo sorprenderlo, lord Middlesbrough.

A través de los diminutos agujeros de la puerta del mueble, Penny vio entrar en la habitación la corpulenta figura de lord Harrow. No

tardó en aparecer en el umbral otro hombre de pelo blanco al que identificó de inmediato.

—Soy demasiado mayor, muchacho. —El anciano negó con la cabeza—. Hace mucho que las sorpresas se acabaron para mí.

Penny percibió la risa del otro hombre, que se paró justo enfrente del mueble que ella ocupaba. Cerró los ojos y contuvo la respiración, temerosa de que el más tenue suspiro atrajera la atención de aquellos caballeros sobre la estantería. Cuando volvió a abrirlos, él ya se había apartado y caminaba hacia la chimenea.

—Ni siquiera usted ha visto algo como esto —dijo lord Harrow con arrogancia—. Solo existe uno en el mundo. —Alargó la mano y sujetó un pequeño jarrón que descansaba sobre la repisa y en el que ella ni siquiera había reparado—. Y ahora lo tengo yo.

La visión de Penny era muy precaria a través de las ranuras de la madera, por lo que apenas acertó a ver algunas manchas borrosas sobre la vasija, de un intenso color azul.

—Es una pieza hermosa —asintió lord Middlesbrough—. Pero ¿qué la hace diferente a los cientos de jarrones chinos que decoran los salones aristocráticos en estos tiempos?

Lord Harrow chasqueó la lengua.

—¿Acaso no lo ve? Este jarrón perteneció al emperador Qianlong y está decorado con una mezcla de oro y plata casi imposible de lograr.

Penny vio cómo el otro hombre se acercaba. Harrow le tendió el objeto.

—¿Y cómo ha conseguido hacerse con una pieza tan excepcional? —preguntó el anciano mientras examinaba de cerca los dibujos.

Lord Harrow rio. Su risa produjo en Penny un rechazo inmediato. Eran varios los nobles que aparecían en su lista negra. Pero, por algún motivo, aquel le provocaba una especial aversión.

—Si le proporcionara esa información, milord —respondió—, tendría que matarlo.

El anciano no rio. Lo miró con fijeza un momento y, a continuación, le devolvió el jarrón.

—Imagino que se ha unido usted a los saqueos de los palacios chinos.

—Utilizar el término *saqueo* me parece un poco exagerado, milord —respondió lord Harrow petulante—. Digamos que he establecido algunas relaciones comerciales muy lucrativas. Pero el valor de este jarrón... —Suspiró—. Su valor es incalculable.

Lord Middlesbrough asintió.

—No debería mostrárselo a cualquiera, pues.

Harrow asintió.

—Por supuesto, lo reservo únicamente para mis amigos más especiales. Si no confiara en usted, no se lo enseñaría.

El otro hombre echó un vistazo a la habitación. Recorrió la estancia con su avezada mirada y, durante unos instantes, sus ojos se detuvieron en la estantería. Penny sintió su vista sobre ella, como si pudiera verla a través de la madera. Aunque sabía que era imposible, se estremeció.

—Deberíamos volver al salón, milord —dijo, por fin—. Lady Harrow no me perdonará que monopolice su atención en una noche tan especial.

El aludido asintió y, tras dejar el jarrón en su lugar, se dirigió a la puerta, seguido de cerca por el anciano. Antes de abandonar el estudio, lord Middlesbrough se giró y dirigió una última mirada al mueble que ella ocupaba.

Cuando, por fin, se quedó a solas en el despacho, Penny se movió con cuidado, intentando salir de su escondite. No obstante, al tratar de abrir la puerta del pequeño compartimento, se dio cuenta de que esta no cedía. Empujó con fuerza hasta que logró moverla y al hacerlo se percató de que un considerable trozo de la falda color esmeralda del vestido que lucía esa noche se había quedado apresado con ella. Cerró los ojos. Era imposible que lord Middlesbrough no lo hubiera visto. Suspiró. No sabía cuántas damas lucirían un vestido del mismo color que el suyo, pero no creía que hubiera muchas tan torpes como para acabar escondidas en un mueble minúsculo del despacho del anfitrión. Y lord Middlesbrough, íntimo amigo de su padre desde hacía décadas, la conocía bien.

Comprobó que los relojes permanecían a buen recaudo en el bolsillo interior de la falda. Con una maldición, los devolvió a su sitio. Si el anciano la delataba, al menos nadie podría relacionarla con

ningún robo.

Furiosa, cerró el cajón y se dirigió a la salida. No obstante, cuando estaba a punto de abandonar la estancia, se dio cuenta de que el broche de oro que el propio Middlesbrough le había regalado para su primera temporada y que había usado para adornar aquel vestido demasiado sencillo había desaparecido. Regresó sobre sus pasos y reconstruyó cada movimiento. Registró el mueble en que se había escondido y el escritorio, pero la joya no estaba en ninguna parte. Cada segundo que pasaba, el riesgo de permanecer en aquel lugar iba en aumento. Tal vez lo hubiera perdido cuando, al abandonar el salón de baile, se había tropezado con lady Mathews. Aquella mujer le resultaba tan desagradable que ni se había parado a evaluar los daños antes de alejarse con una disculpa entrecortada. Suspiró. Sentía verdadero cariño por aquel pasador.

Con una última mirada al valioso jarrón del que el conde estaba tan orgulloso, salió del despacho y cerró la puerta.

Alex no deseaba estar allí aquella noche. Hubiera preferido pasar la velada en una de las salas privadas del club. O en su cama, en compañía de alguna joven bien dispuesta. Suspiró. Hacía tiempo que no pensaba en el sexo. En las últimas semanas, su mente había estado tan ocupada ultimando los detalles para la caída de Whitehaven que no había prestado atención a nada más. Era solo cuestión de días que el duque descubriera la intrincada telaraña que llevaba años tejiendo a su alrededor, y Alex estaba disfrutando inmensamente con la sensación de anticipación que lo embargaba. Sin embargo, hacía meses que no estaba con una mujer y, aunque nunca le había preocupado la ausencia de compañía femenina, darse cuenta de ello lo contrarió.

Recorrió el salón con la mirada y reparó en las expresiones que lo rodeaban, desde los furtivos vistazos de algunas debutantes, conscientes de lo poco apropiado que él era, hasta el abierto desdén de las matronas. La mayoría de los hombres, por su parte, disimulaban su rechazo con gestos de indiferencia, ya fuera ignorándolo por completo o inclinando ligeramente la cabeza en

señal de reconocimiento. Sonrió. Aquel no era su sitio. Hacía años que se lo habían dejado claro. Y, sin embargo, había logrado tener tan bien sujetos a todos aquellos pedantes que ninguno se atrevería a hacerle un desplante público. Si quisiese podría arrancarse los pantalones y bailar una giga sobre la mesa de la limonada y nadie osaría contrariarlo.

No dejaba de ser curioso. Nadie en aquella sala conocía su identidad y, sin embargo, todos lo temían. Desde hacía años, cualquier descortesía hacia su persona no tardaba en acarrear serias dificultades para las finanzas del agresor en cuestión o la rescisión inmediata de su membresía en el Black Diamond. Y, aunque no sabía si su fingido respeto se debía a que intuían su vinculación con el club o a que lo consideraban portador de mala suerte, a Alex le traía sin cuidado. En una sociedad de adictos al juego y estúpidos supersticiosos, cualquiera de las dos cosas le daba poder. Y Alex era un auténtico adicto al poder.

—Me sorprende verte por aquí. —La voz del marqués de Stratford lo arrancó de sus cavilaciones—. Dos bailes respetables seguidos podrían dañar la reputación del infame Alexander Lonsdale.

Alex no sonrió. Miró a su primo de soslayo. Como siempre, Sebastian lucía magnífico. Ni su traje hecho a medida de corte impecable, ni su corte de pelo a la última moda eran los responsables de ello. Era tal el magnético atractivo de aquel hombre que despertaría la admiración de cuantos lo rodearan, fueran cuales fueran las circunstancias. De hecho, Alex dudaba mucho de que hubiera en Inglaterra caballeros más apuestos que su primo. Además, su personalidad despreocupada y su insolente sonrisa lo convertían en el destinatario de los suspiros y los desmayos de cuantas damas lo rodeaban. Miró a su alrededor. Como esperaba, la presencia de Sebastian había atraído sobre ellos las miradas de todas las mujeres de la fiesta. Y de algunos hombres. Percibió de inmediato los sonrojos, las sonrisas tontas, los jadeos e incluso algún desvanecimiento.

—¿Has elegido ya a tu conquista de esta noche? —preguntó con sorna—. Parece que hoy están dispuestas a ponértelo difícil.

Su primo no respondió y Alex lo observó con más detenimiento.

Solo entonces percibió la tensión en sus rasgos y la ausencia de humor en su rostro. Por primera vez desde que lo conocía, Sebastian no fingía para el público. Estaba preocupado y lo mostraba sin ambages.

—¿Qué sucede?

—Briony ha desaparecido. —La expresión del marqués se endureció—. Nadie sabe de ella desde hace dos días.

Alex no evidenció su sorpresa. Conocía a la díscola hermana del duque de Brighton desde hacía años. También sabía lo que su primo sentía por ella. Un hombre mejor que él se mostraría consternado en ese momento.

—Se habrá fugado por fin con Stanbridge. —Él no. Era lo suficientemente mezquino como para disfrutar con la desdicha de su primo—. O con algún otro caballero que no haya gozado todavía de sus favores.

De no estar en medio de un salón de baile, Sebastian le hubiera partido la cara. Alex era consciente de ello y, aun así, disfrutaba de su disgusto. A aquel marqués intocable le venía bien una dosis de humildad de vez en cuando.

—¿Qué haces aquí, pues? —interrogó con fingida indiferencia—. ¿No deberías estar en Hampshire buscando a tu damisela?

Sebastian bufó.

—La nota de Brighton ha llegado esta tarde. —Su enfado era evidente—. A su excelencia le ha parecido conveniente ocultar la desaparición de su hermana a todo el mundo. Incluso a mí.

Alex asintió. El duque y Sebastian eran íntimos amigos desde niños. Que no le hubiera comunicado de inmediato la desaparición de Briony era, sin duda, una afrenta para él.

—Al final, ha decidido informarme... —proseguía Sebastian, cada vez más indignado— con el propósito de que busque a su prima en esta condenada fiesta y la lleve de inmediato a Hampshire para que haga compañía a su familia.

—No está. —Alex ignoró su enfado. Stratford había sido un cabrón con Briony y tenía más que merecido aquel castigo.

Sebastian lo interrogó con la mirada.

—Lady Penelope —aclaró—. No está en el baile.

Su interlocutor frunció el ceño.

—¿Qué demonios haces aquí, Alex? —Lo miró con recelo—. Penny es una buena chica. Sea lo que sea lo que quieras de ella, déjala en paz.

Antes de que pudiera responder, un pequeño alboroto llamó su atención. Uno de los sirvientes, que portaba una bandeja repleta de copas de champán, acababa de derramarlas sobre una joven con un vestido verde esmeralda. Ninguno de los dos reconoció a la chica. No había nada destacable en ella y los rasgos de su rostro no se distinguían a tanta distancia. Hasta que rio. Una risa clara y cristalina que se elevó por encima de los murmullos de consternación y los cuchicheos disgustados de los presentes. Una risa divertida de verdad. Alex la reconoció. Cualquier jovencita se sentiría avergonzada, irritada incluso, si alguien arruinara su vestido en medio de un baile. Lady Penelope, sin embargo, se reía con ganas mientras intentaba tranquilizar al mortificado camarero.

Muy a su pesar, Alex sintió cómo las comisuras de sus labios se elevaban un poco. Solo la había visto en dos ocasiones, pero habían sido suficientes para completar con pinceladas reales el cuadro abstracto que había pintado con la información que poseía sobre ella. Y resultó que le agradaba aquella muchacha. De haber sido el protagonista de una tragedia griega, aquel hecho debería contrariarlo. Estaría obligado a odiarla y clamaría venganza contra ella, al igual que lo hacía contra su padre. Pero él no era ningún personaje de Esquilo, ni un Montesco ni un Capuleto. Para Alex, los lazos familiares no tenían significado alguno. Penelope era una herramienta para alcanzar un fin, pero no sentía deseos de lastimarla.

—Parece que estabas equivocado esta vez —murmuró Sebastian, alejándose de él—. Que me aspen si esa no es Penny.

Alex no se movió. Desde la posición que ocupaba, muy cerca de uno de los balcones, vio cómo su primo se acercaba a la dama. La conversación entre ambos fue breve y Stratford desapareció tan rápido como había llegado. Lady Penelope recorrió la sala con la vista y, por un instante, sus miradas se encontraron. Y Alex la deseó. Aquella sensación, aquel anhelo de alejarla de allí y llevársela a un

lugar donde estuvieran solos, lo pilló por sorpresa. Chasqueó la lengua. Esta vez su periodo de abstinencia duraba demasiado. La buscó de nuevo, pero ella ya había desaparecido. En su lugar, su mirada se cruzó con la del duque de Whitehaven, que sonrió burlón. Junto a él, Celine conversaba con la anfitriona.

Se metió las manos en los bolsillos y se alejó. Ya no pintaba nada allí. Había acudido con la única intención de incomodar a los asistentes. Disfrutaba haciéndolo de vez en cuando.

Suspiró. Se estaba engañando a sí mismo. Había acudido para verla. No porque no hubiera podido dejar de pensar en ella desde que había abandonado su despacho, ni porque quisiera escuchar su parloteo nervioso, sino porque lo había enfadado tanto que su afirmación había rondado su mente durante las últimas treinta y seis horas. Aristócrata por contagio. ¿Qué demonios se había creído?

Capítulo 2

Con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y apoyado con despreocupación sobre una mesa de *vingt-et-un*, Alex observó la calle a través de una de las ventanas. El día había amanecido lluvioso y una espesa niebla cubría la ciudad. Eran pocos los transeúntes que caminaban por las aceras y los que lo hacían se movían con prisa. Las carretas de mercancías traqueteaban sobre los adoquines desiguales haciendo tambalear su carga. En alguna parte, el grito de un cochero rompió los sonidos rutinarios y un caballo relinchó. Una nueva mañana en las calles de Londres, muy similar a la anterior y, con toda probabilidad, casi igual a la siguiente. El tiempo parecía un engaño en aquel lugar. En pocas semanas celebrarían el quinto aniversario del club y, sin embargo, Alex todavía esperaba despertarse de pronto en Middlesbrough Hall, como si no hubiera pasado una eternidad desde la última vez que había estado allí. No se hubiera sorprendido si, al abrir los ojos, se hubiera encontrado en su antiguo cuarto. Se levantaría, sin más, y bajaría a la sala matinal para desayunar con su tutor mientras hablaban de la última ley aprobada en el Parlamento o de las anticuadas opiniones de tal o cual aristócrata.

Desganado, se apartó de la mesa. Llevaba ocho años sin hablar con el conde y, si bien al principio el anciano había tratado de acercarse, hacía mucho tiempo que había desistido. Y Alex se alegraba de ello. Aunque fuera la única familia que había conocido, jamás lo perdonaría.

—Señor.

La voz de Jim lo arrancó de sus fantasías. Se giró para mirarlo.

—Señor —repitió el encargado sin sostenerle la mirada. Su nerviosismo era evidente. Eso no le gustó. Lo había nombrado jefe de sala por su habilidad para ocultar sus emociones. Alzó una ceja y

lo miró interrogante.

—Los dados... —murmuró el otro hombre—. Sé quién es el responsable.

Asintió. No esperaba menos. El empleado titubeó de nuevo y Alex resopló.

—¿Quién demonios hace trampas en mi club, Jim? —instó impaciente.

—Ha sido Channing, señor.

Aquella revelación lo tomó por sorpresa. Jasper Channing era uno de los muchachos más hábiles que manejaban sus mesas. Lo había conocido cuando no era más que un mocoso sucio y lleno de pulgas que malvivía en los escombros de lo que una vez había sido un almacén de grano, cuatro calles al este del club. Su madre lo había dejado al amoroso cuidado de una de aquellas granjeras que, por un módico precio, se hacían cargo de los vástagos no deseados, y había desaparecido. El destino había querido que sobreviviera a la falta de alimento y al total abandono hasta que lo vendieron a un herrero que disfrutaba tanto martillando en la forja como golpeando a un niño indefenso. Por fortuna o por desgracia, había logrado escapar antes de que a su amo se le fuera la mano y había vagabundeado, alimentándose cuando podía de lo que otros desechaban y durmiendo entre cascotes y basura. La existencia de aquel niño había llegado a oídos de Alex. Su historia lo había conmovido y había firmado su entrada en el Black Diamond. Había ido en persona a buscarlo y él mismo se había encargado de instruirlo. Aquel saco de huesos se había convertido en un crupier tan habilidoso que otros locales pujaban por sus servicios.

—No puede despedirlo, señor. —Jim parecía genuinamente consternado.

Alex lo fulminó con la mirada.

—¿Qué has dicho?

Jim, que rondaba el metro ochenta de estatura, pareció encogerse de repente.

—Es el mejor —murmuró.

Alex negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo descubriste que era él? —interrogó—. ¿Te lo dijo, acaso?

Asintió. El bufido de Alex sobresaltó a varias de las sirvientas que limpiaban el polvo al otro lado de la sala.

—Es absurdo.

—Le aseguro... —Antes de que el encargado terminara, le hizo un gesto para que se detuviera.

—¿Cómo se produjo esa confesión, Jim?

El hombre dudó un momento.

—Quise cumplir su encargo lo antes posible, señor —comenzó—. Así que, esta mañana, reuní a todos los trabajadores en la cocina y les expliqué lo sucedido. Les dije que debía aparecer el culpable antes de que el club abriera sus puertas esta noche.

—Y Channing, por supuesto, confesó —ironizó Alex.

—No, señor. —Parecía avergonzado—. Como nadie decía nada amenacé con tomar represalias.

Alex asintió. Él hubiera hecho lo mismo.

—Les dije que el club retendría sus salarios hasta que alguien diera la cara.

Fue entonces cuando Alex lo entendió. De todos sus empleados, Channing era el que tendría más fácil encontrar un nuevo empleo. Sin embargo, las siguientes palabras de Jim desmantelaron su teoría.

—La chica nueva —continuaba el hombre—, la muchacha rubia a la que contrató, dio un paso al frente. —Rio con ganas—. ¿Se imagina? Tiene buen corazón esa pequeña, pero nadie se creería que hubiese hecho tal cosa cuando no llevaba ni veinticuatro horas trabajando aquí. Fingí creer que había sido ella y le pedí que recogiera sus cosas. Fue entonces cuando Channing reconoció su culpa.

Alex suspiró. Sabía que aquella chiquilla, a la que había acogido por pena y cuyo nombre había olvidado antes incluso de que abandonara su despacho, iba a traerle problemas. Pero no esperaba que fuera tan pronto.

—Dile a Jasper que quiero hablar con él de inmediato.

Jim asintió y desapareció por el pasillo. Alex se apoyó de nuevo contra la mesa y cerró los ojos. Había simpatizado con la condesa de Ashford en cuanto la había visto aparecer, hecha una furia, para exigirle a James, uno de sus empleados, que cumpliera con la mujer

a la que había dejado embarazada. Se había sorprendido al descubrir que aquella a la que la dama defendía con tanta vehemencia no era más que una doncella. Esa lealtad hacia alguien que cualquiera en su posición habría considerado inferior le había granjeado su simpatía. Por eso, en parte, había acogido a su prima. Pero eso no justificaba, ni mucho menos, que se fuera a convertir en su niñera. Maldita fuera. Aquella mujer había aprendido a hacer trampas en cuestión de horas.

Annie miró con consternación cómo Channing abandonaba la cocina siguiendo a Jim. Atenazada por los remordimientos, hizo el amago de seguirlos, pero la señora Sharp la sujetó por el hombro.

—Déjalos ir.

Abatida, dirigió su atención a la anciana.

—No lo entiende. Yo...

La señora Sharp negó con la cabeza.

—Querida —dijo—, en lugar de preocuparte por ese muchacho deberías empezar a pensar en lo que le contarás a Alex. No creo que tarde mucho en llamarte a ti.

Annie la miró, atónita, y la señora Sharp rio.

—Sé distinguir a un tramposo cuando lo veo —dijo risueña—. Y Alex también.

Cuando la mujer abandonó la estancia, Annie se dejó caer en una de las numerosas sillas que rodeaban aquella mesa. Recordó la primera vez que había pisado el club. Había acudido en busca de Jack, el ayuda de cámara del duque de Brighton, del que se había enamorado como una tonta. Desde que había atravesado la maltrecha puerta trasera del local, todo la había sorprendido: la claridad de las habitaciones a la luz del día, tan alejada de aquella siniestra imagen que las murmuraciones y los estereotipos habían creado en su mente; la elegancia de la decoración; el magnetismo que sintió al pisar por primera vez la sala de juegos principal. Suspiró. No había encontrado a Jack, pero se había encontrado a sí misma. O eso creía. Hasta que, al escuchar a Channing hablar de probabilidades, se le había ocurrido la idea de desafiar al azar.

Reclinándose todavía más en la silla, dejó que su mirada vagara por la cocina. Apenas llevaba unos días en el club, pero ya lo sentía como su casa. Todos la habían acogido con amabilidad. A cambio, ella había estado a punto de provocar que dejaran de percibir sus sueldos.

Pensó en Channing. Desde que la había visto, había estado pendiente de ella. Y, sin bien no era tan inocente como para no darse cuenta de que el interés del crupier no era meramente amistoso, él la había tratado con respeto. Incluso se había ofrecido a enseñarle los entresijos del juego en su tiempo libre y a escondidas del dueño. Se apretó el tabique nasal con los dedos. En su primera lección ya lo había metido en un lío. Al menos, esperaba que no lo despidieran.

Se levantó y colocó la silla en su sitio. Recorrió la mesa con la mirada antes de alejarse. Una de las cosas que más le habían llamado la atención de aquel lugar era la cantidad de asientos que había. La señora Sharp le había dicho que los niños eran bien recibidos en su mesa. No lo había entendido entonces. Había pensado que hablaba de los hijos de los trabajadores. Había estado equivocada. Aquella cocina estaba abierta a todos los niños de Londres. Sin preguntas ni sermones. Sin esperanzas. A cualquier pequeño que acudiera se le serviría un plato de comida. Y luego se le dejaría marchar por donde había venido.

Alex observó al hombre que tenía frente a él. Nadie diría que una vez había sido un esqueleto andante. Era alto y esbelto. Por lo que Alex sabía, hacía ejercicio con asiduidad y cuidaba su apariencia. Había oído a varias damas alabar su atractivo y sabía que gozaba de cierta popularidad entre las sirvientas. También sabía que él era consciente de todo eso.

—Está fuera de tu alcance —dijo, sin más.

Channing se sentó en una de las butacas azules que había frente a su escritorio, pese a que él no lo había invitado a hacerlo.

—No sé de qué me habla —respondió encogiéndose de hombros.

Alex suspiró.

—Es una dama —continuó, ignorándolo—. Y está aquí bajo mi protección.

El otro hombre se arrellanó todavía más en el asiento.

—Creo que la señorita Annie puede decidir por sí misma.

No le sorprendió su arrogancia. Asintió.

—Sin duda, puede hacerlo. —Se levantó y se acercó al lugar que Channing ocupaba. —Pero tú decidirás de forma autónoma y sin coacción perder el interés por ella.

Channing tardó unos segundos en responder. De pronto, un brillo de comprensión se reflejó en su mirada.

—Entiendo.

Alex negó con la cabeza. Acababa de acoger en su club a una joven y hermosa dama sin el menor conocimiento de la vida ni ninguna habilidad aparente. Podía deducir lo que Channing imaginaba.

—No —sentenció—. No entiendes nada. Pero tampoco me voy a tomar la molestia de explicártelo. Hazlo, sin más.

El otro hombre se levantó y se enfrentó a él. Pese a que había pocos tipos más altos que Alex, Channing no parecía dispuesto a dejarse intimidar.

—En realidad —replicó fanfarrón—, no puede decirme qué hacer con mi vida privada.

Alex lo fulminó con la mirada.

—Puedo mostrarte la puerta para que continúes con tu vida privada muy lejos del Black Diamond. —Se acercó más a él—. Si dejo caer que has robado las ganancias de mis mesas, ningún club te dará empleo.

La bravuconería de Channing desapareció de golpe.

—No puede echarme —respondió —. Soy el mejor crupier que tiene y lo sabe.

Alex no respondió.

—No podría sustituirme —aseguró.

Con un suspiro, Alex volvió a su asiento.

—No confundas el talento con la destreza —explicó—. Eres competente en tu trabajo porque alguien te ha enseñado a hacerlo. Una persona con talento habría aprendido por sí misma.

—Como usted.

Cruzó las manos sobre la mesa y apoyó el rostro en ellas. Fijó la mirada en el muchacho al que había instruido.

—Como la señorita Annie. —La sorpresa en el rostro de Channing casi lo divirtió. Casi—. Ten cuidado, chico. No tardaría mucho en enseñar a otro como lo hice contigo, pero tú no volverías a tocar una baraja ni en el peor de los *hells* del East End.

En cuanto Penny se apeó del coche de alquiler, un nauseabundo olor a heces, orín y alcohol inundó sus fosas nasales. Con disimulo, guardó en el bolsillo del desgastado pantalón verde que llevaba el mapa que había estado consultando y se caló la gorra todo lo que pudo. Por debajo de la visera atisbó la calle en la que se encontraba. Un par de tabernas se situaban a su izquierda. Trató de leer los letreros, pero su deterioro y la suciedad que los cubría se lo imposibilitaron. Observó furtivamente a un grupo de hombres que vociferaban junto a la puerta, discutiendo acerca de un pago que no habían recibido tras la descarga del último barco. Una mujer trataba de mediar entre ellos, pero ninguno de aquellos individuos le prestaba atención.

El ruido de una arcada muy cerca de ella la sobresaltó. Un tipo con la camisa deshilachada y los pantalones desabrochados vomitó junto a sus pies. Penny dio un salto hacia atrás, pero no pudo evitar que varias gotas salpicaran sus botas prestadas. Se le revolvió el estómago.

Disimulando su malestar, comenzó a andar en la dirección que el cochero le había indicado antes de alejarse a toda velocidad de aquel callejón de mala muerte. Se fijó en las puertas descoloridas, tratando de encontrar algo que le indicara que había llegado al lugar que buscaba. Caminaba deprisa, sin prestar atención a las ratas que se cruzaban en su camino ni al escuálido mastín que comenzó a seguirla. De pronto, el tacón de una de sus botas se enganchó entre dos adoquines y trastabilló. A duras penas logró mantener el equilibrio, pero, al hacerlo, hundió el otro pie y parte de la pierna en un charco. Cerró los ojos con repugnancia. No quería saber qué era

aquel líquido. Al fin y al cabo, hacía dos días que no llovía.

Por el rabillo del ojo vio cómo un grupo de muchachos se acercaba. Se llevó la mano al costado y, con estudiado disimulo, levantó un poco el faldón de la chaqueta que llevaba. No se sorprendió al verlos desaparecer con rapidez por uno de los callejones. Acarició la Derringer que su tío le había regalado hacía unos meses. A menudo, el vizconde le traía de sus viajes regalos extravagantes. Colecciones de raros escarabajos, fósiles de animales ya extintos o máscaras tribales. Penny poseía una auténtica colección de objetos singulares. Pero aquella arma había sido providencial. Y, aunque dudaba que su tío supiera con exactitud los lugares por los que se movía, Penny lo conocía lo suficiente como para saber que no había sido un regalo casual. Pese a encontrarse la mayor parte del tiempo a cientos de kilómetros de distancia, el vizconde Montclair había estado más pendiente de ella que su propio padre.

Devolvió la chaqueta a su lugar y apuró el paso. Comenzaba a oscurecer y las escasas farolas ofrecían una dudosa seguridad en aquella calle. En cuanto la noche ocultara los rincones y los montones de desperdicios, ni siquiera la pistola la mantendría a salvo.

Un pequeño letrero dorado, dos puertas más adelante, llamó su atención. Suspiró con alivio y se dirigió con decisión al establecimiento que había estado buscando. Carraspeó con fuerza un par de veces, tratando de enronquecer su voz todo lo que le fuera posible. Por fin, tiró de la campanilla y esperó hasta que un hombre corpulento con una espantosa cicatriz que le recorría el pómulo y parte del cuello le abrió la puerta.

—¿Qué buscas, muchacho? —inquirió con desgana—. Es casi la hora de cierre.

Penny inspiró profundamente y trató de imprimir a su voz una seguridad que no sentía en absoluto.

—Con lo que traigo, la mantendrán abierta para mí.

Su interlocutor alzó una ceja, incrédulo. Sin aguantarle la mirada, hurgó en uno de sus bolsillos y le mostró un delicado anillo de oro con un zafiro engarzado rodeado por pequeños diamantes que

formaban una flor. El hombre la repasó de arriba abajo y ella bajó la cabeza tratando de ocultar su rostro todo lo que fuera posible. Por fin, él se apartó.

—Al fondo del pasillo a la derecha —indicó dejándose caer sin parsimonia en una vieja silla situada junto a la entrada.

Penny titubeó. Había acudido con frecuencia a diversas casas de empeño, pero todas habían estado en los límites de la civilización. Adentrarse en las zonas más oscuras del East End no había formado parte de su lista de insensateces hasta esa tarde. Inspiró con fuerza. No podía echarse atrás. Si pretendía seguir con su labor, debía acostumbrarse a vagar por los suburbios. Obligándose a poner un pie delante del otro, recorrió el corredor y entró en la sala que le habían indicado.

Un hombre con bigote rizado y un desgastado sombrero de copa la recibió con alegría. En su sonrisa, el destello de un par de dientes de oro le llamó la atención.

—¿Qué te trae por Los Tesoros de Stokely, chico? —Le tendió la mano—. Finch Stokely a tu servicio.

Penny se la estrechó, no sin antes comprobar que los desgastados guantes de cuero de su mozo de cuadras tapaban completamente sus manos. Recorrió con la mirada la estancia, desde las paredes, repletas de cuadros y tapices, hasta las vitrinas en las que se exhibían objetos de lo más diverso. También se fijó en la suciedad que cubría los cristales de las ventanas y que disimulaba las grietas y pequeñas fracturas que los poblaban. El suelo estaba cubierto de polvo, como si nadie se hubiera molestado jamás en pasarle una escoba, y numerosos papeles y documentos se encontraban tirados por las esquinas. Aquella imagen decadente, unida a la escasa iluminación del cuarto, contrastaba con las casas de empeño que había frecuentado hasta entonces.

—¿Y bien? —instó el hombre—. Es tarde y estamos a punto de cerrar.

El apremio de aquel tipo la devolvió a la realidad. Sin levantar la vista, rebuscó en el bolsillo y extrajo las tres piezas que llevaba consigo. El abrecartas de plata de cierta matrona desalmada que había humillado a una de sus sirvientas durante el baile de

primavera; la caja de rapé con filigranas de un aristócrata conservador que había tratado de convencer a sus compañeros de palco de que la naturaleza de los sirvientes era más cercana a la de los perros que a la suya; y el último recuerdo que le quedaba de su madre y que había logrado ocultar del duque durante tantos años: su discreto anillo de compromiso. Sin parsimonia, fue dejando cada objeto sobre una mesa de pino alta y alargada. Pero, cuando llegó el turno del anillo, dudó.

—¿Una reliquia familiar? —inquirió el hombre con un destello en la mirada—. ¡Ay! ¡Qué difícil es deshacerse de aquello que tiene valor sentimental!

Penny negó con la cabeza y le tendió la sortija.

—Una joya como cualquier otra —respondió con tono grave—. Su valor no es solo emocional y usted lo sabe tan bien como yo.

El hombre sonrió con malicia.

—Antes de concordar contigo tendré que analizarlo.

Del bolsillo de su chaleco, extrajo una pequeña lupa. Acercándose a una de las lámparas de aceite que iluminaban la habitación, examinó con detenimiento el anillo. Penny vio cómo lo giraba y cómo acercaba y alejaba la gema mientras examinaba los destellos azulados que la luz arrancaba.

—No está mal —murmuró—. Una buena pieza, sin duda.

Penny asintió.

El hombre analizó el resto de los objetos. Por fin, guardó la lupa de nuevo en su bolsillo.

—Ochenta libras por todo.

Penny levantó la vista de golpe.

—¡Solo el anillo vale mucho más que eso!

Con la sorpresa, olvidó fingir la voz. Su interlocutor la observó con más detenimiento y, por un momento, temió que la hubiera descubierto. Adoptando su expresión más feroz, bajó ligeramente la cabeza para que la gorra disimulara sus rasgos, pero no ocultara su enfado.

—O lo tomas o lo dejas, muchacho —respondió por fin el hombre alejándose de ella.

Penny recogió sus cosas y las guardó de nuevo en el bolsillo.

—No hay trato —sentenció.

Con más decisión de la que había sentido al llegar, se encaminó a la salida.

—¡Espera! —gritó Stokely justo cuando abandonaba la habitación —. Te doy ciento cincuenta y es mi última oferta.

Penny se detuvo. Aquella propuesta seguía estando por debajo de lo que ella esperaba. Solo el valor del anillo era superior a esa cantidad. Suspiró. Era más de lo que le habían ofrecido hasta entonces. Apretó la sortija en su bolsillo sintiendo, por última vez, aquella emoción que la embargaba al tener en su mano algo que había pertenecido a su madre. Cerró los ojos con fuerza, tratando de detener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Cuando logró tener sus emociones bajo control, se dirigió de nuevo a la mesa y dejó los objetos sobre ella.

—Pierdo dinero —protestó el hombre mientras le tendía un fajo de billetes.

Sin ningún miramiento, Penny se lo arrancó de la mano y los contó con cuidado. Extrajo una pequeña bolsa del bolsillo y los guardó. Le dio la espalda al hombre y se encaminó a la salida sin despedirse, aprovechando la oscuridad del corredor para guardar el dinero en una costura estratégicamente abierta en el interior de su camisa.

—¡Nunca es fácil despedirse de los recuerdos! —gritó Stokely tras ella.

Capítulo 3

El hombre que tenía ante él estaba acabado. Alex recorrió con la mirada al caballero por el que lo había construido todo con una mezcla de satisfacción y furia contenida. Aquel tipo acababa de perder en sus mesas la última de sus posesiones: un magnífico caballo árabe que, en realidad, pertenecía a su hija. Se recostó en la silla y lo observó con fijeza. Su estrategia había sido simple. Durante años le había concedido crédito. Le había prestado mucho más de lo que él podría devolverle. Un error de cálculo si Alex no fuera ya inmensamente rico. Una jugada maestra para alguien cuyo único objetivo era ver a aquel hombre arrastrarse. Y ahora el duque ya no tenía nada con lo que negociar. Al menos en apariencia.

En su favor, Alex debía reconocer que disimuló con rapidez su sorpresa al ver quién se ocultaba tras las puertas del despacho principal del Black Diamond. Cuando lo había hecho llamar, había esperado disfrutar más con su asombro. Pero Whitehaven siempre lo decepcionaba.

Solo entonces se fijó en sus manos. El modo en que las apretaba mostraba unos nervios que no se reflejaban en su expresión. Su rostro impasible semejaba el de un busto de mármol.

—Te pagaré —gruñó sin ocultar el desprecio en su voz.

Lo tuteaba como a un viejo conocido, pero ni siquiera en esas circunstancias se molestaba en fingir consideración.

Alex sonrió sin humor. Hacía mucho tiempo que las opiniones de tipos como aquel lo traían sin cuidado.

—Dame tiempo —exigió el hombre. Una súplica imperativa que hizo que Alex alzara una ceja—. Te pagaré.

Por supuesto que pagaría. Nadie contraía con su club ninguna deuda que no pudiera pagar de un modo u otro. Él mismo supervisaba de forma minuciosa cada penique que se prestaba

cuando un caballero se quedaba sin crédito. Todo estaba planeado al detalle en función de lo que podría obtener a cambio. En los despachos del Black Diamond el azar no existía. Y, sobre todo, en lo que al hombre que tenía ante él se refería.

Enderezándose en la silla, apoyó los brazos en el escritorio. El paso de los años había hecho mella en el duque otrora invencible. Su pelo era ya completamente blanco. Su rostro marcado por profundas arrugas. Sus manos ajadas. Su cuerpo encorvado. Celine había logrado convertirse en duquesa, pero estaba seguro de que lo recordaría cada vez que aquel viejo se metiese en su cama.

La satisfacción de Alex aumentó. No era el primer noble que se arruinaba en sus mesas, pero era el único que importaba. Por él había construido su imperio personal y ni siquiera arrebatárselo todo sería suficiente.

—No debería apostar aquello que no tiene, excelencia. —Lo miró con sorna—. Incluso alguien tan vil como yo ha pagado siempre sus deudas.

El noble lo miró ofendido.

—¡Soy un hombre de palabra! —exclamó—. Sabes que te pagaré. Buscaré el modo...

Alex se mantuvo impertérrito.

—El tiempo también tiene un precio —dijo al final encogiéndose de hombros.

El anciano murmuró una maldición.

—No tengo nada más que puedas quedarte —gruñó—. Todo lo demás está vinculado al título.

—No todo. —En su rostro se dibujó una sonrisa tan ligera que cualquiera pensaría que no era más que una mueca, pero fue suficiente para que Whitehaven entendiera a qué se refería.

—Penelope es la hija de un duque —dijo con arrogancia—. Nunca permitiré que se case con alguien como tú.

Alex soltó una despectiva carcajada.

—Hace años me advirtieron de que no debía buscar esposa en los salones de Mayfair. —Negó con la cabeza y se levantó—. No me casaré con ella, excelencia. La convertiré en mi amante y me aseguraré de que toda Inglaterra se entere de ello.

Whitehaven dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Mi hija es una dama! —gritó—. No la he criado para que sea la puta de alguien como tú.

Alex suspiró. Había seguido cada paso de aquel hombre durante los últimos ocho años. Conocía sus afinidades políticas, sus debilidades y sus fortalezas. Sabía lo que ocurría en su casa desde que se levantaba hasta que se acostaba. Jamás había prestado atención a su hija. A lady Penelope la habían criado un conjunto de sirvientes e institutrices, a cuál más excéntrica, escogidos desde la sombra por el vizconde Montclair sin que el idiota de su padre se hubiese enterado de nada.

Hizo una concesión que sabía de antemano que no le ayudaría.

—Tiene una semana, su *excelencia* —pronunció el título con desdén, un recuerdo burlón de que a él no le merecía ningún respeto.

El hombre no osó mostrar su enfado. En su lugar, abandonó el despacho con la altivez propia de su rango y el casi imperceptible hundimiento de hombros de quien se sabe acorralado.

No conseguiría el dinero y ambos lo sabían. Nadie le prestaría semejante cantidad, ni siquiera otro noble demasiado honrado de su propia familia. Incluso el tiempo había jugado en favor de Alex. El duque de Brighton estaba en deuda con él y la información que poseía era mucho más valiosa que la ruina de su tío.

La única opción de aquel tipo sería casar a su hija con un hombre rico, algo que no sucedería jamás. Lady Penelope no era una mujer hermosa ni tenía virtud alguna deseable en una esposa. Era inteligente, torpe y honesta en exceso. Siempre caminaba rápido, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte, y a menudo se quedaba absorta en sus propios pensamientos. No poseía habilidades sociales y su educación había estado muy alejada de la que se esperaba en una dama. Educada por sufragistas, artistas e intelectuales, aquella mujer no tenía ni la más remota idea de cómo dirigir una casa u organizar una velada. Ningún empresario adinerado, por deseoso que estuviese de formar parte de los círculos aristocráticos, la escogería. La única opción de Whitehaven sería, pues, unirla con algún viejo caballero necesitado de un heredero. Y

él conocía tantos secretos y debilidades de aquellos hombres que acabaría con el compromiso solo con un susurro.

No sonrió. Raramente lo hacía de verdad, aun cuando estaba a punto de completar su venganza hacia quien le había robado el futuro. Aquel tipo no tardaría en darse cuenta de que Alex había marcado las cartas desde el principio. Whitehaven había perdido la partida antes, incluso, de comenzarla. Su ruina no sería solo económica. Se convertiría en el hazmerreír de la sociedad. El día que lady Penelope apareciera en público como su amante, aquel hombre estaría muerto, aunque siguiera respirando.

El golpeteo de la puerta lo arrancó de sus cavilaciones.

—Pase —ordenó.

La señora Sharp entró con una sonrisa.

—Querido, ha llegado esto para ti.

Le tendió un sobre y Alex aprovechó el movimiento para darle un ligero apretón en la mano. Aquella mujer lo había cuidado como una madre desde que el conde lo había llevado a Middlesbrough Hall. Y, a diferencia del anciano, ella jamás lo había traicionado.

—Gracias, señora Sharp. —Le guiñó un ojo—. Aunque no necesita ninguna excusa para venir a verme.

La mujer rio y se despidió con la mano.

—Languidezco en la cocina con la ilusión de que salgas de una vez de este condenado despacho —dijo antes de abandonar la estancia.

Alex rio quedamente. Aquella anciana jamás se estaba quieta en un mismo sitio más de cinco minutos.

Abrió el sobre y leyó la nota. Suspiró. Había albergado la esperanza de que aquello no fuera con él. Al parecer, su primo aún no había asumido que Alex era un egoísta incapaz de mover un dedo de forma altruista. La dichosa desaparición de Briony Buxton lo traía sin cuidado. Guardó de nuevo la nota y se levantó. ¿Por qué demonios creía Sebastian que saldría corriendo hacia Dover solo porque él se lo pedía? ¡Hacia Dover! De todos los estúpidos condados de Inglaterra, el de Kent era el que menos le gustaba.

Disgustado, abandonó el despacho. Debía pensar algo que exigir al marqués a cambio. Ayudarlo a buscar, de forma desinteresada, a aquella dama podía sentar un peligroso precedente.

En cuanto se apeó de su landó junto a los muelles de Dover, Alex soltó una maldición. Había viajado toda la noche a una velocidad endiablada y cambiando los caballos cada dos horas para llegar lo antes posible, pero todavía no entendía por qué. Para más inri, la tregua que la lluvia les había dado esos días había llegado a su fin. Pasada la medianoche, las gotas habían comenzado a golpear el techo del vehículo y, en ese momento, un aguacero caía sobre la ciudad. Abrió el paraguas, que por fortuna llevaba consigo, y oteó las inmediaciones. Había varios estibadores cargando uno de los barcos más próximos a él y un grupo de marineros conversaban a gritos antes de embarcar. Un par de agentes de aduanas inspeccionaban una carreta repleta de cajas, extrayendo botellas que agitaban y analizaban a contraluz. A pesar del clima, la vida portuaria seguía siendo tan ruidosa y ajetreada como siempre. Tras varios minutos, distinguió la cabellera dorada de Sebastian bajo el toldo de una tienda de suministros y suspiró. En el fondo, había conservado la ilusión de no encontrarlo allí y poder largarse por donde había venido.

Se encaminó hacia su primo sin prisa mientras trataba de identificar a sus acompañantes. Aunque se encontraba de espaldas, no tuvo problemas para distinguir al duque de Brighton. Algo más bajo que Sebastian, su pelo moreno y su complexión atlética lo definían sin problema. Sonrió. En su último encuentro, aquel tipo había ido al Black Diamond en busca de información sobre su flamante esposa, a la que la sociedad había considerado durante años la amante del dueño del club. Se había sorprendido al descubrir que era él quien estaba detrás de aquellas puertas y se había ido de allí con el convencimiento de que, algún día, Alex le pediría cuentas por sus favores. Todavía faltaban algunos meses para ello, pero el duque no lo sabía y estaba seguro de que no le hacía feliz tener que recurrir a él de nuevo.

Observó a los otros dos caballeros, que también le daban la espalda, pero no logró identificar a ninguno. Entonces Sebastian lo vio y alzó el mentón en una ligera señal de saludo. Brighton se volteó y Alex distinguió la preocupación en su rostro.

—Buenos días —saludó malhumorado—. La próxima vez que su

hermana se escape, excelencia, pídale que lo haga en primavera.

Brighton no se molestó en responderle. Sebastian, sin embargo, lo fulminó con la mirada.

—Lord Stanbridge vio a Briony en los muelles hace cinco noches —explicó su primo—. Hemos organizado un operativo de búsqueda con varios agentes de Londres y algunos voluntarios de la zona, pero ha surgido un contratiempo. Ayer, sin ningún motivo, la mayoría de los voluntarios se han echado atrás. Aunque hemos ofrecido una cuantiosa gratificación, se han negado a seguir.

Alex asintió, pese a que no tenía ni idea de a qué le estaba dando la razón. Ni de qué narices pintaba él allí, ya puestos.

—Lady Briony está muerta —afirmó uno de los hombres, que parecía hastiado de la situación—. Vi cómo la apuñalaban y lanzaban su cuerpo al agua. El mar estaba picado y, para cuando llegué, ya había desaparecido.

Alex percibió cómo Sebastian se envaraba y, por un momento, temió que su primo agrediera a aquel tipo. En cuanto se acercó lo suficiente, vio que el que había hablado era el propio Stanbridge.

—¿Está seguro de que era ella? —preguntó por curiosidad—. Puede haber sido cualquier otra dama.

Stanbridge alzó una ceja.

—Le aseguro que nadie mejor que yo podría reconocerla.

Esta vez Sebastian sí que perdió el control. Se lanzó contra el conde y lo sujetó por el cuello antes de que Brigton pudiera detenerlo.

—Eres un malnacido —gruñó apretándole la garganta mientras Brighton y el otro hombre al que Alex no conocía trataban de calmarlo.

—Así no vas a conseguir nada —dijo el duque rodeando su estómago y tirando de él con fuerza.

Alex se cruzó de brazos, disfrutando del espectáculo. En favor de Stanbridge debía decir que mantuvo la compostura pese a que estaban a punto de estrangularlo. Salvo por el color violáceo que empezaba a mostrar su rostro, su semblante se mantenía impasible. Lo admiró por ello. Un verdadero aristócrata; sí, señor.

Cuando, por fin, lograron apartar a su primo del conde, Alex se

sintió un tanto desilusionado. Le hubiera gustado descubrir si Stanbridge se mantendría imperturbable hasta la muerte o si haría algún gesto de disgusto antes de exhalar su último aliento.

—Podemos buscar voluntarios en Folkestone —sugirió el desconocido—. Soy Clive, por cierto, detective privado —se presentó tendiéndole la mano.

Alex se la estrechó, aunque su atención seguía centrada en Stanbridge.

—Lady Briony está muerta —repitió este en cuanto se recuperó—. Y todo esto es una pérdida de tiempo.

Bien. Era evidente que aquel idiota quería morir, aunque Alex no entendía por qué. Hasta donde él sabía, aquel noble libertino e inmoral no gozaba de una fortuna especialmente considerable, pero sería suficiente para mantener su estilo de vida durante algunos años más. No apostaba, no bebía en exceso y era atractivo. Sus vicios se limitaban a las fiestas y espectáculos indecentes y a las mujeres, sobre todo a las de dudosa reputación. No obstante, con su título y su apariencia, en cuanto los acreedores comenzaran a atosigarle, no tendría más que chasquear los dedos para que toda una horda de damitas casaderas adornadas con cuantiosas dotes agitaran las pestañas en su dirección. Solo tendría que elegir a alguna al azar, plantarla ante un clérigo y enviarla lo antes posible al campo para poder seguir con su disoluta existencia sin limitaciones. ¿A qué venía, pues, esa tendencia suicida?

Brighton seguía sujetando a su primo, por lo que Stanbridge pudo seguir en el mundo de los vivos durante el tiempo suficiente para despedirse.

—He cumplido con la única responsabilidad que tenía en todo esto —afirmó el conde—. Les he informado de lo sucedido y les he contado todo lo que vi esa noche. Si quieren seguir perdiendo el tiempo, es su problema. No cuenten con mi ayuda.

En cuanto el conde se alejó, Brighton pudo soltar por fin a Sebastian. La mirada iracunda que este le lanzó a la espalda de Stanbridge divirtió todavía más a Alex. Su primo estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no salir corriendo detrás de aquel tipo y terminar lo que había empezado.

—¿Qué narices pinto yo aquí? —interrogó, dejando de lado la disputa de aquellos dos necios—. Si ya habéis decidido ignorar a la única persona que vio a la dama y habéis organizado por vuestra cuenta un estupendo dispositivo de búsqueda, no me necesitáis. —Miró a su alrededor—. Salvo que pretendáis que me lance a las aguas del Canal en busca de lady Briony, en cuyo caso, podéis esperar aquí mismo mientras acudo, raudo, a ponerme el traje de baño.

Sebastian, todavía furioso, ignoró su sarcasmo.

—No sabemos por qué se han echado atrás todos los voluntarios —explicó dirigiendo, de vez en cuando, alguna mirada de soslayo hacia el lugar por donde había desaparecido Stanbridge—. Necesitamos que lo averigües.

Alex alzó una ceja.

—¿Con mi legendaria bola mágica? —Negó con la cabeza—. Hablad con lady Wentworth, quizá ella pueda indicaros cómo localizar a su vidente.

La mención de la anciana que, no hacía mucho, había contratado a una espiritista para contactar con su difunto esposo le pareció un comentario brillante. Estuvo tentado de reírse de su propio ingenio. Sebastian, sin embargo, estaba a punto de estallar. El duque, por su parte, parecía resignado. Era evidente que Brighton no esperaba nada de él. Bien. Esa era la actitud. Alex llevaba años mostrando al mundo que lo que no le aportase beneficio propio le traía sin cuidado.

—Tú tienes influencias en todas partes —explicó Sebastian. Al parecer, su primo no había entendido el mensaje. No le extrañaba. Sebastian tenía la cabeza tan dura que seguiría creyendo en él aun cuando lo abandonara a su suerte en medio del desierto.

—Los palurdos aldeanos de Dover están fuera de mi jurisdicción —replicó con ironía—. Al contrario de lo que crees, no todo el mundo puede apostar en mis mesas.

Sebastian resopló con disgusto, pero no se molestó en contestarle. Alex exhaló con resignación.

—Veré qué puedo hacer. —Fulminó a su primo con la mirada—. Cuando termine, pensaré en cómo me vas a devolver el favor. —Se

miró el calzado lleno de barro y los bajos de los pantalones empapados y frunció el ceño—. Seguramente te haré lustrarme los zapatos. —Fingió pensarlo mejor—. Lustrarás todo mi condenado zapatero. Me lo merezco después de todo.

—¡Oh, querida! —dijo Lottie, la hija de tres años del duque de Brighton, con voz cantarina—. Creo que a tu tocado le faltan plumas.

Penelope, ataviada con un llamativo vestido amarillo al que habían añadido numerosos lazos y un vistoso sombrero repleto de plumas de colores, rio.

—Veo que comparte mi opinión, milady —respondió toqueteándose el cabello—. No paré de insistirle a la modista en que debía añadirle algunas. Y también más colores. Pero ella se negó en rotundo. Dijo que, si añadía una sola pluma más, mi tocado saldría volando. —Se llevó la mano al pecho con fingida afectación—. Figúrese. ¡Nada menos que volando!

Ambas estallaron en carcajadas mientras, desde el sofá rosado de la sala de visitas, Kate, la nueva duquesa, negaba con suavidad y sonreía hacia la puerta. Solo entonces Penny reparó en que tenían más público del esperado. En lugar de avergonzarse, sonrió todavía más.

—Buenas tardes, milores. —Fijó su mirada risueña en el señor Lonsdale—. Y a los que no son milores también.

Alexander no le devolvió la sonrisa, pero percibió un brillo malicioso en su mirada que le recordó al hombre al que había conocido en la fiesta de lady Wentworth.

—Buenas tardes, lady Penelope —le devolvió el saludo—. Veo que está transmitiéndole a esta pequeña su profundo respeto por la sociedad.

Ella no se avergonzó ante la mención de su primer encuentro, cuando le había recriminado su abierto desprecio hacia la aristocracia.

—Uno puede respetar algo y ser capaz de reírse de ello a la vez. —Se encogió de hombros—. Yo me respeto muchísimo y, sin embargo, me río de mí misma todo el tiempo. Debería probarlo.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Prefiero reírme de los demás. —Le guiñó un ojo—. A mí jamás me he encontrado la gracia.

Aquella versión de él le gustaba más que la que se había encontrado en el despacho del Black Diamond días atrás. A Penny le desagradaba la gente egoísta, especialmente la de clase noble, que, teniendo en su mano la llave para cambiar el mundo, no mostraban interés más allá de su propio ombligo. Y Alexander se había comportado como uno. Afirmar que los niños nacidos fuera del matrimonio no tenían futuro había sido una mezquindad.

Él debió imaginar por dónde estaban vagando sus pensamientos porque meneó la cabeza disgustado. Andrew, el duque, que había asistido al intercambio con evidente malestar, cortó la conversación.

—Estaremos en mi despacho —informó a su esposa antes de arrastrar a Alex y al marqués de Stratford fuera de la sala.

Penny suspiró y Kate la miró con curiosidad.

—¿Qué sabes de él? —la interrogó Penny sin disimulo, aun cuando apenas la conocía.

La duquesa dudó.

—No demasiado. —Apoyó el mentón en su mano—. Por lo poco que me ha contado Andrew, sé que es el dueño de un club de juego y que es del todo inadecuado para ti.

Penny rio.

—¿Ser el dueño del Black Diamond lo convierte en inapropiado? —preguntó traviesa y Kate mostró su sorpresa al ver que ella conocía el nombre del club en cuestión—. Es más rico que Andrew. Tal vez, incluso, más poderoso. —Hizo una mueca—. ¿O es poco recomendable porque no es un aristócrata? Porque conozco muchos pares, por no decir la mayoría, que se rigen por un código moral bastante cuestionable.

Kate había comenzado a negar con la cabeza mucho antes de que ella terminara.

—No creo que sea una buena persona —dijo, sin más.

Y Penny no supo qué responder. Porque, en realidad, no podía contradecirla. ¿Qué sabía ella de aquel hombre? Había algo en él que la había atraído desde el primer momento. No se trataba de

atracción física. Porque Alexander Lonsdale no era guapo. Era demasiado alto y más delgado de lo que debería. Sus ojos eran demasiado extraños, tan claros que desentonaban con su tez morena. Y su rostro demasiado anguloso, con los pómulos y la mandíbula demasiado marcados. Sin embargo, todos aquellos rasgos que de forma aislada podían ser demasiado, en conjunto resultaban armoniosos y lo convertían en un hombre atractivo. Y eso era mucho peor. Pero Penny jamás le había dado importancia a la apariencia de nadie. Hubiera sido una hipocresía, teniendo en cuenta que ella no era una mujer bella. Así que llevaba días dándole vueltas a la razón por la que se había sentido fascinada por aquel tipo. Había creído, al principio, que había sido su desfachatez. Después, al enterarse de su filantropía, había imaginado que el destino lo había puesto en su camino porque ambos luchaban por las mismas causas. Sin embargo, tras visitarlo en su despacho, cuando sus categóricas afirmaciones la habían decepcionado tanto y se había mostrado tan frío y distante, aquella atracción no había disminuido. Y eso había desbaratado todas sus teorías.

—¿Habrán descubierto algo? —murmuró Kate preocupada. Penny se dio cuenta de que, tal vez, la mala persona fuera ella. Su prima había desaparecido, pero ella había visto a Alexander y se había olvidado de todo.

Buscó la mirada de la duquesa e hizo una mueca. Andrew llevaba casi una semana en Dover y, pese a que había escrito alguna vez, apenas había dado detalles de la búsqueda. Aunque entendía la falta de información como una forma de protegerlas y de mantener a la pequeña Lottie, a la que habían convencido de que su tía estaba visitando a unos amigos de la familia, en la ignorancia, aquella situación la disgustaba.

—¿Quieres ir? —preguntó—. Yo puedo quedarme con Lottie.

Kate miró hacia la niña, que jugaba en la alfombra con las flores de papel con las que había adornado su sombrero. Negó.

—Después —susurró con tristeza y Penny se dio cuenta de lo preocupada que estaba por su prima. Kate y Briony se habían hecho íntimas amigas y que esta se hubiera ido sin comentarle nada no era una buena señal.

—Mantente alejado de ella —advirtió el duque en cuanto entraron en su despacho.

Alex alzó las manos en señal de rendición.

—No he pasado del umbral de la puerta —replicó divertido.

Brighton lo fulminó con la mirada.

—¡Sabes a qué me refiero!

Alex sonrió ligeramente, pero no se molestó en responder. En su lugar, se sentó en una de las butacas situadas frente al escritorio y cruzó las piernas.

—No vais a encontrar ayuda en Kent —dijo con despreocupación—. Es probable que tampoco en los condados cercanos. Al parecer, el juicio de lady Briony ha fallado hasta para elegir a su asesino. —Vio cómo Sebastian se envaraba, pero le dio igual. Había tardado varios días en lograr la información que le habían pedido. Días en los que debería haber estado en su club, rodeado de jugadores y mentirosos, y no en una posada de mala muerte fingiendo que era un buen tipo dispuesto a ayudar—. Los Facones de Dover tienen aterrorizados a los vecinos y, al parecer, el atacante de tu hermana es uno de ellos.

El nombre de aquella banda criminal no les resultaba desconocido. Hacía años que aquel grupo de sicarios y ladrones campaba a sus anchas por el sur del país. Se decía que incluso habían llegado a actuar en Londres y que los propios agentes de Scotland Yard los temían. Eran sanguinarios y crueles. Y gozaban de la financiación de algunos nobles sin escrúpulos que recurrían a ellos para solucionar ciertos problemas.

Brighton se dejó caer en su silla y ocultó el rostro entre las manos.

—Maldita sea —murmuró derrotado.

Alex se acomodó en su asiento. No había nada que pudieran hacer para convencer a aquella gente. El miedo era más poderoso que el dinero.

—Contrataremos a alguien en Londres —afirmó Sebastian.

La mirada del duque se dirigió a la ventana. No había parado de llover en los últimos días y, desde esa mañana, el tiempo había comenzado a empeorar. El viento soplaba cada vez más fuerte, arrancando pequeñas ramas de los árboles con facilidad.

—Debemos suspender la búsqueda —murmuró Andrew en voz baja —. Con este temporal no encontraremos nada y no podemos arriesgar la vida de nadie.

Sebastian soltó una blasfemia y lo señaló con el dedo.

—No te atrevas —amenazó—. Mantendremos a los pocos hombres que tenemos y yo iré hoy mismo a buscar más.

Alex observó a su primo con detenimiento. Jamás lo había visto así. Estaba irritable e impaciente y perdía el control a las primeras de cambio. No se había afeitado en más de una semana y las sombras oscuras bajo sus ojos indicaban que debía de llevar el mismo tiempo sin dormir. Aquel irónico sentido del humor que tantos caballeros habían querido imitar había desaparecido, al igual que su pícara sonrisa. El marqués de Stratford al que todas las damas, tuvieran la edad que tuvieran, habían amado un poco ya no existía. Por un momento, Alex sintió algo muy parecido a la pena. Su primo era una de las pocas personas por las que sentía un cierto cariño y, si lo que se temía era verdad, jamás volvería a ser el mismo.

—Es mi hermana —dijo, finalmente, el duque—. Nadie quiere encontrarla más que yo.

Sebastian le dedicó una iracunda mirada, pero él lo ignoró.

—No vamos a encontrar nada con este tiempo. Si con la lluvia apenas podíamos avanzar, el viento lo volverá una tarea imposible. Tampoco podremos movernos cerca del mar, el oleaje convertiría la búsqueda en un suicidio.

Se detuvo un momento y Alex se fijó en su expresión. Algo había sustituido a la preocupación en su rostro. Al parecer, había aceptado lo que ya todos sabían.

—Stanbridge vio cómo la apuñalaban. —Se le rompió un poco la voz y pareció elegir con cuidado sus siguientes palabras—. Es casi imposible que haya sobrevivido si la lanzaron al mar en esas condiciones. —Miró a Sebastian—. Sabes tan bien como yo que Briony apenas sabía nadar.

El uso del pasado pareció acabar del todo con el control que le quedaba a Stratford.

—¿Por qué demonios tardasteis tanto en notar su ausencia? —recriminó—. ¡Era tu responsabilidad protegerla!

—Briony era una persona adulta...

—¡Y una mierda! —Alex jamás había visto a su primo tan fuera de sí—. Deberías haberla encerrado hace años. ¡Maldita sea! Deberías haberla encadenado. ¡Siempre ha sido una insensata y tú lo has permitido!

El duque se levantó de la silla y apoyó las manos en su escritorio.

—Si vuelves a insultar a mi hermana —advirtió muy despacio—, te largas.

Sebastian lo ignoró y Alex se preguntó con qué potestad hablaba de insensatez cuando, a juzgar por la expresión de Brighton, él mismo estaba a punto de recibir una paliza.

—La última vez que la perdiste de vista —seguía el marqués— le faltó tiempo para escaparse y colarse en la maldita fiesta de Stanbridge. —Apretó la mandíbula—. ¡Y llegó sangrando!

Alex frunció el ceño. ¿De qué demonios hablaba aquel idiota? El duque, sin embargo, sí pareció entenderlo. Se acercó a Sebastian y lo sujetó por las solapas de su chaqueta, ya espantosamente arrugada de por sí.

—¡Estabas allí, cabrón! —Lo lanzó contra la pared—. Estabas allí y no hiciste nada para evitar que Stanbridge la sedujera.

—Por supuesto que lo hice —replicó Sebastian con desdén—. Stanbridge no tenía la menor posibilidad de seducirla porque quien estaba con ella en la biblioteca era yo.

Alex se percató del momento exacto en que la amistad de aquellos hombres se rompía en mil pedazos. Casi podría afirmar que había oído el clic antes de que estallara.

El puñetazo del duque lanzó la cabeza de Sebastian hacia atrás.

—Lárgate de mi casa —siseó—. Antes de que te mate.

—No serías el primero en intentarlo. —Sebastian se dirigió a la puerta mientras un hilillo de sangre comenzaba a gotear de su nariz —. Aunque ojalá tú tengas más suerte.

Por un momento, Alex no supo qué hacer. Por primera vez en mucho tiempo, la situación lo había pillado con el pie cambiado. No había sido la conversación lo que lo había sorprendido, sino el hecho de que Sebastian hubiera confesado. Suspiró. Había esperado que su inestimable ayuda se hubiera visto recompensada, al menos, con

algún encuentro privado con lady Penelope, pero imaginaba que, ya que estaba allí, tendría que mostrar cierta preocupación por su primo y seguirlo. ¡Maldición! Al parecer, no iba a conseguir ningún pago por todo aquel drama.

—Buenas tardes, Brighton —se despidió.

Antes de abandonar el despacho, fijó su mirada en la del duque.

—Siento tu pérdida.

Capítulo 4

Tras casi una semana de lluvia y tormenta intermitente, se desató un temporal que duró varios días y que superaba con creces cualquiera que Alex pudiera recordar. Un viento huracanado barría las calles, arrancando plantas y ramas y arrastrando sin criterio cualquier desperdicio, objeto o animal que hallara a su paso. Las aguas, que el nuevo sistema de alcantarillado que se estaba instalando tras El Gran Hedor no conseguía achicar, asolaban las calles y se filtraban en los almacenes y en las estancias más bajas de los edificios. Ante la puerta del Black Diamond se habían apilado sacos de arena y bolsas de paja, tratando de evitar que aquel diluvio de proporciones bíblicas causara daños significativos en el mobiliario del club.

Después de no encontrar a Sebastian, Alex había regresado a la ciudad a toda prisa. El viento arreciaba con fuerza y, aun así, había ido hasta Belgrave Square esperando que su primo no hubiese sido tan idiota como para volver solo a Dover y se encontrase cómodamente instalado en su casa de la ciudad. Se había equivocado. Tras aporrear la puerta de Stratford Terrace, todo lo que había conseguido había sido una respuesta negativa de Everard, el mayordomo, y una mojadura que le había calado hasta los huesos y había provocado que sus dientes castañetearan hasta mucho después de haberse cambiado de ropa.

Suspiró. Pareciera que alguna deidad vengativa hubiera decidido castigar a Inglaterra por todas las crueldades de siglos pasados. Llevaban cuatro días encerrados, sin poder salir a la calle sin poner en riesgo su integridad física. Por primera vez desde su inauguración, el Black Diamond había cerrado sus puertas y Alex se había encontrado, de pronto, con que no tenía ni idea de qué hacer con tanto tiempo libre. Había tratado de mantener sus rutinas,

revisando solicitudes, aceptando nuevos miembros o expulsando a los deudores. Pero aquello no lo estimulaba y había acabado vagando sin rumbo por el club mientras recordaba momentos que ya creía olvidados.

Una acogedora casa de ladrillo en la que no se permitía pensar desde hacía años había aparecido en su mente y la angustia que lo había atenazado cuando no era más que un niño había regresado con sorprendente nitidez. Incluso, en ese mismo instante, aquel olor acre y rancio que una vez le había sido tan familiar inundaba sus fosas nasales, como si no hubiera transcurrido casi una vida desde aquello. Se estremeció y se dio cuenta de que le costaba respirar. Las barreras de indiferencia que había erigido a su alrededor no suponían obstáculo alguno para sus malditos recuerdos.

Cansado de vagar como alma en pena por su propio local, entró en la sala principal y no le extrañó ver a la *honorable* Annie Campbell inclinada sobre una ruleta. Había dejado pasar el incidente con los dados. No por un ataque de bondad por su parte, sino, más bien, porque no tenía ni idea de cómo afrontarlo. Al parecer, ella lo había interpretado como una invitación implícita a que siguiera trasteando en sus mesas. En el tiempo que llevaban encerrados, era raro el día en que no la veía en aquella estancia.

—Esas no se pueden cargar —dijo, sobresaltándola.

La joven enrojeció y se apartó de la ruleta. Con un movimiento casi imperceptible, ocultó lo que tenía en la mano bajo el puño de su vestido. Muy a su pesar, Alex sintió cómo una leve sonrisa tiraba de sus labios. Aquella mujer era una condenada tramposa. Pero él le llevaba ventaja.

Después de su riña con Middlesbrough, había pasado varios días decidiendo qué demonios hacer con su vida. Poco dispuesto a vivir de la caridad de su primo y, mucho menos, a recurrir a lo que el anciano le había legado, había aprendido a moverse por los *hells* como si estuviese en su casa. Sabía cuánto podía apostar y cuándo hacerlo. Y raramente perdía. Porque, si había algo en lo que Alex era un auténtico experto, era en mentir. Marcaba cartas, cambiaba dados y ocultaba bazas ganadoras en la manga con la habilidad del mejor de los tahúres. Y era capaz de mirar a los ojos a cualquiera

mientras lo hacía. Alex no tenía escrúpulos ni había código moral que respetara. Por supuesto, como buen tramposo, era capaz de detectar un embuste al instante. Esas habilidades eran las que lo habían convertido en el dueño de un imperio.

—¿Imanes? —inquirió dirigiéndole una significativa mirada al lugar en el que ella había ocultado lo que tenía en la mano.

Annie hizo una mueca y dejó sobre la mesa las pequeñas piezas magnéticas.

—No funcionarían —explicó Alex—. Son demasiado pequeños. Aunque rellenaras la bola de metal —colocó los imanes en números consecutivos de la ruleta y la hizo girar—, no son lo bastante potentes como para interferir en la trayectoria.

Para ilustrar sus palabras, extrajo una canica metálica del bolsillo y la lanzó. Tal y como había predicho, el curso de la esfera no se alteró. Recogió aquella bola que lo acompañaba desde niño y alzó la mirada. La decepción en el rostro de la muchacha no lo sorprendió.

—Creía haberte dicho que te mantuvieras alejada de las salas de juego —señaló y ella se sobresaltó, como si hubiese recordado de pronto quién era él.

—Lo siento —murmuró Annie—. No volveré...

El bufido de Alex la cortó antes de que terminara aquella nueva mentira.

—No es necesario hacer trampas. —Se apoyó en la mesa y cruzó los brazos—. El juego es un amante peligroso. Todos los idiotas que entran aquí lo hacen creyendo que pueden detenerse cuando así lo decidan. Empiezan jugando por diversión, apostando algunas libras que no les privarán de nada. —La miró y negó con la cabeza, ni él mismo entendía por qué le contaba aquello—. Ahí es donde un buen crupier muestra su valía. No necesita manipular ni alterar el juego. Solo incitarlo. La mayoría de los hombres son incapaces de parar cuando están inmersos en una buena partida.

—¿Y después? —preguntó ella mirándolo con curiosidad.

Alex se encogió de hombros.

—Todos creen que existen dos tipos de jugadores, señorita Campbell. Los que juegan creyendo que su racha de buena suerte durará para siempre y los que lo hacen llevados por la desesperación

de haberlo perdido todo. —Se apartó de la mesa y se encaminó a la salida—. Pero, en realidad, todos son el mismo.

—¿Cuál?

Alex se giró.

—La buena suerte no existe. Existe el azar y las probabilidades. Y ambos están de mi parte.

La segunda vez que Penny se dirigió al Black Diamond lo hizo hecha una furia. El temporal por fin había amainado y solo una fina llovizna caía sobre la ciudad. En las calles, decenas de personas se afanaban en limpiar las entradas y despejar el paso para los carruajes y las carretas. El agua sucia de los bajos de los edificios era lanzada a la calle con cubos y palanganas y las ramas que el viento había arrancado se apilaban en los bordes de la carretera.

Sin reparar en la húmeda suciedad que se pegaba a su falda, se internó con paso ligero en el callejón trasero del club y aporreó la puerta con fuerza. En cuanto una de las sirvientas abrió, Penny entró en tromba en el edificio, ignorando las llamadas de la joven y las exclamaciones de varios muchachos que se encontraban en la cocina. Recorrió deprisa el pasillo que ya conocía y abrió la puerta del despacho sin llamar.

—¿Quién demonios se ha creído? —gritó en cuanto estuvo frente a Alexander.

Él parpadeó un instante, asimilando su aparición.

—Lady Penelope —saludó recuperándose con rapidez de su sorpresa—. Imagino que ya conoce a lady Wyndham.

Penny ignoró por completo a la dama que se hallaba sentada frente al escritorio. No estaba en posición de juzgar su presencia en aquel lugar y estaba tan enfadada que no le importaba lo que ella pensara.

—¡No soy un caballo con el que se pueda comerciar! —increpó de nuevo—. Usted y mi padre no tienen derecho a saldar sus asuntos utilizándome a mí.

Alexander se arrellanó en su asiento y la observó con atención.

—No esperaba que el duque la pusiera al tanto de su situación en el club. —Hizo una mueca—. Muy poco discreto por su parte.

—¡No lo ha hecho! —Si a él le sorprendió su ímpetu, no lo

demostró—. ¡Me ha prometido con el vizconde Rosdale!

Cuando su padre la había llamado y le había comunicado el acuerdo, Penny había estallado. Rosdale vivía en Sussex, en una finca aledaña a la del duque, y era un anciano retorcido del que corrían numerosos rumores, cada cual más macabro. En su juventud, había rondado sobre él la sospecha de que formaba parte del Hellfire Gate, una sociedad vinculada al ocultismo y las artes oscuras. Hacía algunos años, varias familias de campesinos habían alzado la voz acusándolos de secuestrar y asesinar a sus hijas. Aunque la policía metropolitana había registrado algunas propiedades e interrogado a unos cuantos de sus miembros, era de dominio público que no había sido más que una farsa. Entre sus integrantes, había hombres con gran peso social y político que parecían estar por encima de la ley. Pese a que la sociedad se había disuelto, los rumores sobre ellos jamás habían cesado. Y Rosdale siempre había estado en medio de esas murmuraciones.

Se estremeció. Como era de esperar, Penny se había negado en rotundo a casarse con aquel individuo y su padre le había dado un ultimátum: ser la esposa de un noble o la amante de un canalla. Y, aunque no le había dado razones para ponerla a esas alturas en esa tesitura, Penny era lo suficientemente inteligente como para deducirlo por sí misma.

—Un buen partido —decía Alexander en ese momento mirándola con despreocupación—. Rosdale posee una fortuna considerable y es lo bastante viejo como para convertirla en una viuda rica con razonable celeridad.

Penny lo fulminó con la mirada.

—Es imposible que no sepa lo que se dice de él.

—Todos tenemos nuestros vicios, lady Penelope. —Se encogió de hombros—. Con un poco de suerte, le provoca una apoplejía la primera vez que se meta en su cama.

La risilla de lady Wyndham le molestó más que la indiferencia de aquel hombre.

—¿Le parece divertido? —acusó—. ¿Y si fuera usted la que se viera en esta situación?

La mujer la observó un momento entrecerrando los ojos.

—Veo que no sabe demasiado de lord Wyndham —reprochó—. Usted, al menos, tiene elección.

—¡No la tengo!

—Puede elegir al villano —dijo la dama mirando al señor Lonsdale —. Si estuviera en su lugar, lady Penelope, tendría clara mi decisión.

Penny negó furiosa.

—Puedo pagar la deuda de mi padre —dijo esperanzada—. Tengo...

Alexander no la dejó terminar.

—Le aseguro, lady Penelope, que, aunque tuviese guardado bajo el colchón cada penique que ha recibido de su tío, no tendría, ni de lejos, suficiente. —Se arrellanó en la butaca sin apartar la vista—. Me he asegurado de ello.

Penny sintió cómo la ira se esfumaba. En su lugar, la desesperación se abrió paso.

—No sé qué quiere de mí —dijo con tristeza—. No sé cómo puedo haberlo ofendido tanto. Convertirme en su amante me apartaría de todo lo que conozco. —Le dio la espalda y se acercó a la puerta—. ¿Qué me quedaría cuando este juego dejara de parecerle divertido?

En cuanto lady Penelope abandonó la habitación, Alice lo evaluó con la mirada.

—Lord Rosdale acabará con ella —dijo frunciendo el ceño—. No sé si su vida corre peligro o no, pero casarse con ese tipo la destruirá.

Alex se encogió de hombros, sus ojos todavía fijos en la puerta.

—Ese compromiso no irá a ninguna parte —murmuró.

Lady Wyndham rio y dio un trago a la copa que habían estado compartiendo.

—¿Cómo piensas impedirlo? Ese hombre se aisló en su guarida mucho antes de que fundaras el Black Diamond. Me temo que esta vez han neutralizado tu jugada. Dudo que tengas poder sobre él.

—¿Más whisky? —preguntó levantándose de su asiento y estirándose un poco.

Ella ni siquiera lo miró mientras negaba. Alex recordó el modo en que lady Penelope lo había observado cuando había hecho lo mismo

semanas atrás. Para Alice, él no era más que un amigo con el que compartir algún revolcón de vez en cuando.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió ella ajena a sus pensamientos.

Se encogió de hombros.

—Esperar.

Lady Wyndham rio.

—Estás demasiado seguro de ti mismo —señaló—. Esa cachorrita puede temer a Rosdale, pero es la única proposición respetable que tiene sobre la mesa. Al menos con él podría seguir moviéndose en los mismos círculos. ¿Qué puede ofrecerle tu propuesta que le suponga una tentación?

Alex sonrió.

—Yo le gusto.

Alice se levantó de su asiento.

—No tienes ni idea de lo que significa ser mujer —explicó mientras recogía la pelliza que había dejado junto a la puerta—. Convertirse en tu amante la dejará sin futuro. —Alex la ayudó a ponerse el abrigo—. Elegirá a Rosdale.

—Me encargaré de que no exista esa opción —sentenció.

Alice suspiró y asió el tirador.

—Lady Penelope es una buena chica. Se merece que la quieran.

Él chasqueó la lengua.

—El amor es una falacia —aseguró.

—El amor te llevó a construir todo esto.

Alex soltó una cínica carcajada.

—Si crees eso es que todavía no me conoces lo suficiente.

Ella se detuvo con la puerta entreabierta y lo observó con suspicacia.

—Nunca amaste a Celine. —Comprendió.

—No —respondió sin una pizca de remordimiento.

—Así que todo es una cuestión de orgullo. —Parecía apesadumbrada—. Vas a destrozar a esa ingenua solo por reparar tu ego herido.

Alex apretó la mandíbula.

—Nadie toca lo que es mío.

Alice abrió la puerta por fin y salió del despacho.

—Tú también mereces que te amen.

—El amor nos hace débiles —aseguró Alex.

Ella se rio y, sin volverse, hizo un gesto de despedida con la mano. Mientras se alejaba, creyó oírla murmurar:

—El amor nos mantiene vivos.

Annie observó con atención las manos de Channing mientras barajaba. Sus largos dedos acariciaban las cartas, que fluían con la suavidad de una cascada. Partió el mazo en tres partes y, tras una serie de rápidos giros, lo unió de nuevo. Ella frunció el ceño.

—Sigo sin verlo.

Los ojos verdes de él brillaron con malicia mientras repetía el movimiento sin apartar la mirada de ella.

—No observes mis manos, Annie —reprendió con una ligera sonrisa—. Son las cartas lo que te interesa.

Ella hizo una mueca avergonzada y un ligero sonrojo cubrió sus mejillas. Lo escuchó reír por lo bajo mientras repetía el movimiento, más despacio esta vez. No perdió de vista los naipes, tal y como él le había indicado. Cuando unió los cortes en el mazo de nuevo, ella entrecerró los ojos.

—Dale la vuelta —ordenó y supo que había dado en el clavo en cuanto escuchó la carcajada de Channing.

El as de picas confirmó sus sospechas. Tal y como imaginaba, la carta que ocupaba el último lugar de la baraja era la misma que él le había mostrado al principio.

—No has hecho nada —increpó ella—. Has dado vueltas y más vueltas, pero todas las cartas continúan en el mismo lugar.

—Y es por eso —explicó él divertido— por lo que se llama corte falso.

Annie negó con la cabeza y le pidió el mazo. Movió las cartas con celeridad y trató de realizar los mismos movimientos que le había visto hacer. El as de picas, sin embargo, había desaparecido cuando terminó. Frunció el ceño y lo buscó. ¿Dónde demonios se había metido?

Miró a Channing en busca de una explicación y vio que la

observaba con una mezcla de regocijo y algo más. Una curiosidad extraña que la puso nerviosa.

—Has cambiado el orden de los cortes —explicó él quitándole la baraja—. Tienes que ser muy cuidadosa o acabarás metiendo la pata.

Colocó el as de nuevo en su lugar y movió las manos con suavidad.

—Debes coger el segundo montón entre el pulgar y el índice —le mostró realizando el movimiento con extremada lentitud—, lo recoges con el índice contrario y lo giras sobre sí mismo antes de incorporarlo de nuevo.

Le tendió la baraja y rozó sus dedos al hacerlo. Annie apartó la mano.

Repitió los movimientos despacio y él la corrigió antes de que se equivocara de nuevo. Giró la baraja. El as estaba donde tenía que estar.

—Ensáyalo —le recomendó el crupier—. Antes de ponerlo en práctica tienes que saber hacerlo con rapidez o alguien se dará cuenta del engaño.

Annie probó de nuevo. Un corte, otro, un giro. El as de picas continuaba en su sitio. Sonrió. No era tan difícil.

—Aprendes con rapidez —reconoció Channing—. No tardarás en poder llevar una partida.

Ella suspiró.

—El señor Lonsdale no dejará que una mujer dirija una mesa.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco deja que se hagan trampas en su club.

Era peor de lo que había pensado. Penny tragó saliva mientras lord Rosdale la evaluaba sin disimulo. Al parecer, el acuerdo con su padre lo había motivado lo suficiente como para abandonar su encierro en Sussex y visitar Londres.

—Es mayor —dijo el anciano rozándole la mejilla con uno de sus gruesos dedos—. Esperaba que fuera más joven.

—Tiene veintiséis años —replicó el duque en tono seco—. Es mucho más joven que usted, milord.

El hombre chasqueó la lengua, pero no retiró la mano de su rostro. Se acercó todavía más a ella y Penny cerró los ojos tratando de apartar la imagen de aquel hombre de su cabeza. Era más viejo de lo que esperaba, de figura rolliza y labios gruesos, que le daban la apariencia de un mero entrado en años. Tenía la mirada afilada y una expresión de disgusto permanente. Y olía a rancio, como si durante todos esos años hubiese estado encerrado en un armario sin ventilar.

—Demasiado vieja —murmuró, como si ella no estuviera allí, y sujetó su cintura con las manos, midiéndola.

Su padre se levantó del sillón que había estado ocupando y Penny deseó que le sacara a aquel hombre de encima. Sin embargo, se limitó a acercarse a un aparador y servirse una copa.

—No he visto que tuviera una fila de debutantes ante su puerta, milord —aseveró el duque, dando un trago a la bebida—. Penelope es lo bastante joven para darle un heredero.

Lord Rosdale resopló, soltando gotitas de saliva al hacerlo. Incapaz de soportar más su proximidad, Penny intentó apartarse, pero él sujetó su cintura con más fuerza.

—Voy a pagar mucho por ella, excelencia. —La miró con lascivia y ella se estremeció—. Tengo derecho a asegurarme de que es una buena compra.

Fue demasiado. Penelope se liberó de su agarre de un tirón y se apartó.

Su mirada fue de aquel hombre a su padre una y otra vez. En su cerebro, cientos de réplicas de arremolinaron. «No soy una propiedad». «No pueden hacer esto». «No quiero que me toque». Sin embargo, sus labios se negaron a emitir sonido alguno.

—Penelope —le advirtió su padre, pero ella negó con la cabeza y salió corriendo.

Aquello no era justo. Nadie la había tenido en cuenta. Era como si, de repente, hubiese perdido todo lo que la hacía humana y se hubiera convertido en un cuadro. En una vasija con la que hacer negocios. A su mente acudió el jarrón de lord Harrow.

Durante años, había guardado la asignación de su tío y lo poco que poseía para poder mantener su libertad. Estaba dispuesta a

desaparecer en el momento en el que a su padre se le ocurriese la estúpida idea de buscarle un marido. Sin embargo, había pasado el tiempo y el duque se había mantenido tan ajeno a ella como durante su infancia. Había pensado que, a los veintiséis años y siendo ya una solterona de forma oficial, nadie se plantearía desposarla. Así pues, cuando había descubierto las casas de acogida y se le había ocurrido la idea de crear una escuela para aquellos niños, no le había parecido descabellado usar todo lo que tenía para hacerlo. La negativa de Alex a ayudarla solo había supuesto un contratiempo a sus planes y la había obligado a desprenderse de lo único que ansiaba mantener. El anillo de su madre había completado lo que necesitaba para comprar un pequeño edificio mal conservado en Grange Road, no muy lejos de una de las casas más grandes. Pero ahora estaba perdida. Recurrir a su tío no era una opción. El vizconde Montclair raramente estaba en Londres y, cuando lo hacía, su vida distaba mucho de ser adecuada para una joven como ella.

Tras heredar el título, había asegurado un buen matrimonio a sus hermanas, convirtiéndolas en duquesas. Su tía, la madre de Andrew, había contraído matrimonio con un duque de Brighton, cuyo atractivo compensaba su falta de sentido común. Su madre, por su parte, había pescado a Whitehaven, que, aunque no era guapo, había tenido una edad aceptable, conservaba todos los dientes y no escupía al hablar. Y era duque. Aunque ninguno de los dos había sido el lápiz más afilado del estuche, sus títulos compensaban la falta de inteligencia. Por supuesto, en ambos casos, las generosas dotes que el vizconde había entregado a sus hermanas habían resultado muy persuasivas. Las arcas del duque de Brighton estaban más vacías que las estanterías de Fortnum and Mason el día después de Navidad, y las de Whitehaven... En fin, tendían a vaciarse con sorprendente facilidad cada vez que el caballero sufría una mala racha en las mesas de algún club del que todavía no lo hubiesen expulsado. Y, entonces, una vez que sus hermanas se habían establecido en ambientes respetables, Montclair había cambiado Almacks por entornos más bohemios y se había rodeado de pintores, actrices y poetas. Se había convertido en un nómada que dilapidaba lo que quedaba de su herencia vagando de un lugar a otro sin

asentarse jamás en ningún sitio. No, su tío no era una opción.

Sin pararse a pensar en lo que hacía, salió al exterior. Pese a que todavía no era media tarde, ya había oscurecido. Diciembre estaba a punto de llegar y Mayfair hacía semanas que había comenzado a vaciarse. Con la Navidad tan próxima, los nobles trasladaban sus celebraciones a sus mansiones campestres. Ella misma debería estar ya en Hawthorne Hall de no ser por los enredos de su padre. Escudriñó la calle en busca de un coche de alquiler y, en cuanto logró parar uno, le indicó el camino. No era lo más inteligente que había hecho en su vida, pero ¿a quién le importaba? Ahora aquel feo edificio de Southwark era todo lo que tenía.

Capítulo 5

Mientras el cortejo fúnebre seguía con lentitud al coche que transportaba el féretro hacia la cripta del cementerio de Petersfield, donde, en breves instantes, la hermana de un duque descansaría para el resto de la eternidad, Alex se preguntó si, tal vez, debería sentir algo más que la monótona apatía que le embargaba en ese momento.

Había conocido a lady Briony cuando era poco más que una niña y, aunque no había sido un visitante habitual de Bramshaw Manor, conservaba recuerdos y anécdotas suficientes como para que un hombre mejor que él sintiese cierto pesar.

Con hastío, observó el contrito rostro del duque y el modo en que su esposa trataba de contener las lágrimas. La duquesa viuda, madre de la difunta, había cubierto su cara con un velo de crepé negro, que ocultaba a los presentes la magnitud de su sufrimiento. Su mirada se detuvo cuando vio a lady Penelope. Llevaba a la pequeña Lottie de la mano y mantenía los ojos bajos, sumida en sus propios pensamientos. De vez en cuando, la niña murmuraba algo a lo que lady Penelope respondía con un ligero apretón, que pasaría desapercibido para cualquiera que no fuera él. Porque, aunque Alex había aceptado, mucho tiempo atrás, que eran muy limitados los sentimientos que tenía la capacidad de experimentar, en los últimos días había descubierto que ella, sin ninguna lógica, se había colado en la restringida lista de personas por las que se preocupaba.

Después de que se hubiera hecho público su compromiso con Rosdale, se había pasado horas dándole vueltas a cómo solucionar aquel entuerto del que solo él era culpable. Había tratado de reunirse con ella, pero la noticia de que el duque había encontrado el cadáver de su hermana en St. Margaret’s Bay lo había hecho imposible. Lady Penelope había regresado de inmediato a Hampshire

y él había tenido que abandonar de nuevo sus quehaceres en el club para ir en busca de su primo.

Observó a Sebastian a su lado, muy lejos de la posición que debería haber ocupado junto al duque y sus allegados. Él, que había sido el mejor amigo de Brighton desde su más tierna infancia, se había enterado de la noticia a la vez que el resto de la sociedad. Lo estudió con detenimiento, tratando de hallar sentido a aquel despropósito. Las acciones de Sebastian en lo que se refería a Briony Buxton llevaban años siendo totalmente irracionales.

Recordó aquella noche de mediados de mayo en que la hermana del duque había abandonado la casa que su familia poseía en Belgravia a hurtadillas. Sabía qué recorrido había hecho hasta llegar a Coventry Hall, la residencia en la ciudad del conde Stanbridge, donde se celebraba una de sus escandalosas fiestas. Por supuesto, Alex sabía el motivo que había llevado a la cándida dama a aquel lugar. Conocía a la perfección el camino que ella había seguido hasta la biblioteca y por qué lo había hecho. Y lo sabía porque él también había estado allí. Y es que Alex, en realidad, estaba en todas partes. Y si hubiera sido un hombre mejor, un caballero al que le preocupase la reputación de una joven inocente, habría impedido que el conde Stanbridge se citara con Alan Thorne, afamado periodista del *Morning Post*, en aquella estancia. Quizá, si hubiera sido quien debería haber sido por nacimiento, habría impedido que el periodista en cuestión sorprendiera a la pobre ingenua en una situación comprometida. En su defensa solo podía alegar que ni siquiera él, con toda la información que poseía, había esperado que el imbécil de su primo abandonara a su suerte a la mujer a la que amaba. A la dama que había recorrido de noche las calles de Londres completamente sola y se había internado en un mundo de pecado que no debería haber conocido jamás solo por estar con él. Porque, por él, ella lo había sacrificado todo. Y ahora estaba muerta y Sebastian Adrien Nicholas Lawrence Sinclair, séptimo marqués de Stratford, asistía a su sepelio como un autómata, como si su cuerpo estuviese allí, pero su mente, y tal vez su alma, ya no pertenecieran a este mundo.

—¿Te quedarás unos días? —preguntó en voz baja.

—No. —Su primo ni siquiera lo miró.

Desde que lo había encontrado, en una taberna de mala muerte no muy lejos de los muelles de Dover, apenas habían cruzado palabra. En las escasas ocasiones en las que Sebastian respondía a sus preguntas, lo hacía con gruñidos y monosílabos. Aunque, en el estado en que se hallaba, tampoco cabría esperar respuestas demasiado elaboradas por su parte. El tiempo en el que el marqués había permanecido sobrio desde que se hiciera pública la noticia de la muerte de lady Briony podía contarse en segundos.

Suspiró. La aventura de lady Briony no solo se había saldado con la muerte de la dama, sino que también había perturbado su tranquilidad. A Alex no le gustaba estar pendiente de nadie y en los últimos tiempos pareciera que se hubiera convertido en la niñera de su primo. Se pasaba el día sacándolo de tugurios y peleas callejeras, esperando en las esquinas a que vaciara su estómago solo para que comenzara a emborracharse de nuevo. Incluso había tenido que intervenir cuando estaban a punto de apuñalarlo en un callejón. ¿Por qué demonios no se encerraba y sufría a solas, en la seguridad de su casa, como cualquier otro hombre?

Lo observó de nuevo. La espesa barba le cubría la mitad del rostro, lo que, al menos, ocultaba que había adquirido la palidez de un fantasma. Solo las ojeras oscuras que rodeaban unos ojos sin brillo daban un poco de color a aquella patética imagen. Stratford había perdido todo el encanto que le caracterizaba en un tiempo récord.

Ensimismado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que ya habían alcanzado la cripta y cuando vio cómo bajaban el ataúd y este desaparecía en su interior, sintió un ramalazo de algo que se negó a identificar. La muerte lo había rondado desde que tenía memoria y se negaba a permitirse sentirla ahora.

El movimiento de los asistentes a su alrededor le posibilitó acercarse a lady Penelope, que, sujetando todavía la mano de Lottie, tenía la mirada fija en la entrada del mausoleo.

Cuando vio cómo el féretro desaparecía, Penny contuvo el aliento. Los últimos días habían sido una pesadilla. Para ella, la muerte

siempre había sido algo ajeno y, de repente, la golpeaba de esa manera. No creía que nadie estuviera preparado para despedirse de un ser querido, pero cuando esa persona era una joven de veintitrés años y su muerte se producía del modo en que había sucedido la de su prima...

Se estremeció y notó cómo algo que no lograba explicar le retorcía las entrañas. Las lágrimas amenazaron de nuevo, pero se negó a cederles el paso. No podía permitirse llorar delante de Lottie.

La miró con disimulo. No le había soltado la mano desde que habían salido de Bramshaw Manor. Aunque habían tratado de mantenerla al margen de la situación, al final había sido su padre quien le había comunicado la noticia. Andrew se la había llevado y habían estado un buen rato paseando por el jardín. Desde entonces, Lottie había permanecido excepcionalmente callada.

—Puedo mejorar mi oferta.

Aquella voz la sobresaltó y miró a Alexander como si se hubiera vuelto loco.

—¿Pretende convencerme de que me convierta en su amante mientras enterramos a mi prima? —siseó.

Él escudriñó la cripta.

—No creo que lady Briony se ofenda.

Lo fulminó con la mirada. Aquel hombre no tenía vergüenza. Suspiró. Por irónico que fuera, lo que había dicho era cierto. Ese era el tipo de conversación en el que a Briony le hubiera encantado estar presente.

—¿No siente respeto por nada? —inquirió en un susurro.

Él pareció pensarlo un instante.

—No —sentenció con naturalidad. No era una provocación ni un farol, solo la constatación de un hecho.

—No voy a aceptar su proposición —dijo, renunciando a convencerlo de lo inapropiado de todo aquello—. Sé que no soy una belleza ni el tipo de dama que llama la atención de los caballeros. El matrimonio nunca estuvo dentro de mis planes. —Negó con la cabeza—. Pero no voy a convertirme en una paria ni a renunciar a mi familia solo porque usted lo haya decidido. No sé qué me espera junto a Rosdale, pero, al menos, mi primo podrá seguir

recibiéndome abiertamente en su casa. —Miró con tristeza a la niña, que permanecía ajena al intercambio—. Podré estar con Lottie sin que nadie tema mi influencia sobre ella.

Él se quedó callado tanto tiempo que ella dio por finalizada la conversación. Tiró de la pequeña para emprender el camino de regreso, pero Alexander le sujetó el brazo.

—Cásese conmigo.

La conmoción la paralizó. Desde el principio, toda aquella situación había sido un despropósito. Cuando logró reaccionar, se dio cuenta de que a él mismo le había sorprendido la propuesta. Por primera vez desde que lo conocía, observó una cierta vulnerabilidad en su expresión, aunque la ocultó de inmediato.

—Ya se ha hecho público el compromiso —explicó.

Alexander se encogió de hombros.

—Siempre puede romperse.

Ella negó.

—Sería un escándalo.

—Lo será de todos modos —precisó—. ¿Qué pesa más para usted, la magnitud del escándalo o el futuro que le espera?

Penny no supo qué responder.

—No es el lugar adecuado —contestó, por fin—. Y mi padre no lo aprobaría.

—Sin duda, el duque se opondría —asintió complacido y buscó al hombre en cuestión. A diferencia de ella, que se había mantenido en un discreto segundo plano, él había estado todo el tiempo junto a la duquesa viuda.

A Penny su satisfacción la confundió.

—¿Cree que me enfrentaré a mi padre por usted?

Alexander suspiró.

—No, lady Penelope. Creo que se enfrentará a él porque, para salvar su pellejo, la ha vendido a un viejo con un dudoso pasado. *Sé que se enfrentará a él* —enfatizó sus palabras— porque nunca ha mostrado el menor interés por usted hasta que le ha resultado útil.

—Al menos a mi primo le agrada —reflexionó para sí misma.

Él emitió una risita entrecortada.

—Disiento en ese punto. Su primo pensará que soy una elección

nefasta. Sin embargo, dada la alternativa, me atrevo a creer que me considerará el mal menor.

Por fin, Penny se atrevió a preguntar lo que rondaba en su mente desde hacía días.

—¿Por qué?

El señor Lonsdale pareció evaluarla y Penny trató de adivinar qué mentira estaría urdiendo en esa ocasión.

—Porque odio a Whitehaven —reconoció—. Y usted es la pieza que falta para que acabe con él.

Su honestidad la dejó sin palabras. Parpadeó.

—¿Es porque le debe dinero?

—No.

Era evidente que no iba a obtener más información de su parte. Por un momento, trató de hacer memoria, de recordar alguna situación en la que el nombre de ese hombre se hubiese vinculado con el del duque. No obstante, por más que se esforzó, fue incapaz de darle sentido a aquello.

—Si me caso con usted, ¿quedará saldada la deuda de mi padre?

Él asintió.

—Entonces, ¿qué tipo de venganza sería esa?

—Créame, si el desdén de la alta sociedad hacia nuestro matrimonio no fuera suficiente, ver a su única hija casada con alguien como yo acabará con el duque.

Ella negó contrariada.

—¿Supone que aceptaré convertirme en una herramienta para que haga daño a mi propio padre?

—Siempre puede quedarse con Rosdale —le recordó.

Penny cerró los ojos. Olvidarse del compromiso con aquel hombre se había convertido en su pasatiempo favorito en los últimos días.

—¿Por qué tengo que creer que usted es mejor que él?

—Soy más joven, más rico y jamás me han acusado de maltratar a nadie. —La voz de Alexander era monótona, como si recitara algo preparado de antemano. A Penny no le gustó—. Tendrá libertad para hacer lo que quiera y después de que hayamos consumado el matrimonio no le impondré mi presencia en su cama si no lo desea. —La miró y su expresión se suavizó—. No tengo título, Penelope, ni

nací en una cuna de oro, pero hay pocas cosas que no pueda darle.

Alex entró en el club a la noche siguiente con el cansancio reflejado en su rostro. Su intención había sido regresar lo antes posible, pero no a la velocidad infernal que había impuesto su primo. Nada más terminar el entierro, Sebastian se había montado en su caballo y había abandonado el pueblo sin ni siquiera despedirse de su madre. El muy idiota había decidido hacer el trayecto hasta Londres cabalgando, lo que le había obligado a él a renunciar a un carruaje por el que había pagado una fortuna y cuya comodidad era incuestionable, y montarse en un equino prestado para seguirlo. Había tardado horas en alcanzarlo y solo lo había logrado porque se había detenido en una posada, en teoría, para que su caballo descansara, aunque Alex se había percatado al instante de que no era más que una pobre excusa para poder emborracharse de nuevo. Empezaba a oscurecer y las carreteras no eran seguras por aquella zona, por lo que había creído que se quedarían hasta el día siguiente. Se había equivocado.

Entró en su despacho y cerró de un portazo. Se había pasado la noche galopando a un ritmo endiablado, jugándose la vida por caminos estrechos y desiguales, esquivando ramas que solo veían cuando estaban a punto de golpearse con ellas. Habían llegado a la ciudad mucho antes que cualquier otro mortal en la historia de la humanidad y, cuando creía que podría descansar por fin, Sebastian se había desviado, había entrado en una taberna cercana a los muelles y allí se había quedado hasta que había logrado sacarlo. Inconsciente. Había tenido que pagar a dos hombres para que lo subieran a un coche de alquiler y necesitado la ayuda de Everard para poder meterlo, por fin, en la cama.

Así que en ese momento el marqués dormía plácidamente, mientras que él disponía de poco más de una hora antes de que el club abriera sus puertas.

Maldijo para sus adentros. Aquello tenía que parar. Si su primo no se detenía, tendría que buscar a otro que hiciera las veces de guardaespaldas porque él ya estaba harto.

—Hola, querido —saludó la señora Sharp—. ¿Cómo...?

Interrumpió la pregunta en cuanto se percató de su aspecto y Alex alzó una ceja.

—Veo que ha sido un viaje movido —dijo la anciana con una mueca.

Él suspiró. Sabía lo que estaba viendo. Su traje destrozado, su cara llena de polvo y estaba bastante seguro de que en su pelo debía haber algunas hojas, ramas y, quizá, una tela de araña o dos.

—Necesito un baño —murmuró.

—Y una hoguera —agregó ella con la mirada fija en una mancha sospechosa de su chaqueta.

Se dirigió al aparador y se sirvió una copa. Sin embargo, en el momento en el que el aroma del whisky inundó sus fosas nasales se le revolvió el estómago. Maldijo en voz baja. No era suficiente con que las estupideces del marqués trastornaran su vida, también estaban acabando con sus aficiones. Llevaba días soportando el hediondo olor a alcohol de Sebastian y, al parecer, su cerebro había decidido que era mejor desterrarlo de su dieta.

—¿Puede pedir que preparen la bañera? —gruñó a la señora Sharp, que lo miraba divertida—. Tal vez podrían añadir un poco de lejía. Con un par de litros bastará.

La anciana rio mientras se alejaba para cumplir su encargo y Alex se dejó caer en su butaca. Era probable que tuviera que quemarla después, pero ¿a quién le importaba?

Cerró los ojos con cansancio. Podría dormirse ahí mismo. ¡Qué demonios! Podría dormirse de pie si permanecía quieto el tiempo suficiente. Se masajeó las sienes tratando de despejarse y dedicó unos minutos a repasar su conversación con lady Penelope.

Había estado dispuesto a hacerle una buena oferta, una que implicara dinero, libertad y cierto poder. Sin embargo, ninguna de las propuestas que había ideado incluían su mano.

Abrió los ojos y se recostó contra el respaldo.

Él había sido el primer sorprendido cuando se había escuchado pidiéndole que se casara con él. Y, aun así, no se había echado atrás. Ni siquiera en ese momento, cuando ya había podido analizar en profundidad la situación —no es que hubiera tenido otra cosa que

hacer mientras cabalgaba como un loco—, se arrepentía de habérselo pedido. Lo único que le molestaba, que le causaba un profundo malestar, en realidad, era que ella no hubiera aceptado de inmediato. ¿Qué narices tenía que pensar? Puede que él no fuera noble, pero lord Rosdale era un cerdo. ¿De verdad a la aristocracia le importaba tanto un título como para condenarse a una existencia infernal?

Se levantó y se estiró con cuidado. Se sentía como si, de repente, hubiera envejecido cien años.

Le caía bien lady Penelope y, aunque no fuera el tipo de mujer que hubiera elegido, no le disgustaba la idea de convertirla en su esposa. Whitehaven montaría en cólera y él se encargaría de que el escándalo llegara al rincón más remoto de Inglaterra. La reputación del duque estaría arruinada y ella no saldría lastimada en el proceso. Hizo una mueca ante aquel pensamiento. Bien, no físicamente al menos. Con él podría tenerlo casi todo. Era rico. Era poderoso. Tenía propiedades en medio mundo. Y, aunque nunca había prestado atención a nada de aquello, quizá para ella fuera suficiente.

Se dirigió hacia su habitación. Tal vez no hubiera sido adecuado para la hija de un baronet, pero iba a casarse con la de un duque.

—Será una boda íntima. —Penny se quedó paralizada ante la puerta del comedor. La voz de su padre le llegaba amortiguada y se imaginó que estaría masticando su desayuno mientras hablaba.

—Incluso así —replicó su esposa—, las habladurías serán inevitables. No ha pasado ni una semana desde el entierro.

Se le revolvió el estómago. Había pensado que, tras la muerte de su prima, las nupcias se pospondrían durante un tiempo prudencial. Había contado con que podría utilizar ese paréntesis para encontrar una solución que no implicara desposarse con nadie.

—Poca gente se enterará —proseguía el duque—. La celebraremos en la capilla de Hawthorne Hall y anularemos la recepción posterior.

Su madrastra murmuró algo que Penny no logró comprender.

—No hay necesidad de aplazar nada —respondió él malhumorado y Penny comprendió que Celine estaba tratando de disuadirlo, aunque

sin mucho éxito.

—¿No te preocupa lo que pueda hacer Rosdale?

Hizo una mueca temiendo la respuesta.

—Es la hija de un duque —farfulló su padre—. Tendrá cuidado.

Aquella explicación pareció bastar a ambos, pues el comedor quedó en silencio. Penny se apartó de la puerta. Había perdido el apetito. ¿Qué demonios significaba que tendría cuidado? ¿Cuidado de qué?

No se le había escapado que su padre no había respondido en realidad a su madrastra. Tampoco le sorprendía. Desde que tenía memoria, la indiferencia del duque había sido una constante. Ella se había criado en Sussex, mientras que él prefería la vida en la ciudad y, en las breves temporadas en las que se quedaba en Hawthorne Hall, la ignoraba. No había sido cruel. Jamás le había puesto la mano encima. Ni siquiera la había regañado nunca. Para él, sencillamente, no existía. Cuando cumplió los veinte años, algo lo impulsó a presentarla en sociedad. Quizá la presión social. O, tal vez, había esperado que lograra un buen matrimonio que inyectara algo de vida a las arcas vacías del ducado. Sin embargo, en cuanto se había hecho patente que no lograría tal cosa, casi se había olvidado de ella. Seguía llevándola a Londres y acudiendo con ella a bailes y veladas, quizá con la esperanza de que ocurriese un milagro, pero su desinterés había sido evidente. Hasta que había decidido venderla a Rosdale.

—¿No vas a desayunar?

La voz de Celine la sobresaltó.

—No tengo hambre —murmuró.

Su madrastra la evaluó un momento.

—No es tan malo —dijo adivinando sus pensamientos—. Serás vizcondesa. Y Rosdale es mayor. Se quedará en Sussex mientras tú disfrutas de la temporada. —Se encogió de hombros—. He oído que tiene gota. A lo mejor no tardas en ser una viuda rica.

Aquello no la consoló. Ella no quería ser una viuda rica. Ni una esposa. Solo quería seguir como hasta entonces, moviéndose como le venía en gana, embarcándose en sus propios proyectos.

Pensó en el edificio de Southwark. Había resultado estar peor de lo

que parecía. La tarde anterior, Dave, su mozo de cuadra, le había traído la estimación de gastos que el constructor había hecho tras examinarlo y sobrepasaba con creces lo que ella había esperado y, sobre todo, lo que podía permitirse pagar.

Con la terrible sensación de haber perdido por completo el control de su vida, se volvió para regresar a su cuarto. Debía analizar con cuidado sus opciones y tomar una decisión cuanto antes. Si su padre pretendía seguir adelante con la boda, le quedaba poco más de una semana para convertirse en lady Rosdale. Se estremeció. Solo con recordar la forma en que su prometido había hablado de ella, se sentía enferma.

—¿A dónde vas? —La voz del duque resonó a sus espaldas—. Sabes que el desayuno se sirve a las siete. No creo que a lord Rosdale le agrade que duermas hasta mediodía.

La exageración de su padre solo la irritó más.

—No tengo hambre.

Whitehaven la evaluó con la mirada.

—Eres un saco de huesos —masculló—. ¿Quién demonios querría una esposa como tú?

Estaba acostumbrada a escuchar aquel tipo de opiniones, aun cuando la mayoría de la gente las decía a sus espaldas, pero oírlas de labios de su padre la incomodó.

—Entra y come —ordenó—. Trata de mantenerte sana. Al menos hasta que Rosdale cumpla con su parte del trato.

—¿Hasta que salde sus deudas, quiere decir? —No supo de dónde sacó el valor para replicarle, pero una vez hecho no se arrepintió.

Whitehaven la fulminó con la mirada.

—No hables de lo que no tienes capacidad de entender. Dedícate a coser y a tocar el piano, como cualquier dama. Y repasa las nociones de educación y comportamiento que te inculcaron tus institutrices.

Penny emitió un sonido ahogado, una mezcla entre una carcajada y un bufido. El dueño de un club de juego había sabido más de ella sin conocerla que su propio padre.

—Si se hubiera molestado en saber algo de mí, *excelencia* —pronunció su título con sorna—, sabría que no tengo ni idea de bordar, que soy una inepta para la música y que a ninguna de mis

institutrices les importaba un comino si separaba lo suficiente el meñique al sujetar una taza o el lugar que debía ocupar durante una cena.

La ira del duque era palpable. Bien. ¿Por qué debía mostrar respeto cuando él ni siquiera se molestaba en fingir que le importaba?

—No puedo perder el tiempo contigo —murmuró él, alejándose—. Hoy hay sesión extraordinaria.

Capítulo 6

—Acepto su primera propuesta.

Alex miró a la mujer que acababa de entrar en su despacho. Al menos esta vez se había molestado en llamar a la puerta, aunque era evidente que lady Penelope no era una persona que se anduviera por las ramas.

—Seré su amante teórica —agregó ella sin levantar la vista de sus botas de paseo, aunque él percibió la tensión que trataba de ocultar.

—¿Qué narices es una amante teórica? —inquirió confuso.

—Apareceré en público con usted —explicó ella todavía sin alzar la mirada—. Asistiré a los eventos que considere oportunos y fingiré que compartimos... —vaciló— cierta intimidad.

Alex hizo el ademán de levantarse, pero ella lo detuvo con un gesto. Se arrellanó en la butaca de nuevo y la observó sin disimulo. Al fin y al cabo, ella ni siquiera lo miraba.

—Déjeme terminar —pidió en voz baja—. No compartiré su cama.

Por alguna razón que no comprendía, aquella afirmación lo molestó. ¿Iba a dejar que todos pensaran que se acostaban, pero no le iba a permitir tocarla? Había estado seguro de que se sentía atraída por él... ¿Se habría equivocado?

—Y tengo condiciones —proseguía lady Penelope, ajena a sus pensamientos.

Alex no dijo nada y ella pareció interpretar su silencio como una invitación para que continuara.

—Quiero una casa a mi nombre y contratar a mi propio servicio. Y un estipendio de tres mil libras anuales por, al menos, los próximos cinco años —titubeó mientras le tendía un papel—. Y todo lo que aparece en esta lista.

Recogió la nota y le echó un vistazo. Frunció el ceño y abrió la boca, pero ella lo detuvo de nuevo.

—Y no quiero que me haga preguntas.

Tras aquello, ella pareció deshacerse de toda la tensión acumulada y suspiró.

—Antes de nada, buenos días, lady Penelope —saludó él levantándose por fin y casi sonrió al percibir su vergüenza—. Espero que no haya sufrido contratiempos en el trayecto hasta mi local, aunque, teniendo en cuenta la frecuencia de sus visitas, empiezo a pensar que se ha aficionado más a pasear por los callejones de Jermyn Street que por los jardines de Kensington.

Percibió el ligero sonrojo de sus mejillas, pero ella no respondió. Se acercó lo suficiente como para que su respiración hiciese bailar las hebras castañas que habían escapado de su recogido. Como había esperado, lady Penelope dio un paso atrás.

—Ese no es el comportamiento de una amante —murmuró acercándose de nuevo.

—Teórica —susurró ella envarándose, pero esta vez no retrocedió.

—Tres mil libras anuales es mucho dinero para una relación platónica —dijo junto a su oído—. ¿Por qué cree que aceptaré tal cosa?

Ella no respondió de inmediato y él bajó la cabeza para acariciar su cuello con la nariz.

—Por... —Notó como se estremecía con sus caricias—. Porque no necesita meterme en su cama para vengarse de mi padre.

Él envolvió su cintura con un brazo y dejó que sus labios vagaran por su sien. Pese a que lady Penelope no era especialmente menuda, él la superaba con mucho en altura.

—Pero será más divertido si lo hago —susurró—. Para los dos.

Recorrió su mejilla con la boca y se acercó a sus labios, pero no la besó. Ella lo miró a los ojos por primera vez desde que había llegado.

—Usted no me desea —dijo con más seguridad de la que había mostrado segundos antes—. Solo soy un medio para alcanzar un fin.

Nunca habían estado tan cerca y Alex se sorprendió tratando de identificar todas las tonalidades presentes en sus iris. Había pensado que tenía unos ojos castaños comunes, sin embargo, debería haber imaginado que no podía haber nada ordinario en ella. El marrón, en

realidad, era el color más escaso. Cientos de tonos distintos de dorado y verde se entremezclaban, más claros en los bordes y mucho más oscuros alrededor de las pupilas. Lady Penelope tenía los ojos amarillos de un búho y, ahora que comenzaba a conocerla, se dio cuenta de que también compartía su misterio y su inteligencia. Solo restaba saber a qué venía su claudicación.

La apretó más contra sí y acarició sus labios con los suyos. Cuando ella se envaró, él tensó el brazo con que la sujetaba, impidiendo que se apartara.

—Incluso una amante teórica —susurró— besará a su protector en público.

—No creo que sea necesario...

—Tres mil libras, lady Penelope —le recordó él—. Y una lista muy extraña de cosas.

El recordatorio logró lo que buscaba. Ella suspiró y cerró los ojos. Alex aprovechó su rendición para acariciar de nuevo su boca, con más intensidad esta vez. Con la mano libre, le sujetó la cara y cambió el ángulo de su rostro. Cuando la tuvo en la posición que quería, acarició sus labios cerrados con la lengua, instándola a abrirlos. Ella se removió, confusa, pero el brazo en torno a su cintura no le permitió apartarse. Por fin, como si comprendiera de pronto lo que él buscaba, le permitió la entrada y dio un respingo cuando notó cómo le acariciaba el paladar. Le masajeó la espalda de forma tranquilizadora y redujo la presión. Hizo el amago de apartarse y fue entonces cuando ella respondió. Vacilante al principio, trató de seguirle el juego con timidez. Movió sus labios con suavidad y deslizó la lengua tentativamente contra la suya. Luego succionó y fue él el sorprendido.

—Lo siento —susurró apartándose insegura, pero Alex se lo impidió. En su lugar, la apretó más contra su cuerpo y se apoderó de su boca como si acabase de encontrar un manantial tras una larga travesía por el desierto. La saqueó como si le fuera la vida en ello y, de algún modo, sentía que así era. La llevó de espaldas hasta su escritorio, pero cuando ella notó la madera pareció recuperar la cordura.

—Señor Lonsdale... —murmuró empujando su pecho.

—Creo que ambos somos conscientes de que no soy un señor —cortó aceptando su rechazo con menos aplomo del que le hubiera gustado. Percatarse de que sus manos temblaban como las de un colegial, lo irritó. Las guardó en los bolsillos y regresó a la seguridad de su asiento—. Y le garantizo que ese apellido no significa nada para mí.

—Eso ofendería a su padre —musitó ella sin sostenerle la mirada y le agradó darse cuenta de que no estaba mucho más serena que él.

—Soy un bastardo. —Su sorpresa fue evidente—. Ni ese es el apellido del hombre que me engendró ni a él le importé una mierda jamás.

A lady Penelope no pareció afectarle su lenguaje. En su lugar, un cierto pesar se reflejó en su rostro.

—Lo siento. —Y parecía apenada de verdad.

Alex puso los ojos en blanco.

—¿Por qué lo siente, lady Penelope? Usted es hija legítima y, sin embargo, a su padre tampoco le ha importado nunca un comino.

Aquello sí que la molestó. Lo notó en la frialdad de su expresión y en la tensión que invadió su cuerpo. Lo vio en la forma en que apretó los labios.

—Me extraña que no lo supiera —dijo tratando de relajar la situación—. Ha sido un secreto a voces durante años.

Ella pareció relajarse y negó con suavidad.

—Supongo que no nos hemos movido en los mismos círculos —se disculpó.

Alex se recostó en el asiento.

—Le aseguro que sí, milady.

Lady Penelope parecía esperar una aclaración, pero él no se la proporcionó.

—Su madre...

Alex la detuvo.

—No voy a discutir mi árbol genealógico con usted —cortó de inmediato—. Y no acepto su propuesta.

Penny alzó la vista de golpe.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó sintiendo cómo la furia la invadía. Con las libertades que se había tomado, había pensado que el trato estaba sellado.

—No tiene madera de amante —respondió él con indiferencia y ella se sintió enrojecer.

—¿Ha sido...? —Avergonzada, tragó saliva— ¿Ha sido por el beso? Puedo aprender.

Él no respondió de inmediato. Solo la miró con intensidad durante mucho más tiempo del que podría considerarse apropiado. Ante su escrutinio, comenzó a moverse, inquieta.

—Estoy seguro de que puede hacerlo —respondió él, por fin—. Y, con toda probabilidad, sería una alumna aventajada.

Unos segundos antes, Penny no habría creído posible sonrojarse más. Se habría equivocado. Trató de serenarse y mostrar una seguridad que no sentía, la misma que exhibía cuando recorría las calles menos elegantes vestida de hombre. No lo logró y bajó la vista hacia sus manos.

—¿Por qué entonces...? —Se sintió incapaz de terminar la pregunta.

Aunque no lo veía, percibió su suspiro.

—Porque quiero enseñarle, lady Penelope. —Escuchó cómo se levantaba de la butaca y se acercaba de nuevo. Le sujetó la barbilla con los dedos y le alzó el rostro hasta que sus ojos se encontraron —. Pero no me detendría en los besos.

Recorrió su mejilla con el pulgar y amplió la caricia hasta sus labios. Sin apartar la mirada, se acercó a ella y Penny cerró los ojos con anticipación. Sería una hipócrita si no reconociera lo mucho que le había gustado que la besara.

—Y está equivocada —afirmó apartándose de repente.

Frunció el ceño. ¿De qué demonios hablaba?

Él debió de percibir su desconcierto porque su expresión se suavizó.

—Sí la deseo —aclaró—. Y siempre consigo lo que quiero.

Penny negó con la cabeza.

—Sé quién soy, *señor Lonsdale*. —Pronunció su nombre con especial énfasis, ignorando su alegato anterior de forma deliberada

—. Y empiezo a descubrir quién es usted.

Por primera vez desde que se habían conocido, él pareció realmente divertido.

—¿Y quién soy, milady?

—Un manipulador —sentenció ella—. Un embustero y un farsante. Todo en usted es puro teatro. Y no creo que me haya dicho una verdad desde el día en que nos conocimos.

Él negó con la cabeza.

—En eso también se equivoca. —Le sostuvo la mirada—. Con pocas personas he sido más honesto que con usted. Odio a su padre y haré lo que sea por acabar con él. Pero la deseo y no estoy dispuesto a pagar por una relación platónica ni a educarla para que otros disfruten de lo que yo le he enseñado.

Ella apretó los labios.

—No va a ser mi amante teórica —continuó—. Ni mi amante. Se casará conmigo.

—El matrimonio no entra en mis planes —replicó Penny tajante.

—Tampoco en los míos, pero me parece que no le quedan más opciones. Ser mi esposa o la de Rosdale. —Se encogió de hombros —. Aún no ha recurrido a su tío.

Penny lo observó con suspicacia. ¿Cómo sabía él eso? Hizo una mueca cuando lo comprendió.

—Me ha estado siguiendo. —No era una pregunta.

Él no mostró el menor rastro de vergüenza.

—No se lo tome como algo personal. Sigo a la mitad de los nobles de esta estúpida ciudad.

Ella lo miró con recelo e hizo una pregunta que sabía de antemano que no debía hacer.

—¿Y la otra mitad?

Él casi sonrió.

—Esa trata de espiarme a mí.

Sin desviar la mirada, lo analizó. En su rostro no se mostraba emoción alguna. Aquel hombre era un experto en ocultarlo todo. Sería terrible convivir con él, siempre alerta, sin tener jamás la certeza de si decía la verdad.

Exhaló despacio, tratando de aligerar la tensión que todo aquello le

producía. En cuestión de días había pasado de la más absoluta libertad a no tener el menor control sobre su vida.

—No quiero pertenecerle a nadie —susurró más para sí misma que para él. Sentía una fuerte opresión en el pecho y el picor de las lágrimas a punto de desbordarse tras sus párpados.

—No le quedan alternativas —repitió él impasible—. Y tampoco mucho tiempo.

Penny negó sintiéndose derrotada.

—¿Nunca se preocupa por nadie que no sea usted mismo? —le preguntó.

—No, querida —respondió sin el menor atisbo de vergüenza—. Y, por favor, no cometa la estupidez de engañarse creyendo que eso puede cambiar. Soy un cabrón egoísta y sería bueno para usted que no lo olvidara.

Ella lo miró. Era evidente que no mentía.

—Agote su último cartucho, lady Penelope —recomendó él—. Recurra a su tío. Pero hágalo pronto o se verá atada a Rosdale de por vida. Si acaba eligiéndome a mí necesitaremos algunos días para llegar a Gretna Green.

Ella frunció el ceño.

—No nos casaremos en Escocia.

—¿Qué propone, pues? —inquirió él—. Usted ya está comprometida, su padre no romperá ese acuerdo ni, mucho menos, me dará su aprobación. Ningún miembro de la iglesia anglicana se rebelará contra los deseos de un duque.

Penny se encogió de hombros.

—Nadie me ha prestado nunca la menor atención —explicó con cierto nerviosismo—. Siempre he podido hacer lo que me ha dado la gana porque era tan insignificante que nadie creía que pudiera dar pie a ningún jugoso rumor.

—Se habla mucho de su compromiso ahora mismo —le recordó él.

Ella no sonrió.

—Si protagonizo un escándalo, señor Lonsdale, será a lo grande. Le daré una respuesta mañana. Pero si acepto casarme con usted lo haremos aquí, en Londres, y el mismo día en que debería darle el sí quiero a Rosdale. Y aceptará mis condiciones. Tres mil libras al año y

todo lo que aparece en la lista.

—¿También quiere la casa? —inquirió él burlón.

Penny no respondió. Se giró con decisión, dispuesta a irse, pero en el proceso se llevó por delante una valiosa figura situada junto a la puerta. Cerró los ojos, avergonzada.

—Tal vez sea mejor pegar todos los jarrones, bustos y esculturas a los muebles antes de que nos casemos —reflexionó Alex socarrón.

Penny suspiró resignada.

—Como si nunca hubiera volcado una mesa —murmuró en voz baja.

Y, por primera vez desde que lo conocía, Alex sonrió. Una sonrisa de verdad, sin rastro de burla o cinismo.

—Veo que nuestro matrimonio será todo un reto.

Ella negó con la cabeza. Todavía no había aceptado. Antes de abandonar la habitación, lo miró a los ojos.

—No vuelva a seguirme.

Las suaves notas del Air de Bach se deslizaban en el aire helado de diciembre, pese a que las ventanas de la mansión permanecían cerradas. Las sombras de los asistentes al concierto de Navidad que los Harrow habían organizado se movían con lentitud tras las cortinas buscando los últimos asientos libres de la sala.

Penny se arrebujó en el viejo y deshilachado abrigo gris que era parte indispensable de la versión invernal de su disfraz. Lo había encontrado, muchos años atrás, colgado de una valla en los terrenos de Hawthorne Hall y, obedeciendo a un inexplicable impulso, se lo había llevado a casa. Lo había lavado y remendado y lo había guardado al fondo de su armario, junto a los inocentes vestidos blancos de debutante que no usaba y el polisón que nunca se ponía. Poco imaginaba entonces que le daría más uso a aquella chaqueta vieja que a los lazos y los encajes que la modista insistía en añadir a sus vestidos.

Con cuidado de no hacer ruido, aun cuando el jaleo del interior no permitiría a nadie percibir el crujir de algunas ramas en el jardín, se desplazó, sin apartarse de la pared, hasta la parte trasera de la casa.

Lo que estaba haciendo era, sin duda, la estupidez más grande de su vida, pero, dadas las circunstancias, eran pocas las opciones que le quedaban.

Estaba a punto de alcanzar una de las puertas de servicio cuando algo la inmovilizó. Miró por encima del hombro, entrecerrando los ojos, pero no logró percibir nada. La luna menguante de aquella noche apenas iluminaba unos centímetros más allá de sus narices. Trató de caminar de nuevo, pero fue incapaz de dar un solo paso. Algo se había enganchado en su ropa. Frunció el ceño y sujetó el abrigo. Tiró con cuidado, pero no logró soltarse. ¡Maldición! No tenía tiempo para aquello. Se suponía que debía entrar y salir antes del primer descanso y las hermanas Harrow estaban comenzando ya su tercera pieza de la noche. Apoyando un pie en la pared, tiró con todas sus fuerzas y cerró los ojos, resignada, en cuanto escuchó el sonido de la tela al rasgarse. Sabía lo que venía. La precaria posición en la que se hallaba no le permitiría corregir su postura lo suficientemente rápido como para evitar la caída. Era una situación a la que estaba acostumbrada. Había algo en su cerebro, una especie de tara, que le impedía tomar buenas decisiones cuando se ponía nerviosa. Y entonces se caía. O se golpeaba. O tiraba cosas. Penny la Patosa la llamaba Andrew cuando eran niños. Pero no era cierto. Porque ella podía correr y saltar y trepar como los demás. Hasta que algo la incomodaba y se volvía torpe y descoordinada.

Notó cómo el tiempo se ralentizaba según caía y lo que la rodeaba se volvía más intenso. El aire más cálido conforme se acercaba al suelo, el olor de la tierra húmeda, el dolor agudo y punzante cuando las ramas de algún arbusto se clavaron en la piel expuesta de su cuello. No emitió ningún quejido cuando una de aquellas espinas se hundió en su rostro, muy cerca de su párpado derecho, y rasgó su mejilla. Solo contuvo la respiración y rezó porque la herida no fuera tan profunda como para dejarle una cicatriz.

Cuando, por fin, notó la tierra mojada bajo su cuerpo y las gotas de sangre deslizarse por su cara, respiró de nuevo. Se llevó la mano al pómulo y siguió la herida con un dedo. Cerró los ojos. Al menos parecía un corte limpio.

Apoyando las manos en el suelo, se levantó y a punto estuvo de

perder el equilibrio otra vez. La noche se volvió todavía más oscura cuando miles de chiribitas bailotearon ante sus ojos. Se sujetó a la pared como pudo y esperó. No podía desmayarse. Una leve sonrisa tiró de la comisura de sus labios al pensar en la escena que se produciría al día siguiente si alguno de los criados de los Harrow hallase su cuerpo congelado, vestido con harapos robados y con el rostro lleno de sangre. Imaginó los rumores que se desatarían, las hipótesis y las teorías. Y cuando encontrasen la nota en su bolsillo, aquella que pensaba entregar en el Black Diamond antes de regresar a casa esa noche, el señor Lonsdale tendría su escándalo.

Pensar en él la puso nerviosa de nuevo. La había besado. Y había sido un beso de verdad, como los que sospechaba que los granujas les daban a aquellas damas hermosas a las que arrastraban fuera de los bailes cuando creían que nadie los veía. Imaginar lo que ocurriría en aquellos encuentros furtivos había sido su entretenimiento favorito durante años mientras permanecía sentada en las esquinas de los salones junto a las solteronas y las floreros.

Notó cómo se sonrojaba. Ahora que lo había experimentado, aunque hubiese sido solo durante un instante fugaz, le sería muy difícil volver a conformarse con las fantasías. Porque, aun cuando ella no tuviera nada con lo que comparar, estaba segura de que el señor Lonsdale besaba extraordinariamente bien. Y, después de que la tocara, la idea de convertirse en su amante había comenzado a resultarle incluso apetecible.

Sacudió la cabeza para despejarse. Estaba en medio del jardín de los Harrow, sola, de noche y en su periodo de duelo. Y a punto de cometer un robo. ¿Qué demonios hacía pensando en aquel tipo?

Sintió un leve crujido y alzó la vista deprisa. Recorrió la oscuridad con la mirada, pero le resultó imposible ver nada. Suspiró. No debería perder el tiempo con tonterías. Sin embargo...

Volvió a recorrer el jardín con la vista. Él había reconocido que la había estado siguiendo y, desde que había salido de su despacho esa tarde, se había descubierto mirando por encima de su hombro una y otra vez. Por supuesto, no había visto a nadie. Solo cuando regresaba de la casa de su tío había percibido un movimiento extraño entre los setos de la acera contraria, pero había resultado

ser un chiquillo desaliñado que había salido corriendo calle abajo. Tal vez el señor Lonsdale le hubiera hecho caso.

Negó con la cabeza y se separó con cuidado de los ladrillos. Algunas notas sueltas de la *Serenata* de Schubert le llegaron en la distancia. Había que reconocer que las chicas Harrow tocaban bien. Se deslizó buscando la puerta por la que el servicio podía acceder a sus aposentos sin pasar por la cocina. Sonrió en cuanto tocó la desgastada madera con los dedos y giró el pomo con cuidado. El ligero chirrido que emitió hizo que contuviera el aliento. Esperó unos segundos hasta que estuvo segura de que nadie lo había oído. Los criados estarían ocupados atendiendo a los invitados, esperaba que lo suficientemente alejados de aquella zona de la casa como para que ella pudiera entrar y salir sin ser vista.

La tenue luz de uno de los apliques iluminaba la escalera deslustrada. Apoyó un pie con cuidado en el primer escalón y dejó caer su peso sobre él. Bien. Al menos los peldaños no crujían.

Se desplazó despacio, tratando de recordar las indicaciones de Dave. Al parecer, su mozo de cuadra había recorrido aquel mismo camino más de una noche. Aunque él se había mostrado sorprendido por su curiosidad, no había escatimado en detalles a la hora de describirle el lugar. Sonrió. Para cualquiera de los sirvientes, ella era una más. Había pasado más momentos de su infancia en las cocinas o en los establos que en la sala de estudio. La señora Taylor, el ama de llaves de Whitehaven, la había criado como a una hija y tanto Dave como el resto de los muchachos de la casa la veían como a una hermana pequeña de la que burlarse de vez en cuando y a la que proteger cuando creían que corría peligro. Todos ellos conocían su disfraz y su objetivo, aunque les había ocultado sus incursiones más peligrosas. Si alguno hubiera conocido sus planes para esa noche, la habrían encerrado en el ático y hubieran tirado la llave.

En cuanto alcanzó el piso principal, se deslizó hacía la izquierda y se ocultó tras una frondosa palmera. Los baños estaban muy cerca de la posición que ocupaba y vio cómo una jovencita entraba deprisa, sujetando uno de los volantes de su vestido. No tardó en seguirla una mujer mucho mayor que casi arrastraba tras de sí a una apurada criada con una caja de costura.

—La enmienda no saldrá adelante.

Dos caballeros giraron la esquina y emprendieron la marcha hacia la sala de música, donde se estaba celebrando el concierto, dándole la espalda.

—¿Cómo estás tan seguro? Middlesbrough lleva meses haciendo campaña a favor de que se modifiquen los términos de la ley. He oído que, en cuanto se apruebe la reforma, propondrá que se cree una norma específica que proteja a esos mocosos.

Penny trató de identificar a aquellos hombres, pero no lo logró.

—La mayoría de los miembros de la cámara han tenido que deshacerse de algún bastardo. ¿Crees que permitirán que se cierren las granjas? ¿Qué harían con ellos entonces?

Su interlocutor murmuró algo que ella no logró entender, pero que provocó una carcajada del caballero que había hablado.

—No te preocupes por eso. Whitehaven fue el principal impulsor de la ley del 34. Es más, varias de sus propuestas de entonces se bloquearon por considerarlas casi inhumanas. Middlesbrough se quedará solo. Su mayor apoyo es su nieto y dudo que Stratford aparezca por el Parlamento. Nadie sabe nada de él desde hace semanas.

Penny sintió cómo la furia se apoderaba de ella. Llevaba años persiguiendo a los despreciables individuos que se aprovechaban de su poder para pisotear a los más débiles. Tenía una lista con los nobles que se habían mostrado contrarios a cualquier reforma liberal que sirviera para mejorar las condiciones de las clases bajas. Aprovechaba su invisibilidad en bailes y eventos para escuchar conversaciones ajenas y descubrir quiénes estaban detrás de la inmovilidad de la Cámara de los Lores. Jamás se le había ocurrido que su padre debía encabezar esa lista.

Los hombres desaparecieron al fondo del pasillo; sus voces, un murmullo lejano. Sacudió la cabeza para despejarse y notó el hilillo de sangre que seguía deslizándose por su rostro. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió a ciegas. Mantuvo la tela pegada al corte, tratando de contener la hemorragia, mientras salía de su escondite y se dirigía en dirección contraria a la que habían seguido aquellos caballeros. Pasó de largo ante los baños apurando el paso por miedo

a que alguien saliera y la sorprendiera, y giró hacia la izquierda. Aquel corredor bordeaba el salón de baile. Giró de nuevo y se apoyó en la pared. Oteó el pasillo del ala oeste, donde se encontraba el estudio y la biblioteca de los Harrow. Como esperaba, aquella zona estaba desierta. Caminó deprisa conteniendo la respiración y tratando de que sus botas hicieran el menor ruido al desplazarse sobre la moqueta. En cuanto alcanzó su objetivo, pegó la oreja a la puerta y esperó. El despacho del conde permanecía en silencio y, tras un tiempo prudencial, abrió con cuidado, solo una rendija, lo suficiente para echar un rápido vistazo. No había nadie. Con un suspiro de alivio se introdujo en la habitación y arrimó la puerta. Solo necesitaba unos segundos. El jarrón estaba exactamente donde esperaba que estuviera.

Se movió con cuidado. Lo último que necesitaba era tropezar y destrozar algo. Antes de alcanzar su objetivo se detuvo y examinó el pañuelo. La sangre manchaba la tela blanca, pero era mucho menos abundante de lo que había esperado. Suspiró con alivio. Un corte superficial para el que tendría que buscar una buena excusa. Lo guardó de nuevo y sujetó el jarrón.

—¿Qué demonios estás haciendo? —El gruñido a su espalda la sobresaltó y a punto estuvo de provocar una catástrofe. Contuvo la respiración al reconocer la voz. Abrazó el florero, pero no se giró.

—Podría preguntarle lo mismo, señor Lonsdale.

Sintió cómo él soltaba un bufido exasperado a su espalda.

—Impedir que acabes presa, al parecer. —Sonaba tan enfadado que Penny dudaba que se hubiera dado cuenta de que la estaba tuteando. Suspiró y se giró. Él la recorrió con la mirada, deteniéndose en su mejilla lastimada durante unos instantes. Sin embargo, no mostró emoción alguna.

—Lady Penelope —murmuró despacio—, tal vez debería replantearse sus aficiones. He oído que están de moda las excursiones nocturnas al cementerio de Highgate. Tengo entendido que hay plantas con las que enzarzarse, ramas con las que lastimarse e, incluso, tal vez encuentre algún jarrón curioso que robar sin exponerse a que la envíen a Newgate por ello. Como mucho la perseguirá el ultrajado fantasma del difunto al que le

hurtara las flores, pero no creo que eso le suponga una gran molestia.

Aunque no era el mejor momento para hacerlo, Penny sonrió. Al menos el señor Lonsdale tenía sentido del humor.

Él meneó la cabeza y se acercó. Le arrancó la vasija y la devolvió a su sitio. A continuación, y sin ni siquiera mirarla a la cara, le sujetó la mano y comenzó a arrastrarla hacia la salida. Ninguno de los dos llevaba guantes y Penny sintió algo extraño, una pequeña descarga que le puso la piel de gallina y la hizo contener la respiración. Alexander también debió notarlo porque titubeó un segundo, antes de continuar la marcha.

—¡Espere!

Él se detuvo de golpe y ella chocó contra su costado. En un gesto automático, la rodeó con un brazo para estabilizarla.

—¿A qué? —preguntó en voz baja, todavía abrazándola—. ¿Ha olvidado robar algo?

Él era mucho más alto y tuvo que agacharse para susurrar junto a su oído. Su aliento en su oreja la hizo estremecerse.

—No lo entiende —murmuró.

—No —sentenció él y la arrastró sin miramientos hacia el pasillo.

Capítulo 7

Alex estaba furioso. Todo había comenzado cuando Alfie, el pequeño que llevaba meses vigilando a lady Penelope, había regresado cabizbajo al club y le había confesado que ella lo había visto. Aunque no había reprendido al muchacho y lo había despachado sin más, se había sentido molesto. Porque, en cualquier otra persona, aquello no habría significado nada. La mayoría de los habitantes de la ciudad vivían tan pendientes de sí mismos que no le darían importancia a un mocoso desaliñado y se olvidarían de él en cuanto avanzaran un par de pasos. Pero lady Penelope le había demostrado ya que no era como los demás. Ella sí se fijaría en aquel pequeño. De hecho, a Alex le había sorprendido que no hubiera salido corriendo tras él para tratar de enseñarle literatura o matemáticas o lo que fuera que ella creía que debían saber los niños del East End. Así que había aceptado que Alfie no podría volver a seguirla y que tendría que buscar un nuevo espía para que continuara con la tarea. Sin embargo, había pocos niños tan hábiles para ocultarse como él y si mandaba a cualquier otro se arriesgaba a que ella lo viera. Y encontrarse con dos huérfanos siguiéndola en el mismo día... Bueno, Alex sabía que lady Penelope no era tonta. Sacaría sus conclusiones.

Así pues, había decidido darle el resto del día libre a la dama. Al fin y al cabo, era media tarde y ya había visitado la casa de su tío. A esas alturas, ella sabría que el vizconde no tenía previsto volver a la ciudad en un futuro cercano y que había tenido que prescindir de los servicios de casi todos sus criados por falta de fondos. ¿Qué podría hacer a aquellas horas que a él pudiese interesarle?

Sin embargo, según pasaba el tiempo se había ido sintiendo más incómodo. Había tratado de concentrarse en todo el trabajo que se le estaba acumulando mientras seguía a Stratford de tugurio en

tugurio, pero había sido incapaz de arrancarse la sensación de que pasaba algo. Así que, al final, se había resignado a que tampoco ese día lograría reducir los documentos que amenazaban ya con provocar un alud sobre su escritorio y había decidido dar un paseo hasta Grosvenor Square y echar un vistazo a la residencia de Whitehaven. No sabía qué esperaba ver allí que acabara con su inquietud y le permitiera volver a sus ocupaciones, pero había caminado más de veinte minutos, mientras la noche caía sobre Londres, sintiéndose cada vez más indignado. ¡Faltaba poco para el aniversario del club y él, en lugar de centrarse en las celebraciones, llevaba semanas pendiente de su primo! Que lady Penelope se uniera ahora a su lista de problemas no le hacía ninguna gracia.

Finalmente, cuando había llegado a la mansión se había quedado frente a ella como un idiota. ¿Qué demonios se suponía que iba a hacer ahora? Había dado un par de vueltas alrededor, atento a las formas que se dibujaban tras las ventanas, pero no había percibido el menor atisbo de ella. No obstante, cuando emprendía el camino de vuelta, una silueta en el lateral de la casa llamó su atención. Y entonces había comprendido que lady Penelope era un problema mucho mayor de lo que había imaginado.

Había seguido a aquella figura enfundada en un abrigo demasiado grande a una distancia prudencial mientras notaba cómo su irritación iba en aumento. La escasa iluminación de las farolas mantenía en penumbra las calles y la luna menguante no ayudaba demasiado. Cada vez que algún carruaje pasaba por la calzada, ella se escondía entre las sombras, dejando claro que aquella no era su primera excursión clandestina.

Para cuando llegaron a Harrow House, Alex casi podía afirmar que estaba enfadado. Y, cuando la vio caerse entre los arbustos, sin que él lograra alcanzarla, supo, sin ningún tipo de dudas, que estaba furioso. Había tratado de sujetarla antes de que se escabullera por la puerta de atrás, pero él mismo se había enredado en un rosal traicionero y no lo había conseguido. Había tenido que colarse en una casa a la que no había sido invitado, como un delincuente, siguiéndola a hurtadillas mientras maldecía para sus adentros. Y ahora, al ver su rostro lleno de sangre, estaba a punto de perder los

estribos. Algo que jamás en su vida le había sucedido.

Inspiró hondo, tratando de calmarse, y tiró de ella hacia el pasillo.

—No lo entiende.

—No —cortó, incapaz de decir nada más sin estrangularla.

No entendía qué demonios hacía allí ni, mucho menos, para qué quería aquel horrible jarrón. Lo único que comprendía era que si los encontraban los dos acabarían ante un juez.

Antes de salir, inspeccionó las inmediaciones. Tras comprobar que no había nadie, la arrastró fuera y siguió el mismo camino por el que habían llegado. Cuando giró la esquina anterior a los baños, el ligero sonido de unos pasos le hizo soltar una maldición. No encontrando dónde ocultarse, hizo lo único que se le ocurrió. La aprisionó contra la pared y usó su cuerpo para taparla. Lady Penelope abrió la boca, confusa, y él la silenció con la suya antes de que emitiera ningún sonido.

Tan pronto sus bocas se encontraron, todo desapareció a su alrededor. Los ojos de ella, que habían permanecido muy abiertos por la sorpresa, se cerraron en cuanto notó la caricia de sus labios y Alex sintió una emoción extraña, algo que lo inquietaba y lo complacía al mismo tiempo. Y entonces ella repitió lo que él le había hecho en su despacho. Con timidez, acarició sus labios cerrados con la lengua y estuvo perdido. La apretó más contra la pared y sujetó su rostro con las manos al tiempo que se apoderaba de ella, ajeno a todo lo que los rodeaba. Succionó su lengua mientras sus manos abandonaban su rostro y descendían por sus brazos. Acarició sus muñecas y dejó sus pulgares unos instantes sobre el lugar donde percibía su pulso, como si al notar el bombeo de su sangre se sintiera parte de ella. Trató de acercarla más, sintiendo que ninguna proximidad sería suficiente. Se sumergió en su boca, una y otra vez. Sus manos descendieron hasta su trasero y gimió al percatarse de que los pantalones que ella vestía le permitían sentirla con mayor intensidad. Comenzó a alzarla mientras sus lenguas se enredaban, fascinado por la facilidad con la que ella había aprendido aquella danza. Y, por un momento, imaginó que aquello no era por Whitehaven, ni por su reputación, ni por no encontrar una salida. Imaginó que ella lo besaba así porque era él. No el hijo bastardo de

un noble ni el dueño de un club de éxito. Solo Alex.

Un carraspeo a su espalda lo arrancó de sus ensoñaciones. La soltó despacio, sin apartarse de ella, mientras soltaba una maldición en voz baja. Podía adivinar lo que quienquiera que se hallara detrás de él estaba viendo: al infame Alexander Lonsdale besando, como si le fuera la vida en ello, a un muchacho desgarbado con unos pantalones gastados y un abrigo hecho jirones. En una casa a la que no había sido invitado.

Cerró los ojos un momento tratando de serenarse y se percató, no sin cierta sorpresa, de que, si se giraba del todo, su interlocutor percibiría algo en sus pantalones que complicaría todavía más el asunto. Si esa noche no acababa en Newgate o deportado, se plantearía comenzar a frecuentar la iglesia.

—Lady Penelope —murmuró el hombre a su espalda, y Alex se quedó rígido al reconocer aquella voz—. Tal vez debería permitirme escoltarla. Mi carruaje puede dejarla en Grosvenor con total discreción.

Lady Penelope no respondió y Alex se dio cuenta de que estaba incluso más espantada que él. Indicándole que no se moviera, se giró y contempló un rostro que hacía años que no veía.

—Milady —insistió el anciano ante la falta de respuesta de ella—, creo...

—Mi prometida no necesita su ayuda, lord Middlesbrough —gruñó.

El anciano hizo una mueca de sorpresa y Alex creyó percibir un cierto regocijo en sus ojos apagados.

—Creía que iba a casarse con Rosdale. —Sonrió de forma casi imperceptible—. Estoy bastante seguro de que su padre cree que va a casarse con Rosdale.

—Su padre es un imbécil —sentenció sujetando la mano de Penelope y arrastrándola hacia la puerta por la que habían entrado —. Igual que usted.

Antes de que el conde pudiera decir nada, salió y cerró de un portazo sin preocuparse por si alguien lo escuchaba.

Penny estaba horrorizada. Llevaba años deslizándose a hurtadillas.

Había entrado en más despachos vacíos de los que podía recordar. Se había movido por los salones sin que nadie se percatara de su existencia. Vestida de hombre o con su propia ropa, siempre había logrado ser invisible para cuantos la rodeaban. Sin embargo, en los últimos tiempos, parecía estar perdiendo facultades. Era la segunda vez que lord Middlesbrough la encontraba en una situación comprometida y, si bien no podía afirmar que la hubiera identificado en el despacho de Harrow, acababa de sorprenderla besando a Alexander con apasionado desenfreno.

Pensar en el beso la puso todavía más nerviosa. No entendía qué le ocurría. Cada vez que él la tocaba, el mundo desaparecía. Era como si, de repente, solo existiera él y aquella forma extraña en que la hacía sentir. Temblorosa, inquieta, con una corriente interna que sensibilizaba su piel y le hacía un nudo en el estómago.

Atravesaron el jardín apresuradamente, esquivando plantas y obstáculos con destreza, como si él poseyera el don de ver en la oscuridad. Caminaba deprisa, casi arrastrándola. No le había soltado la mano en ningún momento, pero Penny dudaba que fuera consciente de ello. Ella, sin embargo, percibía con claridad la calidez contra su palma y los apretones esporádicos que él le daba de forma inconsciente.

—Señor Lonsdale... —llamó, incapaz de seguirle el ritmo.

—¡Llámame Alex, maldita sea! —estalló él—. A estas alturas creo que podemos prescindir de las formalidades.

Penny dudó. Nunca había llamado a ningún caballero que no fuese de su familia por su nombre de pila.

—Alex...

Él se detuvo de golpe. Habían alcanzado una de las cancillas laterales de la verja de la mansión. La mano que había alzado para abrirla quedó suspendida en el aire. Lo observó, confusa, mientras él apretaba el puño. Apenas podía distinguir su rostro entre las sombras, pero notó la tensión que lo invadía. De pronto, sin previo aviso, la poca visión que tenía desapareció. Sintió los barrotes de la valla contra su espalda y el brillo gris de sus ojos antes de que se apoderara de nuevo de su boca. Alex la besó como si quisiese fundirse con ella. Enterró en su pelo una de sus manos, haciendo

que la gorra que lo cubría desapareciera en la oscuridad y desperdigando las horquillas que lo sujetaban. La apretó contra él mientras se sumergía en ella y Penny respondió tal y como le había enseñado. Cuando sus lenguas se encontraron, gimió y se sujetó a las solapas de su abrigo, tratando de acercarlo todavía más, aun cuando no quedaba ni un centímetro entre ellos. Su gruñido de aprobación la animó. Tal vez, al final, tuviera madera de amante.

Alex le soltó la cabeza de golpe solo para que sus manos bajaran hasta sus nalgas y la alzaran. Penny se sorprendió por la facilidad con la que la levantaba, pero él no le dio tiempo a reflexionar sobre el asunto. La embistió tentativamente, como si quisiese comprobar el modo en que encajaban sus cuerpos. Pese al abrigo, los pantalones apenas obstaculizaban el roce y ella lo sintió con notable precisión en una parte de su cuerpo que no sabía que lo necesitaba. El hormigueo que sentía se intensificó y se quedó sin aliento.

—Joder —susurró él.

Se apartó despacio, renuente, como si le supusiera un gran esfuerzo alejarse de ella. Sus ojos, apenas perceptibles en la oscuridad, se encontraron y Penny sintió un estremecimiento que le recorrió cada célula, cada poro, desde el más fino de sus cabellos hasta la punta de sus pies. Escuchó el sonido jadeante de su respiración y se dio cuenta de que él también respiraba de forma entrecortada. Sorprendiéndola, Alex apoyó su frente en la suya.

—Te necesito en mi cama —murmuró tan bajo que ella apenas lo escuchó.

—No creo que...

Él le tapó la boca con los dedos.

—Sé distinguir a una mujer excitada cuando la tengo entre los brazos, Penelope —cortó—. No finjas que no me quieres en la tuya.

Penny cerró los ojos. Todavía lo agarraba del abrigo. Con lentitud, fue levantando los dedos hasta soltarse por completo.

Él le sujetó la mano de nuevo y salió a la calle. Recorrió la calzada con la mirada, prestando atención a cada carruaje que pasaba, mientras seguía caminando sin soltarla. Por fin, un coche de alquiler pasó a su lado e hizo un gesto para detenerlo.

—Al Black Diamond —ordenó antes de ayudarla a subirse.

—¡No! —Penny se detuvo en el primer escalón y trató de retroceder—. No voy a ir con usted.

Soltando una maldición, la agarró de la cintura y la alzó hasta introducirla en el carruaje.

—¡No! —repitió ella cuando él la siguió al interior.

—¿Qué demonios quieres, Penelope? —interrogó encarándola—. No puedes seguir pretendiendo casarte con Rosdale.

Ella negó con la cabeza.

—Esa ya no es una opción. En cuanto el conde cuente lo que ha visto estaré arruinada. Rosdale retirará su propuesta.

Alex soltó un bufido.

—Middlesbrough no dirá nada —afirmó.

Penny alzó una ceja.

—Me ha reconocido—explicó como si él no hubiera estado allí—. Y tú le has llamado idiota.

—Te repito mi pregunta. ¿Qué es lo que quieres?

Ella suspiró y se arrellanó en el asiento.

—Eso deberías habérmelo preguntado antes de desencadenar todo esto.

Alex suspiró y le indicó al cochero el cambio de dirección. Se acomodó frente a ella y cerró los ojos.

—Conseguiré una licencia especial —informó resignado—. Cuando te decidas, sabes dónde encontrarme.

Penny aprovechó que no la miraba para observarlo. Recorrió su rostro con calma, reparando en sus cejas oscuras, que se afinaban en los bordes; sus pómulos marcados; y las suaves arrugas junto a sus ojos. No sabía qué edad tendría, pero relajado y con los ojos cerrados parecía mucho más joven, como si al ocultar su mirada hastiada y calculadora y al despojarse del cinismo del que parecía sentirse orgulloso, rejuveneciera. Recorrió su nariz recta y la barba incipiente de su mandíbula. Se detuvo en sus labios y la asaltó el recuerdo de lo bien que se acoplaban a los suyos.

—Si sigues mirándome así —murmuró él sin abrir los ojos—, acabarás de espaldas en ese asiento. Y no creo que sea el modo en el que pretendes perder la virginidad.

Ella abrió los ojos de par en par y notó el ardor en sus mejillas.

Sintiéndose a punto de consumirse por la vergüenza, agradeció en silencio que el traqueteo del carruaje se ralentizara hasta detenerse por completo.

—Parece que no será hoy —farfulló Alex, levantándose.

Abrió la puerta del carruaje y echó un vistazo alrededor.

—Sal deprisa y mantén la cabeza baja hasta entrar en la casa —indicó, cuidándose mucho de que no se le viera a través de la puerta.

Penny se llevó la mano al cabello, pero él se la sujetó.

—Te aseguro que no quieres que nadie te vea.

Le dio un ligero apretón y la soltó.

Antes de bajarse, Penny se giró y lo miró a los ojos.

—¿Cómo piensas conseguir una licencia especial?

Alex se dejó caer en el asiento de nuevo.

—Con mucho dinero. —Hizo una mueca—. Y recurriendo a cierto marqués que ahora mismo me debe más de un favor.

Ella asintió y se apeó del carruaje. Siguiendo sus indicaciones, atravesó la acera deprisa, con la cabeza baja y conteniendo el aliento. Continuó así hasta que cerró la puerta de su habitación. Solo entonces inspiró profundamente y se reclinó contra la madera. Tendría que casarse con él. Perdería su libertad y la independencia de la que había gozado hasta entonces.

Pensó en todo lo que quería hacer, en las escuelas que quería construir. Recordó todas las baratijas y fruslerías que había hurtado en los últimos años. Pequeñas joyas, plumas o tinteros cuyo valor no compensaba los riesgos que había corrido. Había sido el único modo que había visto a su alcance de que aquellos pomposos subsanaran una mísera parte del daño que hacían. Pero si se casaba con Alex tendría a su alcance algo mucho más valioso. Estaba segura de que el club disponía de información lo bastante jugosa como para guiar a algunos nobles por el camino correcto. Hizo una mueca. Al parecer, estaba a punto de abandonar su decadente carrera como ratera para comenzar otra mucho más prometedora como chantajista.

Recordó a los pequeños que había visto una vez en Covent Garden, cuando la señora Taylor le había permitido acompañarla a aquel lugar tan fascinante. Había caminado entre los puestos, su

atención dispersa entre todas las flores, frutas y curiosidades que se exponían como si de un arco iris se tratase. Había emprendido el camino de vuelta parloteando sobre lo maravilloso que era el mercado. Y entonces habían pasado ante uno de aquellos hogares para huérfanos y había visto a un grupo de pequeños jugando en el jardín. Se había fijado en sus ropas gastadas, en los huesos marcados de sus piernas y en sus escuálidos rostros. Cuando la señora Taylor le había explicado quiénes eran, había tenido clara su misión en el mundo. Y, si tenía que resignarse a un matrimonio forzoso para poder seguir adelante, lo haría.

Se llevó los dedos a los labios y recordó el modo en que Alex la había besado. Tal vez casarse con él no fuera un sacrificio tan grande.

Se metió la mano en el bolsillo, extrajo la nota que debería haberle entregado esa noche y la lanzó a la chimenea encendida. No necesitaba leerla. La había reescrito tantas veces que se sabía el mensaje de memoria.

> Señor Lonsdale:
> No acepto su propuesta. Sin embargo, tal vez algún día podamos vernos en privado de nuevo.
> Lady Penelope W. Arden

Cuando Alex llegó de nuevo al club estaba furioso, contrariado y, desde luego, muy frustrado. Entró por la puerta de atrás, como siempre hacía, eludiendo el barullo de la sala central y las miradas de los caballeros que allí se reunieran esa noche. Pese a ser el dueño de aquel lugar, casi nunca usaba la entrada principal. Se movía a hurtadillas por su propio local, sin saber muy bien por qué.

Todo había comenzado el día de la inauguración. Alex se había esforzado mucho por diseñar un lugar exclusivo y diferente a todo lo que se hubiera visto en Londres hasta entonces. Había reclutado a uno de los cocineros más famosos de la ciudad y elaborado menús propios de los mejores restaurantes. Había contratado los espectáculos más singulares. Y había divulgado rumores sobre los misterios del Black Diamond y los múltiples requisitos que se exigían para permitir la entrada. Había creado un lugar único para despertar

la curiosidad y el anhelo de los caballeros más selectos. Sin embargo, el día que habían abierto sus puertas, habían sido pocos los asistentes. Al parecer, ganarse el favor de los hombres poderosos de la ciudad no era tan fácil.

Habían pasado semanas antes de que el número de jugadores aumentara ligeramente y solo porque Stratford lo había convertido en su centro de referencia. Y, si Sebastian estaba allí, sus seguidores e imitadores también. Su primo gozaba de tal popularidad que cualquier cosa que hiciera se convertía en tendencia. Y el Black Diamond se puso de moda. Sin embargo, el objetivo de Alex seguía sin cumplirse. Tener el club lleno de cachorritos de noble no atraería a Whitehaven. Hasta que Stratford se había preguntado en voz alta quién sería el dueño de aquel lugar. Él no había ocultado su identidad a propósito durante ese tiempo, solo se había movido con discreción, observando el juego sin entrometerse. Pero, al parecer, había sido más sigiloso de lo que creía. Y su primo había sabido aprovecharlo.

De pronto, el Black Diamond había aparecido en los libros de apuestas de los clubs más antiguos y renombrados. La curiosidad había llevado a aquellas salas a aristócratas de alto rango y edades dispares. Pocos meses después, las solicitudes de membresía se apilaban en su despacho. Sin embargo, pese a las dificultades iniciales y al auge posterior, el Black Diamond había mantenido siempre su compromiso inicial. Era un club exclusivo al que solo se podía acceder tras un estudio detallado de cada socio. Y estaba limitado a cincuenta miembros, aunque, en ocasiones, estos podían llevar a un invitado.

Ahora, con el cumpleaños del club a la vuelta de la esquina, habían decidido admitir a veinticinco personas más, que recibirían la buena noticia en forma de invitación personal a la fiesta. Las solicitudes se habían disparado, uniéndose a las que llevaban años esperando a que quedara alguna plaza libre.

Así pues, el misterio de su identidad había servido para lanzar el club. Y, en los cinco años que habían transcurrido, él se había acostumbrado a aquel anonimato. De algún modo, servía para alimentar los rumores en torno a su propia persona. Nadie sabía

quién era Alexander Lonsdale ni cuál era la fuente de su riqueza. Tras renegar del hombre que lo había convertido en su pupilo, aunque sin reconocer nunca su parentesco, había desaparecido algún tiempo. Había pasado meses sin frecuentar ninguno de los lugares de los que era habitual. Para cuando había regresado, nadie esperaba que apareciera de nuevo. El nieto bastardo del conde de Middlesbrough.

—Buenas noches, querido —lo saludó la señora Sharp en cuanto entró—. ¿Stratford otra vez?

Él negó con la cabeza. No estaba de humor para dar explicaciones. Ni siquiera a ella.

Recorrió el tramo de pasillo que conducía a las escaleras traseras y se dirigió al piso superior. Al igual que el club, estaba decorado de forma discreta, con colores claros y acogedores, aunque allí no había el menor rastro de ostentación. Sin apenas cuadros o esculturas, la mayoría de las habitaciones estaban vacías. Solo sus aposentos y la galería sobre la que se alzaba la llamativa cúpula del club, así como los cuartos de Jim y de la señora Sharp, mostraban un poco de vida. El resto de las estancias parecían mausoleos con sus muebles cubiertos por sábanas blancas y las cortinas siempre echadas.

Se quitó la chaqueta mientras caminaba y comenzó a soltarse el pañuelo del cuello. Era un animal nocturno para el que la vida se desarrollaba cuando todos los demás dormían. Sin embargo, en los últimos tiempos, sus escasas horas de sueño, que siempre se habían visto relegadas a la mañana, estaban a merced de las idas y venidas de Sebastian. Por algún motivo, confiar su cuidado a alguno de los muchachos no le parecía una opción. Así que se veía obligado a abandonar la cama, descansado o no, en cuanto recibía el aviso de que el marqués había salido de casa. Y tras varias semanas podía afirmar, sin el menor atisbo de duda, que Stratford no tenía una maldita rutina.

Abrió la puerta sin ceremonias y se quedó clavado en el sitio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin tomarse la molestia de vestirse de nuevo.

Alice se encogió de hombros.

—Quería verte —susurró—, pero ni siquiera la señora Sharp sabía

dónde estabas. Así que decidí esperarte.

Alex entró, aunque no cerró la puerta. Ella alzó una ceja.

—Dudo que ninguno de mis empleados te animara a esperarme en mi cama. —Le lanzó el vestido que yacía sobre una otomana forrada de damasco azul oscuro—. Vístete.

Lady Wyndham sonrió sin mostrar el menor atisbo de vergüenza y se levantó observándolo con curiosidad. Él no se molestó en mirarla mientras comenzaba a desabrocharse la camisa. La relación entre ambos siempre había sido un acuerdo interesado, una amistad extraña que podía incluir algún revolcón esporádico, pero para el que ninguno tenía expectativas. Alice no sentía nada por él. Ni él por ella. Por eso a ella no le ofendía en absoluto que la despachara.

—¿Has hablado con lady Penelope? —inquirió acercándose para que la ayudara con los botones.

Él lo hizo de forma mecánica mientras murmuraba un par de maldiciones que la hicieron sonreír.

—Así que no va a casarse contigo. —Le había contado su propuesta a Alice poco después del entierro de Briony al que ella, más afectada de lo que Alex entendía, también había asistido.

—Lo hará —aseguró apartándose—. No sé cuándo demonios piensa hacerlo, pero lo hará.

Lady Wyndham rio y se dirigió a la puerta.

—¿Y has decidido permanecer célibe hasta que te acepte?

Él la fulminó con la mirada y ella estalló en carcajadas.

—A ver si, al final, tu venganza va a ser más shakespeariana de lo que esperabas.

Alex le mostró el dedo central, lo que aumentó el regocijo de ella.

—Asumo que nuestros encuentros, a partir de ahora, serán siempre con la ropa puesta.

—Yo no he dicho eso —replicó Alex—. Pero hoy...

Ella se despidió con la mano.

—No es necesario que lo digas, querido.

Cuando Alice desapareció, Alex se dejó caer sobre la cama. Estaba agotado. Por eso la había rechazado.

Cerró los ojos y la imagen de Penny entre sus brazos lo asaltó de nuevo. Su cuerpo mostró al instante la reacción que no había

logrado con Alice. Se llevó el antebrazo a la frente y clavó su mirada en el techo. ¿Qué demonios le pasaba? Nada de aquello tenía sentido.

Él nunca había sido un calavera. No había hecho de la seducción su modo de vida. Podía pasar largos periodos de total abstinencia. El problema radicaba en que solían ir seguidos por episodios de absoluto desenfreno. Y en esas ocasiones le daba igual la clase social, la edad o la ocupación de su compañera de aventuras. También el número en el que llegaran a su cama. Porque, aunque consideraba que satisfacer a más de una mujer a la vez resultaba demasiado latoso, le parecía una falta de educación desaprovechar la oportunidad cuando se le brindaba. Sin embargo, su continencia duraba demasiado esta vez y rechazar a Alice que era, sin lugar a dudas, una mujer atractiva, era un fenómeno para el que ni él mismo tenía explicación.

Capítulo 8

Conseguir una licencia especial resultó incluso más difícil de lo que había pensado.

Aunque su abogado se ocupó de la documentación necesaria, así como de recopilar todas las acusaciones vertidas en su momento sobre Rosdale y la opacidad de las investigaciones llevadas a cabo, y pese a que su poder adquisitivo estaba más que probado, la archidiócesis de Canterbury no se mostró impresionada ni con los delitos del vizconde ni con su riqueza. Tras varios días de reuniones estériles con anodinos funcionarios eclesiásticos sin ninguna inclinación aparente a su favor, no le quedó más remedio que recurrir a Stratford. Y, si había evitado ese paso en un primer momento, había sido por una muy buena razón. Mantener a su primo alejado de la botella el tiempo suficiente como para que estuviera sobrio, o al menos que lo pareciera, había resultado una empresa casi imposible.

Habían pasado dos días desde que había dejado a Penelope ante la puerta de su casa cuando logró que Sebastian mostrara un mínimo de lucidez y solo porque él mismo había abandonado su vida, se había trasladado a Stratford Terrace y se había encarado con el aterrorizado servicio que temía enfrentarse a su señor como si del mismísimo demonio se tratara. Por supuesto, incluso en su estado, Stratford se había negado en rotundo a ayudarlo.

—Déjala en paz —gruñó apretándose las sienes con las manos mientras mantenía cerrados los ojos con fuerza—. Y cierra esa maldita cortina.

La noche anterior, Alex en persona había metido a su primo en la cama y había mandado retirar cualquier licor de la habitación. Luego se había apostado ante su puerta y había pasado las siguientes seis horas sentado en una incómoda silla pensando en las ganas que

tenía de entrar y asfixiarlo con la almohada. Había escuchado los ruidos de Stratford registrando los muebles y le había plantado cara en cuanto el marqués había abierto la puerta dispuesto a recuperar el letargo alcohólico en el que vivía desde hacía semanas. Había creído que tendría que reducirlo a la fuerza, algo que en el estado actual del marqués no habría sido difícil, pero el hombre derrotado en el que se había convertido Sebastian ni siquiera había tenido energía para eso. Había regresado a la habitación y se había ocultado entre las mantas como un ente sin vida. Él había entrado, abierto las cortinas y retirado la ropa de cama. Le había expuesto la situación del modo más conciso posible, asumiendo que la cantidad de información que su aturdido cerebro podría procesar sería limitada. Sin embargo, su primo había estado más lúcido de lo que cabría esperar.

—¿Prefieres verla con Rosdale?

Sebastian gruñó una maldición y se tapó la cabeza con la sábana, murmurando algo que él no entendió.

—No tengo ni la más remota idea de lo que has dicho.

Su primo maldijo de nuevo y apartó un ápice la prenda.

—Yo pagaré las deudas del duque.

Alex lo miró con sorpresa y sintió cómo la ira se apoderaba de él. No iba a dejar que el honor de Stratford estropeara lo que llevaba tanto tiempo planeando.

—¿Y después qué? —inquirió—. ¿Crees que Whitehaven dejará de apostar? ¿Crees que romperá un compromiso que le permitirá obtener nuevos fondos que dilapidar?

Sebastian gruñó de nuevo, pero Alex lo ignoró.

—El duque es adicto al juego —informó—. Lo ha sido desde antes de que Penelope naciera. Desde antes de conocer a su madre, de hecho. Lo conozco mejor que tú. Conozco a ese tipo de hombres mucho mejor que tú. Despilfarran lo que tienen y solo piensan a corto plazo. El matrimonio con Rosdale le proporcionará capital que derrochar en mis mesas o en las de cualquier otro club. Volverá a quedarse sin nada. Asumirá deudas que no podrá pagar de nuevo y yo volveré a tenerlo en la palma de mi mano. La única diferencia es que, para entonces, su hija llevará años viviendo un infierno. —Le

arrancó la sábana de la cara y lo miró a los ojos enrojecidos—. Si es que sigue viva.

Sebastian se tapó el rostro con el brazo.

—Penny es una buena chica —repitió lo que le había dicho en el baile de los Harrow, pero su tono había perdido la fuerza. Alex negó con la cabeza. Debería sentir compasión por su primo. Era un hombre roto. Lo único que le provocó, no obstante, fue fastidio. Sebastian se había convertido en un ser patético. Quizá debería dejar de seguirlo y permitir que lo mataran de una dichosa vez. Pero no antes de que se reunieran con el arzobispo.

—Llamaré a alguien para que te ayude a vestirte —anunció alejándose. No sabía si Sebastian tenía ayuda de cámara, pero no estaba dispuesto a encargarse también de eso. Por él, podía subir el deshollinador a ponerle los pantalones.

El traslado en carruaje no había resultado mucho más fácil. A cada movimiento del vehículo, la palidez de Sebastian se acentuaba y tuvieron que realizar varias paradas para que vaciara su estómago, aun cuando la distancia era ridícula y Alex estaba seguro de que su primo llevaba días sin ingerir alimento alguno. Para cuando alcanzaron el palacio de Lambeth, ya se le habían ocurrido mil formas de deshacerse de él en cuanto obtuviera la maldita licencia.

Se apeó sin ceremonia y no esperó para verlo bajar a trompicones. La presencia del marqués, sin embargo, supuso un notable cambio en el trato y Alex tuvo que reconocer el poder del título y la posición de Sebastian. Quizá, al final, obtendría cierta recompensa por las últimas semanas.

La reunión se alargó varias horas. Para el arzobispo, enfrentarse a la ira de un duque era un riesgo inasumible, ni aun cuando la seguridad de una dama estuviera en juego. Por eso, su consentimiento final lo había pillado desprevenido y, de regreso al club con la licencia en el bolsillo, Alex se preguntaba qué demonios lo había convencido: si la cuidada y explícita exposición de las perversiones paganas de lord Rosdale, la promesa de un más que generoso donativo a la iglesia o el amago de Sebastian de vomitar

sobre sus zapatos.

Fuera como fuere, tal y como le había prometido a Penelope, estaba en disposición de desposarse con ella en el momento en que esta lo decidiera. Sin embargo, a falta de dos días para el matrimonio con Rosdale, y con el duque y su esposa preparándose para partir hacia Sussex, no habían llegado noticias suyas al Black Diamond.

Penelope vio los baúles apilados junto a la puerta de su habitación y suspiró. En menos de una hora, emprenderían el camino hacia Hawthorne Hall para completar la aberración a la que la había conducido su padre. Las sesiones extraordinarias del Parlamento habían mantenido ocupado al duque y retrasado su partida, pero nada lo retenía ya en Londres. Y a ella tampoco.

Abrió con cuidado la caja que sostenía y observó de nuevo el contenido. Había llegado al día siguiente de su excursión a Harrow House, cuando su decisión ya estaba tomada, y la había devuelto al punto de partida. Recorrió el borde del jarrón con un dedo, mientras su mirada se perdía entre los azules y dorados que lo decoraban. Al parecer, el conde de Middlesbrough, que siempre había estado en su vida como uno de los amigos más cercanos de su padre, quería ofrecerle una salida. Junto al jarrón robado, las escrituras de una propiedad en Oxford y de una posada para estudiantes y viajeros en el mismísimo centro de la ciudad cambiaban su precaria posición. Podía vender la vasija, reconstruir el edificio de Southwark y desaparecer de la capital. Su padre no podía permitirse desperdiciar los escasos recursos que le quedaban en buscarla y dudaba que Rosdale se tomara la molestia de hacerlo. Sin embargo, pese a tener en su mano la solución a la encrucijada en que se hallaba, no lograba tomar la decisión. Jamás se subiría en el carruaje de su padre de nuevo ni regresaría a Sussex. Esa opción, en realidad, nunca había existido. Pero, por alguna razón que no lograba comprender, no volver a ver a Alex le resultaba inconcebible. Soltó un bufido exasperado. Aquello era una tontería.

Con cuidado, extrajo los documentos y los guardó en el bolsillo de

su abrigo. Cerró la caja con el jarrón todavía en su interior y la escondió en el baúl más pequeño. Ajustó el cierre y giró la llave.

Se acercó a la cama y arrastró una pequeña maleta gastada que ocultaba debajo. Aquel era el único equipaje que podía permitirse transportar. Se caló el sombrero de lana que había rescatado de alguna parte del desván después de perder su gorra en el jardín de los Harrow y salió a hurtadillas. Realizó el mismo recorrido que había hecho tantas veces, con la angustia y la esperanza de no realizarlo de nuevo jamás. Como esperaba, no le resultó difícil. Conocía aquella casa mejor que nadie y podía entrar y salir sin que el menor crujido delatara su presencia.

En cuanto pisó Grosvenor Square, titubeó. ¿Aquella era la decisión correcta? Estaba a punto de dejar atrás todo lo que conocía y embarcarse de lleno en una aventura de la que, mucho se temía, no habría vuelta atrás. Sintió de pronto que la delgada línea entre un futuro prometedor y una catástrofe de magnitud descomunal era tan frágil como una pompa de jabón. Todo a su alrededor desapareció. El sonido de los carruajes. El relincho de los caballos. Las voces y los colores. Dejó de notar la luz del sol que brillaba tímidamente y de percibir los charcos desperdigados a sus pies. ¿Y si se estaba equivocando? Pensó en los criados, que la habían tratado con cariño desde que tenía memoria. En la señora Taylor, que había sido lo más similar a una madre que había conocido. Pensó en la comodidad que le proporcionaba lo que le era familiar. No había tenido una madre ni un padre que la quisieran, pero jamás le había faltado afecto. ¿Qué le esperaba cuando se alejara de ellos?

Recordó entonces a lord Rosdale. El modo en que la había tocado. La forma en que se había dirigido a ella. En realidad, la pompa de jabón ya había explotado y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Comenzó a caminar de nuevo, alejándose de todo lo que conocía. Era una mujer fuerte, podría enfrentarse a lo que el destino le deparara.

Con seguridad renovada, detuvo un coche de alquiler. No dudó al pronunciar las indicaciones ni al subir los escalones. Solo cuando estuvo sentada en el sillón desgastado y el traqueteo de las ruedas

sobre los adoquines le indicó que el rumbo estaba fijado, enterró la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

—Usted debe de ser lady Penelope —dijo la anciana que le había abierto la puerta tras recorrerla de arriba abajo con la mirada y detenerse en la herida de su mejilla.

A Penny le sorprendió que conociera su nombre, aunque el impacto fue menor que el que sintió al descubrir los cambios que había sufrido el mugriento callejón que rodeaba el club. Los montones de basura que se apilaban antes en las esquinas y contra las paredes habían sido retirados. Los adoquines, limpiados a conciencia. Incluso habían cubierto la deslustrada puerta trasera con una capa de pintura.

—Mi indumentaria me delata, supongo —respondió con sorna, consciente del aspecto que ofrecía. Los pantalones gastados. El abrigo hecho jirones.

La mujer sonrió y en sus ojos brilló una chispa de aprobación. Se apartó para dejarla pasar.

—Llamaré a uno de los muchachos para que se encargue de su maleta —le dijo en cuanto cruzó la puerta.

—No es necesario. —Penny sujetó la valija con más fuerza, todo lo conocido en su vida reducido a aquel insignificante bulto.

La anciana la observó con intensidad unos segundos. Por fin, asintió y la guio por el pasillo.

—Hace días que esperábamos noticias suyas —aclaró. Para su sorpresa, pasó de largo ante el despacho de Alex y abrió la puerta de una estancia contigua—. La recibirá enseguida.

Penny asintió y se dirigió al interior, justo en el mismo instante en el que alguien salía de la habitación de al lado. La anciana se apresuró a cerrar, pero, antes de que lo hiciera, Penny pudo atisbar la silueta de un hombre que le resultaba familiar.

—Nada de juegos sucios. —La voz de Alex le llegó a través de la madera—. Ni una sola línea antes del aniversario.

—Entre y póngase cómoda. —Su acompañante, apurada de repente, la empujó con cuidado para que se apartara de la puerta.

Solo entonces Penny se dio cuenta de dónde estaban. La luz entraba por los enormes ventanales e iluminaba el arcoíris de libros que llenaba los estantes. Un par de sofás color crema se disponían enfrentados cerca de la cristalera que daba a una pequeña terraza con balaustres de mármol. Había varias butacas repartidas por la habitación, junto a pequeñas mesas de cebrano decoradas con elegantes lámparas de lectura. El artesonado del techo estaba pintado con diferentes tonos de dorado, y los rayos de sol lograban un efecto casi hipnótico al reflejarse en los cristales de la delicada lámpara de araña que colgaba del centro. No era la biblioteca más grande que había visto, ni la mejor surtida, pero, sin duda, era una de las más hermosas.

Se acercó a una de las estanterías y recorrió los lomos de los libros con los dedos. Dickens, Byron y Wordsworth. Livingstone, Darwin y Hume. Jane Austen. En Hawthorne Hall, la biblioteca era una habitación sin vida de la que los ejemplares de cierto valor habían ido desapareciendo de forma misteriosa con el paso de los años y los pocos libros que quedaban estaban gastados y llenos de polvo. Esta, sin embargo...

—Buenos días. —La voz a su espalda la sobresaltó. Se giró y descubrió que la mujer que la había acompañado había desaparecido. En su lugar, Alex la observaba sin expresión.

—Buenos días, señor...

Alex resopló.

—No vamos a volver a eso. —Sus ojos se detuvieron en la maleta que ella todavía sujetaba—. Veo que viajas ligera de equipaje.

Ella hizo una mueca.

—No podía salir a hurtadillas con dos baúles a la espalda.

Alex asintió.

—Mandaré a alguien a por ellos.

—No es necesario —replicó Penny. No quería que nadie supiera de su paradero, al menos hasta que ya no hubiera vuelta atrás—. Aquí llevo todo lo que necesito.

Él miró la valija con desconfianza.

—Sí, supongo que ahí caben sin dificultad un par de pantalones de repuesto y tu horrible gorra.

Penny enrojeció.

—La gorra está en alguna parte del jardín de los Harrow.

—Demos gracias a Dios por ello —murmuró Alex acercándose y sacándole la maleta de las manos. Ella ni siquiera intentó detenerlo —. Nos casaremos mañana.

—La boda con Rosdale estaba fijada...

—Me da igual —la cortó él—. Si quieres un escándalo, llamaremos a todos los periodistas de Londres o pasearemos desnudos por Rotten Row, pero me niego a seguir perdiendo el tiempo con esto. Tengo mucho trabajo atrasado y un maldito aniversario que organizar.

Se giró y se dirigió a la puerta, todavía con su maleta en la mano.

—Te acompañaré a tu habitación. Si necesitas algo, solo tienes que llamar a la señora Sharp.

Él debió percibir su confusión porque resopló.

—La mujer que te acompañó —aclaró con fastidio—. Nadie sabe hacer nada por su cuenta —farfulló en un tono casi ininteligible—. Se supone que, al menos, debería haberse presentado.

Capítulo 9

Penny nunca había esperado casarse enamorada. En realidad, el matrimonio jamás había entrado en sus planes. Había crecido siendo consciente de quién era. No era hermosa ni sofisticada. No era ingeniosa. Las réplicas mordaces o divertidas solían ocurrírsele mucho después de que fueran necesarias, cuando ya su oponente estaba en el otro extremo del salón. O en su casa, si ese día estaba especialmente obtusa. Además, si ni siquiera su propio padre la había querido nunca, ¿qué podía esperar de cualquier otro hombre?

La primera vez que había pisado un salón de baile, su mirada no había brillado de entusiasmo y esperanza como la del resto de las debutantes. Había llegado lo bastante endurecida como para que no le importase que su carnet de baile permaneciese vacío durante toda la velada. O, al menos, había sabido ocultar su decepción. Noche tras noche, evento tras evento, se había confinado a las paredes más alejadas de la pista, manteniendo su carnet tan pulcro y limpio como la primera vez. Solo su primo y el marqués de Stratford, en las pocas ocasiones en las que acudían a los mismos bailes que ella, le habían permitido olvidar su situación durante unos instantes.

Y el amor... El amor le era tan ajeno como el desierto o el polo. Sabía que existían porque le habían hablado de ellos, pero hasta que Andrew se había casado con Kate jamás había visto ninguna de las tres cosas. E incluso ahora, con la certeza de que su primo amaba a su esposa, era consciente de que eran la excepción y no la regla.

Sin embargo, pese a su pragmatismo y falta de expectativas, cuando se encontró en la discreta capilla pronunciando los votos frente a un hombre que ni siquiera la miraba no pudo evitar sentirse un tanto decepcionada. Y, cuando él repitió las palabras del clérigo con voz monótona y aspecto de desear estar en cualquier otra parte, comenzó a replantearse su decisión. Había tenido a su alcance la

oportunidad de desaparecer y controlar su propia vida. Tal vez su posición no le habría permitido cumplir sus sueños, pero todo era cuestión de reajustar sus expectativas. Podría haberse conformado con una sola escuela. Restaurar el edificio de Southwark y enfocar en él todas sus pretensiones. Se había dejado llevar por la ambición. Las tres mil libras anuales y los vínculos del Black Diamond la habían cegado.

Cerró los ojos mientras el clérigo seguía con la liturgia. Se estaba engañando a sí misma. Ni los huérfanos, ni los nobles, ni el poder, ni el dinero habían tenido nada que ver con su decisión. Habían sido los besos. Ellos eran los culpables de que, al subirse a aquel coche de alquiler, sus labios hubiesen pronunciado sin titubear la dirección del club. La forma en que se sentía cuando sus bocas se encontraban le había nublado el juicio. Porque, después de haber atisbado cómo podrían ser las cosas con Alex, le había resultado inconcebible la idea de renunciar a ellas. Sin embargo, al verlo tan distante, como si al haber alcanzado su objetivo ella ya no tuviese valor alguno, se planteó que, quizá, había cometido un error.

Se sobresaltó al notar que le tomaba la mano y él alzó una ceja mirándola a los ojos por primera vez desde que la ceremonia había comenzado.

—Deberías prestar atención a tu propia boda —susurró en su oído antes de deslizar el anillo en su dedo anular y repetir las palabras del sacerdote.

Penny observó la joya. Se trataba de una elegante sortija de oro con una gran amatista central engarzada en un cerco vegetal y rodeada por dos filas de diamantes. La luz arrancaba de las piedras brillantes destellos y, sin contarlos, podía asegurar que había más de treinta brillantes. Era el anillo propio de una reina y debía costar una fortuna. La duda que la atenazaba, que la llevaba a preguntarse si estaba cometiendo un error, se disipó de repente. Estaba atándose para siempre a un hombre que no la conocía en absoluto y que, mucho se temía, no tenía la menor intención de hacerlo. Las lágrimas asomaron a sus ojos y las contuvo a duras penas. Miró la joya de nuevo, comparándola con el sencillo y delicado anillo de su madre, y la odió de inmediato.

Ajeno a su angustia, el pastor proseguía con la ceremonia, que no tardó en llegar a su fin. Como Alex había pedido, había sido breve y pragmática, nada de sermones sensibleros ni banalidades. La señora Sharp se acercó con una sonrisa, pero, al fijar la vista en su expresión, apretó los labios con disgusto.

—Debemos volver al club. —Alex se dirigió a la anciana, ignorándola a ella por completo—. Hay mucho trabajo que hacer.

La mujer asintió y, dedicándole un último vistazo a Penny, abandonó la capilla.

—¡Vamos! —apremió él, impaciente, girándose para mirarla. Sin embargo, él también debió percibir algo en su rostro que lo hizo fruncir el ceño—. ¿Qué te pasa?

Ella negó con la cabeza, incapaz de expresar con palabras el modo en que se sentía. Alex emitió un sonido de molestia y se encaminó hacia la puerta.

—No tengo tiempo para esto —advirtió mientras se alejaba—. Jim te llevará de vuelta.

Y así, minutos después de convertirse en su esposo, la abandonó al cuidado de su jefe de sala. Mientras se encaminaba al carruaje seguida por el inexpresivo hombre, dándole vueltas a la equivocación que había cometido, un último pensamiento la desilusionó todavía más. Él ni siquiera la había besado al finalizar la ceremonia.

Los tímidos rayos de sol del mediodía se colaban por los ventanales de la habitación que le habían asignado. Aunque de buena calidad, los muebles eran escasos y no había cuadros ni elementos decorativos que dotaran a la estancia del menor rastro de vida. Una alfombra oscura que desentonaba con los colores claros de las paredes y los muebles había sido colocada como por descuido a los pies de la cama, que lucía una colcha burdeos demasiado grande. Sus pertenencias, las pocas que había logrado transportar en su pequeña maleta, habían sido acomodadas sobre la cómoda o en un pequeño armario de una sola puerta colocado en una esquina.

Penny se acercó a una de las ventanas y oteó el exterior. Su

habitación se encontraba en una de las esquinas del edificio, por lo que podía observar el bullicio de la calle principal y también Wells Street, mucho más estrecha y apagada. Observó los carruajes que recorrían Jermyn Street rumbo a St. James y a los caballeros que se dirigían a los elegantes establecimientos de la zona. Pese a encontrarse en pleno diciembre, el sol se asomaba entre las nubes y las sombrillas de colores de las damas que paseaban por la acera formaban un llamativo mosaico. Algunos rostros se alzaban con curiosidad, observando el edificio en el que se encontraba. El Black Diamond podía ser un lugar controvertido, amado por unos y desdeñado por otros, pero nadie podía negar la grandiosidad de su arquitectura.

De pronto, sus ojos se encontraron con los de una mujer mayor vestida de luto. Sobresaltada, se apartó de la ventana.

—Tal vez deberías echar las cortinas.

Penny se giró de golpe y vio a Alex, ataviado con el mismo traje que había llevado esa mañana, con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —inquirió, enojada, al percatarse de que no se había molestado en llamar.

Él se encogió de hombros y se apartó de la madera.

—Unos minutos. —Con despreocupación, dejó su chaqueta sobre la única silla de la habitación y comenzó a desatarse la corbata—. Si te asomas de esa manera antes de que nuestro matrimonio se haga público lograrás un escándalo todavía mayor de lo que querías. No es que a mí me importe, pero creo recordar que tu objetivo era poder seguir visitando abiertamente a tu familia.

Penny hizo una mueca, molesta por su propia negligencia, y, como él le había recomendado, corrió las cortinas. Cuando lo encaró de nuevo, vio que había comenzado a desabrocharse la camisa.

—¿Qué demonios haces? —inquirió, irritada, apartando la vista con rapidez de la piel que iba exponiendo.

Él no se inmutó.

—Prepararme para mi noche de bodas.

Penny abrió los ojos como platos. No podía hablar en serio.

—Me abandonaste en la iglesia —acusó—. No me has dirigido la

palabra desde ayer, cuando me informaste de la hora de nuestro enlace. ¡Ni siquiera me miraste durante la maldita ceremonia!

Algo parecido al regocijo brilló en la mirada de Alex.

—No soy muy ducho en temas religiosos, pero estoy seguro de que eso es una blasfemia.

Se sacó la camisa por la cabeza y Penny le dio la espalda de inmediato.

—Es de día —informó atribulada.

—¿Y?

Notó cómo él se acercaba y no tardó en sentir sus manos manipulando los botones traseros de su vestido.

—Una noche de bodas... —murmuró nerviosa—. No se puede consumar el matrimonio de día.

Él estalló en carcajadas y ella se sorprendió por aquel sonido extraño, algo ronco y casi oxidado. Alex apenas sonreía y estaba segura de que oírlo reír era algo que muy pocos habían logrado.

—No creo que haya nada establecido al respecto —aclaró él, la risa todavía bailando en su voz.

El vestido se aflojó sobre su cuerpo y Penny cruzó los brazos sobre el pecho, tratando de sostenerlo.

—No creo que sea una buena idea —susurró.

Alex suspiró y la giró para encararla.

—Te dije que no te impondría mis atenciones después de que consumáramos nuestro matrimonio. —Ya no sonreía, solo la miraba con intensidad—. No te las impondré ahora tampoco si no las deseas. Pero no hace mucho querías esto tanto como yo.

Ella se sonrojó al recordar lo sucedido en la mansión de los Harrow. No había tenido claro qué era lo que deseaba, pero no había querido que parasen los besos. Hizo una mueca. Los malditos besos habían sido los que lo habían complicado todo.

Él observaba su expresión con interés, como si quisiera leer sus pensamientos. Suspiró y se apartó.

—Dime qué quieres, Penny. —Era la primera vez que usaba su diminutivo y ella notó un estremecimiento que le recorría la columna y se concentraba en su vientre. Lo observó mientras se sentaba en la cama y fijaba su mirada en ella. Solo entonces se percató de lo

cansado que parecía. Sus ojos grises estaban apagados y lucía unas ligeras ojeras que lo hacían parecer mayor. Suaves arrugas marcaban su frente.

—¿Cuántos años tienes?

Él negó con la cabeza y se tendió sobre el colchón.

—Treinta, creo.

—¿Crees?

—¿Es mi edad un impedimento para que te metas en la cama?

—Yo tengo...

Él soltó un bufido.

—Tienes veintiséis años, lo sé. Te presentaste en sociedad demasiado tarde, a los veinte, solo porque un idiota se burló de tu padre durante una partida de *Cribbage*. Te escondiste entre las sombras y te condenaste a ser una solterona desde el mismo día de tu debut. Lo sé todo, Penelope, ya te lo dije.

Ella lo miró sorprendida. Al parecer, sabía más de su propia vida que ella. Jamás había comprendido por qué su padre había decidido presentarla en sociedad de repente, cuando ni siquiera parecía saber que existía. Frunció el ceño al percatarse de lo que él había dicho.

—Yo no decidí ser...

Él murmuró algo y se colocó un brazo sobre la frente al tiempo que cerraba los ojos.

—No eres especialmente hermosa, ni tienes habilidades sociales, ni posees el menor talento para el coqueteo, pero eres la hija de un duque. —No era una acusación, solo la constatación de un hecho, y aun así Penny se sintió miserable—. Te plantaste en tu primer baile con la expresión de alguien que se dirige a la batalla. Lo viste todo, pero sin mirar a nadie y tú misma te apartaste.

Ella hizo el amago de replicar, mas él la cortó con un gesto de la mano.

—Yo estaba allí, Penelope. —Abrió los ojos y la miró—. Siempre he estado ahí.

Penny se acercó, aunque no lo suficiente para que él pudiera alcanzarla si estiraba el brazo.

—¿Cuándo decidiste convertirme en tu amante?

Alex cerró los ojos de nuevo.

—Hace ocho años. Durante el baile de primavera de los Mathews.

Ella frunció el ceño.

—Yo vivía en Sussex por entonces —reflexionó—. Muy pocos en Londres sabían que existía.

—¿Vas a meterte en la cama o no? —inquirió él molesto—. Apenas he dormido en los últimos dos días y si no vas a dejar que te toque puedo aprovechar el tiempo.

Penny negó con la cabeza.

—Ni siquiera me besaste —acusó apartándose de nuevo.

Él la miró confuso.

—Al terminar la ceremonia —aclaró—, ni siquiera me besaste.

Alex se levantó de la cama y la sujetó del brazo. Antes de que ella pudiera alejarse, la apretó contra su cuerpo.

—Los besos que yo doy no son adecuados para la iglesia —murmuró y se apoderó de su boca, tal y como había hecho días atrás.

Esta vez no esperó a que ella se repusiera ni a que consiguiera alcanzar su ritmo. Introdujo su lengua y se sumergió en ella, recorriendo el borde de sus dientes y acariciando cada rincón. Le robó el aliento y, en cuestión de segundos, Penny se encontró jadeando, tratando de seguir su juego, que, esta vez, iba mucho más deprisa que en las ocasiones anteriores. Cuando ella respondió, él la apretó más contra sí y sus manos se deslizaron bajo la tela aflojada del vestido. Durante unos instantes, Penny trató de sostenerlo en su sitio, como un escudo capaz de mantener a raya su cordura, pero fue un esfuerzo inútil. La tela cayó sin remedio, un charco sin forma enredado en sus pies. Sin abandonar el saqueo de su boca, Alex comenzó a soltar las cintas de su corsé con la habilidad de la mejor de las doncellas. No tardó en yacer, abandonado, junto al vestido mientras sus caricias se volvían cada vez más intensas. Las manos de Alex se movían con urgencia, pareciendo estar en todas partes a la vez. Acarició su espalda y recorrió sus costados al tiempo que su boca la abandonaba para grabar un sendero de besos por la columna de su cuello. Rozó con la nariz el punto en que este se unía a la clavícula y la mordisqueó con ligereza, antes de ascender hasta su oreja y sumergir su lengua en

ella, haciendo que, de pronto, el mundo desapareciera. Penny se encontró temblando, desesperada por encontrar su boca de nuevo y tratando de respirar al mismo tiempo. Lo abrazó con fuerza y lo guio de nuevo hacia sus labios. Él era mucho más alto, por lo que tenía que estirarse y sostenerse sobre las puntas de los pies para alcanzarlo. Sus piernas fallaron, pero Alex la sujetó de inmediato. Sin apartarse ni un milímetro, mientras sus lenguas se enlazaban como si lo hubieran hecho cada segundo de sus vidas, la sujetó por la cintura y la alzó, instándola a que rodeara su cintura con las piernas. Y entonces ella lo sintió más duro y exigente de lo que había imaginado. Dudó, pero él la apoyó en la pared y comenzó a moverse contra ella, rozando el lugar exacto, robándole el poco control que conservaba. A medida que su placer se intensificaba, a Penny le costaba más respirar. Apartó la cara, buscando una bocanada de oxígeno, y la boca de Alex recorrió de nuevo su cuello, deslizándose cada vez más abajo hasta que alcanzó uno de sus pechos a través de la ligera tela de algodón. Succionó el pezón con fuerza, solo para calmarlo luego con suaves pasadas de su lengua. Él respiraba deprisa, más que ella, incluso, y se movía cada vez más rápido contra su centro. Liberó una de sus manos y dio un fuerte tirón a la camisola, rasgando la tela con pasmosa facilidad. Su boca se apoderó de su pecho de nuevo mientras se llevaba la mano que había dejado libre a los botones del pantalón. Se liberó con rapidez y la despojó de los calzones sin apenas soltarla. Penny lo notó, entonces, sin ningún obstáculo. Por un momento pensó que todo iba demasiado rápido. Él pujó con fuerza, tratando de introducirse en ella, pero no lo logró.

—Maldita sea —murmuró con voz entrecortada y la respiración agitada.

Deslizó su mano derecha entre ellos y la acarició donde ni siquiera ella se había acariciado jamás. Pese a su agitación, sus movimientos fueron lentos, comedidos, rozando sus pliegues con delicadeza. Introdujo un dedo en su interior y acarició su clítoris con el pulgar. Ella notó la creciente humedad entre sus piernas y cómo se deslizaba con más facilidad. En aquel paréntesis, en medio del frenesí que se había apoderado de ellos, sus ojos se encontraron y

Penny se estremeció, perdiendo el mundo de vista por completo. A lo lejos oyó un grito ajeno, aun cuando se parecía mucho a su propia voz. Se estremeció sin remedio, clavando sus uñas en la espalda de Alex. Su estallido pareció acabar con el poco autocontrol que a él le quedaba. Se dirigió deprisa a la cama con ella entre sus brazos y, antes de que notara siquiera el colchón en su espalda, él ya estaba sobre ella besándola, acariciándola, como si no pudiera dejar de hacerlo. Su mano derecha seguía entre sus piernas, pero pronto la abandonó para ser sustituida por otra parte muy distinta de su cuerpo. Pese a la humedad, aquella parte de él era mucho más grande que sus dedos y sintió un dolor punzante cuando, de un solo empujón, se introdujo en ella. Se retorció, tratando de alejarse de aquel ardor repentino, pero Alex enmarcó su cabeza con las manos y apoyó la frente en la suya.

—Espera —susurró con voz entrecortada.

Penny notó su trabajosa respiración en el rostro y la forma en que temblaba. Ligeros estremecimientos lo recorrían y se dio cuenta de que no le estaba resultando fácil mantenerse quieto. Alzó una mano y la apoyó en su mejilla, sintiendo una ternura que jamás había creído que él pudiera despertarle. Alex la miró a los ojos y el tiempo pareció detenerse.

—No hagas eso —aconsejó cerrando los ojos, como si quisiera apartarse de ella, y comenzando a moverse con lentitud.

—¿Que no haga qué? —preguntó Penny confusa. El dolor ya no era tan intenso y los movimientos comedidos de él lograron despertar de nuevo su deseo. Intentó seguir su ritmo, las ligeras punzadas de dolor mezclándose con el placer. Alex parecía marcar el ritmo, pero, pese a sus ojos cerrados, Penny estaba segura de que se adaptaba a lo que ella podía soportar. Poco a poco, el placer se intensificó y ya no notó nada más que la forma en que sus cuerpos se unían.

—No lo idealices —respondió él aumentando el ritmo y la intensidad de sus envites—. No me idealices.

No pudo reflexionar sobre su petición. Antes de que se diera cuenta estalló en mil pedazos de nuevo, pero esta vez él la acompañó. El gruñido de Alex mientras se derramaba sobre su ombligo fue lo último que escuchó.

Penny observó al hombre que dormía en su cama. Boca abajo, con los brazos sobre la almohada y la cabeza ladeada; su respiración era tan suave que debía fijarse mucho para percibirla siquiera. Recorrió con la mirada la parte de su rostro que quedaba a la vista y descendió por su espalda hasta la sábana enredada en su cintura. Se había quedado dormido casi de inmediato y ella no había tardado en imitarlo. No obstante, era media tarde y su siesta había sido breve. Él, sin embargo, permanecía profundamente dormido. Recordó lo que él le había dicho. No sabía nada de Alex ni de sus rutinas, ni qué le había quitado el sueño durante los últimos dos días. Su mirada regresó a su rostro. Estaba relajado y una barba incipiente realzaba sus facciones, volviéndolo incluso más atractivo. Las pequeñas arrugas de sus ojos resultaban apenas perceptibles. Aunque había pensado que era mayor, en ese momento sí aparentaba sus treinta años. Incluso algunos menos. Lo miró con curiosidad, recorriéndolo con un descaro que no podía exhibir cuando estaba despierto. Era delgado, pero fibroso. La posición en la que se hallaba marcaba los músculos de sus brazos y de su espalda y su piel morena destacaba contra las sábanas blancas.

Él suspiró en sueños y ella se estremeció. Sin saber cómo, Alex la había hecho sentir cosas que jamás había creído poder experimentar. El recuerdo de sus manos acariciando su piel y de su boca robándole el sentido la asaltaron de repente. Su piel se erizó y notó un calor creciente en su vientre. Nerviosa por la forma en que le afectaba incluso dormido, se apartó con cuidado para no despertarlo.

Se vistió en silencio con el vestido más sencillo que tenía. En la pequeña maleta que había llevado consigo solo había logrado guardar dos mudas y el atuendo que había lucido durante la ceremonia; pese a su simplicidad, no le parecía adecuado.

Salió de la habitación sin hacer ruido y se encontró bajo la magnífica cúpula del club. Se hallaba en la primera planta y la tranquilidad reinante contrastaba con el atareado bullicio del piso inferior. Se acercó a la balaustrada de madera y observó el hall de entrada. Criados y sirvientas se afanaban en sus tareas, limpiando el polvo, transportando dados y barajas o sacando brillo a las

lámparas.

Jim apareció al otro lado de la terraza y llamó con los nudillos a la puerta opuesta al dormitorio que ella ocupaba. Esperó unos segundos y abrió. No tardó en salir, luciendo una expresión de contrariedad en su habitualmente inexpresivo rostro. Entonces la vio y pareció percatarse de algo. Recorrió el pasillo que bordeaba la cúpula sin apartar su mirada de ella. Cuando estuvo a su lado, hizo un gesto extraño, algo semejante a una reverencia un poco chapucera.

—Disculpe, milady. —Pese al tratamiento, su forma de dirigirse a ella era brusca—. Estoy buscando al señor.

Ella vaciló. Alex parecía agotado.

—¿Es algo urgente?

La extrañeza de Jim fue obvia.

—No, es... —vaciló.

Ella hizo un gesto con la mano para detenerlo.

—¿Puede solucionarlo usted? —inquirió.

El hombre dudó un momento. Al final, asintió.

—Bien, dejémoslo descansar, entonces. —Y, con cierto pesar, añadió—: No parece hacerlo a menudo.

Él la observó unos segundos, analizándola. Por fin asintió y se encaminó hacia las escaleras. Sin embargo, antes de alejarse se volvió y, con un respeto que ella no sabía cómo se había ganado, le dedicó una reverencia casi perfecta.

Penny permaneció apoyada en la balaustrada durante más tiempo del que esperaba. Acostumbrada a la solitaria monotonía de la residencia Whitehaven, el trajín del club le resultaba extrañamente reconfortante. De vez en cuando, la señora Sharp aparecía y daba autoritarias indicaciones que todos se apresuraban a obedecer. Pese a su inofensiva apariencia, se percató de inmediato de que aquella anciana llevaba las riendas de forma implacable.

En medio del barullo, una cabellera del color del champán le llamó la atención. Observó con detenimiento a la joven que reía junto a un hombre vestido con un impecable traje gris con llamativos ojales amarillos y en cuya solapa brillaba una insignia plateada. No le costó reconocerla. La hija del barón Oxley era tan hermosa que sería difícil

olvidarla. Solo entonces se percató de que, en realidad, llevaba las mismas ropas que el resto de las sirvientas. Frunció el ceño. ¿Qué significaba aquello?

Se apartó de la barandilla y se dirigió a las escaleras. Antes, sin embargo, apoyó la oreja en la puerta de su cuarto. No se escuchaba nada. Al parecer, a Alex le hacía verdadera falta aquel descanso.

Bajó con paso ligero, deseosa de conocer los secretos del que ahora era su nuevo hogar, y atravesó el vestíbulo. Cuando se detuvo, junto a una mesa decorada con varios jarrones con flores, se dio cuenta de que la actividad había cesado y que todos la miraban con recelo.

—Buenas tardes —saludó un tanto incómoda al descubrirse el centro de atención—. Soy... —titubeó y se removió nerviosa. Sin querer, tropezó con uno de los floreros, que a punto estuvo de caer al suelo. Logró sujetarlo en el último momento.

La señora Sharp frunció el ceño y se acercó, pero Jim llegó antes. Con una ligera reverencia la reconoció como su superior.

—Ella es lady Penelope Lonsdale.

El sonido de su nuevo apellido la sorprendió y, de algún modo, evidenció todavía más los cambios que se habían producido. Penelope Arden había desaparecido para siempre.

Dudó un instante, sujetando todavía el jarrón y sin saber qué decir, mientras los murmullos a su alrededor iban en aumento. Por fin, sonrió con timidez.

—Me siento muy honrada de ser parte de esta familia —dijo con sencillez—. Espero conoceros pronto a todos.

Dejó las flores en su sitio y suspiró.

—Me disculpo de antemano por los altercados —su sinceridad despertó la hilaridad de los presentes—, pero tiendo a los accidentes cuando me pongo nerviosa. El resto del tiempo... —Se encogió de hombros—. El resto del tiempo suelo ser bastante normal.

Pese a las risitas de su alrededor, se dio cuenta de que su honestidad les había agradado. Incluso la mirada de la señora Sharp se suavizó.

—Por favor —pidió al darse cuenta de que nadie se atrevía a seguir con sus tareas sin su permiso—, continúen con lo que estaban

haciendo.

Todo el mundo se puso en movimiento de nuevo y ella se acercó a la chica que le había llamado la atención.

—Señorita Campbell —dudó sin saber cuál era el mejor modo de continuar—, que placer verla por aquí.

El regocijo brilló en la mirada de la aludida.

—Para mí también es una sorpresa, milady. —Sonrió—. Por favor, llámeme Annie. Al parecer, ahora estoy a su servicio.

La confusión debió reflejarse en su rostro, porque la sonrisa de la otra mujer se amplió.

—Trabajo aquí.

—Pero... ¿su prima está de acuerdo?

Annie se encogió de hombros.

—Kate no está conforme —explicó—. En su última carta enumeró con increíble precisión todos y cada uno de los motivos por los que debería salir corriendo de este lugar y no volver la vista atrás. —Rio —. Pero su esposo no considera que mi situación sea lo bastante grave como para hacerlo pisar Londres de nuevo.

Penny la observó con interés, buscando entre sus recuerdos alguna información sobre aquella mujer. Sin embargo, jamás había hecho caso a los cotilleos sobre jóvenes debutantes y, en el poco tiempo que había pasado con Kate, no había surgido el tema de su prima. Algo comprensible teniendo en cuenta la tragedia que estaban viviendo los duques.

Una imagen de Briony siendo poco más que una niña la asaltó de pronto, pero se apresuró a enterrarla en lo más profundo de su mente. No se permitía pensar en ella. Era el único modo de seguir adelante.

—Enhorabuena por su matrimonio —la felicitó Annie, ajena a su aflicción—. Espero que sean muy felices.

De forma involuntaria, la mirada de Penny se dirigió al piso superior. No tenía claro en qué consistía la felicidad, pues no era consciente de haberla experimentado nunca.

—El club está a punto de abrir —informó la señora Sharp, indicándole que la siguiera.

Por encima del hombro, vio cómo todos los trabajadores se

colocaban en sus puestos. El hombre al que había visto hablar con Annie sonrió en su dirección y se encaminó hacia la sala de juego mientras esta lo seguía. Antes de que se girara, sin embargo, pudo observar el dibujo de la insignia que lucía. Un diamante negro enmarcado por hojas y filigranas doradas. Prestó más atención a los atuendos de los trabajadores y descubrió que todos llevaban aquel emblema. Bordado en el uniforme de las sirvientas, grabado en los botones del personal de seguridad y en forma de insignia sujeta al cuello de las chaquetas idénticas de los crupieres, que solo se diferenciaban por el color de los ojales.

—Vamos —apremió la señora Sharp.

Penny la siguió a las estancias traseras mientras el Black Diamond cobraba vida.

—Te he dejado algo en tu cuarto.

Annie miró a Channing con el ceño fruncido.

—No recuerdo haberte dado permiso para entrar en mi habitación.

Él sonrió sin el menor rastro de vergüenza.

—Estoy seguro de que no te importará cuando veas de qué se trata.

A su alrededor, todos se apresuraron a ocupar sus puestos. Los encargados de las ruletas las pusieron en marcha comprobando, una vez más, la suavidad con la que giraban. Los dados fueron colocados en su lugar y las barajas sin estrenar se repartieron sobre los tapetes.

—Channing. —Uno de los crupieres más veteranos se acercó a ellos—. Tu mesa está lista.

Él asintió, pero su mirada no se apartó de ella. Annie se removió nerviosa. Desde el momento en que había llegado al club, Jasper no se había molestado en ocultar el interés que le despertaba. Había coqueteado con ella abiertamente los primeros días, pero, de repente, su actitud había cambiado sin ningún motivo. Su interés había sido sustituido por una reservada cordialidad y solía apartar la vista cada vez que ella lo miraba. Le había enseñado los entresijos del juego y la había animado a perseguir su sueño si lo deseaba de

verdad, pero siempre desde la distancia. Incluso cuando le rozaba los dedos o se acercaba demasiado, como si ella lo atrajera como un imán, retrocedía enseguida.

Sin embargo, dos días antes, cuando lady Penelope había llegado al club y la noticia de su compromiso con el señor Lonsdale había corrido por el Black Diamond como un reguero de pólvora al que alguien acabara de prender fuego, había reanudado el flirteo como si no hubiesen pasado semanas desde su llegada.

—Algún día tú estarás aquí —murmuró él malinterpretando su silencio—. Es cuestión de tiempo.

Le rozó la mandíbula con los dedos y se acercó tanto que Annie temió que la fuera a besar. Él sonrió, adivinando sus pensamientos, y se apartó.

—Aquí no —susurró—. Cuando lo haga no tendremos público.

Ella negó con la cabeza.

—No te entiendo —mintió y él rio mientras se despedía con la mano.

—Mira el regalo —le recordó con un guiño.

Annie lo siguió con la vista mientras él atravesaba la sala y ocupaba su lugar tras la mesa de póker. Se fijó en el modo en que la chaqueta se ceñía a sus anchos hombros y en la seguridad con la que caminaba. Sus ojos verdes la encontraron de nuevo en cuanto hubo ocupado su puesto y sonrió en su dirección. Alto, esbelto, de rostro un tanto aniñado. Jasper Channing era atractivo. Además, era amable y cautivador. Cualquier mujer estaría encantada con sus atenciones.

Una sonrisa ladeada y unos ojos negros la miraron desde el fondo de su memoria. El recuerdo de un beso y la tristeza de la despedida. Cualquier mujer estaría encantada con Channing. Excepto ella. Porque, por atractivo que fuera, no era Jack. Y, al parecer, ella no podía sacárselo de la cabeza, por más que lo intentara.

En cuanto Alex abrió los ojos se dio cuenta de que algo iba mal. La habitación estaba en penumbras, iluminada tan solo por las centelleantes llamas de la chimenea y, al otro lado de las ventanas,

la noche había caído sobre la ciudad. La cama en la que se encontraba no era suya, con un colchón y una almohada tan duros como piedras. Aun así, él se sentía más descansado de lo que lo había estado en mucho tiempo. Y esa, sin duda, era una mala señal.

Se levantó deprisa y salió al pasillo. En el piso de abajo, los sonidos que le eran tan familiares como su propio nombre le indicaron que el club ya había abierto sus puertas. Sin él.

Sintió cómo la ira se apoderaba de cada célula de su cuerpo. En los cinco años que el Black Diamond llevaba abierto, jamás había comenzado la jornada sin que él revisara cada tapete, cada baraja y cada ruleta. Incluso, en las escasas ocasiones en las que había tenido que ausentarse de la ciudad, dejaba todo listo para las noches sucesivas. Mantenía un férreo control sobre aquel lugar. El control que no había podido tener sobre su propia vida.

A toda prisa se dirigió a la escalera trasera y, furioso, llamó a la señora Sharp en cuanto entró en la cocina. Atisbó a su esposa junto a varios sirvientes mientras devoraba lo que parecía un pastel glaseado y acudieron a su mente recuerdos de lo que había sucedido solo unas horas antes. Sin ningún motivo, verla aplacó en parte su enfado. No había esperado sentirse como lo había hecho. Se había acostado con más mujeres de las que podía recordar y, sin embargo, lo que había ocurrido con Penny no se había parecido a nada que hubiera experimentado antes. Jamás había perdido el control como lo había hecho con ella. Y nunca había deseado tanto repetir como lo hacía en ese instante.

Se maldijo en silencio. Aquello era un error. No por el hecho de desearla —al fin y al cabo, era su esposa—, sino porque, de repente, sentía que nada le importaba más que arrastrarla a la cama de nuevo. Ni siquiera que sus sirvientes hubieran tomado decisiones sin tenerlo en cuenta.

—¿Estás bien, querido? —La señora Sharp había llegado a su lado y lo miraba con preocupación.

—¿Quién demonios autorizó la apertura esta noche? —inquirió, sus ojos todavía fijos en Penny.

Ella se giró, como si hubiese percibido su presencia, e incluso a esa distancia Alex notó su sonrojo. En su interior, algo se removió y se

sintió tan nervioso como un colegial. Maldita fuera, aquello no tenía sentido.

—Jim dijo que estabas descansando y que debíamos apañarnos sin ti. —La voz de la señora Sharp le llegó lejana, como si perteneciese a otro mundo. Sin embargo, sus ojos se clavaron en ella en cuanto su cerebro procesó lo que acababa de decir.

—¿Y quién demonios le dijo eso?

—Tu esposa —informó la anciana señalando a Penny con la cabeza.

La furia volvió de nuevo, más intensa si cabe. ¿Quién se creía que era para decidir por él? Se encaminó hacia ella, pero la señora Sharp lo sujetó.

—No la conozco lo suficiente como para haberme formado una opinión sobre ella —murmuró la mujer—, pero tiene razón. Necesitabas descansar. Y, por mucho que te moleste, descubrir que el club puede funcionar a la perfección sin tu vigilancia constante puede ser una buena cosa.

Alex se liberó con brusquedad.

—Eso no lo decide ella. —La fulminó con la mirada—. Ni usted.

A grandes zancadas, atravesó la cocina y sujetó a Penny por el brazo. Sin darle tiempo a terminar el pastel, la arrastró fuera de la estancia y se dirigió a su despacho. En cuanto cerró la puerta, la soltó y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Quién demonios te crees que eres para decidir por mí? —exigió.

La brusquedad de su tono la asustó. Lo miró con los ojos muy abiertos mientras apoyaba su espalda contra una cajonera cercana.

—¿Cuándo he hecho eso? —preguntó en voz baja.

—¿Le dijiste a Jim que se apañara sin mí?

Ella parpadeó.

—Estabas descansando —explicó frunciendo el ceño—. Y él afirmó que podía hacerlo. ¿Ha salido algo mal?

Aquella pregunta lo desconcertó y lo enfureció todavía más. ¿Algo había ido mal? Por lo que había visto, el club funcionaba del mismo modo que cualquier otra noche, como un reloj bien engrasado en el que cada engranaje ocupaba el lugar correcto. Solo que esta vez él no había revisado las clavijas antes de que las agujas comenzaran a girar.

Penny lo miraba con atención, como si tratara de leer su rostro. Al final, pareció perder el interés en él y se concentró en el trozo de pastelillo que todavía sostenía. Se lo comió, cerrando los ojos cuando el glaseado se deshizo en su boca. Alex maldijo en voz baja al notar el modo en que aquello le afectaba. Y cuando ella lamió el azúcar que todavía quedaba en sus dedos se dio cuenta de que debía poner fin a aquello antes de que fuera demasiado tarde.

—Te he abierto una cuenta con cinco mil libras en el Banco de Inglaterra —informó crispado—, y el anuncio de nuestro matrimonio se publicará mañana en la mayoría de los periódicos del país.

Ella se removió incómoda y la manga de su vestido se enganchó en el tirador de uno de los cajones. Sin que tuviera tiempo de advertirla, se apartó del mueble y el sonido de la tela al rasgarse resonó en la habitación. Solo unos segundos después, el cajón cayó pesadamente sobre la alfombra y cientos de papeles salieron volando.

Alex cerró los ojos y contó hasta diez. Por fin, recuperó el hilo de lo que había estado diciendo.

—Jim te acompañará para que conozcas las casas que tengo en Londres —continuó él tratando de ignorar que se había casado con la mujer más patosa de Inglaterra—. Elige la que quieras. Puedes llevarte a algunos sirvientes del club mientras no contratas a tu propio servicio. También puedes darle a Jim tu extraña lista.

La vergüenza de ella ante el desastre que había provocado fue sustituida por una desilusión que lo desconcertó. Aquello era lo que le había pedido.

—¿Vivirás conmigo?

Alex se sentó tras su escritorio.

—No.

En esta ocasión, la molestia se reflejó con claridad en la expresión de ella. Por algún motivo, su decepción lo incomodó, tal y como le había sucedido en la iglesia aquella mañana. Sin embargo, al igual que entonces, se negó a mostrarle el modo en que le afectaba.

—Puedes irte —informó con frialdad.

Ella negó con la cabeza, sumida en sus propios pensamientos. Por fin se dirigió a la puerta.

—Contrataré al servicio de mi padre.

Penny estaba de espaldas, por lo que no debió ocultar la sonrisa divertida que se dibujó en sus labios.

—¿Piensas robarle a sus criados? ¿Qué te hace pensar que accederán a irse contigo? El servicio suele ser leal a su señor.

Ella soltó un bufido que lo divirtió todavía más.

—A mí me quieren.

Cerró la puerta tras ella y Alex se descubrió observando con atontada fascinación la madera durante mucho más tiempo del esperado. Por fin, se apoyó contra el respaldo de su asiento y se restregó los ojos.

«A mí me quieren». Se llevó la mano al pecho y se frotó una molestia imaginaria. Por supuesto que la querían. Mucho se temía que Penny era una persona muy fácil de querer. Incluso él, si tuviera corazón, acabaría sucumbiendo. Por desgracia, había perdido esa capacidad en su primera infancia, cuando sus llantos desconsolados de recién nacido solo habían recibido indiferencia y violencia como respuesta. Para un niño que había crecido a golpes, el amor era tan real como las sirenas o los dragones.

Se levantó de su asiento y se dirigió a la sala de juegos. Antes de llegar, sin embargo, abrió discretamente uno de los paneles y se deslizó en el interior. A través de las rendijas observó el trajín de las barajas y el giro de las ruletas. El enfado inicial había ido desapareciendo y, en su lugar, una extraña sensación de vacío se había instalado. El Black Diamond funcionaba a la perfección sin él. ¿Qué le quedaba, entonces?

Capítulo 10

Aquel edificio era una ruina. Mientras caminaba por los destartalados pasillos acompañada por el maestro de obras, Penny se sintió derrotada. El presupuesto inicial había ido creciendo a medida que aparecían nuevos desperfectos y, pese a la fortuna que poseía ahora, era descorazonador ver cómo en algunas habitaciones las paredes estaban tan deterioradas que se venían abajo con solo tocarlas, o el modo en que la humedad se había filtrado en algunos de los techos hasta cubrirlos con enormes manchones negros repletos de hongos.

—Podremos mantener la estructura —informó el hombre—, pero hay que echar abajo todo lo demás.

Ella asintió con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevará?

Su acompañante se encogió de hombros.

—Un año como mínimo.

Ella cerró los ojos. Aquello era muchísimo tiempo. Había esperado poder poner en funcionamiento la escuela en un par de meses.

—¿Hay algún modo de acortar los plazos?

El hombre la observó con atención.

—Podríamos contratar a más gente. Y establecer más turnos de trabajo.

—Bien —asintió ella—. Hágalo. Y cuanto antes.

Con un gesto de despedida, él desapareció por el pasillo. Penny entró en una de las habitaciones más grandes del piso superior y se dirigió a la ventana. Grand Road no era la calle más acogedora de la ciudad. Era sucia y estaba bordeada por edificios, cada cual peor conservado. No muy lejos de donde se encontraba, las carretas entraban y salían de los almacenes de la zona y una pequeña fábrica expulsaba humo negro hacia las nubes. Varios mendigos se

acomodaban junto a un gallinero mientras un grupo de hombres vestidos de gris caminaba calle arriba. El olor a hollín se mezclaba con el hedor ácido de la orina y de los excrementos, y la combinación de voces y relinchos daba lugar a una extraña cacofonía. Su mirada cayó sobre un grupo de niños que jugaba dándole patadas a una piedra. Los observó con atención, desde sus pies descalzos hasta la suciedad de sus caras.

De pronto, recordó la última conversación que había tenido con Alex antes de abandonar el club para instalarse en su nueva casa, una discreta construcción de dos plantas, al este de Trafalgar Square.

—Poseo propiedades mucho mejores que esa y mejor situadas —había dicho él, molesto—. ¿Por qué demonios querrías vivir en ese lugar?

Ella se había encogido de hombros.

—Me gusta.

Alex había cerrado los ojos, como si el solo hecho de tener que verla lo pusiera de mal humor. No había tratado de acercarse desde que le había comunicado su decisión de que se fuera del club.

—Las casas de acogida... —Ella había intentado sacar el tema de las escuelas de nuevo, pero él la había fulminado con la mirada. Y se había dado por vencida. El tiempo le había enseñado a escoger sus batallas y con él esa guerra estaba perdida.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —había preguntado ella molesta—. La noticia de que soy tu esposa ha corrido como la pólvora.

Todos los periódicos de Inglaterra se habían hecho eco del poco acertado matrimonio de la hija del duque de Whitehaven con Alexander Lonsdale, antiguo pupilo del conde de Middlesbrough y reconocido bastardo sobre cuyo pasado y riqueza circulaban los rumores más descabellados. Con la temporada más que finalizada y sin más noticias relevantes en la palestra, aquel anuncio había insuflado aire fresco en los pulmones de una aristocracia apática y sedienta de cotilleos. Después del anuncio, había recibido invitaciones para tomar el té de damas a las que apenas conocía y que, mucho se temía, solo buscaban lograr información privilegiada

de la que presumir. Aunque, al menos, había recuperado sus baúles.

—¿Tienes noticias de tu padre? —Por primera vez, Alex había parecido interesado de verdad en aquella conversación y Penny había notado una súbita punzada de decepción. Quizá, en el fondo, había esperado que él se preocupara por ella más allá de su estúpida venganza. El papel que jugaba en aquella historia la había golpeado tan fuerte que se había sentido miserable.

—No se preocupe, señor Lonsdale. —Había notado cómo su repentina formalidad lo molestaba y aquella pequeña victoria le resultó reconfortante—. Mi padre estará furioso. No me cabe ninguna duda de que aparecerá por aquí de un momento a otro. Dado que yo no he sido más que un peón en su pantomima, le agradecería que no le revelara mi paradero. Solucionen sus problemas a puñetazos o cítense al amanecer en algún parque remoto. Me importa un comino. Pero déjenme en paz.

Se había dirigido a la puerta sin esperar respuesta. No obstante, antes de salir se giró para encararlo.

—Se lo pedí una vez, pero es evidente que su palabra no vale nada. Aun así, reitero mi petición. No quiero que sus mocosos me sigan. Si vuelvo a ver a un niño a mi espalda, me encargaré de que todo Londres se entere de que el infame Alexander Lonsdale no quiere dotar de futuro a los bastardos de sus casas de acogida porque así puede aprovecharse de ellos a cambio de un plato de comida.

Él había negado con la cabeza, amagando con protestar, pero ella lo había detenido con un airado gesto de la mano.

—No me mienta. He visto al muchacho de nuevo—había cortado molesta—. A nadie le importará un bledo, no se preocupe. Pero su red de espionaje se desmoronaría. Si se descubre quiénes le informan de los secretos de la alta sociedad, ¿qué le queda?

Todavía no había cerrado a su espalda cuando le llegó la amortiguada voz de su esposo.

—Para cualquiera de esos niños es más importante que le llenen el estómago que aprender datos inútiles que jamás usarán.

—¿Cómo lo sabe? —había preguntado sin girarse.

—Porque yo fui uno de ellos. —Su máscara de indiferencia había

caído y su voz le sonó más acerada que nunca. Al parecer, había encontrado su punto débil.

—No sabía...

—Lárgate —le había ordenado—. Haz lo que te dé la gana. Cuando necesite que representes tu papel de amante esposa te lo haré saber.

Alex había salido del despacho y pasado a su lado sin ni siquiera mirarla. A Penny le preocupó lo que vio en su rostro. No le gustaba aquel desinterés fingido del que siempre hacía gala, ni que ocultara sus emociones como lo hacía. Pero ver su expresión en aquel momento la asustó. Parecía un hombre atormentado.

El nudo que había sentido en el estómago entonces volvió de repente. Se apartó de la ventana y observó lo que la rodeaba. Los cascotes amontonados en las esquinas, las paredes agujereadas, los muebles destartalados.

No sabía nada de Alex. Se había casado con él y toda la información que tenía era que poseía un club y que era un bastardo. Y que le robaba el sentido cada vez que la besaba.

Pensar en la forma en que la había tocado hizo que se estremeciera. ¿Cómo podía sentirse así con las caricias de un desconocido? Tal vez, al final, fuera una de aquellas descocadas que se dejaban llevar por las bajas pasiones.

Se apoyó contra la pared, inmersa en sus pensamientos. No era cierto. Si fuera el deseo lo que le nublaba el juicio se habría sentido así con cualquiera y estaba segura de que no era el caso. Suspiró. Lo que fuera que le estaba sucediendo resultaba muy molesto.

Deseosa de sacarse a Alex de la cabeza, se remangó la camisa y comenzó a arrastrar los escombros fuera de la habitación. A ninguno de los trabajadores le sorprendió verla haciendo aquello. Nadie sabía quién era, solo un muchacho flacucho a cargo de un edificio destartalado.

Las últimas luces de la tarde se colaron por la ventana y juguetearon sobre la alfombra, formando curiosas figuras, pero Alex no les prestó atención. Tampoco les hizo caso a las gotas de lluvia que golpeaban

con fuerza el cristal ni a la música que sonaba en la sala de espectáculos, con la que su despacho compartía pared. Había conseguido contratar a una cantante de ópera de reconocimiento internacional, tanto por su voz como por su belleza. Su actuación de esa noche le costaría una fortuna. Y, sin embargo, ni siquiera se había molestado en ir a recibirla, aun cuando ella había insistido en conocerlo.

Los primeros versos de *Casta diva* resonaron con tal nitidez que bien podría tener a la cantante sentada en su regazo, pero ni siquiera así se inmutó. Llevaba días encerrado en sí mismo, reviviendo una y otra vez unos recuerdos que ya creía haber olvidado.

De pronto, la acogedora casa de la señora Ruthfarrow en Mercer Street, en la que hacía años que no pensaba, apareció en su mente: sus dos terrazas combadas con los balaustres de madera un poco carcomida, sus ladrillos rojos y sus escalones desiguales; las macetas con flores de llamativos colores que colgaban de sus ventanas transmitían una imagen hogareña que había convencido a tantas mujeres en apuros, que debían dejar a sus hijos bastardos en alguna parte. Aquella vivienda, no muy lejos de Mayfair y su distinción, semejaba el lugar ideal para que se criaran sus pequeños.

Alex se estremeció. No se imaginaban aquellas mujeres, o tal vez sí y no les importaba, que, tras aquella puerta de madera de abeto desgastada por el paso del tiempo, se hallaba el infierno. Cuando uno se adentraba, más allá del salón en el que eran recibidas las visitas, descubría estancias oscuras, ventanas tapiadas y desperdicios acumulados en todas partes. Pero solo entendería el alcance real de la crueldad intrínseca a la naturaleza humana si osaba llegar a las estancias superiores. Allí había llegado Middlesbrough y allí lo había encontrado. Sucio, desnutrido y cubierto de golpes, en medio de niños pequeños y recién nacidos que ya habían renunciado incluso al consuelo del llanto. Aquellos bebés, algunos de los cuales seguramente ya ni siquiera respiraban, rodaban y dormían entre sus propios excrementos, casi sin fuerzas a causa del escaso alimento que recibían, amarillentos por la falta de luz solar y abandonados, no solo por sus padres y por la sociedad

que debería haberlos protegido, sino por el propio Dios, que parecía haberse olvidado de ellos.

Se pasó una mano por la cara y se sorprendió al descubrir una lágrima traicionera que ya no debería estar allí. Hacía más de dos décadas que no se permitía recordar aquel lugar. Ni siquiera semanas atrás, cuando Jack había acudido al club pidiéndole ayuda, había pensado en el modo en que se habían conocido.

Jack era casi cuatro años más joven que él. Había llegado a la granja con uno o dos días de vida. Era un bebé extraño. Cuando llegaban, aquellos críos berreaban durante semanas. Su instinto les decía que, de ese modo, alguien saciaría sus necesidades. Solo con el paso del tiempo sus llantos cesaban, resignados a que en aquel lugar nadie les proporcionaría consuelo. Jack jamás había emitido un lloro. Era como si hubiera nacido sabiendo que era un desecho de la sociedad. Por aquel entonces, Alex comenzaba a entender lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes. Se había dado cuenta de que, cuando la señora Ruthfarrow envolvía a alguno de aquellos pequeños en una toalla que ataba con un cordón amarillo, ya nunca lo volvería a ver. Empezaba a entender que la muerte era visitante habitual de aquella casa. Por alguna razón, aquel bebé extraño que jamás había emitido sonido alguno se convirtió en su protegido. Tal vez por eso Jack había sobrevivido.

Cuando el conde había descubierto aquel atajo al averno, la granja había sido cerrada y la señora Ruthfarrow apresada. Los niños habían sido enviados a otros lugares, aunque Alex no estaba seguro de que fueran mucho mejores. Jack también había sido apartado de su lado y él no había podido hacer nada. Y es que, después de que lo llevaran a Middlesbrough Hall, se había pasado meses sin lograr emitir ningún sonido.

Se levantó de golpe, incapaz de quedarse quieto mientras el pasado lo golpeaba, y se pasó una mano por la cara.

Tenía que salir de allí, buscar algo que ocupara sus pensamientos. Aquel era un buen momento para que Stratford se metiera en alguna pelea de callejón u ofendiera a algún tipo con más músculos que cerebro. Sin embargo, el imbécil de su primo ni siquiera sabía elegir bien cuándo molestarlo. Llevaba varios días encerrado en su

biblioteca, con las cortinas echadas y una copa en la mano, mientras sus sirvientes se turnaban para vigilarlo y enderezarlo cuando perdía el conocimiento.

Sacudió la cabeza y se dirigió a la calle. El objetivo vital del célebre marqués de Stratford se había visto reducido a no ahogarse con su propio vómito. Era patético. Ninguna mujer valía tanto como para convertir a un hombre en un despojo humano.

Sin darse cuenta, sus pasos le llevaron a Charing Cross. Miró a su alrededor, incapaz de reconocer qué hacía allí. Con un suspiro de rendición, enfiló el West Strand. Podía engañar a todos los demás, pero no tendría sentido que se mintiera a sí mismo.

No le llevó más que unos minutos alcanzar su objetivo. Alzó la mano y llamó a la puerta. Cuando un joven al que no conocía le abrió, frunció el ceño.

—Quiero ver a mi esposa —anunció examinándolo sin disimulo.

En lugar de mostrarse avergonzado, el tipo lo escudriñó con el mismo descaro mientras sonreía de forma enigmática.

—Penny no está en casa —anunció, por fin, y trató de cerrar la puerta.

Alex sujetó la madera y la abrió de malos modos. No le gustó que aquel individuo hablara de ella con semejante familiaridad.

—¿Quién demonios eres tú?

El muchacho sonrió.

—Dave —informó, como si con aquello debiera ser suficiente.

Aunque tardó unos instantes, Alex acabó identificando al sujeto.

—Hacía años que no te veía —dijo—. Has crecido.

Dave negó con la cabeza.

—No lo suficiente, al parecer. —Se hizo a un lado—. Aspiraba a ser tan alto como tú.

Alex no sonrió. Estiró el brazo y lo saludó con un ligero apretón.

—No creo que eso haya estado nunca en tus manos. —Suspiró—. ¿Dónde está? Llevas semanas sin ponerte en contacto conmigo. Pensé que seguirías con Whitehaven.

Cuando lo había conocido, Dave no había sido más que un mocoso asustadizo que acababa de perder a su madre a causa de unas fiebres. Pese a las difíciles circunstancias que le había tocado vivir,

aquella mujer había logrado que su hijo gozara de una relativa seguridad. El muchacho había asistido a la escuela parroquial y jamás había tenido que preocuparse por la ausencia de comida en la mesa. Habían vivido en un pequeño cuarto alquilado en el primer piso de un edificio de Bermondsey, mucho mejor conservado que otros de la misma zona. Ella se había desvivido, recurriendo a todo lo que tenía, incluido su cuerpo, para poder mantenerlo a salvo. Y cuando había muerto lo había dejado sin ningún recurso al que agarrarse. Aquel pequeño no tenía ni idea de qué hacer para ganarse la vida, aunque podía recitar de memoria a todos los monarcas ingleses desde Guillermo el Conquistador. Lo habían echado del cuarto que ocupaba en cuanto no había podido pagar el alquiler y se había pasado semanas vagando por las calles, sin comer apenas e incapaz de reaccionar cuando otros mocosos, más acostumbrados a la calle, lo apalizaban para robarle lo poco que le quedaba.

Tras romper con su abuelo, Alex había pasado mucho tiempo apostando en los *hells* y timando a los estafadores del East End. Conocía aquel ambiente y el tiempo que había pasado con Middlesbrough no lo había despojado del instinto de supervivencia. Se había encontrado a Dave en una de sus incursiones, encogido junto a una pared mientras varios matones lo sujetaban y trataban de arrancarle los dientes. Los había mirado con indiferencia, decidido a seguir adelante sin preocuparse por el destino de otro que no fuera él mismo. Sin embargo, no había dado ni dos pasos cuando algo lo había impulsado a intervenir. No le había costado apartar a los enclenques abusones, que habían perdido su valor con vergonzosa facilidad. Habían salido corriendo mientras el acongojado muchacho al que había salvado lo miraba con adoración. Alex había estado dispuesto a continuar su camino y dejar que aquel niño se buscase la vida, pero él se le había pegado como una lapa. Y entonces se le había ocurrido. Aquel podía ser el primer eslabón de su venganza. En cuestión de semanas, había instruido a Dave, lo había vestido de forma adecuada y lo había colado entre el personal de Whitehaven.

—Ha salido.

Ensimismado en sus pensamientos, miró con sorpresa al muchacho.

—Lady Penelope —aclaró Dave, divertido—. Ha salido.

—¿Y por qué demonios no la has acompañado? —preguntó Alex molesto ante la despreocupación que el chico mostraba por la seguridad de Penny.

Dave se encogió de hombros.

—Penny sabe cuidarse sola. —Que él volviera a usar el diminutivo de su esposa lo contrarió todavía más—. Y no le gusta que la sigan. Aunque eso tú ya lo sabes.

Alex lo miró tratando de analizarlo. Al principio, había contactado con él varias veces a la semana y lo había informado de cada movimiento del duque y de su hija. Sin embargo, con el paso de los años, las comunicaciones se habían ido espaciando y habían sido cada vez más escuetas. En los últimos tiempos, de hecho, habían seguido un patrón que a Alex no le había costado identificar. Si bien Dave lo informaba con minuciosidad de cada paso que daba el duque, todo lo que se refería a Penny era ambiguo y poco concreto. Por supuesto, en todas sus notas aparecía su nombre rodeado de frases con sentido, pero, si se analizaba el conjunto, en realidad no significaban nada. Ese truco tal vez hubiera engañado a cualquier otra persona, pero él estaba demasiado acostumbrado a los juegos y a los embustes como para caer en ellos.

—¿Cómo le va a Bess? —Así que había tenido que tomar cartas en el asunto.

El muchacho parpadeó al escuchar el nombre de la pequeña que trabajaba en las cocinas desde hacía más de un año.

—¡Qué cabrón! —exclamó negando con la cabeza.

—¿Qué esperabas? ¿Qué me conformara con la información sesgada y manipulada que me enviabas? —Lo fulminó con la mirada.

—Penny es una buena chica —afirmó Dave sin amedrentarse, y a Alex no le quedó más remedio que reconocer que el mocoso cobarde al que había conocido ya no estaba.

—Me he casado con ella —recordó. Si no estuviese de acuerdo con él, jamás lo habría hecho.

El muchacho hizo una mueca despectiva, pero por fin se apartó

para dejarlo entrar.

—Por lo que yo sé, no la has tratado demasiado bien.

Alex no supo qué decir. No creía haberla tratado mal. Le había dado más de lo que le había pedido y no le había impuesto su compañía. Dave debió comprender su desconcierto porque chasqueó la lengua.

—Si lo hubieras hecho —explicó—, ella no viviría aquí sola ni vagaría por las calles vestida de muchacho hasta altas horas de la noche.

El poco control que le quedaba aquella tarde saltó por los aires con aquella información. Sujetó al joven por la chaqueta y lo empujó contra el recibidor.

—¿Dónde demonios está, Dave? —exigió—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

El miedo se reflejó en el rostro del chico, pero se negó a abrir la boca. Alex apretó todavía más su agarre.

—Lady Penelope no es tonta. —Se rindió—. Cuando descubrió al niño que la había seguido a casa de su tío, ató cabos. No le costó descubrir quién era Bess. Así que la dejó al servicio de Whitehaven para que pudiera informarte de lo que el duque había desayunado esa mañana o de cuántas veces usaba el orinal.

Alex lo soltó y el muchacho se enderezó la ropa.

—Yo llevo demasiado tiempo con ella como para que desconfiara de mí —continuó—. Y le he probado de sobra mi lealtad.

—¿Lealtad? —Alex hizo un gesto de desprecio—. Tu lealtad era hacia mí. Eres un traidor.

Dave no pareció ofenderse.

—Me salvaste la vida —reconoció— y siempre te estaré agradecido por eso. Pero me pasé años pagando por ello. No puedes esperar que mi existencia gire en torno a ti. No puedo ser tu espía para siempre. Y lady Penelope no se lo merecía.

Alex no respondió. En su lugar, se encaminó hacia la sala.

—¿A dónde crees que vas? —exigió Dave.

—A esperar a mi esposa.

Penny estaba agotada. Llevaba días trabajando sin descanso, arrastrando escombros y deshaciéndose de los destartalados muebles que todavía había en el edificio. Tenía las manos llenas de ampollas, las uñas quebradas y el pelo... Su cabello estaba cubierto de polvo, hojas, telarañas y quién sabe que otros ornamentos. Suspiró. Su aspecto era lo que menos le preocupaba. Esa tarde había estado a punto de caerle una de las desvencijadas paredes encima. Había estado a solo unos centímetros de quedar sepultada bajo un montón de ladrillos. De hecho, varios de ellos le habían golpeado las piernas provocándole más de un moretón y una aparatosa herida.

Abrió la puerta de la casa con cuidado. Si la señora Taylor o alguno de los muchachos la veían, la encerrarían para siempre. Incluso podrían sopesar la idea de informar a Alex.

Pensar en él empeoró su humor. No se había puesto en contacto con ella ni una sola vez. Había creído que, hecho público su matrimonio, él requeriría su presencia para dejarse ver en algún evento. Sin embargo, no había dado señales de vida en toda la semana. En su defensa podía decir, no obstante, que había mantenido en absoluto secreto su paradero. Lo cual, teniendo en cuanta el revuelo que se había formado al hacerse pública la noticia, había sido un alivio.

Caminó a oscuras, dispuesta a subir las escaleras y ocultarse en su dormitorio hasta el día siguiente, pero una mano sobre su hombro la detuvo y a punto estuvo de provocarle un ataque al corazón.

—¿Dónde demonios estabas? —siseó su esposo arrastrándola hacia la sala, donde la chimenea y una pequeña lámpara de gas iluminaban la habitación.

La expresión normalmente imperturbable de Alex fue sustituida por la conmoción en cuanto se percató de su aspecto, y Penny podría haberse echado a reír de no ser por la furia contenida que reemplazó a la sorpresa en cuestión de segundos.

—¿Qué narices te ha pasado? —preguntó apretando los dientes.

Ella se encogió de hombros.

—He estado ocupada.

Él cerró los ojos como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por

mantener la calma.

—¿Dónde estabas, Penelope? —repitió muy despacio.

Ella hizo el ademán de apartarse, pero Alex no se lo permitió.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó al final—. Dijiste que podía hacer lo que me diera la gana. Y eso he hecho.

Alex se apartó de ella y se sujetó la parte superior del tabique nasal entre los dedos. Su ceño fruncido y la tensión de su mandíbula le dejaron claro que solo trataba de contenerse para no estrangularla. La miró de nuevo recorriéndola de arriba abajo. Observó su camisa sucia, con los puños deshilachados y se detuvo en sus manos destrozadas. La tensión de su cuerpo se intensificó, pero se mantuvo en silencio. Su mirada bajó entonces a sus pantalones. Aquello fue demasiado. Cuando sus ojos se fijaron en la mancha de sangre que cubría la pernera derecha soltó una maldición.

—¡Maldita sea, Penny! —exclamó de forma abrupta—. Se supone que debías ir de compras o pasear o reunirte con alguien. ¡No esperaba que te pusieras en peligro!

—No me he puesto en peligro —aclaró ella—. Y no me gusta que me griten.

Alex la miró, incrédulo.

—¡Yo nunca grito! —Penny se dio cuenta del momento exacto en que se percató de que ella tenía razón. Estaba fuera de sí. La furia y el asombro se mezclaron en su rostro de tal manera que podría haber resultado incluso cómico.

Alex la miró con fijeza durante un rato. Al final, soltó un bufido y la sujetó de la muñeca.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió ella al ver que se dirigía a la puerta.

—A casa.

—¡Esta es mi casa ahora! —Penny no entendía qué le pasaba, pero estaba tan agotada que se negaba a dar un paso más.

—Ya no —sentenció él sin mirarla.

No viendo otra escapatoria, Penny hizo algo de lo que no se sintió orgullosa. Clavó los pies en el suelo, como hacían los niños, y se negó a caminar. Alex la observó perplejo. Finalmente, murmurando

en voz baja algo que ella no alcanzó a comprender, colocó un brazo tras sus rodillas y otro en su espalda y la cogió en brazos.

—¿Qué narices haces? —Penny trató de bajarse, pero él resultó ser mucho más fuerte de lo que imaginaba.

La transportó con pasmosa facilidad y, en cuanto salió a la calle, emprendió el camino hacia el club.

—No puedes pretender ir caminando —dijo incrédula, pero él no se molestó en responderle.

La cargó a través de Trafalgar Square y Pall Mall. Atravesó Waterloo Place y recorrió Regent hasta enfilar Jermyn Street sin mostrar el menor signo de cansancio. Y ella, que había protestado con rabia durante los primeros cinco minutos, acabó por comprender que sus quejas no servían de nada. Apenas había nadie en la calle, algún carruaje apurado que recorría la carretera sin prestarles atención, así que hizo lo que consideró más sensato: se acurrucó contra él y cerró los ojos. Y así, para cuando atravesaron la puerta trasera del Black Diamond, Penny dormía profundamente.

Capítulo 11

Cuando el olor a quemado se coló bajo la puerta de su despacho, Alex enterró el rostro entre las manos y suspiró.

Varias noches atrás, había entrado en el club dispuesto a tener la peor discusión de su vida. Con su esposa. Su máscara de indiferencia había caído en el momento en que se había dado cuenta de que ella estaba herida. Así que la había cargado, sin molestarse en fingir que no sentía nada, y la había llevado de vuelta al Black Diamond. Aunque era fuerte, la distancia entre la casa que ella ocupaba y el club era de casi una milla, lo cual, unido al peso de Penny, debería haberlo agotado. Sin embargo, la rabia y la culpabilidad parecían haberlo dotado de más fuerza de la que poseía en realidad y había llegado al piso superior sin apenas un jadeo y con la señora Sharp pisándole los talones.

—Querido...

—¡Váyase! —había exigido él, incapaz de mantenerse sereno ni siquiera para tratar con ella.

La anciana había parecido dispuesta a protestar, pero se había fijado en el rostro de Penny y había claudicado.

Alex había entrado en su propio cuarto, sin pararse a pensar siquiera, y había estado dispuesto a discutir con ella hasta el amanecer. Entonces se había percatado de que Penny se había dormido en sus brazos y se había sentido...

Desconcertado.

¿Cómo demonios podía ella dormirse en esas circunstancias? ¿Cómo podía haberse acurrucado tan tranquila contra él sabiendo lo furioso que estaba? Y, aunque jamás lo reconocería en voz alta, la respuesta que le había venido a la cabeza lo había asustado sobremanera. Ella confiaba en él. Pese a apenas conocerlo. Pese a que había sido la única mujer que lo había visto perder los papeles.

Penny se fiaba lo suficiente de él como para dejar su propio bienestar en sus manos.

Así que la había dejado sobre su cama, vestida con aquellas ropas sucias y ensangrentadas, y se había sentado a su lado. Y había pasado horas mirándola, tratando de poner un poco de orden entre sus propias emociones. Intentando poner nombre a cosas que nunca se había permitido sentir antes. Porque Alex no creía haber querido a nadie jamás. Había cuidado de Jack, pero no lo había querido. Había vivido con su abuelo, pero no se había planteado quererlo. Ni a Sebastian. Ni a la señora Sharp. Ni a Jim. Ni a Celine. Él siempre había analizado a las personas en función de lo que podía obtener de ellas. Cuando conocía a alguien no buscaba rasgos comunes ni afinidades. Estudiaba el provecho que podían proporcionarle y el esfuerzo que a él le supondría la relación. Y solo cuando el balance lo favorecía permitía que entraran en su vida. Era interesado y calculador y no lo ocultaba ni se avergonzaba de ello. Se había acercado a Celine porque su posición le serviría para afianzar su propio lugar en la sociedad y ella parecía dispuesta a conformarse con lo que él le diera. Había congeniado con su primo porque, incluso siendo un niño, Sebastian era un tipo de trato tan fácil que hubiera sido imposible no hacerlo. Se había rodeado de personas que le facilitaban la vida y no le exigían demasiado a cambio.

Suspiró. Pero Penelope había llegado y había desequilibrado la balanza. Se corrigió. Penny se había tropezado con ella y la había hecho saltar por los aires.

Así que, mientras el club seguía con su actividad habitual, Alex se había dado cuenta de que, para él, ella no era como los demás. Y había hecho lo único que había podido hacer. Había abandonado la habitación y había puesto a todos sus criados a su servicio con una única bandera roja: Penelope no podía abandonar el Black Diamond bajo ninguna circunstancia. Al menos mientras él no decidiera qué demonios hacer.

Así había vuelto a sus tareas diarias, tratando de olvidar a la mujer que, en el piso de arriba, se había apropiado de su cuarto. Porque, ya fuera por venganza o por comodidad, Penny se había adueñado de su habitación y él se había visto abocado a dormir en una de las

estancias del servicio, lo más lejos posible de ella.

Se había centrado en los últimos detalles del aniversario, en la elección de los nuevos socios y en comprobar de forma periódica que su primo seguía respirando. Tenía demasiadas cosas que hacer como para preocuparse por si ella se sentía enjaulada entre aquellas cuatro paredes o si lo maldecía en voz baja cuando nadie la escuchaba. O en voz alta.

Poseía una biblioteca lo bastante surtida como para entretenerla durante años. Había sirvientes que estarían encantados de entablar conversación con ella. Ni siquiera tenía ningún problema en que disfrutara del juego durante las horas en las que el club permanecía cerrado, como hacía Annie. Ella solita podía buscarse entretenimiento. Y entonces había sobrevenido el desastre.

El primer día, los furiosos sirvientes de Whitehaven habían irrumpido en el Black Diamond con la ferocidad de quien pretende derrotar al más fiero de los dragones. Solo les habían faltado las antorchas. Le había costado Dios y ayuda convencerlos de que se fueran por donde habían venido y no le había quedado más remedio que aceptar que Dave y la señora Taylor se quedaran allí, algo que había molestado a la señora Sharp. Ambas mujeres se habían convertido en enemigas consumadas, aunque él no tenía ni la más remota idea de por qué. No obstante, tanto el muchacho como la señora Taylor habían aceptado sus normas, por lo que, aunque no hubiese sido un triunfo completo, podía considerarse que había solventado la situación con éxito.

El segundo día, Penny había provocado un desastre en el vestíbulo. Por lo que él sabía, mientras los limpiacristales se afanaban por dar brillo a la enorme cúpula que se había granjeado la admiración de aristócratas y sirvientes por igual, ella había pasado entre las escaleras, dirigiéndose quién sabía a dónde, y ajena a lo que sucedía a su alrededor. El bajo de su falda se había enganchado en uno de los peldaños, rasgándose casi de arriba abajo y proporcionando a los presentes una vista completa de sus calzones. Tan ocupados estaban todos observando las prendas interiores de su mujer que nadie se percató de que la escalera en cuestión se había desplomado y de que el criado que, instantes antes, estaba encaramado a ella se

encontraba colgado precariamente de un pequeño saliente de la pared, tratando a duras penas de no precipitarse al vacío. Solo la rápida intervención de Alex, que se dirigía con uno de los decoradores hacia la sala de juegos principal, había evitado el desastre.

El tercer día, el duque de Whitehaven había hecho, por fin, su aparición. No había exigido hablar con él. Solo había pedido ver a su hija. Ambos se habían reunido en una pequeña sala cercana a la biblioteca de los socios. Y había perdido por completo su aristocrática imagen. Le había gritado, le había recriminado sus decisiones y la había informado de su decisión de anular el matrimonio. La había insultado ante la negativa de Penny, y Alex, que había presenciado el encuentro desde uno de los paneles, se había sentido tentado de intervenir. Sin embargo, algo lo había detenido. Porque ella no era una damisela en apuros. Penny sabía defenderse sola. Y cuando la había escuchado despachar a su padre sin miramientos, indicándole con desprecio la salida, había deseado acercarse y besarla hasta que los dos perdieran el sentido. Aunque, para eso, debería dejar de evitarla y todavía no estaba preparado para ello. No obstante, antes de abandonar la habitación, Whitehaven se había girado, furioso todavía, y había dicho algo que lo había puesto en alerta.

—Dile a ese imbécil que no ha ganado —había advertido—. Lord Rosdale vendrá a por ti. Y yo no haré nada para disuadirlo.

Tras esto, la calma había regresado al Black Diamond...

Hasta que ella había inundado su cuarto. Alex había decidido ignorar de forma deliberada cuán grave era la situación en el mismo instante en el que había visto el reguero de agua que se deslizaba bajo la puerta. Había preferido darse la vuelta, bajar las escaleras con tranquilidad y ordenar a Jim, que parecía sentir una especial simpatía por su esposa, que se encargase del asunto. Habían tardado tres días en volver a la normalidad y no tenía ni la más remota idea de dónde había dormido Penny durante todo ese tiempo.

Sin embargo, en ese momento, mientras el humo se filtraba en el despacho y el olor a quemado se iba volviendo cada vez más insoportable, se dio cuenta de que debía tomar cartas en el asunto antes de que las celebraciones de la semana siguiente se convirtieran en el aniversario de un montón de escombros.

Con un suspiro, se levantó y se dirigió a la cocina. No tardó en descubrir a monsieur Soyer, el cocinero, tratando de apagar el fuego de una cacerola carbonizada mientras Penny, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyada en una encimera, miraba desafiante en su dirección.

—Si llego a saber que un poco de humo era lo que necesitabas para aparecer —increpó—, hubiera hecho una hoguera en el puñetero hall de entrada el primer día.

A Alex le sorprendió el modo en que se sintió cuando sus ojos se encontraron. Llevaba días sin verla, escuchando su voz a través de las paredes, pero evitando que sus caminos se encontraran. Le había asignado a uno de sus hombres la vigilancia constante de su despacho y lo había obligado a mentir o inventarse excusas cada vez que ella intentaba hablar con él. Incluso —y no se sentía orgulloso de ello— había huido por la ventana en alguna ocasión en la que ella se había mostrado especialmente obstinada. Pero verla de nuevo, ahora que había aceptado que era importante para él, hizo que se estremeciera.

—Tengo mucho trabajo. —Una mentira a medias, porque en verdad lo tenía—. Y tienes a todo el mundo dispuesto a complacerte.

Penny lo fulminó con la mirada.

—Tengo a un montón de gente pendiente de que no ponga un pie fuera de este maldito edificio —recriminó—. Incluso has puesto a la señora Taylor en mi contra.

Alex hizo una mueca con la que trató de disimular la sonrisa. Si ella se daba cuenta de que la situación lo divertía, estaba casi seguro de que lo aporrearía con la cacerola calcinada que el cocinero todavía trataba de enfriar.

—La señora Taylor es una mujer sensata —explicó—. Se sintió bastante colaboradora cuando descubrió que volvías herida de tus escapadas nocturnas.

—No eran nocturnas —replicó Penny, molesta—. Cuando me iba era de día.

Alex se acarició la mandíbula, debatiéndose entre el enfado y la risa.

—Cuestiones de semántica. El resultado es el mismo.

Pese a que sabía que tenía razón, ella no cedió.

—No es de tu incumbencia, al fin y al cabo —replicó malhumorada —. Nuestro matrimonio es la comidilla de todo el mundo y mi padre está furioso. Esa era mi función y la he cumplido. Ahora diles a tus guardianes que me dejen en paz. Al igual que tú, tengo mucho trabajo.

Alex la observó con interés. Estaba nerviosa y jugueteaba con los dedos, como si toda aquella cuestión fuese de vital importancia.

—¿Dónde te lastimaste, Penelope?

Ella no respondió. En su lugar, cuadró los hombros y apretó los labios, dejándole claro que, para ella, la conversación había terminado.

—Sabes que puedo averiguarlo —le recordó—. Solo tengo...

—Si veo un mocoso siguiéndome otra vez —murmuró ella muy despacio—, convocaré a todos los malditos periódicos y rebelaré cada uno de tus secretos.

Alex soltó una carcajada. Hacía mucho que no se reía, si es que lo había hecho alguna vez, pero con ella no le resultaba extraño.

—¿Qué secretos? Ni siquiera sabías que era un bastardo...

Solo en ese momento se dio cuenta del silencio que reinaba a su alrededor. Miró a los lados y descubrió que todos los empleados que se hallaban en la cocina en ese momento lo miraban con incredulidad.

Alzó una ceja, interrogante.

—Supongo que imaginan que he logrado volverte loco —indicó Penny, frunciendo el ceño—. Seguro que no conciben que un demonio como tú posea la capacidad de reírse.

Negando con la cabeza, la sujetó de la mano y la arrastró fuera de la cocina. El contacto de su piel le resultó tan reconfortante como una manta caliente en pleno invierno. Sin pararse a pensar en lo que hacía, dejó que sus dedos se entrelazaran con los de ella.

—¿Qué quieres, Alex? —A su espalda, la voz de Penny había perdido la fiereza.

Abrió la primera puerta que encontró y la arrastró dentro. Antes de que ella se recuperara, la acorraló contra la madera y la besó como llevaba días imaginando que lo hacía. Acarició sus labios con los suyos con ternura, como si solo con eso fuera suficiente. Alzó la mano derecha y acunó su rostro mientras ajustaba el ángulo y la instaba a abrir la boca. Cuando sus lenguas se encontraron, gimió. Era como estar en casa de nuevo. Pese al poco tiempo que hacía que se conocían, ella se había colado en su interior sin que se diera cuenta y sus besos se habían convertido en su adicción personal.

—Vamos arriba —murmuró.

—¿A mi cuarto? —respondió con ironía, pese a que parecía tan obnubilada como él.

Alex rio.

—No me importa compartirlo.

—Necesito mucho espacio —informó ella.

—¿Para tus pantalones? —La risa todavía bailaba en su voz—. Por lo que me han dicho, solo has abierto uno de tus baúles y no permites que nadie se acerque al otro.

—Para estar aquí encerrada veinticuatro horas al día —recriminó tratando de apartarse—, no necesito gran cosa.

Alex apoyó su frente en la de ella.

—¿Dónde te lastimaste, Penny? —preguntó de nuevo.

Ella no respondió, pero deslizó sus brazos en torno a su cintura y lo abrazó. El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Solo estaban ella y él y los ruidos rutinarios al otro lado de la puerta.

—Necesito salir de aquí, Alex —susurró ella por fin—. Hay cosas que son importantes para mí.

Con un suspiro, él la besó en la sien y se apartó.

—Llevarás a uno de los muchachos contigo. —Alzó la mano para detenerla cuando ella trató de protestar—. No voy a discutirlo, Penny.

La sujetó de la mano y abrió la puerta dispuesto a subir y terminar lo que habían empezado.

—¡Señor!

La voz de Jim lo detuvo y maldijo para sus adentros.

—Han llegado los biombos y los animales de papel.

Alex cerró los ojos. ¿En qué momento se le había ocurrido celebrar una maldita fiesta de aniversario? ¿Y por qué había dejado que lo convencieran de que un baile de máscaras de temática oriental era una buena idea? Los decoradores pretendían llenarlo todo de colores, farolillos y animales exóticos. Su elegante club estaba a un paso de convertirse en un esperpento.

—Está bien —gruñó—. Ahora voy.

El hombre se alejó por el pasillo y él se giró hacia Penny.

—Esta noche —dijo y le dio un apretón en la mano antes de soltarla.

Antes de irse, sin embargo, se giró hacia ella.

—Llévate a alguien —advirtió— y si tienes que tirar una pared o acarrear ladrillos que lo haga él.

La cara de sorpresa de ella lo divirtió.

—¡Me has seguido! —recriminó Penny, ofendida.

Él negó con la cabeza.

—No soy idiota —informó—. Si mi esposa llega con moretones, las manos destrozadas y el pelo lleno de polvo y esquirlas, soy capaz de deducir lo que ha estado haciendo. Si antes de casarse conmigo me entregó una lista que incluía cosas como niveles, martillos o cinceles, puedo adivinar lo que pretende hacer. Y si, encima, menciona con frecuencia la necesidad de que los niños de las casas de acogida asistan a la escuela, también soy capaz de imaginar por qué.

—Alex...

—Llévate a alguien —repitió—. Y hablaremos del tema esta noche. Cenarás conmigo a las ocho. No me importa si apareces con la gorra y los pantalones, pero te quiero entera.

Penny sonrió.

—Perdí la gorra en el jardín de los Harrow —recordó.

—También hablaremos de eso —gruñó mientras se alejaba—. Ha tardado, supongo que por la cuestionable legalidad de los medios que lord Harrow empleó para conseguirlo, pero la noticia del robo del jarrón ya es *vox populi*. No sabrás nada del asunto, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, desapareció por el pasillo.

A las ocho en punto, Penny se dirigió a las escaleras. Aunque había estado tentada de bajar con pantalones, al final había optado por un sencillo vestido violeta de mangas ajustadas y con un ribete de formas geométricas que adornaba la falda y los puños. Había sido una de sus últimas adquisiciones y, pese a lo que pretendía aparentar, la tela resultaba áspera al tacto y suponía un testimonio evidente del deterioro económico del duque de Whitehaven. Celine había acudido con ella a la modista hacía ya casi un año con la intención de renovar su vestidor, abandonado después de sus desastrosas temporadas, y había hecho lo que había podido con el escaso presupuesto que tenían. Suspiró. La relación con su madrastra siempre había sido distante aunque cordial. No consideraba a Celine una mala persona, pero era tan superficial que les había resultado muy difícil congeniar. Aun así, estaba segura de que había intercedido por ella ante su padre en más de una ocasión.

—Buenas noches —la saludó Alex antes de que descendiera el primer peldaño.

Se giró y se sorprendió al percibir su sonrisa. Aquella nueva faceta tan relajada, unida al hecho de que parecía verdaderamente complacido de verla, la hizo sentir extraña. Notó aquel cosquilleo ya conocido que comenzaba en la punta de los pies y le recorría la espina dorsal, le contraía el vientre y le erizaba la piel. Él también debió de notarlo, porque la sujetó de la mano, tiró de ella y la besó como si no existiera nada más en el mundo que ellos dos. La acarició con dulzura y todo despareció. Los sonidos del club ya despierto, los pensamientos que habían ocupado su día, los miedos y las dudas. Solo estaba él. Y ella. Y la forma en que se adaptaban el uno al otro.

Alex se apartó, reticente, pero no le soltó la mano. En lugar de dirigirse al piso inferior, caminó por el pasillo y abrió una de las puertas contiguas a su cuarto.

—¿No vamos a bajar? —inquirió ella, confusa.

—No pueden verte en el club —le aclaró con naturalidad, como si fuera algo evidente.

—Ya saben que soy tu esposa. —Penny no entendía a qué venía aquel misterio.

Él no respondió. La invitó a entrar y cerró la puerta a su espalda. Penny se sorprendió al descubrir que en aquella habitación que antes había estado vacía —había tenido mucho tiempo para vagar por el club y conocer cada rincón en los días que había pasado encerrada— se había convertido en un pequeño comedor. En la chimenea de mármol blanco crepitaba el fuego que calentaba la habitación y dibujaba curiosas formas sobre la alfombra en colores pastel que cubría el suelo. Sobre la repisa, antes llena de polvo, se habían dispuesto varias figuras y un reloj de oro. Un pequeño aparador había sido colocado junto a la ventana y una mesa cubierta por un elegante mantel de lino rodeada por cuatro sillas tapizadas en color crema ocupaba el centro de la habitación. Sin embargo, lo que llamó la atención de Penny fue un gran cuadro situado en la pared opuesta a la chimenea. En él, varios barcos navegaban en un mar en calma mientras la brillante luz del sol iluminaba, desde el fondo de la escena, la neblina del amanecer. La mezcla de colores fríos y cálidos daba lugar a una atmósfera tan embriagadora que resultaba imposible apartar la vista.

—Es Ulises —explicó Alex, siguiendo la dirección de su mirada—. Acaban de escapar de la isla después de dejar ciego a Polifemo. La adquirí hace algunos años cuando Stratford me arrastró a una subasta de arte en Sotheby's.

Penny asintió, aunque la mención de Ulises la había puesto nerviosa. Alex se dio cuenta de su incomodidad y la miró interrogante.

—¿Qué ocurre?

Ella negó con un murmullo, pero, al parecer, había picado la curiosidad de su esposo lo suficiente como para que insistiera en el asunto.

—¿Estabas enamorada de Ulises cuando eras una niña? —preguntó con picardía—. ¿Leías a escondidas e imaginabas que tú eras su Penelope?

Penny bufó y él la observó con interés, tratando de descifrar su expresión.

—Todavía sueñas con él cuando te duermes —conjeturó—. Tejes y tejes cada noche creyendo que vendrá a buscarte.

Ella se cruzó de brazos y dibujó en su rostro una expresión de hastío, pero no logró desanimarlo.

—Crees que yo soy uno de los despreciables pretendientes que quieren apartarte de su lado —continuó él—. Rezas para que él aparezca y se deshaga de mí.

—Tengo hambre —informó Penny, esperando que con eso fuera suficiente.

Alex asintió y apartó la silla para que tomara asiento. Luego abrió la puerta e hizo un gesto a los criados, que entraron en fila y cubrieron la mesa de diversas delicias, cuyo olor le hizo la boca agua al instante. Monsieur Soyer era el mejor cocinero de Inglaterra, si no del mundo.

Él despachó a los criados y se sentó.

—Es tu padre el que estaba enamorado de él —continuó mientras la ayudaba a servirse—. Por eso te puso ese nombre...

—¿No vas a parar? —lo cortó ella.

Alex hizo un gesto de negación y sirvió un poco de pastel de faisán en su propio plato. Penny masticó despacio, debatiéndose entre confiar en él o permitir que se pasara el resto de la noche con sus conjeturas. Al final suspiró derrotada.

—Le rompí la nariz a Andrew con la *Odisea*.

Su marido abrió los ojos como platos y, finalmente, estalló en carcajadas.

—Fue un accidente —aclaró ella, indignada porque algo tan doloroso para su primo le provocara semejante diversión. Su explicación, no obstante, solo logró aumentar su regocijo. Se cruzó de brazos sin ocultar lo ofendida que se sentía y Alex tuvo que enterrar la cabeza entre las manos para no verla mientras trataba de recomponerse.

—¡Fue sin querer! —repitió y él alzó una mano para que se detuviera.

—No me cabe la menor duda. —Su voz risueña le llegó amortiguada por la posición en la que estaba y los espasmos de regocijo que lo recorrían todavía. Cuando, por fin, recobró la compostura, la miró: la sonrisa bailando en sus ojos grises.

—Estoy deseando encontrarme con Brighton de nuevo —confesó

—. Después de que me dé una paliza por haberme casado contigo, pienso burlarme de él hasta el fin de sus días.

—¡Ni se te ocurra! —Penny se dio cuenta de que había sido un error confiar en él—. Nadie lo sabe. ¡Fue un accidente! Se le habían caído un montón de libros encima y cuando yo llegué...

Alex volvió a reírse tan fuerte que le extrañó que no apareciesen en la puerta todos los miembros del servicio dispuestos a presenciar semejante fenómeno sobrenatural.

—Basta. —Hizo el amago de levantarse—. Me voy.

Alex la sujetó de la mano y la instó a tomar asiento de nuevo.

—Está bien —farfulló él a duras penas mientras trataba de contener su nuevo ataque de risa—. No mencionaré el asunto.

Penny se acomodó en su silla, dispuesta a continuar con la cena. Le dirigió una desconfiada mirada de soslayo, pero Alex había logrado serenarse y había devuelto la atención a su plato. Su rostro, sin embargo, estaba mucho más relajado que de costumbre y en sus labios todavía bailaba una sonrisa. Se removió inquieta. Si el hombre serio y distante con el que se había casado era atractivo, la nueva versión que estaba surgiendo resultaba devastadora.

—¿Qué quieres hacer en Navidad? —preguntó su esposo, ajeno a sus pensamientos—. ¿Deseas visitar a tu familia?

Faltaban solo tres días para las fiestas, pero Penny ni siquiera había pensado en ello. Les había escrito el mismo día de su boda y había tratado de explicarle su decisión a Andrew, pero no había recibido respuesta. Aunque comprendía que las circunstancias en Bramshaw Manor eran terribles y que toda la energía del duque estaría enfocada en superar aquella difícil situación con su familia, no podía negar que se había sentido un tanto decepcionada.

—No creo que quieran verme.

Alex frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Están de luto —explicó—. Debe ser muy difícil para ellos despertarse cada día sabiendo que Briony no volverá a aparecer dispuesta a devorar el desayuno.

No le extrañó sentir el escozor de las lágrimas asomando a sus

ojos. Comenzaba a acostumbrarse a aquella sensación de vacío que la inundaba cuando pensaba en su prima. Como hacía siempre que aquello ocurría, buscó algo con lo que distraer sus pensamientos.

—El aniversario...

Se sorprendió al descubrir que Alex le tendía un pañuelo por encima de la mesa y se dio cuenta de que esta vez la distracción no había llegado a tiempo.

—Lo siento —murmuró.

Él negó con la cabeza, incómodo. Al parecer, la nueva proximidad entre ellos no era suficiente como para que él tratara de consolarla.

—Estoy seguro de que agradecerían que fueras —dijo él cuando ella se hubo serenado un poco—. Lo único que les incomodará será tenerme cerca.

—No creo que...

Alex bufó.

—Días después de nuestra boda, recibí una carta bastante ilustrativa sobre lo que el duque quiere hacerme —explicó—. Se ofreció con amabilidad a celebrar mi entrada en su familia a puñetazos.

—¡Eso es una tontería! —A Penny le sorprendió que Andrew le hubiera escrito a su esposo y no a ella—. Estoy segura de que no hablaba en serio.

—Ha contratado un profesor de boxeo.

Penny hizo una mueca.

—¿Cómo sabes eso?

Alex alzó una ceja y ella suspiró.

—Por supuesto —aceptó al final—. Tú lo sabes todo.

Él sonrió con suficiencia, pero se puso serio al darse cuenta de su expresión.

—Me caía bien lady Briony —reconoció—. Siempre me dedicaba alguna pulla, aun cuando pocos se atreven a burlarse de mí.

Penny negó con la cabeza.

—¿Por qué te escribió a ti y no a mí? —se preguntó en voz alta.

—¿Lady Briony? —Alex había perdido el hilo de la conversación.

—Andrew. Le escribí después de que nos casáramos, pero no recibí respuesta.

Alex le dedicó una sarcástica mirada.

—Tal vez pensara, ¡qué sé yo!, ¿que enviar una carta a su prima a un club de juego de Londres podría no ser una buena idea?

Penny reflexionó sobre ello. Quizá tuviera razón.

—No incomodaré a tu familia con mi presencia, de todos modos —explicó Alex—. Celebraremos el aniversario del club el día después de Navidad.

El tema de Andrew pasó a un segundo plano. Miró a su marido.

—¿No quieres que esté aquí contigo?

Alex negó con la cabeza.

—Mi vinculación con el club no es de dominio público. Y, aunque los socios pueden traer invitadas, no son el tipo de mujeres con las que quieres que te confundan.

Aquella información la sorprendió. Había dado por hecho que solo ella ignoraba su relación con el Black Diamond, igual que había desconocido su condición de bastardo. Era mujer, era soltera, había vivido alejada de todo durante mucho tiempo y...

Bueno, en realidad, su atención siempre había estado centrada en los mismos temas. Los chismes pasaban de largo en su cerebro, salvo que contuvieran alguna de sus palabras mágicas: *reforma, orfanato, justicia.*

—Creía que no había prostitutas en el club —murmuró asimilando de pronto lo que él había dicho.

— Y no las hay. Pero eso no quiere decir que los socios no puedan traer a sus queridas cuando gusten.

Penny lo observó con atención. Hablaba con frialdad, como si todo aquello le diera igual. Las dudas sobre su matrimonio la asaltaron de nuevo. Apenas sabía nada de él.

Alex se dio cuenta del cambio de actitud de Penny. Había estado relajada y cercana hasta que había mencionado a las mujeres. Se había quedado pensativa, mirando su plato con inusitada atención. Suspiró. Si no había prostitutas en su club no era por ningún código ético ni reparo por su parte. Había creado el Black Diamond con un fin y no las había necesitado para ello. Pero, si aquel hubiese sido uno de los vicios de Whitehaven, habría puesto una ramera en cada esquina del condenado edificio. ¿Por qué no hacerlo? La vida no

había tenido compasión alguna con él. La señora Ruthfarrow lo había molido a golpes desde que tenía memoria. Cada vez que salía a la calle, con su apariencia desmañada y su ropa demasiado grande, el rechazo era instantáneo. Y sus ojos extraños, que destacaban todavía más en el rostro delgado y sucio de un mocoso, lo habían convertido en una especie de duende malvado al que nadie quería cerca. Incluso los otros niños lo temían. Solo una vez, un pequeño señorito, demasiado bien vestido para Covent Garden, había aprovechado el despiste de su niñera para acercarse a él. Lo había observado sin disimulo, con una atención impropia de alguien tan pequeño. Finalmente, le había mostrado unas bolas de colores y le había invitado a jugar con él. Cuando se había ido, Alex le había robado la canica más sencilla, una pieza de acero que lo acompañaba siempre. Durante mucho tiempo, aquel pedazo de metal había sido el único recordatorio que había tenido de que él también era humano.

—Puedes llevarte a la señora Taylor. —Trató de recuperar la conversación anterior—. La señora Sharp lo agradecerá, aunque aún no entiendo bien por qué.

La leve sonrisa de Penny lo animó.

—Es un poco mandona —informó Penny.

Alex frunció el ceño. ¿Y qué importaba eso? La señora Sharp también. Ella debió de leer sus pensamientos porque su sonrisa se ensanchó.

—Justo por eso —dijo—. Imagina tener que convivir con alguien tan controlador como tú. No creo que se convirtiera en tu mejor amigo.

Asintió. Sí, tal vez aquello tuviera sentido.

—Me gustaría quedarme contigo.

Ella lo dijo con sencillez, como si aquella declaración fuera algo natural, pero a él lo pilló por sorpresa. Era la primera vez que alguien le decía algo semejante. La observó con atención, con aquella peculiar emoción que lo acompañaba desde hacía días. La sensación de que ella paraba el mundo cada vez que lo miraba.

Le tomó la mano y tiró de ella para levantarla. La envolvió entre sus brazos y la besó. El tiempo se detuvo y todo pasó a un segundo

plano. El aniversario, Briony, el motivo por el que estaban juntos. Nada de aquello importaba. Solo la forma en la que sus bocas se encontraban y el modo en que Penny se acoplaba a él, como si fuera una parte perdida de sí mismo que acababa de encontrar. Aquel pensamiento lo desconcertó, pero no se permitió reflexionar sobre el asunto.

—Quédate conmigo esta noche —pidió él, como si con aquello fuera suficiente.

Ella suspiró.

—Apenas te conozco —susurró.

Él la besó de nuevo, rozando sus labios con reverencia mientras sus manos descendían sobre su cuerpo. Acarició sus brazos y entrelazó sus dedos.

—Vamos —ordenó conduciéndola fuera del comedor.

Penny lo siguió en silencio y, cuando cerró la puerta de aquel cuarto que antes era de él, lo miró a los ojos. Permanecieron callados, mirándose el uno al otro, hasta que ella dio un paso al frente, se puso de puntillas y, poniendo una mano en su mejilla, lo besó. Fue un beso dulce, una caricia curiosa e inexperta, que lo enardeció más que cualquiera de los sofisticados juegos de seducción de sus amantes más hábiles. La lengua de Penny acarició la suya y él gimió. Sin interrumpir su exploración, se afanó en desabotonarle el vestido. Cuando la áspera tela cayó al suelo, la hizo retroceder de espaldas hasta que logró tenderla sobre la enorme cama que había tenido que encargar a medida.

—Nuevos vestidos —gruñó y regresó a sus labios.

Se besaron sin prisa porque nada más importaba. Cuando ella comenzó a tirar de su chaqueta, se levantó y se desnudó mientras ella lo observaba casi sin parpadear.

Nunca había sido tímido con respecto a su desnudez. Sin embargo, en ese momento, bajo la escrutadora mirada de Penny, que parecía observarlo con científica curiosidad, como si de un nuevo y fascinante ejemplar de alguna planta exótica se tratase, comenzó a sentirse incómodo. Si ella hubiese sacado un cuaderno y hubiera comenzado a tomar notas no le habría sorprendido. Se removió, inquieto, sin decidirse a quitarse los pantalones. Y entonces Penny

alzó una ceja, retándolo en silencio a que se echara atrás.

—Llevo mucho más tiempo que tú jugando a esto —refunfuñó terminando de desvestirse con rapidez y volviendo junto a ella, sin permitirle recrearse demasiado.

Ella hizo el ademán de protestar, pero Alex le tapó la boca con los dedos mientras sus labios comenzaban a trazar un sendero de besos cuello abajo, descendiendo con lentitud según lograba soltar los ganchos que mantenían unido su corsé. La desnudó despacio, decidido a volverla loca de placer. Besó su ombligo y la parte inferior de su vientre en tanto que sus manos le acariciaban las piernas con suavidad. Penny se retorció y cuando la acarició con los labios en aquel lugar prohibido hizo un sonido de protesta y trató de tirar de él hacia arriba.

—Ahora estoy jugando yo —le recordó en un susurro y la besó donde había imaginado tantas noches que lo hacía mientras sus objeciones iniciales se convertían en profundos gemidos. Alex se recreó en ella, lamiendo y succionando hasta que la sintió convulsionar mientras se aferraba con fuerza a su pelo. Y, cuando tiró de él de nuevo, no opuso resistencia.

Se situó sobre ella y se deslizó en su interior, con la mirada fija en sus ojos vidriosos.

—Eres preciosa —musitó y le dio un beso que los envolvió a ambos mientras se movía con profundas embestidas, que pronto lo llevaron al límite. Ella alcanzó el orgasmo de nuevo con un grito apagado y a él le costó más que nunca apartarse para dejarse ir sobre su vientre.

Exhausto, se echó a un lado para no aplastarla y trató de recobrar el aliento. Cuando los últimos estertores del placer hubieron desaparecido, se levantó y se dirigió al baño. Tras limpiarse, regresó junto a ella con una toalla húmeda.

Penny tenía los párpados cerrados y pensó que estaba dormida.

—¿Por qué haces eso? —murmuró sin abrir los ojos.

Él dudó.

—No sé —respondió mirando la toalla con desconcierto—. Parece lo más caballeroso.

No se le había pasado por la cabeza que a ella la incomodara que la ayudara a asearse. Le tendió el paño.

—No me refiero a eso —explicó ella sin hacer el menor amago de cogerlo—, sino a lo otro.

Alex tardó en darse cuenta de a qué se refería y cuando lo comprendió se sintió un poco idiota. Había olvidado por completo su inexperiencia.

—No quiero hijos —explicó, aunque se abstuvo de mencionarle que era una posibilidad que le aterraba.

Ella lo miró desconcertada.

—No sabía que podía evitarse.

Alex se encogió de hombros.

—Existen formas de intentarlo al menos. —Frunció el ceño—. Aunque creo que esta no es demasiado fiable.

Por su expresión, dedujo que se aproximaba una tormenta de preguntas. Sin embargo, tras observarlo con atención durante algunos minutos, ella pareció relajarse.

—¿Te vas a ir corriendo ahora a observar a tus jugadores desde tu escondite secreto? —le preguntó con una mueca.

Alex sonrió y dejó la toalla en el suelo.

—¿Quieres que lo haga?

—No. —Ella no dudó—. Quiero que te quedes conmigo y me dejes conocerte.

Capítulo 12

Ante el espejo de cuerpo entero del cuarto que había ocupado de nuevo en la sencilla casa del West Strand, Penny observó su reflejo. Llevaba un pantalón de seda suelto y sujeto a los tobillos, adornado con velos tan finos como un susurro y una camisa con mangas abullonadas, también de seda. Había sustituido el corsé por un cinto ancho que moldeaba su cintura y del que colgaban pequeñas piezas doradas que tintineaban al caminar. El conjunto, una llamativa combinación de colores vibrantes como el rojo, el azul o el verde, lo completaba un antifaz de encaje dorado y una diadema del mismo color. Había abandonado el Black Diamond dos días atrás, dispuesta a pasar las fiestas en Bramshaw Manor, tal y como le había sugerido Alex. Sin embargo, conforme el carruaje se alejaba se había dado cuenta de que no quería estar en Hampshire cuando el club celebrara su quinto aniversario. Adoraba a Lottie y a su familia, pero su vida ahora estaba en Londres. Con su esposo. Y había recordado la conversación que habían mantenido unas noches atrás.

—Esos lugares son horribles —había susurrado ella, apoyada sobre su pecho, cuando él le había hablado sobre la granja en la que lo habían abandonado.

Alex se había encogido de hombros y había continuado acariciando su espalda con los dedos mientras ella reflexionaba sobre su infancia. Había recordado a los niños a los que había visto jugando en Covent Garden y que le habían hecho darse cuenta de la necesidad de cambiar el mundo. Si hubiera sido más joven, él podría haber sido uno de ellos.

—Fui una excepción —le había explicado con la mirada perdida—. La señora Ruthfarrow me mantuvo allí hasta los ocho años. Era impensable con cualquier otro niño. Si sobrevivían, los vendía como mano de obra en cuanto podían valerse por sí mismos. A mí me

vigilaba de forma constante. No podía salir a la calle, salvo cuando lograba escaparme entre las tablas que tapiaban alguna de las ventanas rotas de la parte de atrás. Solía lastimarme, pero valía la pena solo por ver lo que había fuera de aquel infierno. Cuando volvía, por supuesto, me recibía con el bastón en la mano y pasaba mucho tiempo hasta que olvidaba el castigo y lo intentaba de nuevo.

Aunque él hablaba de forma mecánica, a Penny se le había encogido el corazón. Aquel niño no había tenido a nadie. Solo miedo. Y dolor. No era de extrañar que se hubiera convertido en un hombre tan egoísta y distante.

—¿Quién es tu padre? —se había atrevido a preguntar y él había reído quedamente.

—¿No prestas atención a los cotilleos? —había preguntado—. ¿Nunca has oído hablar del nieto bastardo del conde de Middlesbrough?

Aquello la había sorprendido tanto que había levantado la cabeza de golpe y a punto había estado de romperle la nariz a él también.

—¡Eres su heredero! —había exclamado—. Siempre pensé que era un rumor estúpido y que lo que el conde contaba de aquel muchacho huérfano era cierto. ¡Su hijo era poco más que un niño cuando murió!

Alex había soltado un bufido.

—Tenía edad suficiente para seducir a una doncella y echarla a la calle cuando se enteró de su estado. Debió de darle mucho dinero para que no dijera nada, porque todos los meses la señora Ruthfarrow recibía un sobre que la hacía muy feliz y se preocupaba mucho porque no me muriera de hambre. Incluso ponía especial cuidado para que las palizas no me ocasionaran ningún daño permanente.

—Eras el hijo de un noble —había susurrado ella.

—Era el más miserable de aquellos mocosos —le había contado Alex—. Convivía con hijos de prostitutas y campesinos y era al único al que ni siquiera se habían molestado en ponerle un nombre. Me llamé *Scrawny* durante los primeros ocho años de mi vida. Hasta que apareció el conde y consideró que aquel no era un apelativo adecuado para Mayfair.

Ella había bajado la cabeza y, todavía abrazándolo, había llorado por el niño que había sido. Pero lo había hecho en silencio, furtivamente, sabiendo que se apartaría si descubría sus lágrimas. El hombre en el que se había convertido todavía no entendía lo que era la compasión. Ni el amor. Y aquel último pensamiento la había pillado por sorpresa. Porque ella tampoco lo comprendía del todo, pero empezaba a pensar que aquella sensación extraña que la ahogaba y la hacía sentir viva al mismo tiempo podía tener algo que ver con él.

Tras un último vistazo a su reflejo, emprendió su aventura de esa noche. Esta vez no necesitaría moverse entre las sombras ni entrar a hurtadillas en ninguna parte. Aunque Alex no la esperaba, la reconocería de inmediato. Quien creyera que pisar el Black Diamond con un antifaz preservaría su anonimato no conocía a su esposo.

En cuanto se apeó del coche de alquiler, la envolvió el sonido de la música, las risas y las voces. Los asistentes, engalanados con vistosos atuendos de colores y con sofisticadas máscaras, se detenían en la entrada con sus invitaciones en la mano. Había visto de refilón alguna de aquellas elegantes tarjetas en tonos pastel con farolillos y abanicos sobre el escritorio de Alex, si bien no se le había ocurrido quedarse con ninguna. Podría entrar por la puerta trasera, pero no era lo que quería aquella noche. Se acercó a uno de los vigilantes y le entregó la nota que había escrito antes de salir. En cuanto leyó las palabras apresuradas la miró a los ojos y la reconoció al instante.

—No informe a mi esposo —pidió cuando el hombre le franqueó la entrada, aunque sabía que era una solicitud inútil. Alex sería advertido de su presencia antes, incluso, de que alcanzara la sala de juego.

Entró con paso firme, observándolo todo como si fuera la primera vez que estaba allí. Y, de algún modo, lo era. Jamás le habían permitido ver el club cuando las puertas se abrían. Ni siquiera asomarse a la barandilla del primer piso para echar un vistazo. Y resultaba que era espectacular. Porque el Black Diamond había cobrado vida de repente. Los cuadros, las lámparas, las alfombras. Todo lo que ya le era conocido parecía distinto. Más brillante. Más

intenso.

Se dejó llevar por el flujo de gente que la arrastró hasta la sala principal y no tardó en perderse entre las mesas y las ruletas. Había varias partidas ya en juego y los dados repiqueteaban sobre los tapetes.

—¿Se unirá a la ronda de *whist*? —A su lado, un caballero de edad avanzada la miraba de arriba abajo con una sonrisa torcida.

Penny observó al crupier encargado de la partida y no lo reconoció. Lo observó con atención, extrañada. Creía que conocía a todos los trabajadores del club.

—¿Por qué no? —respondió en voz alta y tomó asiento frente al hombre, aunque toda su atención recaía sobre el encargado de la mesa. Tenía unos ojos azules tan claros que parecían formados por trocitos de cristal y una piel tan suave como la de un niño. No se apreciaba el menor rastro de barba, por lo que debía de ser muy joven y, bajo el sombrero, asomaban algunos mechones de un rubio casi irreal.

—Siete rondas —informó el crupier barajando con soltura.

Penny observó sus elegantes manos y el modo en que las cartas se deslizaban, como una cascada fluida de agua cristalina.

—¡Es tu turno! —le indicó alguien y ella olvidó al muchacho que dirigía el juego y se centró en sus cartas. Tenía una buena mano. Fijó la mirada en su compañero y asintió. Aquello era pan comido.

Alex no necesitó más que un vistazo para localizarla. Llevaba el cabello castaño recogido y adornado con pequeñas estrellas doradas y una diadema del mismo color. Algunos mechones caían, como al descuido, y acariciaban su cuello expuesto. Bajo el antifaz, sus ojos brillaban mirándolo todo como si nunca antes hubiera visto nada igual. En cuanto el grupo que la rodeaba se hubo dispersado un poco, descubrió su disfraz. Sonrió. Era la única de todas las mujeres que habían acudido aquella noche que llevaba pantalones. Acarició su cuerpo con la mirada. Su estrecha cintura acentuada por el cinturón adornado con monedas que lucía. Sus pies ocultos bajo unas delicadas zapatillas de satén azul que se ataban a los tobillos.

Uno de los socios del club se acercó a ella y le sonrió. Alex lo identificó sin dificultad. El viejo Harrington era miembro de la junta directiva del Banco de Inglaterra y, pese a que no era de fiar en otros muchos aspectos, Penny no corría el menor peligro a su lado. Llevaba muchos años casado con la hija de un vizconde, de la que se había enamorado a primera vista justo cuando los rumores que habían surgido en su juventud —y que habían sugerido que le unía algo más que la amistad al heredero de una de las navieras más importantes del país— habían amenazado su ascenso en el banco.

Al ver cómo su esposa se acomodaba en una de las mesas y participaba en una partida de cartas junto al marqués de Edgerton y su amante, se apresuró hacia la sala. Aunque todavía era temprano, conforme avanzara la noche y las bebidas que se servían con celeridad en ese momento comenzaran a hacer efecto, el ambiente se corrompería. Raro sería que, antes de que se diera por finalizada la velada, no hubieran tenido que desalojar a alguien o parar una pelea porque alguna de las asistentes hubiera decidido irse a casa con un protector diferente. No quería a Penny en un lugar como ese. Era demasiado tierna e inocente para el mundo podrido en el que él se movía. Era demasiado bondadosa para él. Aunque, como el cabrón egoísta que era, no estaba dispuesto a poner remedio a ese último punto. La apartaría de aquella sala, la arrastraría arriba y la corrompería por su cuenta.

—¡Señor! —Maldijo para sus adentros al escuchar la llamada de Jim—. Sir Tennant le ha dado un puñetazo a lord Gray y este lo ha acusado de haberle robado el reloj. Quiere llamar a las autoridades de inmediato.

Alex suspiró. Años atrás, la prometida del conde había huido a Gretna Green con sir Tennant, mucho más joven —y pobre— que el aristócrata. Aquella afrenta había ofendido tanto al caballero que había decidido hacerle la vida imposible al otro hombre, por lo que cualquier encuentro entre ellos acababa con uno de los dos esposado. Pese al más que generoso acuerdo que mantenía con la policía metropolitana, no sentía el menor deseo de tener a ningún miembro de Scottland Yard merodeando por su club. Le dedicó una última mirada a Penny y siguió a Jim.

—¿Quién demonios los ha invitado? —preguntó molesto.

—Creo que se trata de una apuesta —explicó el otro hombre—. He oído que lord Harrow le apostó quinientas libras al menor de los Stirling a que esta noche Tennant le daba una paliza al conde. Parece ser que lord Gray ha cuestionado la legitimidad del hijo que espera con su esposa.

Alex soltó un bufido. ¿En qué estaba pensando cuando había aceptado a Harrow como socio? Aquel tipo era un soberano imbécil. Frunció el ceño.

—Ninguno de los Stirling es miembro del club —reflexionó en voz alta.

Jim negó con la cabeza y se adentró en la sala de billar, donde un corrillo de curiosos rodeaba a lo que, imaginaba, eran los dos contendientes.

—El marqués de Stratford también participa en la apuesta.

Alex soltó un juramento tan soez que, pese al barullo reinante en la estancia, varios de los hombres presentes se giraron para mirarlo. Sebastian llevaba semanas encerrado. Había salido por primera vez la noche anterior. Uno de los muchachos lo había seguido hasta una taberna de Ludgate, de donde había salido al amanecer y por su propio pie. En aquella zona, tan próxima a Whitechapel, había creído que todo lo que podría lograr sería un navajazo o un ojo morado. Ningún aristócrata con un mínimo de sentido común buscaba una taberna tan lejos de Mayfair. Observó a Harrow, que, con una perversa sonrisa, azuzaba a sir Tennant mientras lord Gray trataba de levantarse. He ahí el problema. Ninguno de aquellos estúpidos tenía un mínimo de sensatez.

—Se acabó el espectáculo —sentenció interponiéndose entre los dos hombres.

—¡Vete de aquí, bastardo! —gritó Harrow—. ¿Quién te crees que eres para interferir?

Alex lo ignoró. En su lugar, hizo un gesto a Jim para que se encargara del asunto y se acercó a su primo.

—Bonita forma de volver a la vida —murmuró.

Stratford ni siquiera lo miró. Apoyado en una de las mesas de billar, observaba con hastío cómo varios miembros de seguridad se

llevaban a lord Gray mientras Harrow los seguía furioso. Estaba pálido y mal afeitado. Y había adelgazado tanto que el traje le caía suelto y desaliñado.

—Deberías haber dejado que esos dos idiotas se mataran. —Su voz era áspera y desagradable, como si se le hubiese oxidado por falta de uso.

No lo miró tampoco cuando se apartó y se dirigió a la salida.

—¿A dónde vas? —inquirió Alex.

Stratford no se giró. Siguió caminando con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Lo vio desaparecer entre la gente y sintió una desazón extraña. Echaba de menos a su primo, al tipo divertido y socarrón que siempre decía lo contrario a lo que pensaba y se movía con indolencia entre los demás, al marqués que conquistaba a damas y caballeros por igual solo con una sonrisa.

—Lord Harrow está montando un espectáculo en la entrada —le informó Jim—. Exige que se permita regresar a su invitado.

—Llévalo a mi despacho —indicó Alex—. Lord Gray no volverá a pisar el club, pero Harrow va a dejar un hueco libre para un nuevo socio.

Jim asintió sin expresión y se apresuró hacia la puerta.

—¡Jim! —El hombre se detuvo y lo miró—. Busca a Penny y sácala de aquí.

Aquello sí logró una reacción por su parte. Lo miró con sorpresa, dejándole claro que, pese a la simpatía que sentía por su esposa, no había participado en su treta.

—Es la única que lleva pantalones —indicó cuando pasó a su lado.

Penny jamás había disfrutado tanto en ninguna de las respetables veladas a las que había asistido. Había jugado tres partidas de *whist* y, una vez pasada la euforia de las primeras manos, se había fijado en la mujer que se sentaba a su lado. Llevaba el cabello negro recogido, sujeto con unos bastones similares a las agujas que se usaban para tejer, y vestía un hermoso kimono de seda en tonos rojos y dorados. Sus labios, tintados de carmesí, eran suaves y llenos y sus ojos verdes, enmarcados por larguísimas pestañas,

brillaban con malicia tras la máscara adornada con plumas que lucía. Reía con frecuencia, una risa musical que llamaba la atención de todos los que la rodeaban, y acariciaba las cartas con suavidad ante la atenta mirada de los caballeros con los que compartían mesa. La había observado con curiosidad y, debía reconocerlo, un poco de envidia. Porque, incluso tras la máscara, se adivinaba que la señorita Devereaux era extraordinariamente hermosa. Y que ella lo sabía. Cuando se había percatado de su escrutinio, la joven se había girado y la había mirado a los ojos. Y había esbozado una sonrisa ladina.

—Sonríe, querida —le había susurrado—. Sonríe siempre. Y míralos como si fueran el principio y el fin de todas las cosas.

Ella había fruncido el ceño, confusa, y la mujer había reído con suavidad.

—Eres muy joven —sentenció, aunque Penny estaba segura de que ella no podía ser mucho mayor—. Para ellos no eres nada, un cuerpo atractivo en el que refugiarse de su existencia mediocre y vacía. Pero debes convertirte en su mundo, dejar que crean que no los necesitas, que sean conscientes de que eres libre y que puedes abandonarlos en cualquier momento. Si quisieran algo seguro, se conformarían con sus esposas. Tratarán, pues, de retenerte y otros vendrán dispuestos a mejorar su oferta. —Le había guiñado un ojo —. Los hombres siempre tratan de conservar aquello que no les pertenece.

Penny había perdido interés en la partida y había reflexionado sobre lo que ella le había dicho. Había pensado en Alex, en la forma en que él la acariciaba. Había visualizado el brillo de sus ojos cuando le hacía el amor. ¿Y si lo que ella decía era verdad? Si los rumores eran ciertos, la mayoría de los caballeros tenían amantes. Se lo había imaginado con aquella mujer, con cualquier otra mujer, y una sensación incómoda, dolorosa y asfixiante al mismo tiempo le había cortado la respiración.

De cuando en cuando, le dedicaba una mirada de soslayo y se fijaba en el modo en que sonreía al caballero situado frente a ella y que, adivinó, era su protector. Él la observaba con intensidad, siguiendo cada movimiento de sus manos, atento a cada gesto. Tal vez la dicha no estuviera en el matrimonio, sino en la clandestinidad.

Una de las pulseras que adornaban la muñeca de la señorita Devereaux se soltó y cayó al suelo con un tintineo. Nadie a su alrededor pareció percatarse. Solo cuando ella se agachó para recogerla, Penny percibió la tensión en sus hombros, el modo en que suspiró antes de erguirse de nuevo con su sempiterna sonrisa. Y se dio cuenta de que todo era falso. Cada movimiento, cada risa, cada seductor pestañeo. La vida de aquella cortesana era una obra de teatro continua, que no finalizaba tras la caída del telón. Y la envidia que había sentido se tornó lástima. Aquella mujer no era libre. Tal vez su cautividad no fuera tan evidente como la de una esposa, pero era mucho más opresiva.

Perdido al interés en el *whist*, había continuado su exploración. Había pasado de largo ante las mesas de *vingt et un* y se había quedado como observadora en un par de partidas de dados, pero había descubierto que, pese a la euforia reinante, aquel juego de azar no le despertaba el menor interés. Algo similar le había sucedido con la ruleta, aunque, al menos, aquel extraño artilugio le había llamado lo suficiente la atención como para probar suerte. Sus pensamientos, sin embargo, regresaban con frecuencia a su esposo y a las palabras de la señorita Devereaux. Jamás había sido una persona romántica ni había deseado enamorarse, pero empezaba a pensar que acercarse a él había sido un error. Porque se temía que, tras el muro que había construido a su alrededor, Alex era un hombre muy fácil de amar.

Por fin, en uno de los laterales del salón había descubierto un juego del que nunca había oído hablar y que apartó cualquier otro pensamiento de su mente. Varios caballeros observaban sus cartas en silencio mientras el ruido imperante en la estancia parecía desvanecerse en aquel rincón. A veces pedían cartas o hacían gestos de fastidio cuando se retiraban, pero la solemnidad con la que se manejaba el asunto la sorprendió. Todavía trataba de descifrar los entresijos del póker, cuando sintió cómo alguien le tocaba el brazo. Se giró y vio a una de las criadas que esa noche se encargaban del servicio en el salón.

—El señor Lonsdale la espera en la biblioteca de los socios —le dijo en voz baja y se alejó con rapidez.

Penny observó extrañada cómo desaparecía entre la gente. No conocía a aquella muchacha, aunque tampoco el primer crupier con el que se había encontrado le resultaba familiar. Era posible que el club hubiera tenido que reforzar la plantilla para hacer frente a aquella fiesta. Sin embargo, ¿por qué Alex la citaba en una de las estancias públicas?

Caminó entre la gente, buscando con la mirada a la joven, pero no la encontró. Por el contrario, todas las criadas con las que se cruzaba formaban parte del servicio habitual del Black Diamond. Atravesó el hall, pasando bajo la cúpula sin prestarle ninguna atención, y enfiló el pasillo opuesto al que comunicaba con los despachos. El edificio estaba organizado de tal manera que, excepto el restaurante y la sala de espectáculos, todas las demás estancias para los socios se encontraban en el ala oeste. La este era, casi en exclusiva, de uso privado.

Según se alejaba de la algarabía, la invadió una inquietante desazón. Tenía un mal presentimiento. Aunque no era una persona supersticiosa, algo le impidió seguir adelante. Se dio la vuelta, dispuesta a regresar, y chocó contra un muro de ladrillos, que la hizo perder el equilibrio. Antes de que cayera, sin embargo, el tipo enorme con el que se había tropezado la sujetó.

—La están esperando —informó con una voz aguda, que resultaba inquietante en semejante cuerpo.

—Creo que se ha equivocado de persona. —Por alguna razón, estaba convencida de que Alex no había contratado a aquel sujeto. Él mismo le había contado que todos los trabajadores del club habían sido en su día niños de granja. Todos habían vivido la miseria y el dolor y habían aprendido a ocultar sus emociones con maestría. Y, pese a lo que habían sufrido en su infancia, Penny no creía que ninguno de ellos fuera cruel. El individuo que la sujetaba, sin embargo, destilaba hostilidad. En sus ojos azules se percibía algo oscuro, un odio tan profundo que parecía capaz de consumirlo todo.

Penny trató de zafarse, pero él la inmovilizó al instante.

—Se equivoca de dirección —se burló y, echándosela sobre el hombro, entró en la biblioteca. Se removió con fuerza y trató de gritar, pero alguien se acercó deprisa y le tapó la nariz y la boca con

un pañuelo. El olor dulzón y penetrante inundó sus fosas nasales. Conforme inhalaba, una sensación de irrealidad se apoderó de ella y perdió las fuerzas. Lo último que oyó fue una voz tan familiar como la suya propia.

—Llevádsela al conde.

Annie se colocó bien la insignia en el cuello de la chaqueta que Channing le había regalado. Cuando, días atrás, la había informado de que le había dejado un regalo en su cuarto no había esperado encontrarse con un traje como el que vestían los crupieres del club hecho a su medida. Lo había acariciado, con reverencia, y se lo había probado ante el espejo casi cada día. No había esperado, en realidad, vestirlo en público jamás. Y, sin embargo, ahí estaba, dirigiendo la mesa de *whist* durante el aniversario del club.

Miró a su alrededor. No había ni rastro de lady Penelope. Cuando se había sentado frente a ella, había estado convencida de que la reconocería. Había contenido el aliento mientras repartía y no había levantado la mirada del tapete ni una sola vez por miedo a toparse con sus ojos acusadores. Sus temores, al parecer, habían sido infundados. La joven había jugado, charlado y reído, y, aunque la había observado con atención al principio, enseguida había perdido el interés. Tal vez fuera una buena señal. Si alguien que la veía cada día no la reconocía, era muy poco probable que lo hiciera cualquiera de los socios. Quizá Channing hubiera estado en lo cierto y ella pudiera formar parte del equipo de crupieres sin que esto afectase al Black Diamond.

Miró al hombre en cuestión, que le sonrió desde el otro lado de la sala. Era como si siempre tuviese los ojos sobre ella, pendiente de cualquier cosa que necesitase. Annie le devolvió la sonrisa. Era un buen tipo y, a diferencia de Jack, no se escudaba en su reputación para apartarse de ella. En cuanto notara que ella lo aceptaba, Channing no mostraría la menor moderación y llegaría hasta donde se lo permitiera.

Suspiró y comenzó a repartir cartas a los jugadores que habían ocupado los asientos frente a ella. Se sorprendió al descubrir que

conocía muy bien a uno de ellos. Lord Seymour, un caballero de unos cincuenta años de piel amarillenta y una desagradable voz nasal, había sido uno de sus más insistentes pretendientes durante la temporada de su debut. Asustada, bajó la mirada a sus manos. Si la descubría estaba perdida.

—¡Vamos, muchacho! —la apremió sin la menor señal de reconocimiento.

Annie completó el reparto y, en cuanto la partida comenzó, le quedó claro que no corría peligro alguno. Lord Seymour alternaba su mirada de las cartas al escote de una joven rubia que acompañaba al jugador sentado a su izquierda. No le dedicó ni un solo vistazo. ¿Por qué habría de hacerlo? No era más que un joven muchacho al frente de una mesa. Su disfraz estaba a salvo. Sonrió. Al contrario de lo que había pensado, aquella no iba a ser una noche especial. Solo iba a ser la primera fase de un sueño hecho realidad.

Capítulo 13

Penny trató de abrir los ojos al tiempo que hacía una mueca de dolor. Sentía la cabeza a punto de estallarle y tenía la boca tan pastosa que ni siquiera lograba tragar. Se movió con cuidado y una sensación de vértigo la invadió. Contuvo las náuseas a duras penas y se quedó muy quieta, tratando de adivinar dónde demonios se encontraba.

Estaba sentada sobre una superficie fría y dura y, en cuanto realizó una inspiración profunda, el olor a polvo inundó sus fosas nasales. Volvió a moverse, mucho más despacio esta vez. Un pequeño saliente puntiagudo se clavó en su espalda y ahogó un gemido.

Tenía los párpados pegados, como si alguien hubiese aplicado pegamento sobre ellos, y notaba cómo varios mechones de pelo se habían adherido a su frente y a su cuello. Una ráfaga de aire la hizo estremecerse y solo entonces se dio cuenta de que estaba tiritando.

—He cumplido con mi parte. —Aquella voz lejana la trasladó a la biblioteca del Black Diamond y los recuerdos la asaltaron de pronto.

Con un titánico esfuerzo, logró abrir el ojo derecho, solo una rendija, pero lo suficiente como para ver a Celine, envuelta en una capa oscura, dirigiéndose a un hombre que permanecía de espaldas a ella.

—Podría haberlo hecho yo mismo —murmuró él y Penny reconoció su voz de inmediato—. Esperaba que tú la hubieses sacado de un modo más discreto del club.

—No, lord Harrow. Tiene a demasiada gente tras sus pasos como para permitirse secuestrar a nadie. —Su madrastra se encogió de hombros—. Antes de que lograra acercarse a Penelope, todo el equipo de seguridad del Black Diamond habría caído sobre usted.

Penny sintió los ojos oscuros de Celine sobre ella y percibió en su expresión una aversión que no comprendió. Pese a sus diferencias,

la relación entre ellas siempre había sido cordial.

El conde le tendió algo, un pequeño paquete envuelto y atado con un cordel rojo.

—Está todo —aseguró, pero Celine desató el nudo y comprobó el contenido.

Penny vio cómo examinaba varios documentos, que luego guardaba con cuidado en el interior de su capa, junto a un fajo de billetes y un par de sortijas con piedras.

—Hay un coche de alquiler esperándote en la esquina con Fendall Street —explicó Harrow—. Te llevará hasta Dover con total discreción. Una vez que te subas al ferry, el trato estará concluido.

Su madrastra asintió y, al moverse, salió de su campo de visión. Penny apretó los ojos, tratando de despegar los párpados. Su malestar físico, sumado a la falta de referencias visuales, complicaban todavía más su precaria situación. El sonido de unos pasos ligeros llegó a ella con total nitidez.

—Adiós, Penelope. —La desdeñosa voz de Celine la sorprendió—. Tu egoísmo nos ha condenado a las dos.

Notó cómo la mujer se daba la vuelta y alzó un poco la mano sujetando un trozo de tela.

—¿Por qué? —preguntó y, con un esfuerzo inmenso, logró abrir los ojos lo suficiente como para enfocar su hostil expresión.

Celine dio un tirón al vestido y se lo arrancó de las manos.

—Tu padre ha solicitado el divorcio. Me ha acusado, entre otras cosas, de ser una adúltera.

Penny frunció el ceño.

—Eso no es...

—Por supuesto que lo es. Pero no le hubiese importado si lord Rosdale se hubiera hecho cargo de sus deudas.

Celine caminó hacia la puerta y solo entonces Penny se dio cuenta de dónde estaban.

—En cuanto la noticia se haga pública y comience el juicio, mi reputación estará arruinada. —El hombre que la había sujetado en el Black Diamond apareció en su campo de visión y agarró a su madrastra por la cintura—. No me has dejado más opciones, Penelope. Eras tú o yo. Y siempre gano yo.

En cuanto hubieron desaparecido, lord Harrow se acercó a ella.

—Lady Penelope Willeta Arden —murmuró con parsimonia, saboreando cada letra—. Willeta. Un nombre poco común.

Aunque los ojos le dolían por el esfuerzo de mantenerlos abiertos, se obligó a sostenerle la mirada.

—Una excentricidad de su madre, por lo que tengo entendido —reflexionó el conde—. Le insistió tanto al duque que, aun cuando murió, Whitehaven no se atrevió a contrariarla.

Otra ráfaga de aire se coló por las ventanas destartaladas y Penny se arrebujó contra la pared tratando de contener los escalofríos. Todavía llevaba el disfraz de bailarina oriental con el que pretendía sorprender a Alex, el cual ofrecía una débil protección contra la brisa helada de diciembre. Su movimiento no pasó desapercibido a lord Harrow, que la recorrió con la mirada, deteniéndose en cada curva moldeada por la seda.

—El cabrón de Lonsdale siempre ha sabido lo que hacía. —Parecía hablar más para sí mismo que para ella—. Escondida entre las viejas, ninguno de nosotros fue capaz de verte.

Se acercó a ella y se agachó a su lado. Era un hombre corpulento y más bajo que la mayoría de sus iguales. Aunque pasaba de la cincuentena, no se apreciaba ni una sola cana en su cabello pelirrojo y apenas se percibían arrugas en su rostro. Reía con frecuencia, mostrando unos dientes blancos y bien alineados. Era inevitable, pues, que causara una muy buena impresión a primera vista. Hasta que hablaba. Porque lord Harrow era malvado. Era prepotente, inmoral y más despiadado que el propio diablo. Se movía por ambición, dispuesto a cualquier cosa con tal de sacar tajada. Poseía varias fábricas en la ciudad cuyas condiciones laborales eran tan terribles que se decía que varios trabajadores habían muerto aplastados por máquinas que no estaban capacitados para manejar.

—La torpe lady Penelope —susurró; su rostro separado por apenas un par de centímetros del de ella—. ¿Cómo pudiste pensar que lograrías colarte en mi despacho sin dejar rastro?

Penny se estremeció por su proximidad y él sonrió. Un brillo diabólico apareció en sus ojos, como si el miedo formase parte de la dieta que lo mantenía con vida.

—Willeta —repitió de nuevo mientras se ponía de pie y hurgaba en su bolsillo derecho—. Un nombre estúpido.

Lanzó a sus pies algo metálico y brillante, que tintineó al chocar contra el suelo.

—¿Dónde está el jarrón?

Penny trató de alcanzar el objeto, pero sentía los brazos tan pesados que fue incapaz de realizar movimiento alguno. Enfocó la mirada y reconoció el delicado broche de oro que lord Middlesbrough le había regalado. Sus iniciales grabadas se burlaron de ella.

P. W. A.

Ninguna otra dama en Londres compartiría esa combinación de letras.

—¿Dónde está? —repitió lord Harrow, impaciente.

Penny trató de responder, pero su lengua se pegaba al paladar y se negaba a moverse. Se sentía sedienta. Y helada. Y estaba tan mareada que, incluso sentada, le costaba mantener el equilibrio.

El conde soltó un bufido y se acercó a ella de nuevo. Retrocedió, asustada, y su cabeza golpeó con fuerza contra la pared de ladrillo.

—Estúpida —gruñó el hombre mientras sostenía un vaso de agua junto a su boca.

Bebió con avidez, sin importarle que el agua se deslizara por su mentón y su barbilla y le empapara la ropa, helándola todavía más.

—¿Dónde está el jarrón, lady Penelope? —repitió el conde apartando el vaso.

Por fin, ella negó; su voz, un graznido sobrenatural.

El conde chasqueó la lengua.

—Incorrecto —sentenció y le pegó tan fuerte que su cabeza chocó de nuevo contra la pared con un sonido sordo.

El dolor le nubló la vista y miles de estrellas brillaron ante sus ojos. Una oleada de náuseas la asaltó y a duras penas pudo contenerlas.

—Yo no lo robé —articuló con voz pastosa.

Lord Harrow alzó el brazo de nuevo y ella cerró los ojos. El golpe, sin embargo, no llegó.

Percibió como él se levantaba y se apartaba. Cuando creyó que estaba a salvo, lo miró.

De espaldas a ella, se afanaba en algo que Penny no alcanzaba a

identificar.

—No soy un estúpido, lady Penelope —explicó él sin girarse—. He sabido salir adelante a lo largo de los años. Me he adaptado a las circunstancias con notable facilidad.

Se dio la vuelta y ella vio con asombro lo que sostenía.

—Su destartalado edificio tiene las horas contadas —dijo él con una sonrisa al percibir su mirada sobre la botella llena de líquido que sostenía—. He colocado material inflamable suficiente para volar el condenado Parlamento.

Penny trató de moverse de nuevo, pero, pese a que sus sentidos parecían estar recobrándose de forma paulatina, fue incapaz de apartarse de la pared.

—Estás atada, querida —explicó el hombre mientras montaba la mecha de la botella que todavía sostenía—. Y los efectos del éter todavía tardarán en desaparecer. Con suerte, no notarás tanto dolor cuando te devoren las llamas.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Por qué? —atinó a preguntar.

Lord Harrow negó con la cabeza.

—¿Crees que voy a dejar que destruyas todo por lo que he luchado? —Se dirigió a un extremo de la habitación y Penny vio la pira que había hecho con los muebles viejos que ella misma había ido apartando mientras trabajaba en el edificio—. La muchacha que servía en la fiesta ya habrá confesado ante Lonsdale. El malvado lord Rosdale la engañó para que te atrajera hacia su trampa. Es cuestión de tiempo que él y sus hombres partan hacia Surrey dispuestos a acabar con ese desgraciado. Una pena que ya esté muerto.

La sorpresa de Penelope pareció divertirlo.

—Divorciarse de Celine no era la primera opción de tu padre —explicó y sacó una caja de fósforos del bolsillo—. Pero tu madrastra resultó ser una mujer con muchos recursos.

Cuando él encendió la cerilla y la acercó a la mecha, Penny se revolvió con más fuerza.

—Mis hombres están preparados para registrar ese maldito club en cuanto el bastardo se vaya. Recuperaré el jarrón —La fulminó con la mirada—. Y tú no podrás abrir la boca si estás muerta.

El fuego prendió con rapidez y el conde se apartó.

—La patosa lady Penelope creía que podría escabullirse sin dejar rastro —canturreó para sí mismo mientras se dirigía a la salida—. Pero perdió un broche en mi despacho y un montón de horquillas en mi jardín.

Se alejó con rapidez mientras el fuego se extendía y el frío que había sentido Penny se iba convirtiendo en un calor abrasador.

—Pobre lady Penelope disfrazada de muchacho. —La voz de Harrow se distinguía entre el crepitar de las llamas—. Que no supo darse cuenta de que siempre la seguían.

El fuego se propagó con rapidez a través de las puertas y los agujeros de las paredes en ruinas y Penny comprendió que no podría salir de allí. Trató de soltarse las manos, pero le resultó imposible. Todavía no se había recuperado y tenía la fuerza de un niño. Asustada, recorrió la estancia con la mirada. Todas las escapatorias estaban bloqueadas. Se puso de pie con dificultad y cerró los ojos al notar que el suelo giraba bajo sus pies. Inspiró con ansia, tratando de que el oxígeno la ayudase a serenarse, pero solo logró que el humo le provocase un fuerte ataque de tos. Era cuestión de minutos que se asfixiara. Se dejó caer de nuevo y descubrió que, cuanto más cerca del suelo se encontraba, más fácil le resultaba respirar.

Se tumbó con las piernas hacia la pared y, por primera vez, rezó porque aquel edificio al que había confiado sus sueños fuera todavía más ruinoso de lo que esperaba. Flexionó las piernas y golpeó aquel muro desigual con toda la fuerza que logró reunir. Una. Dos. Tres veces. Pero no sucedió nada. El humo comenzó a marearla y las arcadas regresaron.

—¡Maldito seas! —murmuró mientras aporreaba, una y otra vez, los ladrillos rojos e impulsaba contra ellos el peso de su propio cuerpo—. ¡Maldito seas!

Y sucedió el milagro. Un milagro previsible —teniendo en cuenta lo que había ido descubriendo desde que había adquirido aquel lugar— pero suficiente. Aquellos bloques mal colocados estaban tan dañados que comenzaron a deshacerse como un castillo de arena en medio de un temporal. Solo restaba arrastrarse, salir de aquella

habitación y correr escaleras abajo antes de que el fuego lo arrasara todo.

Un terrible estruendo la sobresaltó justo cuando atravesaba la abertura. No necesitó acercarse para saber lo que ocurría. Peldaño a peldaño, la escalera del edificio se había derrumbado.

Cerró los ojos. Estaba perdida. Aquella era la única salida y había desaparecido. Las llamas asomaron por el hueco que acababa de abrir y no tardaron en propagarse también por aquella habitación. Con los ojos llorosos, quizá por el humo o tal vez por la emoción, su último pensamiento fue para Alex. Lo amaba. Y él nunca lo sabría.

El aniversario del Black Diamond terminó de un modo más abrupto del esperado. Después de reunirse con lord Harrow y descubrir que para aquel malnacido su relación con el club no suponía sorpresa alguna, un preocupado Jim le comunicó la misteriosa desaparición de su esposa. Su rastro se perdía en la sala de juego principal, donde la habían visto hablando con una de las sirvientas. No había resultado difícil encontrar a la mujer, la única que no pertenecía al servicio del club y cuyo uniforme no lucía el distintivo del Black Diamond. Había sido interceptada cuando trataba de abandonar el edificio, aprovechando la trifulca que lord Gray y sir Tennant mantenían todavía en la entrada, y estaba tan asustada que había resultado sencillo hacerla hablar.

—Lo prepararé todo —dijo Jim en cuanto la muchacha mencionó a lord Rosdale—. Podremos llegar a Sussex antes de...

Alex lo detuvo con un gesto. Cruzó las manos sobre el escritorio y observó a la muchacha. Era tan joven que casi podría considerarse una niña.

—¿La contrató en persona?

Ella alzó sus ojos asustados y negó con la cabeza.

—¿Quién lo hizo, pues?

La muchacha dudó un momento.

—Uno de sus criados —explicó en voz baja y sin lograr disimular su melodioso acento Cockney—. Alto como una casa y fuerte como un toro. Tenía el pelo del color del carbón.

Se movió con nerviosismo, a punto de echarse a llorar. Alex se fijó en sus manos agrietadas, impropias de alguien tan joven, y en las pequeñas cicatrices de sus dedos. Una pequeña miserable del East End. Sin duda, tendría algún mocoso a su cargo y estaría dispuesta a cualquier cosa por un par de monedas.

—Las autoridades se ocuparán de usted —sentenció impasible.

No se quedó a escuchar los ruegos de la mujer ni prestó atención al miedo genuino que reflejó su rostro. La compasión jamás había formado parte de su personalidad. Cada cual debía ser consecuente con las decisiones que tomaba.

Salió del despacho con Jim pisándole los talones.

—¿Dónde está Dave?

El otro hombre se encogió de hombros.

—Me pareció verlo hablando con uno de los aparcacoches.

—Cierra el club —le indicó dirigiéndose ya a la salida—. La fiesta ha terminado.

Si Jim se sorprendió por la indicación, se cuidó de mostrarlo. Al diablo el Black Diamond, los socios y el tiempo y dinero invertido. Ninguna celebración tenía sentido si Penny estaba en peligro.

Salió a la calle y se dirigió a uno de los laterales del edificio, donde los carruajes, perfectamente alineados, esperaban a que la noche llegara a su fin. Algunos de los chóferes fumaban apoyados en los coches y un bullicioso grupo apostaba al *hazard* sobre un tablero improvisado.

Buscó a Dave con la mirada. Habían instalado algunas lámparas para orientarse, pero la oscuridad le impedía vislumbrar más allá de un par de pasos.

Encontró a varios de los trabajadores del club, mas ninguno conocía el paradero del muchacho. Maldijo en voz alta. Después de que Whitehaven advirtiera a su hija sobre Rosdale, lo había enviado a Sussex para que recabara información entre los criados del vizconde. El duque se había cuidado mucho de no revelar que la mayor parte de sus sirvientes lo habían abandonado, por lo que a nadie le extrañaría ver a Dave merodeando por el pueblo. Sin embargo, pocos minutos después de que las celebraciones comenzaran, había regresado de forma precipitada, exigiendo hablar

con él. Pero Penny estaba allí aquella noche, por lo que Alex había considerado que, lo que fuera que tuviera que decirle, podría esperar. Tal vez se hubiera equivocado.

El sonido de unos cascos a su espalda lo sobresaltó.

—¡Señor! —Dave se apeó antes, incluso, de que el animal se detuviera—. Ha habido un incendio en Grange Road.

—No me importa —cortó—. Lord Rosdale se ha llevado a Penny.

Dave negó de inmediato.

—Imposible. Lord Rosdale está muerto. Pero han prendido fuego al edificio de lady Penelope.

—¿Qué demonios importa eso? Lady Penelope...

—¡He visto a Harrow saliendo de allí! Alfie lo esperaba junto a su carruaje.

Una emoción extraña invadió a Alex. Un presentimiento que le recorrió la espina dorsal y le erizó el vello. Alfie era el más avispado de sus pequeños espías. Tan pequeño que lograba fundirse con las paredes y camuflarse entre los arbustos con increíble facilidad. Lo bastante inteligente como para salir airoso de la situación más comprometida. O para jugar a dos bandas y venderlo.

Cerró los ojos en un intento desesperado por contener la furia. Debería haberse dado cuenta. Si Dave, que le debía la vida, lo había traicionado, ¿por qué no lo harían todos los demás?

Se frotó el pecho tratando de calmar el asfixiante dolor que sentía. Era un imbécil. Se había enorgullecido siempre de no tener corazón, pero ahí estaba, escondido, dormido, esperándola a ella. Y, por primera vez, logró entender a Sebastian.

Le arrancó las bridas a Dave y subió al caballo. No escuchó lo que el muchacho le decía ni prestó atención al alboroto de los ofendidos clientes cuando los instaban a abandonar el club. Esquivó los carruajes que trataban de incorporarse a la calzada y enfiló hacia Southwark. Solo cuando se hubo alejado lo suficiente, azuzó al caballo y galopó como alma que lleva el diablo a través de las vacías calles de Londres mientras en su interior se revolvía lo que había ocultado durante años. El dolor de un niño asustado y solo. El miedo que había marcado cada día de su infancia. La rabia que lo había llevado a donde estaba. Y la angustia de quien estaba a punto de

perderlo todo.

Atravesó el puente de Waterloo casi sin darse cuenta. Recorrió calles desiertas y callejones oscuros sin prestar atención a nada, como si el mundo entero se hubiera detenido para él. Solo cuando enfiló Fendall Street escuchó los gritos. Y la realidad llegó de golpe: el olor a madera quemada, el humo y las pavesas que caían del cielo antes de convertirse en ceniza, la gente corriendo a su alrededor y las campanas de los coches de bomberos. La desesperación.

Desmontó de un salto sin saber a dónde dirigirse. El fuego había alcanzado varias casas y la mitad de la manzana era pasto de las llamas. Miró hacia todas partes evaluando dónde podría haberse originado el incendio. Debería haber seguido a Penny. Ahora no solo desconocía su paradero, sino que ni siquiera sabía cuál era su condenado edificio para poder comenzar a buscarla.

Recorrió la calle abarrotada sin fijarse en los heridos, que eran atendidos en camillas improvisadas, ni en los cuerpos semicalcinados junto a las negras paredes. Esquivó las carretas cargadas con barreños de agua, tratando de ver algo entre el espeso humo. Le costaba respirar y le lloraban los ojos. Se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo, pero no se detuvo. Ni siquiera cuando un fuerte ataque de tos le contrajo el cuerpo entero. Tenía que encontrarla. La posibilidad de que se hubiera quedado atrapada, de que no hubiera logrado salir de aquel infierno, no existía. Porque en ese momento, con los nervios a flor de piel y el corazón en la garganta, solo tenía una certeza: si Penny estuviera muerta, él lo sabría.

Y entonces la vio. Caminaba despacio, algo que nunca le había visto hacer antes, arrastrando los pies y cubierta de hollín. El colorido atuendo que había lucido en la fiesta había perdido la intensidad y la tela se había rasgado en algunas zonas. Se frotaba las muñecas y tenía las manos tan negras que no parecían suyas. Los restos del recogido con el que se había peinado colgaban, desgreñados, en un lateral de su cabeza mientras los largos mechones castaños que se habían soltado por completo flotaban a su espalda conforme se movía. La observó con fascinación, recorriendo cada centímetro de ella con la mirada. Era increíblemente hermosa y no entendía cómo alguna vez la había

considerado común. Penelope le robaba el aliento.

Ella lo vio y miles de emociones surcaron su rostro. Era un libro abierto y no hacía el menor esfuerzo por ocultarlo. En cualquier otra persona, esa transparencia sería una muestra de debilidad de la que él no dudaría en tomar ventaja. En Penny era una evidencia de su fortaleza. Ella no necesitaba esconderse entre las sombras. No de forma metafórica, al menos. Era perfecta y él había sido un imbécil por no haberse dado cuenta antes.

Ella lo alcanzó en un par de pasos.

—Hay montones de heridos —acertó a decir con voz rasposa.

Pero Alex no la escuchaba. Lo único que podía hacer era observarla, tratando de memorizar cada pestaña, cada arruga, cada poro de su piel. La sujetó con cuidado y palpó sus brazos con impaciencia.

—Estás aquí —murmuró sin soltarla. No podía arriesgarse a que se esfumara ante sus ojos. Reparó en las marcas rojas de sus muñecas y palideció.

—Voy a matar a ese hijo de puta —gruñó entre dientes.

Notó que tiritaba y se apresuró a cubrirla con su propio abrigo. De inmediato, la tomó de la mano y comenzó a tirar de ella para alejarla de allí.

Penny lo detuvo.

—¡Tenemos que ayudar! —lo instó impaciente—. El fuego está fuera de control y están desalojando toda la manzana.

Él negó con la cabeza.

—Nos vamos a casa. Tiene que verte un médico.

La incredulidad se reflejó en el rostro de Penny.

—¡Alex, ha muerto gente! —gritó para sacarlo del trance en el que estaba, pero sus palabras lograron el efecto contrario. Alex se envaró y la apretó más fuerte mientras la arrastraba en dirección a su caballo.

—Tengo que llevarte a casa —repitió como un autómata.

Penelope siempre había sido honesta, no solo con los demás, sino también consigo misma. No podía negar que, en el fondo, había

creído que Alex no era el desalmado ególatra que fingía ser. Había visto retazos de bondad en sus acciones y en el modo en que trataba a la gente que lo rodeaba. Pese a la indiferencia que fingía, había estado segura de que se preocupaba por las personas. Sin embargo, en ese momento, mientras él caminaba ajeno a la tragedia que los rodeaba se dio cuenta de que, tal vez, todo hubiera sido fruto de su imaginación. Quizá había proyectado en él las cualidades que había querido ver.

Incluso en ese instante, con las campanas sonando, los llantos y los gritos y el olor a humo y muerte en el aire, Alex solo se preocupaba por él mismo. Y un poco por ella.

—Ha muerto gente —susurró con un hilillo de voz, su última esperanza de que él se volviera humano.

Tal vez fuera su tono abatido o la desesperanza que la invadió de repente, pero él la miró a los ojos y algo cambió. Durante unos interminables segundos, sintió que el mundo se paraba y solo estaba ella. Y él. Y todo aquello que los separaba. Por fin, él pareció salir de su ensimismamiento y percibir lo que los rodeaba.

—Hay niños —musitó y él cerró los ojos.

—Vete a casa.

Aquella orden la pilló por sorpresa. Había creído que, por fin, era consciente de la tragedia que los rodeaba. Se soltó de un tirón.

—¡No voy a...!

Alex le tapó la boca con la mano.

—Por favor —rogó—. Vete a casa. Envía a los hombres del club y dile a Jim que use todos los coches disponibles para traer agua.

—Pero quiero...

Él negó de nuevo.

—Penny —dijo con un cansancio repentino que ella no comprendió —. Pídeme lo que quieras. Te dejaré que dirijas el Black Diamond, construiré escuelas en cada puñetero callejón de la ciudad, permitiré que robes todos los estúpidos jarrones de Inglaterra. Pero vete a casa.

Ella comprendió que no lograría hacerlo cambiar de opinión. Tal vez fuera lo mejor. Estaba dolorida y cansada. Después de que la escalera se hubiera derrumbado y el fuego se hubiera extendido sin

control por el edificio, había logrado encaramarse al tejado. Con las manos atadas y sus zapatillas de satén, había saltado a la casa siguiente. Las llamas lamían ya las ventanas y sus habitantes corrían, asustados, escaleras abajo. Nadie le había prestado atención ni reparado en sus manos atadas hasta que, ya en la calle, había logrado que uno de los hombres que trataban de extinguir el incendio le cortara las cuerdas con una navaja. Ahora, cuando su cuerpo comenzaba a relajarse, notaba los pies heridos y las muñecas le ardían por la fricción a la que habían sido sometidas. Y las piernas le temblaban como si no tuvieran ya fuerza para sostenerla.

Asintió derrotada.

—Ten cuidado —musitó y se dirigió al caballo que Alex le había señalado.

No había dado dos pasos cuando sintió que él la agarraba del brazo y la giraba. La besó como si fuera la última vez, saqueando su boca y estrechándola con fuerza, como si tratara de fundirse con ella. Finalmente, la soltó con reticencia y apoyó la frente en la suya.

—Te amo.

Ella se sobresaltó y lo miró incrédula.

—Pero... —No supo cómo continuar—. Creo que deberías desarrollar esa información.

Él rio y la ayudó a subirse al caballo.

—Después —dijo antes de azuzar al animal para alejarla de aquel lugar.

Ni Alex ni sus empleados regresaron en toda la noche. Todavía dolorida, Penny bajó las escaleras. Pese a que habían habilitado el comedor en la primera planta, ella prefería desayunar en la cocina. Por lo general, eran pocos los sirvientes que estaban despiertos, pero esa mañana la actividad era frenética. Varios hombres acababan de entrar cubiertos de hollín y con expresión agotada, y las criadas se afanaban en servirles algo de comer antes de que se fueran a la cama.

—¿Dónde está Alex? —le preguntó a Dave, que acababa de

desplomarse en una silla.

—Él y Jim están tratando de acomodar a los desalojados. —Hizo una mueca—. Creo que no podrás esconderte en el West Strand durante un tiempo.

Penny sonrió y se sentó junto a él. Cogió el *Morning Post* que alguien había dejado sobre la mesa y observó, con sorpresa, la imagen de su esposo en la portada.

¿Qué narices?

Abrió el periódico y leyó con avidez. Habían dedicado más de una página a desentrañar el misterio que, durante años, había intrigado a nobles y plebeyos por igual. La identidad del dueño del Black Diamond se revelaba como un secreto evidente que nadie había querido ver. Porque el bastardo de Middlesbrough, rechazado abiertamente por la sociedad y al que incluso su prometida había repudiado, los había sometido a todos. Alan Thorne, autor del artículo, describía con meticulosa exactitud la granja en la que Alex había pasado su infancia y los abusos que había sufrido. Explicaba al detalle la suciedad, las palizas y las vejaciones de la señora Ruthfarrow. Cuando llegó al párrafo en el que se explicaba cómo aquella mujer se deshacía de muchos de los bebés que dejaban a su cargo, se estremeció. Alex le había hablado de forma superficial de su infancia y, aunque creía haber entendido lo que le contaba, se daba cuenta de que la imagen que se había formado distaba mucho de la realidad. Ningún ser humano merecía pasar por aquello. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y Dave la miró con sorpresa.

—¿Qué demonios estás leyendo? —inquirió mirando con curiosidad el periódico.

Ella negó con la cabeza y se apartó. Las palabras del periodista siguieron pasando ante sus ojos. Los nombres de algunos de los niños que habían vivido en la misma granja le eran ya tan familiares como los de sus propios sirvientes. Alex los había convertido en crupieres, encargados de seguridad o en su jefe de sala.

Entonces apareció su nombre. Alan Thorne relataba con ironía cómo la prometida de Alex lo había abandonado por el duque de Whitehaven. Y cómo este había acabado convirtiéndose en su

suegro. Él jamás le había revelado el motivo del odio que sentía hacia su padre y ver su nombre junto al de Celine le despertó una emoción extraña, algo muy parecido a los celos. Pero fue cuando leyó lo que se contaba de ella cuando sintió que se ahogaba.

> Se cuentan por decenas las fortunas dilapidadas en tan célebre club y no puede uno evitar preguntarse qué llevó a lady Penelope Arden —ahora Lonsdale—, hija de un duque y portadora de sangre real, a casarse con un sujeto sin estatus ni *pedigree*, al que nadie se molestó siquiera en poner nombre cuando nació, aun cuando su parentesco con los Edevan se haga evidente en sus ojos; y al que ni siquiera la actual madrastra de la muchacha, perteneciente a lo más bajo de la escala nobiliaria, consideró un partido suficiente. Me atrevo a conjeturar que, tal vez, la del duque de Whitehaven —conocido jugador— haya sido una de esas fortunas despilfarradas en las mesas del Black Diamond. Tal vez, en esta ocasión, un caballero haya caído tan bajo como para convertir a su propia hija en parte de la apuesta o usarla como moneda de cambio para que alguien salde sus deudas. Esto explicaría el sorprendente compromiso de la dama con lord Rosdale, noble próspero, pero de truculento pasado. ¿Pondría en riesgo el duque la seguridad de su propia sangre por su beneficio personal? De no ser por el precipitado matrimonio de la joven con el señor Lonsdale, tales sospechas parecerían fundadas. Sin embargo, el enlace embrolla todavía más semejante misterio. Porque si resultaba inverosímil que la poco agraciada muchacha, consolidada solterona desde hace varias temporadas y cuya falta de refinamiento y aptitudes sociales es de dominio público, hubiese encandilado a un vizconde si no hubiese algún interés de por medio; menos creíble resulta que haya conquistado a uno de los hombres más poderosos del país. Cabe preguntarse, pues, ¿qué ha ganado Lonsdale con el enlace? La respuesta es evidente para este periodista: venganza.
>
> ¿Y lady Penelope? Pese a la falta de título y la humillación social que el enlace supone, la muchacha debe estar agradecida al destino. Con su edad y su apariencia, cabe imaginar que habría recibido con los brazos abiertos a cualquier caballero que mostrase el menor interés por ella. Deberá centrar ahora sus esfuerzos en atraer a Lonsdale a su cama, al menos lo suficiente para que ponga a un heredero en su vientre. Si bien el pequeño no pertenecería a la nobleza, heredaría una de las mayores fortunas de Inglaterra. ¿Logrará la torpe muchacha algo semejante? A este humilde servidor la resulta difícil de imaginar, aunque, en los tiempos convulsos que vivimos, ya todo parece posible.

Penny apretó los labios y cerró el periódico. Se levantó, debatiéndose entre la humillación y la furia, y lanzó aquella basura a

la chimenea. Por alguna razón, su mente regresó al día anterior a su boda, cuando había llegado al club. Y recordó al hombre que había abandonado el despacho de Alex. Le había resultado familiar, aunque no había logrado identificarlo entonces. Su identidad era evidente ahora. Alex le había pedido a Alan Thorne que no publicara nada antes del aniversario. Él estaba, pues, al tanto de aquellas mortificantes palabras. Había conseguido lo que quería. La reputación del duque estaba por los suelos. Pero a ella también se la había llevado por delante.

—¿Estás bien? —Annie fue al encuentro de Channing cuando lo vio entrar por la puerta trasera. La noche anterior, en cuanto los habían informado del incendio, se había cambiado de ropa a toda prisa y había salido hacia Southwark. A diferencia de los demás, él no había hecho ninguna pregunta ni había mostrado reticencia alguna.

La ligera sonrisa que le dedicó como respuesta brilló en su rostro oscurecido por el humo y la ceniza. Se lo veía tan agotado que el brillo travieso de sus ojos verdes había desaparecido.

—Hoy no podremos seguir con la lección de póker —informó casi con pesar.

Había comenzado a enseñarle los entresijos de aquel fascinante juego hacía un par de días. Era el que más beneficios dejaba al club, por lo que lo había hecho más para satisfacer la curiosidad de Annie que porque creyera que ella podría manejarlo algún día. La mesa de póker era su feudo personal y ni siquiera a ella le permitiría arrebatárselo. Por no mencionar que, si lo hiciera, tendría tantas miradas sobre ella que le sería imposible pasar desapercibida.

—¿Estás bien? —repitió, preocupada, al percibir su suave cojera mientras caminaba hacia el pasillo que conducía a las estancias de los empleados.

—Solo es cansancio. —Le guiñó un ojo y se paró a su lado—. Aunque no pondré ningún impedimento si decides tratar de aliviarme.

Annie negó con la cabeza, al tiempo que se sonrojaba, y él rio. Antes de apartarse, sin embargo, rozó los labios de ella con los

suyos. Ella cerró los ojos y se concentró en aquel contacto tan ligero como el roce de una pluma, en el calor que emanaba de él aun cuando ni siquiera la tocaba. Podía imaginar que era perfecto. Podía imaginar...

Se apartó con cuidado, tratando de ocultar la decepción que le suponía no encontrarse con unos ojos negros que la observaban como si nada más importase, salvo ella.

—Buenas noches, dulce Annie —susurró y se alejó cojeando todavía.

Mantuvo la mirada sobre su espalda hasta que lo vio desaparecer tras la puerta de su dormitorio. Solo entonces se acarició los labios con los dedos y suspiró. El beso de Jasper no le había desagradado. Por el contrario, había sentido un ligero cosquilleo, algo cálido y reconfortante que se había extendido con rapidez. Pero, a diferencia de lo que le había sucedido con Jack, no había perdido el mundo de vista. No había sentido aquella apremiante necesidad de fundirse con él, de sujetarlo fuerte y no soltarse jamás. El de Channing había sido un beso agradable. Un beso cómodo. Tal vez el tipo de besos a los que debía aspirar. Se mordió el labio, pensativa. ¿Podría conformarse con tranquilidad y templadas emociones cuando ya había paladeado la ambrosía?

Pese a estar más que acostumbrado a la vida nocturna, para Alex aquella había sido la noche más larga de su vida. El incendio se había descontrolado por completo. El mal estado de la mayor parte de los edificios de la zona así como la poca calidad de los materiales empleados para su construcción habían convertido la manzana entera en un polvorín. Despuntaba el día cuando las decenas de personas que colaboraban en las labores de extinción habían podido dar la situación por controlada y él y sus hombres se disponían a regresar al club y sumirse en horas de sueño profundo. Pero había cometido el error de mirar a su alrededor antes de alejarse. Había visto a ancianos y mujeres arrebujados en mantas deshilachadas y a hombres que observaban las ruinas como si su vida se hubiese consumido con ellas. Había visto a los niños. Bebés agotados que

lloraban o dormitaban manchados de hollín. Pequeños en cuya mirada se reflejaba la incomprensión de lo sucedido. Había tratado de girarse y continuar su camino, convencido de que había hecho más que suficiente. Solo había dado un par de pasos cuando sus piernas y el resto de su cuerpo se habían rebelado contra sus deseos. Lo había invadido una sensación de angustia que le había cortado la respiración. Así que había mandado a sus hombres a casa y había regresado dispuesto a acomodar en alguna parte a aquellas personas que lo habían perdido todo.

—Podemos modificar el proyecto de Vauxhall —dijo Jim, que había insistido en quedarse con él, cuando emprendían el camino de regreso desde Charing Cross.

Alex reflexionó un momento. Llevaban varios meses trabajando en una propiedad cercana a los famosos jardines de Lambeth. Pese a que la idea inicial había sido convertirla en una nueva casa de acogida, la mayor de cuantas habían construido hasta la fecha, con algunas modificaciones podrían transformarla en una casa compartida para las familias cuyos edificios habían quedado en peores condiciones.

—Es lo bastante grande como dividirla en varias viviendas independientes —continuaba Jim, ajeno a sus pensamientos—. La población de Londres está aumentando tan rápido que pronto será imposible acomodar a todo el mundo. Habrá que reducir el tamaño de los hogares y hacerlos asequibles para más gente.

Lo miró. Su jefe de sala parecía haber reflexionado mucho sobre aquel asunto.

—¿Qué te gustaría hacer en la vida, Jim? —preguntó y se sorprendió al descubrir que le importaba de verdad la respuesta.

El hombre lo miró confuso.

—No sé a qué se refiere, señor —respondió de forma atropellada —. Nunca esperé tener un trabajo como el que tengo.

Alex suspiró.

—Pero, si pudieras hacer otra cosa —insistió—, ¿qué te gustaría hacer?

Jim lo miró con cautela, como si tratase de descubrir si le estaba tendiendo una trampa.

—Me gustaría ayudar a otros —confesó—. La granja de la señora Ruthfarrow no es más que un grano de arena entre las injusticias que plagan el mundo. A veces veo a los niños que vienen a comer al club y trato de imaginar su porvenir. —Negó con tristeza—. Nunca veo nada.

Hizo una mueca y siguió caminando.

—La idea de la señora Lonsdale no es descabellada, ¿sabe? —No lo miraba mientras hablaba—. Tal vez si esos muchachos supieran algo de la vida, algo que no fuera el modo más eficaz de despellejar a alguien o cómo robar una cartera con la suavidad de una mariposa, no estarían condenados a ser unos miserables para siempre.

Caminaron en silencio, agotados y sucios, sumidos en sus propios pensamientos. Quizá Penny hubiera tenido razón desde el principio. Tal vez aquellos muchachos sí pudieran tener un futuro, pero los hombres como él se lo estaban robando.

Al pasar junto a un puesto de periódicos, Jim se detuvo. Alex frunció el ceño. Estaba agotado. Lo último que necesitaba era ponerse a leer la prensa. Siguió la mirada de su empleado y maldijo en silencio. Se había olvidado por completo del artículo.

Rebuscó en el bolsillo y le dio unas monedas al muchacho que se encargaba del puesto. Con un ejemplar del *Morning Post* bajo el brazo, continuó su camino.

—¿No piensa leer lo que han escrito?

Se encogió de hombros. Le había dictado a Thorne cada palabra de aquel texto. Lo habían repasado tantas veces que casi podría recitarlo de memoria.

Su empleado carraspeó y Alex lo miró con curiosidad.

—Podría...

Le entregó el panfleto al tiempo que cruzaba la calle y enfilaba Haymarket.

—¿Cómo puede hablar así? —murmuraba Jim, indignado, sin que sus ojos abandonaran el periódico—. La señora Lonsdale no se lo merece.

Alex frunció el ceño. ¿Qué tenía que ver Penny con aquello? El artículo hablaba solo de su infancia y de su parentesco con los Edevan.

Y de las deudas de Whitehaven.

Se maldijo mientras le arrancaba la hoja a Jim y veía con incredulidad lo que aquel tipo había hecho. El reportaje no tenía nada que ver con lo que él le había entregado. Estaba repleto de insinuaciones y mofas. Y el modo en que hablaba de ella...

Arrugó el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Tengo algo que hacer —informó a Jim mientras se giraba y caminaba de vuelta hacia el Strand.

Pese al agotamiento, la furia hizo que llegara a las oficinas centrales del periódico en menos tiempo del esperado. No hizo caso a las llamadas ni a las advertencias, ni al hombrecillo que lo seguía furioso mientras amenazaba con informar a las autoridades. Caminó con rabia hasta la oficina de Thorne y entró en tromba, sin molestarse en llamar siquiera.

—¿Qué demonios es esto? —espetó, dejando el papel arrugado sobre el escritorio.

—Has tardado más de lo que esperaba. —Thorne lo recorrió con la mirada y se detuvo en sus manos ennegrecidas—. Entiendo que has tenido una noche ajetreada.

Alex se sentía capaz de estrangularlo en ese mismo momento, con la mitad del equipo del condenado periódico asomándose a la puerta con curiosidad.

—Te di un buen artículo —recordó apretando los dientes.

El periodista se encogió de hombros.

—Pero yo escribí uno mejor —afirmó con naturalidad—. No te lo tomes como algo personal, Lonsdale. Es mi trabajo.

—¡Es una mierda sensacionalista!

Thorne sonrió.

—No estamos en nuestro mejor momento —informó—. Debemos darle al público lo que quiere.

—¿Mentiras? Quiero que te retractes de inmediato.

El otro hombre suspiró y se levantó de su asiento. Tuvo la sensatez de no acercarse demasiado a él. Se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No voy a retractarme por algo que es verdad. —Lo miró a los ojos—. Soy el mejor periodista de la ciudad y lo sabes. Y te he

proporcionado la *vendetta* que querías. Si Whitehaven tenía algún modo de evitar el escándalo, el artículo lo ha rematado.

—El que yo te di habría logrado lo mismo sin lastimar a su hija —increpó Alex haciendo un esfuerzo sobrehumano por no borrarle la arrogancia del rostro de un puñetazo.

Thorne hizo un gesto de negación.

—Tú solo informabas, Lonsdale. Yo he prendido la mecha de la intriga. Si le das certezas, la gente olvida enseguida. Las insinuaciones despiertan la curiosidad y las especulaciones. Los rumores entorno a Whitehaven se dispararán. Vaya a donde vaya lo observarán y las conjeturas serán cada vez más disparatadas.

Era evidente que aquel tipo no sentía ningún respeto por la verdad. Ni por las personas, de hecho.

—El duque me importa una mierda —sentenció.

—Había llegado a un arreglo con un banquero americano —informó Thorne—. Hace unas semanas interpuso una petición de divorcio e iba a casarse con su hija en cuanto se lo concedieran. Sobra decir que el yanqui ha roto el acuerdo.

Tiempo atrás, aquello le habría molestado. Por alguna razón, Whitehaven siempre caía de pie. En esta ocasión, sin embargo, sintió...

Nada.

Pensó en su suegro. Y en Celine. Y en Middlesbrough. Y en todos aquellos que lo habían mirado con desdén cuando su abuelo lo había presentado como su pupilo. Recordó las murmuraciones sobre sus orígenes y las especulaciones sobre dónde lo habían tenido escondido. Rememoró, como si el tiempo no hubiera pasado, las veces que había oído insinuar que deberían haberse deshecho del bastardo. Y se dio cuenta de que no le importaba. De que la venganza ya no tenía ningún sentido. Porque cada desprecio, cada humillación y cada injusticia que había vivido lo habían llevado a donde estaba. Lo habían conducido a Penelope.

—Me da igual —dijo, sin más—. Escribe un artículo de rectificación, Thorne, o esta será tu última semana en esta oficina.

El periodista rio.

—No tienes nada contra mí, Lonsdale. No he contraído deudas con

tu club ni tengo secretos que ocultar.

Alex se dirigió a la puerta sin molestarse en mirarlo.

—Hace tiempo que el periódico no es rentable. Me gustaría saber qué sucedería si un inversor se interesase en adquirirlo.

—¡Me contratarían en otra parte! —gritó el periodista a su espalda.

—Yo no apostaría por ello —murmuró Alex—. Escribe lo que quieras de mí o de Whitehaven, Thorne, pero deja claro que el mío fue un matrimonio por amor. Y que todos los caballeros de Inglaterra son unos imbéciles por haber dejado escapar a lady Penelope.

Cuando Alex llegó, por fin, al club era casi mediodía. No tardó en descubrir que Penny había leído el ofensivo artículo y que este había acabado en la chimenea. No esperaba menos.

Estaba tan agotado que, pese a que sabía que debía aclarar las cosas cuanto antes, se sintió incapaz de ir en busca de su esposa. Necesitaba un baño y un par de horas de sueño antes de enfrentarse a ella.

—Preparen la bañera —gruñó cuando pasó junto a la señora Sharp y un par de sirvientas que recogían los restos del tardío desayuno de sus hombres. Y, al ver cómo la anciana alzaba una ceja, añadió—: Por favor.

Caminó casi arrastrando los pies a lo largo del pasillo, pero, antes de que comenzara a subir las escaleras que conducían a sus aposentos, una silueta a su espalda llamó su atención.

—Señorita Campbell —saludó.

La joven, cargada con un enorme jarrón lleno de flores frescas, le devolvió el saludo con una inclinación y se dispuso a seguir su camino.

—¿No sabrá nada del misterioso crupier que anoche se hizo cargo de una de mis mesas?

Ella se detuvo y a punto estuvo de dejar caer el florero.

—No sé de qué me habla —respondió tan bajo que apenas pudo oírla.

Alex chasqueó la lengua y se le acercó.

—Estoy rodeado de mentirosos —murmuró, más para sí mismo

que para ella—. Al menos esfuércense un poco y traten de hacerlo bien, maldita sea.

Ella se envaró en cuanto notó que se detenía a su lado y Alex frunció el ceño.

—¿Me tiene miedo?

Annie levantó la vista y le sostuvo la mirada.

—No —aseguró y él se dio cuenta de que esta vez no mentía.

—Bien —asintió, dándose la vuelta para encaminarse, por fin, a su más que merecido descanso—. Hablaremos de su desobediencia esta tarde. E invitaremos a Channing a nuestra conversación, ya que parece más que dispuesto a comprometer su propio empleo por usted.

—¡Él no hizo nada! —se apresuró a corregirlo ella y se interpuso en su camino con el enorme florero tapándole casi por completo la cara —. Fui yo quien aprovechó que Miles estaba enfermo para ocupar su lugar. ¡Los engañé a todos!

Alex soltó un bufido malhumorado mientras trataba de encontrar sus ojos entre las flores.

—No engañó a nadie, señorita Campbell —refutó, apartando un par de peonías para que ella lo mirara—. Jim, la señora Sharp, hasta el condenado monsieur Soyer estaban al tanto.

Soltó las flores, que le taparon el rostro de nuevo, y la esquivó.

—Es tan mala mentirosa como Penny —indicó negando con la cabeza y dirigiéndose a las escaleras—. El traje que llevaba era de Channing. Puede que lo hayan entallado, recortado, modificado o remendado, pero ninguno tuvo la astucia de cambiar el color de los ojales.

Subió el primer escalón, mas la voz de Annie lo detuvo.

—Ningún socio se dio cuenta.

—Demos gracias por ello —farfulló.

—Lady Penelope tampoco me identificó.

La mención de su esposa lo hizo sonreír, aunque ocultó la sonrisa con rapidez.

—Penny solo te hubiera reconocido si hubieras sido un niño huérfano sediento de conocimientos.

La miró por encima del hombro y percibió su desconcierto. Suspiró.

Había sido una buena ocurrencia, tendría que buscar el modo de sacarla en la siguiente conversación con Penelope. Tal vez con eso calmase las ganas que sentiría de estrangularlo. Ignorando a la señorita Campbell, prosiguió su camino.

Capítulo 14

—¿Piensas esconderte aquí para siempre?

Penny no se había molestado en girarse para comprobar quién había entrado sin llamar en la habitación a la que se había trasladado esa mañana. Continuó mirando por la ventana, ensimismada en el modo en que la luz de las farolas se reflejaba en los charcos y en la forma en que las gotas rebotaban y formaban pequeños círculos concéntricos.

—Jim me ha dicho que esta tarde la policía metropolitana ha estado por aquí —continuó Alex situándose a su lado, aunque evitó rozarla siquiera—. Me ha contado lo de Harrow.

—¿Y no te ha hablado del papel de Celine en todo el asunto?

El reflejo de su esposo en el cristal le mostró el modo en que apretaba la mandíbula.

—Lo siento —se disculpó él—. Debería haberte hablado de ella.

Penny se encogió de hombros y se apartó.

—¿Vas a quedarte aquí esta noche? —le preguntó él en voz baja.

—Mañana pediré que trasladen mis cosas —informó.

Notó cómo él la sujetaba del brazo con suavidad.

—Thorne no debería haberte mencionado en el artículo —murmuró a su espalda y ella se envaró.

—Nada de lo que aparece en ese estúpido artículo me hubiese importado, Alex —increpó—, si no supiera que fuiste tú quien se lo pidió.

—¡No debía mencionarte a ti!

Ella se soltó con brusquedad.

—Me casé con un bastardo —explicó encarándolo—. La reputación de mi padre ya estaba por los suelos. Pero querías asegurarte la revancha. No hiciste pública tu identidad porque quisieras hacerlo. Querías que ese hombre especulara sobre las deudas que un adicto

al juego como el duque podría haber contraído con el Black Diamond y que quedara bien claro que eras tú quien estaba detrás. Aunque mi nombre no hubiese aparecido de forma explícita, yo hubiera caído de todas formas. Y tú lo sabías y no te importó.

Alex la miró sin tratar de ocultar su pesar y Penny cerró los ojos. Hacía tiempo que él había dejado de fingir indiferencia cuando estaba con ella y ella había llegado a pensar que en verdad le importaba. Notó cómo la angustia la invadía y se le cerró la garganta. Aunque no solía llorar, notó el escozor de las lágrimas. También él debió percibirlo, porque trató de sujetarla de nuevo.

—Vete —pidió Penny, esquivándolo.

Él suspiró derrotado.

—Te dije que te amaba —le recordó—. No te mentía.

Incapaz de contener las lágrimas, Penny se giró para que no la viera.

—Amas la idea de destrozar a mi padre. —Se quitó el anillo que él le había dado el día de su boda y se lo tendió sin mirarlo—. A mí ni siquiera me conoces. De haberlo hecho jamás me habrías dado un anillo como ese.

Alex le rozó los dedos cuando recogió la sortija.

—¿Qué le pasa? —Parecía confuso de verdad.

—Es un anillo propio de una reina.

—De una condesa, en realidad —le aclaró.

De pronto, dejó de importarle que él la viera llorar. Se volteó furiosa.

—¿Te has casado conmigo con la sortija que algún idiota perdió en tus mesas?

Él la fulminó con la mirada.

—Era el anillo de mi abuela, Penelope. —Hablaba despacio y fruncía el ceño, como si algo le hubiese venido a la mente de pronto —. Middlesbrough me lo regaló. Cuando me fui lo empeñé en una casa de mala muerte del East End. Los Tesoros de Stokely o algo así. Con lo que me dio comencé a apostar en algunos garitos bastante cuestionables. Soy bueno haciendo trampas, así que entraba fuerte cuando nadie reparaba en mí todavía y me iba antes de que pudieran prestar demasiada atención a mi juego. No me divertía, mi

único objetivo era reunir lo suficiente para fundar el club. Cuando el Black Diamond comenzó a dar beneficios, regresé a por él.

La mención de aquel lugar la entristeció. Había renunciado al único recuerdo de su madre para comprar un edificio del que ya no quedaban más que escombros. Alex la miró con curiosidad y creyó que le preguntaría sobre el asunto. Sin embargo, él frunció el ceño de nuevo.

—¿Qué demonios quería Harrow de ti?

Penny no respondió. Le había dado muchas vueltas a lo sucedido y no le encontraba sentido. Si el conde sabía que ella había robado el jarrón, no tenía más que denunciarla a las autoridades. Pero la había acusado de poder arruinarlo. ¿Cómo podría hacer semejante cosa?

Alex suspiró.

—Me olvidé por completo del artículo —reconoció al final—. No pensé en él hasta que lo vimos esta mañana.

Le enjugó una lágrima con suavidad.

—No me acordaba, Penny, porque no me importaba. No voy a decirte que todo fue un error, porque no te habría conocido de no ser así, pero hace mucho que no le dedico ni un solo pensamiento a tu padre. Ni a Celine. Tú me dejas poco tiempo para pensar en nadie más.

Acarició sus labios con el pulgar y la besó en la comisura.

—He escrito una nota aclaratoria —explicó—. La enviaré a los periódicos más importantes si Thorne no se retracta a lo largo de la semana. Desmiento que tu padre tenga ninguna deuda conmigo y adjunto su ficha. Dejo claro que lo único cierto en todo el artículo es que el club me pertenece.

—Es decir, mientes.

Alex suspiró.

—Miento casi siempre, Penny. Eres la única a la que le digo la verdad.

Le rodeó la cintura con los brazos cuando ella trató de apartarse.

—Voy a demostrarles a todos que se equivocan —susurró apoyando su frente en la de ella— y que si me casé contigo es porque te amo más que a nada.

—Eso también es mentira.

Él sonrió ligeramente.

—No lo es. Te he amado siempre. Lo que pasa es que no lo sabía.

Penny negó con la cabeza y se apartó.

—Necesito tiempo.

Alex tardó un momento en reaccionar. Por fin, asintió. Antes de abandonar la habitación, sin embargo, le hizo una pregunta:

—¿Por qué te casaste conmigo, Penelope?

Ella lo miró confusa.

—Eras mi única opción.

Él negó con la cabeza y asió el pomo.

—Creía que nunca mentías.

—¿Crees que podría casarme con lord Rosdale?

Alex suspiró y abrió la puerta.

—No nos necesitabas a ninguno de los dos.

Penny le dedicó una mirada extrañada, pero él no dijo nada más. Le dio la espalda y se fue.

Cuando se reunió en la biblioteca con el agente que la había interrogado el día antes, Penny temió que tendría que confesar.

La noche anterior había abierto su segundo baúl, el que había mantenido bajo llave desde que había llegado, y se había pasado horas mirando el jarrón. Era una pieza bonita, delicada, con aquellos brillos dorados y plateados que la hacían tan especial. No obstante, seguía sin comprender el comportamiento de Harrow. Lo había examinado con minuciosidad. Lo había girado y observado a contraluz. Le había dado mil vueltas hasta que, por fin, lo había agitado. Y había notado algo extraño. Había algo que se movía. Algo ligero, pero que, al sacudirlo, raspaba suavemente y cambiaba el peso de la pieza. Lo había acercado a la lámpara y había escudriñado su interior. No había visto nada. Así que se había dicho que todo había sido producto de su imaginación, lo había dejado sobre la repisa de la chimenea y se había metido en la cama.

Sin embargo, el gusanillo de la curiosidad ya se había instalado en su pecho. Se había pasado la noche dormitando, despertándose con frecuencia. Y, cada vez que abría los ojos, su mirada se dirigía al

mismo lugar. La dichosa vasija la llamaba como una sirena.

Así que se había levantado y había hecho lo único que había podido hacer. Había cogido aquel jarrón que podría haberle dado la libertad, aquella pieza tan valiosa como para volver a un hombre loco, y la había estrellado contra la pared.

Había observado los fragmentos de cerámica sin ningún remordimiento, pues hacía horas que sabía cómo había llegado a ella, hasta que su mirada se había posado sobre un pequeño rollo de papel atado con un cordel marrón. Y al abrirlo lo había entendido todo.

Había tratado de avisar a Alex. Pese a que acabaría de acostarse, aquello era más importante que su sueño. Pero él no estaba en su cuarto. Ni en su despacho. Ni en ninguna otra estancia del club.

Y entonces el inspector Harris, un tipo de pelo cano y una nariz tan afilada que le recordaba a un águila, había aparecido para informarla de la desaparición de lord Harrow. Su visita, sin embargo, había acabado por parecerse bastante a un interrogatorio.

—¿Qué relación tenía con el conde? —le preguntó mirándola con atención.

Ella se encogió de hombros. ¿Qué demonios debía responder a eso?

—¿Alguna vez se vieron en privado?

Penny alzó una ceja.

—El día que me secuestró, me ató y prendió fuego al edificio en el que nos encontrábamos. —Se mostró obtusa adrede. Aquel hombre debería centrar todos sus esfuerzos en buscar al tipo que había tratado de asesinarla y no en insinuaciones tan ofensivas como fuera de lugar.

—Me refiero a si mantenían una relación...

—Inspector Harris —Penny nunca había sentido tantas ganas de besar a Alex. O tal vez sí, pero no por las mismas razones—, imagino que ha venido a informarnos de la detención del conde.

La mirada acerada que le dedicó dejaba claro que lo había escuchado.

—Todavía no hemos localizado a...

—No me extraña. —Alex estaba furioso y ni siquiera se molestaba

en ocultarlo—. Si usted está aquí perdiendo el tiempo en lugar de hacer su trabajo.

—Perdone, pero...

—Supongo que tiene hombres en todas las salidas de la ciudad y que ha enviado patrullas a los puertos de Dover y Southampton. Tal vez incluso a Plymouth. Y, por supuesto, lady Harrow estará vigilada las veinticuatro horas del día.

Harris titubeó y Alex chasqueó la lengua.

—Lo imaginaba —murmuró lacónico.

—Señor Lonsdale —Harris parecía ofendido—, lord Harrow es un caballero.

Penny vio cómo Alex sacaba del bolsillo el rollo de papel que ella había dejado sobre su escritorio y se lo lanzaba al inspector.

—Estoy seguro de que el conde mostró unos modales impecables mientras firmaba todos esos documentos de adopción —o compra, según se mire— y esclavizaba a esos mocosos en sus fábricas. Hay documentos de cesión a otros patrones, por si le interesa. Se ve que hay toda una red de caballeros más que dispuestos a explotar huérfanos y bastardos.

A Penny podría haberle resultado gracioso el modo en el que el rostro del policía pasaba de la incredulidad a la consternación según leía, de no haber sido por el contenido de aquellos documentos. Por lo visto, durante años, el conde había conseguido mano de obra infantil gratuita a través de las granjas. Niños delgados y de finas extremidades que podían encargarse de las máquinas y a quienes nadie echaría de menos si algo salía mal. Lo que, mucho se temía, habría pasado más de una vez.

—¿De dónde ha sacado todo esto?

Alex lo fulminó con la mirada.

—Encuentre a lord Harrow. —Su expresión dejaba claro que una pregunta tan estúpida no merecía respuesta—. Su carruaje salió de la ciudad en dirección sureste esta madrugada. Si fuese jugador, apostaría a que pretende huir a Francia.

El inspector dedicó una mirada irónica a su alrededor, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Al parecer, había decidido mostrar una cierta inteligencia por fin.

En cuanto hubo abandonado la estancia, la expresión de Alex se suavizó.

—¿Estás bien?

Penny no contestó. Lo miró a los ojos, reflexiva, tratando de poner orden a todos los pensamientos que se agolpaban en su cerebro en ese instante. Tenía preguntas que hacerle y cosas que aclarar, sin embargo, había una necesidad imperiosa que destacaba sobre todas las demás. Tiró de él y lo besó, con timidez al principio y con más desparpajo en cuanto notó el modo en que respondía. Se aferró a su cuello y recorrió su cuero cabelludo con las uñas mientras sus bocas se fundían y sus lenguas se acariciaban como si se conocieran desde siempre. Sin embargo, había algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo y se obligó a detenerse antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué sabes de tu madre?

Aquel repentino cambio pareció descolocar a Alex, que parpadeó confundido.

—¿De mi madre?

Ella asintió y él parpadeó de nuevo, como si le costase seguir aquel intercambio.

—Que pienses en madres mientras me besas me ofende muchísimo —murmuró para sí mismo antes de mirarla a los ojos—. No sé nada de ella. Me dejó con apenas unos días de vida y jamás volvió a por mí.

—¿Y tu abuelo?

Alex negó con la cabeza y se apartó. Se acercó al aparador, dispuesto a servirse una copa, pero, en cuanto percibió el olor del alcohol, sintió cómo su estómago se revolvía. Maldito Sebastian. Había pensado que aquel rechazo desaparecería con el tiempo. Al parecer, su primo había acabado para siempre con una de sus mayores aficiones. Suspiró.

—¿Qué te ronda la cabeza, Penelope? Pregúntamelo y te responderé. —La miró a los ojos—. No quiero tener secretos contigo.

Ella dudó un instante.

—Dijiste que eras una excepción —explicó—. Que la señora Ruthfarrow te había mantenido hasta los ocho años en la granja

porque alguien pagaba mucho por ti. Corrió un gran riesgo. Con esa edad ya entendías lo que ocurría.

Alex asintió sin saber a dónde quería llegar.

—Si tu madre solo era una sirvienta, eso le supondría un gran esfuerzo. Aunque le hubieran pagado para que desapareciera, si no le importaras y no tuviera intención de volver a por ti, te hubiera dejado y se hubiera desentendido.

Él se encogió de hombros. Lo que decía era cierto, lo había pensado alguna vez, pero la conclusión a la que había llegado siempre había sido la misma.

—Estuve ocho años en aquel infierno, Penny. —Buscó las palabras adecuadas, tratando de que lo entendiera—. Vivía entre suciedad, excrementos y ratas. Veía la muerte casi a diario. Recibí tantas palizas que a los tres años ni siquiera parpadeaba cuando aquella mujer descargaba su bastón sobre mi espalda. Incluso ahora, cuando ha pasado una eternidad desde entonces, me cuesta dormir. Cada vez que cierro los ojos, aquel olor nauseabundo inunda mis fosas nasales y revivo cada momento con una nitidez sorprendente. Si a mi madre le hubiese importado, aunque solo hubiera sido un poco, me habría sacado de allí o, al menos, se hubiese molestado en ir a verme.

Cuando la miró descubrió que sus ojos se habían llenado de lágrimas. La primera vez que le había hablado de la granja, ella se había estremecido y había ocultado el rostro, tal vez creyendo que él no se percataría de que lloraba. No se había dado cuenta de que él percibía cada una de sus emociones casi desde el momento en que se habían conocido. Se acercó y, acariciando su rostro, secó con besos cada una de sus lágrimas.

—He hablado con los abogados del club —murmuró sin soltarla—. Hay varias propiedades que pueden acondicionarse con relativa facilidad. Podrás poner en marcha un par de escuelas antes de mediados de año. El edificio de Southwark llevará algo más de tiempo. —Hizo una mueca—. Si es que podemos reconstruirlo. El arquitecto todavía está valorando los riesgos. La estructura ha quedado muy dañada.

Penny se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Creía que no te interesaba instruir a esos niños.

Él sonrió.

—Me interesa todo lo que sea importante para ti. —Le besó la punta de la nariz—. Además, viendo lo desleales que son mis espías, tal vez no les venga mal un poco de historia. Les vendrá bien saber qué les pasó a William Wallace o a Cromwell por traidores. Asegúrate de que Dave no se pierda esas lecciones.

Penny rio. Le había sorprendido descubrir de dónde había salido uno de sus más fieles aliados, pero no había tardado en perdonarlo. Como ella misma le había dicho a Alex, Dave le había demostrado de sobra su lealtad.

—Tienes que hablar con tu abuelo. —Al parecer, el cambio de tema no la había hecho desistir del escrutinio de su árbol genealógico.

—No.

Para él aquella conversación estaba zanjada.

—No puedes guardarle rencor para siempre.

Suspiró. Bien, para ella no lo estaba.

Alex apoyó la mano de Penny en su antebrazo antes de entrar en el comedor del club. Era la primera vez que se mostraba en público tras la aparición del artículo y quería que estuviera a su lado. Ella tropezó y él sujetó uno de los jarrones que decoraban la entrada antes de que su llegada llamara todavía más la atención.

—Lo siento —susurró Penny con la mirada baja.

Alex rio.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Solo vamos a cenar y luego podrás desaparecer.

Ella no respondió. Sin embargo, el hecho de que evitara su mirada comenzó a preocuparle. Tropezó de nuevo, esta vez con una de las mesas, y Alex frunció el ceño. A esas alturas conocía lo suficiente a su esposa como para haberse dado cuenta de que su torpeza solo aparecía cuando algo le preocupaba o la ponía nerviosa.

—Lo siento —repitió Penny.

—No tienes que...

Se detuvo al darse cuenta de que ella no se disculpaba por su

tropiezo. La mesa en la que debían sentarse ya estaba ocupada. Por el conde de Middlesbrough.

—Buenas noches, hijo —lo saludó y él trató de fulminar a Penny con la mirada, pero ya había desaparecido.

—No debería estar aquí, milord —dijo con frialdad—. No es miembro del club.

El anciano lo miró y soltó un suspiro.

—Tu esposa parece tener otra opinión al respecto.

Alex mantuvo su expresión impasible, aun cuando su interior bullía de indignación. Había pensado que, tras la charla del día anterior, Penny había comprendido su postura. Era evidente que se había equivocado.

—¿Por qué no te sientas y me escuchas, al menos? —propuso el conde—. Así el resto de los comensales podrán limitarse a mirarnos con disimulo de vez en cuando.

Dedicó una fugaz mirada a su alrededor y entendió a qué se refería. Todos los presentes los observaban sin molestarse en fingir que no lo hacían. Así pues, sus únicas opciones eran dejar plantado a su abuelo y que al día siguiente se hablase del altercado, o tomar asiento y que lo hicieran sobre una posible reconciliación. Lo sopesó durante unos segundos y, finalmente, apartó la silla y se sentó. Cuando llegara el momento, Middlesbrough podría ser un buen aliado en la Cámara Alta.

—¿Y bien? —Si el anciano esperaba que le facilitara las cosas, se equivocaba.

El conde lo miró con atención unos segundos. Por fin, esbozó una sonrisa triste.

—No te ha ido nada mal por tu cuenta —comentó dirigiendo una significativa mirada al salón.

Alex soltó un ligero bufido. Al parecer, la inteligencia de su abuelo se había deteriorado con los años. Comentar lo evidente no solía formar parte de sus interacciones sociales.

—Has hecho un buen matrimonio —continuó Middlesbrough—. Penelope es una buena chica.

—Es la hija de un duque —recalcó con cinismo—. De lo mejor que uno puede encontrar por los salones de Mayfair.

Su abuelo chasqueó la lengua con disgusto.

—No entendiste nada.

Aquella condescendencia aumentó su indignación, pero se negó a mostrárselo. Permaneció en silencio mientras uno de los camareros, al que, con toda probabilidad, alguien había alertado de la situación, les servía el primer plato sin abrir la boca.

—No amabas a Celine —declaró Middlesbrough en cuanto el sirviente se hubo retirado—. Y ella no te amaba a ti.

Esta vez, su bufido de disgusto resonó en toda la sala y varios comensales miraron en su dirección. No le importó. Aquella conversación era un absurdo.

—¿Qué quiere, milord? —preguntó con impaciencia—. Ambos nos hemos esquivado con gusto los últimos ocho años, ¿qué ha cambiado ahora? Y no culpe a Penelope, porque usted jamás accedería a algo que no le reporte beneficios. En eso somos jodidamente parecidos.

—Te equivocas —replicó disgustado el aristócrata—. Nunca te he evitado. Pero no tenía sentido que te buscara sabiendo que me rechazarías.

—¿Qué ha cambiado, pues?

Él otro hombre suspiró.

—Creía que ya te habrías dado cuenta. Ha cambiado todo, Alexander. Penelope lo ha cambiado. —Le hizo un gesto para que no lo interrumpiera mientras parecía sopesar sus siguientes palabras—. Era evidente para cualquiera que prestara atención que Celine no te amaba. Su familia no podía permitirse nada más que una temporada y ella lo sabía. Lo intentó con un vizconde, pero ni su dote ni su belleza fueron suficientes. Así que se conformó contigo.

«Se conformó contigo». Aquellas palabras resonaron en su mente como un tiro y Alex hizo el ademán de levantarse.

—Vas a escucharme. —Lo detuvo el conde con una mirada severa —. Si tengo que gritarlo desde el hall lo haré, pero esta vez no vas a desaparecer sin más. Celine se conformó con alguien sin título ni nombre, cuyo parentesco con los Edevan era más que evidente y del que se decía que heredaría todo lo que no estuviera vinculado al condado. Y tú te conformaste con una mujer que parecía dispuesta a

aceptarte.

Middlesbrough se detuvo. Alex notó el modo en que temblaban sus manos cuando sujetaba los cubiertos y la forma en que se quedaba sin respiración cuando hablaba demasiado. No había envejecido bien y su salud parecía haberse deteriorado de manera considerable.

—Cuando te encontré... —prosiguió despacio—, me parecía imposible que existiese en el mundo un lugar como aquel. Y era culpa mía que mi nieto se hubiese criado allí. Debería haberte buscado antes, haberte traído de vuelta en cuanto descubrí que existías, pero no lo hice. Me juré a mí mismo que haría todo lo posible por compensar aquellos años. —Lo miró a los ojos—. Nunca hubiera permitido que te casaras con Celine, no porque no fueras digno de ella, sino porque ella no te merecía. Aquel niño tan flaco como un junco que no parecía esperar nada de la vida se había ganado el derecho a ser feliz. Y eso no lo hubieras logrado con ella.

—Me he casado con la hija de Whitehaven para vengarme de él —le recordó.

El conde rio y las miradas se posaron de nuevo sobre ellos. Las ignoró.

—Hijo, Penelope no es como Celine.

Otro comentario evidente. Por supuesto que Penny no era como ella. Penny no era como nadie. Era perfecta.

Su abuelo lo miró con atención y pareció leer algo en su expresión que le agradó.

—Amé a mi esposa más de lo que puedas llegar a imaginar —le explicó—. Y me aseguré de que no albergara la menor duda al respecto. Estuve con ella hasta que exhaló su último aliento y te aseguro que daría cualquier cosa por revivir cualquiera de los instantes que pasé con ella. Cualquiera de los disgustos, de las peleas o de las charlas al anochecer cuando la luz del ocaso teñía las calles y el mundo parecía arder. Jamás hubiese permitido que renunciaras a algo como eso. Penelope no es la hija de un duque, es una mujer que te ama lo suficiente como para ponerte por delante. Tal vez su padre no la conozca, pero yo la he visto crecer. Sé quién es. Sé lo que le importa. Y también sé que te eligió a ti sobre todo lo demás.

—¿Y qué le hace pensar que yo le correspondo?

—No estarías aquí sentado de no ser así —explicó—. El beneficio que puedes sacar de esto no compensa tu orgullo herido. Si no quisieras complacerla me hubieras mandado al diablo en cuanto me viste.

Alex no respondió. Durante los últimos ocho años había estado convencido de que Middlesbrough creía que un bastardo como él no debía tratar de igualarse con los pares. Al fin y al cabo, él mismo lo había presentado como su pupilo. Aunque no había dado explicaciones sobre su procedencia, jamás había confirmado su parentesco.

—Serás el próximo conde. —Su abuelo ni siquiera lo miraba mientras hablaba—. Te haré llegar todos los documentos y haré una declaración pública en cuanto sea posible. Dado el luto de tu esposa...

—¿De qué está hablando? —lo interrumpió frunciendo el ceño. Middlesbrough siempre había sido una persona sensata, por lo que solo había una explicación para tamaña estupidez. Su abuelo había perdido el juicio.

El conde no le prestó atención. Terminó la sopa de langosta con crema que le habían servido y dedicó una significativa mirada al sirviente encargado de su mesa, que se apresuró a retirarle el plato mientras iba a por el siguiente.

—Nunca había probado nada tan delicioso —comentó con admiración—. Intentaría robarte al chef si no estuviera seguro de que eres más rico que yo.

Alex negó para sus adentros. Aquella situación había perdido el sentido para él.

—¿Qué quiere decir con que seré el próximo conde?

Su abuelo alzó una ceja, tal y como le había enseñado a hacer a él cuando no era más que un mocoso.

—No es una frase que dé lugar a muchas interpretaciones. Heredarás el título y lo que conlleva.

—¿Ha olvidado que soy un bastardo, milord? —preguntó con sorna.

—Sí, en realidad ya no lo eres. —Se detuvo para permitir que le

sirvieran un jugoso filete de venado con trufas, que no tardó más de unos segundos en probar—. Esto está exquisito.

—¡Maldita sea! —farfulló a punto de perder la paciencia—. ¿Puede dejar de comer y explicarse?

El conde no pareció ofenderse por su tono, aunque, extasiado como estaba saboreando su comida, Alex dudaba que lo hubiera oído siquiera.

—Hace años que te reconocí —explicó dejando claro que, pese a todo, sí le prestaba atención—. Había ciertas reticencias entre algunos, incluida la monarca, a reconocerte como heredero legal, dadas las circunstancias de tu nacimiento, pero puedo resultar muy convincente. Incluso ignoraron la situación de tu madre.

—Era una criada.

Su abuelo frunció el ceño.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los sirvientes hablan —le aclaró.

El conde soltó un bufido de disgusto.

—Los sirvientes se equivocan. Tu padre siempre tuvo una salud delicada. Desde que era niño, pasábamos largas temporadas en Bath, donde las aguas termales parecían ayudarle a respirar mejor. El verano anterior a comenzar sus estudios en Oxford, conoció a una chica, una enfermera. Estaba con un grupo que estudiaba las propiedades terapéuticas de las aguas en personas con algún tipo de enfermedad infecciosa. Ni tu abuela ni yo nos enteramos de la relación hasta que él murió y leímos sus diarios. La joven estaba casada. Le hizo creer a tu padre que su esposo te había reconocido. Aun así, él le enviaba dinero y ella le hablaba de cómo crecías y las cosas que aprendías. Guardaba todas las cartas. Cuando las encontramos... —Se quedó callado, sumido en sus pensamientos—. La muerte de Michael consumió a tu abuela. Sus hermanas siempre fueron fuertes, pero él la necesitaba. Había consagrado su vida a cuidarlo y cuando se fue, de algún modo, se la llevó con él. Seguimos enviando dinero durante algún tiempo, pero ella insistía en conocerte. Eras lo único que quedaba de nuestro hijo. Así que fui a buscarte y, por supuesto, no te encontré. Tu madre vivía cerca del hospital St. Thomas. Su marido la había abandonado hacía algún

tiempo y ella se dedicaba en cuerpo y alma a su profesión. No había ni rastro de ti. Cuando me dijo lo que había hecho...

Alex estaba demasiado conmocionado para consolar a su abuelo cuando a este se le quebró la voz. Nunca se había interesado por su pasado. Ni siquiera durante el tiempo que había vivido en Middlesbrough Hall había hecho preguntas. Incluso, si hubiera podido evitar oír los cotilleos de los criados, lo hubiera hecho. Y ahora, de repente, su abuelo había construido una realidad a su alrededor que no sabía si quería conocer.

—No pude buscarte de inmediato. Tu abuela cayó enferma y no tardó en morir. —Alex vio cómo una lágrima solitaria descendía por la arrugada mejilla del conde, que no trató de ocultarla—. Quería reunirse con su hijo. Pasé algún tiempo enfadado. Con Michael. Con ella. Conmigo por no ser suficiente para retenerla aquí. Ojalá hubiera ido antes. Ojalá te hubiera buscado en cuanto encontramos las cartas.

Alex miró el plato de su abuelo, el que había saboreado con tanto gusto. Tras los primeros bocados, lo había dejado casi intacto.

—¿Quién era la sirvienta, entonces? —preguntó tratando de comprender todavía su árbol genealógico.

—¿Qué sirvienta? —El conde parecía verdaderamente desconcertado—. Siempre hemos tenido el mismo servicio.

—Poco después de llegar, oí a los criados hablar de una chica a la que mi padre había echado.

Su abuelo arrugó la frente rebuscando entre los recuerdos.

—Hubo una muchacha, pero era casi una niña. Estuvo poco con nosotros. Por lo que recuerdo, encontró un trabajo en Maidstone y se fue. Michael no tuvo nada que ver.

Sin saber todavía cómo afrontar todo aquello, observó al conde. No había envejecido bien. Estaba tan delgado que la piel arrugada se pegaba a sus huesos. Le temblaban las manos, que apoyaba con frecuencia para disimular aquel involuntario movimiento. A su mente acudieron los recuerdos que el dolor había ocultado. Los días en que él se había sentado a su lado, hablándole sin parar con la esperanza de que aquel pequeño mudo que lo observaba todo con una cautela que solo el miedo más feroz podía lograr, recuperase la voz. Las

lecciones de historia y matemáticas que le había impartido en persona. Porque el conde de Middlesbrough jamás había confiado en nadie lo suficiente como para dejarle a su nieto. Ni en sus tutores. Ni en sus criados. Ni en Celine.

Dio un bocado a la comida que permanecía casi intacta en su plato, pero el sabor no llegó a sus papilas gustativas. Su cerebro estaba demasiado ocupado como para interpretar cualquier otro estímulo. ¿Cómo había podido desentenderse de él durante ocho años un hombre que lo había querido tanto? La comprensión no tardó en llegar. Middlesbrough jamás lo había dejado solo.

—Tú le pediste a la señora Sharp que me acompañara.

Cuando el ama de llaves había aparecido ante la puerta de Sebastian, donde él se había quedado hasta que había logrado mantenerse por su cuenta, había creído que había sido su cariño hacia él lo que la había movido. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que, como él mismo le había recordado a Penelope, los criados eran fieles a sus señores. Lo que había movido a la señora Sharp no había sido el amor hacia él, sino la lealtad hacia el conde. Un sentimiento extraño, una tristeza incomprensible lo revolvió por dentro. «A mí me quieren», le había dicho Penny. Y había sido cierto. A él, sin embargo...

—No —respondió su abuelo—. Ella se hubiera ido contigo de todos modos. Eres el hijo que nunca pudo tener. Pero también sabía lo que significabas para mí. Me ha mantenido al tanto de cada uno de tus movimientos a lo largo de los años.

Alex suspiró. Había sido un tonto. Se había dejado llevar por el sentimiento de traición y ni una sola vez se había permitido reflexionar sobre ello.

—Creo que es hora de que me vaya. —El conde se levantó y le hizo un gesto para que no lo acompañara—. Piensa sobre todo lo que te he contado. Háblalo con tu esposa. Cuando os sintáis preparados, lo haremos público.

—No me ha preguntado si deseo el título. —Ignorando sus indicaciones, lo acompañó. Tampoco es que tuviera apetito, de todos modos.

El anciano chasqueó la lengua.

—El título no se quiere, muchacho. Es una responsabilidad con la que se nace. Eres el heredero y serás el próximo conde de Middlesbrough. Lo único que puedes decidir es el momento en que te convertirás en la comidilla de Londres. De todos modos —añadió con una sonrisa irónica—, por lo que he visto, ya has ido practicando.

Antes de que el hombre abandonara el edificio, Alex le hizo una pregunta que jamás creyó llegar a hacer.

—¿Qué ha sido de mi madre?

Su abuelo lo miró unos instantes, como si tratara de adivinar lo que supondría para él su respuesta.

—Formó parte de una de las expediciones que acudieron como apoyo para los hospitales de campaña durante la guerra de Crimea. Murió de tifus poco después.

Alex asintió mientras interiorizaba la información. Aquella mujer lo había abandonado días después de traerlo al mundo en el peor de los lugares existentes. Y, sin embargo, había dado su vida por cuidar de otros. Tal vez debería sentir rencor hacia ella. O ira. Pero no le sorprendió descubrir que no sentía nada en absoluto.

—Buenas noches, milord —se despidió, sin más.

—Algún día tendrás que llamarme abuelo.

Lo miró con fijeza unos instantes.

—Jamás me pidió que lo llamara así.

El anciano sonrió.

—Eso no es algo que se pida, hijo.

Y, sin más, abandonó el club mientras Alex lo miraba alejarse; su paso mucho más vacilante de lo que recordaba.

Annie contempló su reflejo sin disimular su entusiasmo.

Cuando, dos días antes, el señor Lonsdale la había llamado a su despacho, se había temido lo peor. Al ver a Channing sentado ante el enorme escritorio repleto de papeles y carpetas del dueño del club, había cerrado los ojos y había rezado en voz baja comprendiendo que iban a despedirlos a ambos. Lo último que había esperado era que el hombre de ojos fríos y rostro inexpresivo que le

había advertido que no debía acercarse jamás a ninguna de sus mesas la aceptara en su equipo de crupieres. Pero el matrimonio con lady Penelope lo había cambiado. Su mirada se había suavizado y sus sonrisas, si bien escasas, ya no causaban el estupor inicial entre sus trabajadores. Se había vuelto casi humano. Y por eso ella lucía un traje con sus propios ojales, de un rosa intenso, y estaba a punto de enfrentarse a su primera noche oficial al frente de una mesa.

Se colocó el sombrero con cuidado y revisó que ningún mechón escapara del recogido. Pese a su concesión, el señor Lonsdale la había advertido de que no debía descubrirse su identidad.

En cuanto alcanzó la sala percibió que esa noche todo era diferente. Era como si el brillo, el olor y el color del club hubieran cambiado.

—Eres el crupier más guapo de Inglaterra —susurró una voz en su oído y Annie sonrió.

Se giró y Channing la recorrió con la mirada.

—Del mundo entero —añadió con reverencia.

—Ten cuidado —advirtió—. Esa inclinación por tus colegas puede meterte en problemas.

Él rio y recorrió la sala con la mirada asegurándose de que nadie les prestaba atención.

—Solo hay uno que me atrae —murmuró antes de robarle un beso.

Se apartó de inmediato y comprobó de nuevo que los demás estaban ocupados preparándolo todo.

—Algún día te besaré en privado —le aseguró con un guiño y se dirigió a su mesa.

Con una sonrisa afectuosa, Annie lo observó alejarse. Desde que había llegado, Channing se había preocupado por ella y la había protegido. Era muy afortunada por tenerlo.

—A tu mesa —le advirtió Jim pasando cerca—. La noche ya ha comenzado.

Y, efectivamente, lo había hecho. Las ruletas comenzaron a girar y los dados repiquetearon sobre los tapetes. Annie cogió la primera de las barajas e inició la partida con una sonrisa. El Black Diamond cobró vida mientras las voces y las risas de los jugadores resonaban a través de la sala.

—Última ronda —advirtió por trigésima vez esa noche y el caballero con marcadas entradas sentado frente a ella frunció el ceño.

Los naipes fluyeron. Las partidas comenzaron y acabaron. Y el tiempo avanzó deprisa, como si las agujas del reloj se aceleraran al llegar la medianoche.

—Permítanme unirme a la partida, caballeros —dijo alguien tomando asiento y las manos de Annie, que habían estado barajando con la soltura de un experto, se detuvieron. No necesitó alzar la vista para reconocerlo. No precisó encontrarse con sus ojos oscuros. Podría reconocer aquella voz ronca en cualquier lugar. Al fin y al cabo, soñaba con ella cada noche.

Contuvo el aliento, tratando de serenarse y un pensamiento la asaltó. ¿Qué demonios hacía un sirviente apostando en un lugar tan exclusivo como aquel? Alzó la vista. Un acto reflejo, irreflexivo por su parte. Si alguien descubría su disfraz no volvería a lucir sus ojales rosas. Sus miradas se encontraron. Solo un instante. Un escalofrío la recorrió y se sintió de nuevo como la primera vez que se encontraron en el jardín de Bramshaw Manor, cuando ella había salido huyendo en la oscuridad. Sus manos temblaron al recordar el modo en que él la había besado una noche y la forma en que se había despedido, asegurándole que si las cosas fueran distintas no abandonaría su cama allá a donde fuera. Repartió, titubeante, pero él no volvió a mirarla. Y se dio cuenta de que no la había reconocido.

Cerró los ojos para contener las lágrimas. Podría creer que era el disfraz, que se había ocultado tan bien que nadie la vería tras aquella apariencia masculina. Pero sabía que no era cierto. Porque, si le hubiese importado, si hubiese sentido lo mismo que ella, la habría identificado con una sola mirada.

La partida se alargó más de lo esperado o tal vez fuera ella que la sentía eterna. La alegría con la que había comenzado la noche se había evaporado como las gotas de rocío al amanecer. Jack terminó su juego y se fue sin ni siquiera despedirse mientras ella notaba que algo acababa de romperse en su interior.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Channing cuando la noche llegó a su fin.

Ella negó y, sin volverse, se dirigió a su cuarto.

—¡Annie! —la llamó, pero no podía detenerse. Necesitaba desaparecer y reconstruir sola lo que fuera que se había hecho pedazos. Su corazón. Su alma. O una ilusión que en realidad nunca había existido.

Capítulo 15

—Podrías chantajearlos —sugirió Penny apoyando la espalda en el escritorio de su esposo—. Seguro que conoces algún secreto que pueda doblegarlos.

Alex alzó una ceja y tiró de ella para que se dejara caer sobre su regazo.

—Siempre serás una pequeña delincuente, ¿verdad? —Acarició su sien con los labios y fue depositando un reguero de besos hasta la mandíbula—. Allanamiento, robo y ahora extorsión.

Penny suspiró cuando él mordisqueó el lóbulo de su oreja y le rodeó el cuello con los brazos.

—No son buenas personas —suspiró al notar cómo introducía la lengua y su cuerpo comenzaba a temblar—. Podrían cambiar el mundo.

Él continuó con su juego, acariciando y lamiendo como si hubiese perdido ya el interés en la conversación y mucho se temía que ella estaba a punto de perderlo también.

—No sé cómo nadie te pilló nunca —murmuró junto a la piel expuesta de su cuello.

Ella se apartó ofendida.

—Porque soy muy inteligente.

Alex sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Te tropiezas hasta con el aire.

Penny se quedó callada. Era imposible discutir con él. Sobre todo cuando esgrimía argumentos tan sólidos.

—La enmienda es un parche —dijo él al final—. La Cámara Baja lleva mucho tiempo trabajando en una ley completa, una que suponga un cambio de verdad y que obedezca a los intereses de los niños y no a los remordimientos de cuatro aristócratas que creen que con unas cuantas migajas limpiarán su conciencia. Cuando

llegue el momento se presentará ante los lores.

—¿Y si no la aprueban? —preguntó ella.

Él no dudó un segundo.

—Lo harán.

—¿Por qué estás tan seguro?

Alex no la miró, solo tomó su mano izquierda y comenzó a juguetear con sus dedos mientras ella sacaba sus propias conclusiones.

—Porque ya te has asegurado el apoyo de la mayor parte de la cámara —comprendió—. Ya los has extorsionado por tu cuenta. —Hizo una mueca y añadió con ironía—: Estoy segura de que te recibirán con los brazos abiertos en cuanto tu abuelo haga público tu nombramiento.

Alex rio.

—He hecho algunos favores que requieren compensación —le explicó mientras deslizaba algo en su anular—. A tu primo, por ejemplo.

—Andrew odia Lon... —Se interrumpió en cuanto descubrió lo que él había deslizado en su dedo.

Observó el pequeño aro de oro y el modo en que la luz de la lámpara arrancaba brillantes destellos a los diamantes que formaban los pétalos del zafiro. Había pensado en recuperar la sortija de su madre con el dinero que él le había dado. Sin embargo, el sentimiento de culpabilidad siempre la había echado atrás. Había pensado que sería una frivolidad gastar en una joya lo que podía destinar a arreglar —ahora reconstruir— su edificio y poner en marcha su proyecto. Sin embargo, se le encogió el corazón al verlo de nuevo. Parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Cómo sabías...? —Negó con la cabeza y enterró la cara en su pecho—. Es todo lo que tengo de mi madre.

Alex la abrazó y le besó la coronilla.

—Tu cara cuando mencioné a Stokely —explicó—. Imaginé que habías dejado algo importante. Así que le hice una visita en cuanto amaneció. No tardó en recordar a un muchacho demasiado femenino y estuvo encantado de pedirme mucho más de lo que él te había dado.

—¿Cómo sabes que no ha sido un buen trato? —inquirió apartándose un poco para mirarlo.

Él alzó una ceja.

—Porque, en su momento, me hizo pagar el doble de lo que yo recibí por el anillo de mi abuela. Un anillo que, por cierto, ha sido injustamente vilipendiado por cierta dama demasiado quisquillosa.

Penny rio.

—Es el anillo de una reina.

—De una condesa —corrigió él—. Sin embargo, tú estás por encima de todas ellas.

Ella se sonrojó, pero cuando Alex trató de besarla de nuevo se apartó. Había algo que tenía que preguntarle.

—¿Por qué me regalaste el jarrón?

Alex suspiró y se levantó.

—No sé qué extraña fijación tienes con esa porquería, pero lo que te regalé en realidad fue un estupendo y próspero negocio en Oxford. —Hizo una mueca de disgusto—. Y una casa la mar de acogedora.

—¿Por qué? —repitió ella. Si creía que iba a dejar el asunto, estaba muy equivocado.

—Los estudiantes de Oxford serían muy receptivos a tus ideas revolucionarias. —No la miraba mientras hablaba—. Fundarías juntos el Club de los Bastardos Ilustrados y acabaríais convirtiendo a todos los huérfanos de Inglaterra en auténticos eruditos.

—¿Por qué, Alex? —repitió ella sin dejarse distraer.

La miró a los ojos por fin.

—¿Por qué te casaste conmigo, Penelope? —él le repitió la misma pregunta que le había hecho días atrás, pero ella negó con la cabeza.

—No puedes contestarme con otra pregunta.

Alex suspiró.

—Porque quería que tuvieras alternativa —explicó casi con pesar—. Quería que te casaras conmigo porque quisieras hacerlo, no porque no tuvieras más remedio. Quería que me eligieras.

—¿Por qué? —insistió ella aun cuando creía saber la respuesta.

—Porque nunca me han elegido, Penny. —Se giró, como si no

pudiera mirarla mientras confesaba algo tan vergonzoso—. Ni mi madre, ni mi abuelo, ni Celine. Y creía que no me importaba. Hasta que te conocí.

Ella se acercó y apoyó la frente en su espalda.

—Yo nunca miento —susurró—. Siempre fuiste mi única opción.

Alex jamás había deseado nada. Junto a Jack, habían sido dos niños que habían crecido demasiado pronto. A menudo se sentaban junto a una pequeña rendija que se abría entre los tablones que tapiaban la ventana del cuarto que compartían con otros doce críos e intentaban ver el futuro. Con solo tres años, Jack había tenido claro lo que quería. Observaba con reverencia aquellas enormes chimeneas que lanzaban bocanadas de humo oscuro hacia el cielo y repetía, una y otra vez, que algún día poseería una de aquellas fábricas. Alex, sin embargo, miraba con apatía el horizonte, sin ambición alguna. Ni siquiera cuando su abuelo había aparecido y se lo había llevado al lujoso mundo de Mayfair, con sus brillantes juguetes de madera, sus ropas suaves y su mullida cama, había deseado nada. Solo aquella venganza estúpida parecía haberlo despertado de su patético conformismo. Sin embargo, en ese instante, con Penny apoyada en su espalda y sus palabras flotando todavía en el aire, se dio cuenta de que no había sabido lo que era el anhelo hasta que la había conocido. Porque ella lo hacía desearlo todo. Quería acapararla por completo. Quería monopolizar todos sus pensamientos y retener cada una de sus sonrisas. Quería ser quien provocara sus suspiros. Quería ser todo lo que ella hubiese soñado e incluso lo que nunca se hubiera atrevido a soñar. Quería darle ese lugar en el mundo que ninguno de los dos había tenido jamás.

Se giró y ella lo miró a los ojos. Y en aquel lago dorado de cientos de tonos distintos vio, por fin, el futuro.

—Eres perfecta. —Ella alzó una ceja con incredulidad y él repitió, mirándola a los ojos—: Eres perfecta.

Y la besó como si fuera el principio y el fin de cada uno de sus pensamientos —que, en efecto, lo era—, como si en ella se concentraran los anhelos de toda su vida. La besó como si aquel

beso fuera el responsable de que el sol brillara y de que el mundo siguiera girando, como si la vida entera dependiera de ello. Y, cuando Penny se apretó contra él, temblorosa y a punto de perder el equilibrio, la cogió en brazos, la tumbó sobre el escritorio y le demostró con cada centímetro de su cuerpo, de su mente y de su alma que si él existía era por ella. Y esta vez, cuando ambos alcanzaron el éxtasis, no se apartó. Porque con ella el miedo desaparecía.

Epílogo

Alex observó la cabeza rubia inclinada sobre la mesa de *vingt et un* por cuarta vez esa semana. Con un gesto llamó a Jim.

—Se ha acabado la noche para él —murmuró señalándolo y se volvió hacia Penny, que miraba con inquietud en su misma dirección.

Pese a que no solía frecuentar la sala de juego, desde que su relación con el club se había hecho pública, no era extraño verla aparecer de vez en cuando. Sobre todo, cuando pretendía llevárselo para que recuperara las horas de sueño perdido a lo largo de los años.

Se acercó a ella y la besó en la coronilla.

—Me temo que esta noche hay una responsabilidad que no puedo delegar.

Ella asintió, su mirada todavía fija en el hombre hosco y taciturno en que se había convertido el otrora encantador marqués de Stratford.

—Han detenido a lord Harrow —anunció, aunque no mostró emoción al hacerlo—. El inspector Harris ha enviado una nota hace un rato.

Alex asintió. No necesitaba que la policía lo informara. Si habían encontrado al conde atado dentro de una caja de madera en Southampton, había sido porque alguien lo había dejado allí. Por fortuna, no era un hombre violento o, después de lo que le había hecho a Penny, habrían tenido que buscarlo en el fondo del Atlántico. Aunque, teniendo en cuenta todo lo que había descubierto sobre él en las últimas semanas, cuando se celebrara el juicio, estaba seguro de que el propio Harrow desearía haber servido de comida para peces.

—¿Crees que lo superará algún día? —preguntó Penny sin apartar la vista de Sebastian y la amó más al darse cuenta de que, para ella,

la detención del hombre que había intentado matarla era algo anecdótico. Ni la venganza ni el rencor existían en su vocabulario.

Vio a su primo y, a continuación, observó a su esposa. Su mirada la recorrió entera, desde sus pequeños pies hasta sus suaves manos. Se fijó en la delicada curva de su mejilla y en sus labios llenos. Cuando sus ojos se encontraron, notó aquella descarga ya familiar que tensaba cada uno de sus músculos y lo calmaba al mismo tiempo. Desde la desaparición de Briony había pensado que Stratford era un idiota, un ser débil y patético incapaz de enfrentar la adversidad. Ahora, sin embargo, con Penny tan cerca, que podía percibir su sutil olor a canela y distinguir cada tonalidad de su cabello, se daba cuenta de que había estado equivocado. Si él la perdiera no estaría mejor que Sebastian. Y no se recuperaría jamás.

Ella debió leer la respuesta en su rostro porque su expresión afligida se tornó desconsolada. Los ojos se le llenaron de lágrimas y Alex la abrazó, ignorando dónde estaban o quién pudieran verlos.

—No me permito pensar en ella —susurró—. Andrew no dejó que nadie viera su cuerpo, así que su muerte se convirtió en algo abstracto para mí. De algún modo estoy convencida de que aparecerá de un momento a otro, dispuesta a comerse todos los pasteles que sirvan con el té y a discutir con Lottie sobre quién de las dos tiene razón sobre cualquier tema trivial.

Él la entendió porque había hecho lo mismo desde que tenía memoria. Ignoraba la pérdida, ocupaba su mente con miles de cosas y no permitía que la pena se filtrara. Sin embargo, había acabado por comprender que aquello, en realidad, no funcionaba. El dolor siempre se abría paso, ya fuera a través de interminables noches de insomnio o de inexplicables ataques de angustia. Tarde o temprano, la muerte de su prima se haría real para Penny igual que lo era para Sebastian, pero él estaría ahí para ella. Y para Stratford.

—Vete a la cama —murmuró, dándole un beso en la frente—. A él no puedo abandonarlo.

Y era cierto. Podía dejar a cualquiera —excepto a ella—, pero no a Sebastian, porque, desde el momento en que su abuelo lo había llevado a casa y aquel mocoso de belleza casi irreal había reconocido en Alex los ojos de su familia, ya no se había separado de él. Y no

había necesitado explicaciones, ni nombres, ni títulos. Con solo seis años, Sebastian lo había acogido como su igual y nunca había cambiado de opinión al respecto. Por mucho que él se hubiese esforzado por espantarlo.

En cuanto ella hubo desaparecido, se encaminó a su despacho. Tomó asiento con tranquilidad y observó la puerta. Uno. Dos. Tres minutos. La madera se estrelló contra la pared, pero él no se inmutó.

—¡Maldita sea! —rugió furioso el marqués—. Sabes que tengo fondos más que suficientes para seguir jugando en tu estúpido garito.

Alex apretó la mandíbula. Fue la única muestra de disgusto que se permitió al oír cómo se refería a su local. Si algún día se recuperaba, lo dejaría sin dientes. Pero no ahora.

—A este paso te arruinarás antes del amanecer —dijo con calma—. Llevas cuatro noches apostando sin sentido. Cada vez que te sientas en una mesa, los jugadores se frotan las manos como aves carroñeras que saben que podrán saquear tus bolsillos sin esfuerzo.

El rostro de Sebastian se endureció.

—Es mi problema —sentenció con impaciencia y Alex advirtió un movimiento extraño en su mano derecha.

Lo observó con más atención mientras el marqués se movía con impaciencia y no tardó en darse cuenta de que apenas lograba flexionar el brazo. Frunció el ceño. En los últimos tiempos, las lesiones de Sebastian eran cada vez más frecuentes. Él mismo había interceptado varios ataques en el periodo en el que lo había estado siguiendo, pero había pensado que, en su desesperación, el propio marqués los había provocado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó sin molestarse en fingir que no veía lo evidente.

Su pregunta logró sorprenderlo. Lo percibió en la rigidez de su cuello y en el modo en que todo su cuerpo pareció congelarse. Y entonces Sebastian sonrió. Un movimiento casi reflejo, tan estudiado que cualquiera creería que era espontáneo. En aquel hombre de rostro rubicundo e hinchado se percibió un atisbo del calavera encantador que una vez había sido. Y Alex supo que iba a mentirle.

—Anoche visité a lady Evans en su palco de Drury Lane. Me mostró su alegría por verme de un modo más entusiasta del que esperaba.

Alex negó con la cabeza. Si aquello no paraba, Sebastian no iba a tardar en seguir los pasos de Briony. Suspiró. Mucho se temía que eso era lo que su primo buscaba.

—Stratford —dijo con una paciencia muy poco habitual en él—. Vete a casa. Duerme diez o doce horas. Toma un baño y busca a alguien que te afeite esa espantosa barba. Y luego afronta la verdad. Ella no va a volver. Está muerta. Y tú no beneficiarás a nadie siguiéndola.

—No entiendes nada. —La derrota en la voz de su primo lo atribuló.

Lo vio dirigirse a la puerta perdido en sus propios pensamientos. Antes de abandonar el despacho, sin embargo, susurró:

—Debería haber sido yo.

París, 1864

—Más bajo —indicó la dama de cabello de fuego a la modista que se afanaba en conseguir el vestido perfecto. La mujer obedeció sin dudar y sujetó la tela con un par de alfileres que había sostenido entre los dientes.

El satén celeste caía como el agua sobre un cuerpo menudo, que permanecía indiferente; una muñeca de porcelana sobre la que proyectar los sueños ajenos.

La mujer pelirroja se giró en cuanto percibió el inminente acceso de tos. Se cubrió la boca con su pañuelo bordado y se estremeció con violencia sujetándose a la jamba de la puerta. Trató de recobrar el aliento mientras su pecho dolorido subía y bajaba trabajosamente y percibía en la lengua el regusto metálico de la sangre. Aquellos ataques eran cada vez más comunes e indicaban que el final estaba cerca.

Tomó asiento en una butaca forrada de damasco lila y notó cómo su cuerpo perdía la fuerza. A sus veintisiete años estaba agotada y el temor a la muerte que había sentido después de que el cuarto doctor que había consultado reiterara el diagnóstico casi había sido

sustituido por la necesidad de descanso. Casi.

Sus ojos violáceos se encontraron en el espejo con otros idénticos y Brigitte Dubois, célebre actriz en pleno auge de su carrera, percibió la preocupación y el miedo en el rostro de aquella muchacha perdida de rasgos tan similares a los suyos que se había convertido en la última oportunidad de cumplir su sueño, aquel por el que lo había soportado todo. Sonrió al reflejo y la pequeña inglesa suspiró. No solo las unía el parecido físico. Ambas habían huido del destino.

—Más ceñido —indicó a la modista, que se apresuró a obedecer de nuevo.

Se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. Había vencido tantas veces a la muerte que no estaba dispuesta a rendirse ahora, ni siquiera cuando sus órganos habían comenzado a fallar y percibía cómo la vida se le escapaba en cada aliento. Sería inmortal y aquella mujer que había perdido el alma una noche de invierno le proporcionaría la eternidad.

Agradecimientos

No sé cómo comenzar este apartado. Tal vez debería darle las gracias a aquella estrella fugaz a la que un día le pedí un deseo, a todas las amigas del instituto que me permitieron ensayar mis primeros relatos convirtiéndolas en protagonistas y a los Backstreet Boys. Sí, soy una *millennial*, ellos siempre serán los héroes.

También debería darle las gracias a Gmail y a su filtro de *spam* por haber mandado el email de Lola a la carpeta de correo no deseado. Sin ellos, esta serie hubiera comenzado demasiado pronto y correríamos el riesgo de que algún duque despistado se arrancara a cantar *As long as you love me* sin vergüenza alguna.

Sin duda, tengo que darle las gracias a Lola Gude por permitirme formar parte de Selecta y darme la oportunidad de publicar mis historias.

Y a Ana G. por su entusiasmo, pese a no ser lectora habitual de novela romántica; por sus ánimos para que siga escribiendo y por su interés en las escenas que a mí más me cuesta escribir.

Agradecimiento especial merece Elena L., lectora beta y correctora en la sombra, por haber releído lo mismo tantas veces buscando matices, por los mensajes a las dos de la mañana para avisarme de las erratas y por ser la más ferviente defensora de lady Briony.

Debo incluir también a Jose y a Sofía, aunque Júpiter no haya encontrado su espacio entre las páginas de esta novela.

Por supuesto, a todos los que le dieron una oportunidad a *Escandalosa* y se acercaron al Black Diamond por primera vez.

Y a ti, que me estás leyendo. Gracias.

Nota de autora

Querido lector:

Cuando, en *Escandalosa*, escribí por primera vez sobre Alex, tenía claro que su carácter y su frialdad eran consecuencia de una infancia traumática. Sin embargo, a medida que investigaba sobre las *Baby Farms* me di cuenta de que *traumático* era un término demasiado laxo. Los primeros años de Alex transcurrieron en el mismísimo infierno.

La Enmienda a la Ley de Pobres de 1834 eximió de responsabilidad a los padres de hijos ilegítimos. Tal vez, en la retorcida e hipócrita mentalidad victoriana, esta medida serviría para reducir el número de bastardos, pero la realidad fue que las mujeres de la época se vieron más solas y abandonadas que nunca. En especial las pertenecientes a las clases más bajas. La falta de ayudas económicas, el estigma social y las pocas posibilidades laborales llevaron a muchas de ellas a dejar a sus bebés en las denominadas *Baby Farms*. Las personas a cargo de estos lugares, normalmente mujeres, recibían un pago por el cuidado de los niños. Obviamente, no era igual la cuantía para aquellas personas que dejaban allí a los críos con la idea de regresar a por ellos cuando su situación mejorara, que para los que los entregaban en adopción.

Las granjas resultaron ser un negocio muy lucrativo, en especial aquellas en las que la cantidad que se invertía en los pequeños era ínfima. Las malas condiciones higiénicas, la desnutrición y el abandono eran relativamente comunes.

Sin embargo, se produjeron situaciones mucho más graves y, tristemente, no de forma aislada. Tal y como se deja entrever en la novela, la señora Ruthfarrow se deshacía de los bebés que morían en su casa y, aunque no se indica si se trataba de una muerte natural o no, lo cierto es que los asesinatos de bebés y niños

pequeños a manos de las «granjeras» no eran del todo excepcionales. Figuras como Amelia Dyer, de la que se dice que asesinó a más de trescientos bebés y que es considerada una de las mayores asesinas en serie de la historia; o Margaret Waters contribuyeron a escribir esta página negra de la historia. Asimismo, la alta tasa de mortalidad infantil de la época sirvió para encubrir sus crímenes provocando que, aún hoy, resulte imposible conocer con certeza el alcance de su maldad.

Alex es, pues, fruto de algo que jamás debería haber existido, y uno de mis personajes favoritos. Por eso, al igual que su abuelo, yo también creía que se merecía su final feliz. Y entonces, apareció Penny.

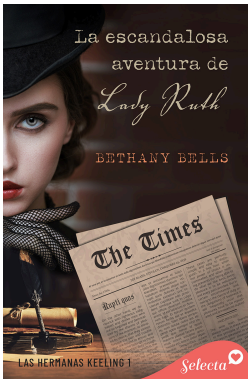
Si te ha gustado

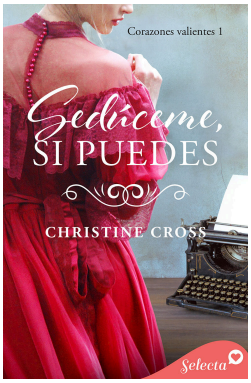
Ingenua

puedes disfrutar de estas









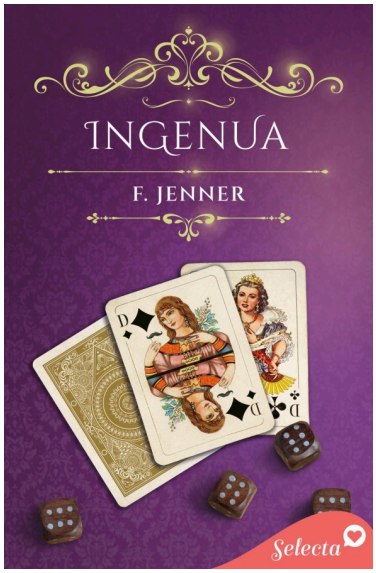





MAY BONNER
Nada más que un beso
El legado de los Wright 1
Selecta


Claudia Cardozo
Serie Hijas del pecado 1
Rebelde obsesión
Selecta

Una traición, una venganza y una joven tan inocente como para creer en un hombre en el que nadie confía.



Lady Penelope Willeta Arden, hija de un duque y prima de otro, debería tener el poder de cambiar el mundo, pero un terrible error la despojó de esa capacidad nada más emitir su primer llanto. Pertenecía al sexo equivocado. Sin embargo, si algo caracteriza a Penny es su perseverancia —y su torpeza, aunque eso no viene al caso—, **por lo que no se dará por vencida con facilidad**.

Con el objetivo claro en mente de dotar de un futuro a todos los pequeños abandonados en hospicios y granjas, **acude al Black Diamond en busca de ayuda**. El dueño de aquel lugar ha financiado varias casas de acogida y **Penny está convencida de que se mostrará encantado con su propuesta**. Pero, al otro lado del escritorio, se encuentra a la última persona a la que esperaba ver allí…

Alexander William Lonsdale es un bastardo. En todos los

sentidos. Desde su más tierna infancia, ha conocido la peor cara de la vida y ha aprendido a valerse de cualquier medio a su alcance para salirse con la suya. **Cínico y hastiado**, cuando lady Penelope aparece en su despacho hablando de educación y oportunidades está a punto de mandarla al diablo. Pero hace años que **ha jurado vengarse del hombre que le robó el futuro y ella es una pieza clave** de su vendetta.

En una sociedad hipócrita y llena de secretos, ¿logrará una joven ilusa devolver la esperanza a un hombre sin alma?

F. Jenner nació en 1987 y su fascinación por los mundos ficticios la llevó a licenciarse en Filología Hispánica. Desde hace diez años, imparte clase de lengua y literatura a alumnos de secundaria, a los que trata de transmitir su amor por la lectura.

Siendo adolescente, su afición por los libros la convirtió en visitante habitual de la biblioteca de su instituto, donde sus profesores, conocedores de su carácter «patológicamente romántico», se encargaban de poner en sus manos cualquier novela juvenil que contuviese alguna historia de amor. Descubrir que existía un género específico para esas historias, supuso el final de cualquier hábito de sueño saludable y el inicio de una pasión que dura hasta hoy: la novela romántica.

Un domingo previo a la era de los ebooks, se quedó sin reservas de lectura y decidió probar con la escritura. Desde entonces no ha parado de hacerlo, aunque sus escritos raramente salen de la carpeta de su ordenador.



Edición en formato digital: agosto de 2024

© 2024, F. Jenner
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-17-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Ingenua
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Agradecimientos
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre F. Jenner
Créditos